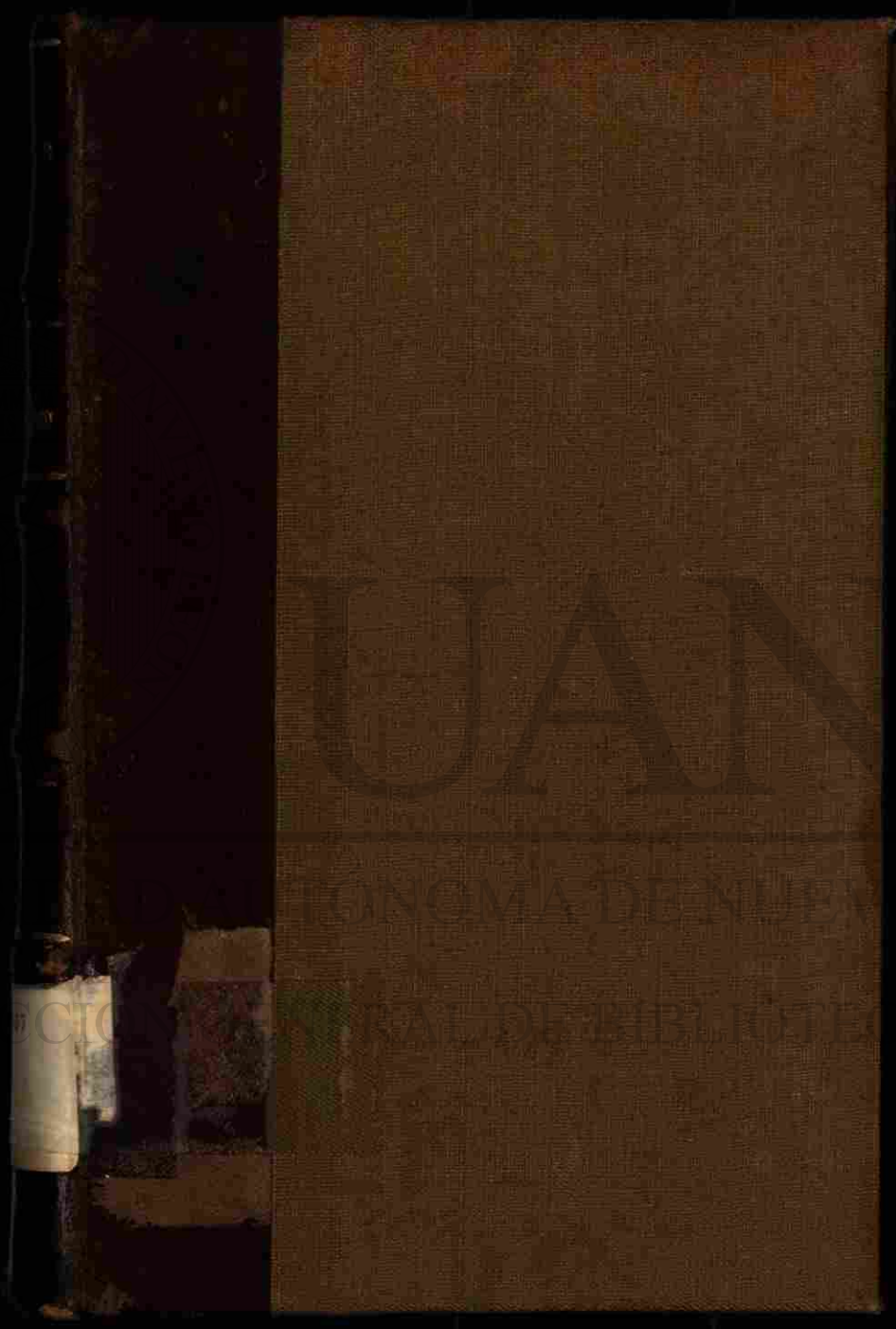




CLARETIN

EL

ULTIMO FOSO

2

PQ2207

.C6

D48

v.2



1020026179



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

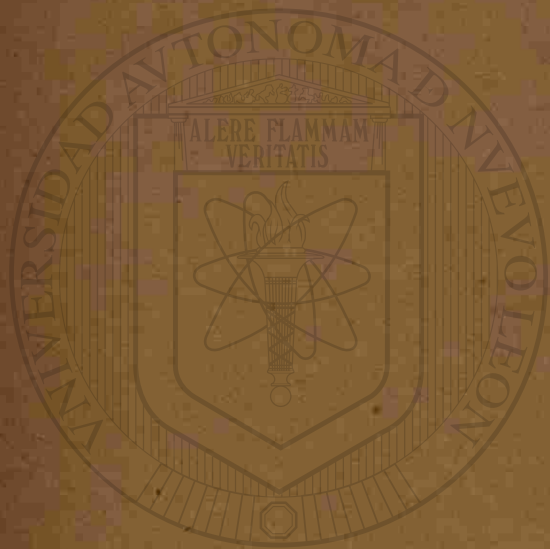


EL ÚLTIMO FOSO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.	
Núm. Autor	0591
Núm. Adq.	2912
Procedencia	- 8 -
Precio	1
Fecha	
Clasificación	69
Nota	



JULIO CLARETIE

EL ÚLTIMO FOSO

VERSIÓN CASTELLANA

UN REDACTOR DE «EL COSMOS»

TOMO SEGUNDO



098360

29338

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL

ARCO DE SANTA MARÍA

1887

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO R. L. 185"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1887.—EST. TIP. DE SUCESORES DE RIVADENEYRA,
Paseo de San Vicente, núm. 20.

EL ÚLTIMO FOSO.

X.

Desde que su existencia, ya tan cruel, se veía atormentada por un sufrimiento más, Elena sentía una sed ardiente de trabajo y de olvido. Quería engolfarse en el estudio como en un baño fresco, sustituir con otra visión, la visión de lo bello, la funesta aparición de Monerol. Una fiebre de movimiento se apoderó de aquella mujer, de ordinario tan tranquila, casi fría. Comprendía perfectamente que si se dejaba llevar de su tristeza, no le sería posible á la hora de la nueva lucha, y esta vez decisiva, la batalla ante el público, reunir sus fuerzas. Pensando así, se pasaba los días leyendo, recitando sus poetas y viviendo de la vida de sus grandes heroínas, á las cuales prestaba su voz y su alma. El contrato con Brecheux estaba firmado. Fuera de sí por la alegría que experimentaba al verse director de teatro, el hombre grueso ofrecía una prima á su arquitecto si la *Mosquee* quedaba convertida en salón de espectáculos para mediados de Septiembre. Mucho faltaba, pero se



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID, 1887.—EST. TIP. DE SUCESORES DE RIVADENEYRA,
Paseo de San Vicente, núm. 20.

EL ÚLTIMO FOSO.

X.

Desde que su existencia, ya tan cruel, se veía atormentada por un sufrimiento más, Elena sentía una sed ardiente de trabajo y de olvido. Quería engolfarse en el estudio como en un baño fresco, sustituir con otra visión, la visión de lo bello, la funesta aparición de Monerol. Una fiebre de movimiento se apoderó de aquella mujer, de ordinario tan tranquila, casi fría. Comprendía perfectamente que si se dejaba llevar de su tristeza, no le sería posible á la hora de la nueva lucha, y esta vez decisiva, la batalla ante el público, reunir sus fuerzas. Pensando así, se pasaba los días leyendo, recitando sus poetas y viviendo de la vida de sus grandes heroínas, á las cuales prestaba su voz y su alma. El contrato con Brecheux estaba firmado. Fuera de sí por la alegría que experimentaba al verse director de teatro, el hombre grueso ofrecía una prima á su arquitecto si la *Mosquee* quedaba convertida en salón de espectáculos para mediados de Septiembre. Mucho faltaba, pero se

harían prodigios. Brecheux sólo se ocupaba del edificio. No disponía de producción alguna para la inauguración. «Pero ¡bah! decía; lo esencial son los ladrillos. En cuanto á los manuscritos, á los papeletes, nunca faltan. Y además, ahí está Alejo.»

Elena, pues, no sabía el papel que iba á crear para su debut en el nuevo teatro, del que ya se hablaba mucho en los periódicos. Estaba algo inquieta. Hubiera querido saber el personaje que iba á representar; si estaría en su temperamento, si sería de «su cuerda», si le gustaría. Saint-Ives, que subía con frecuencia á casa de Elena, la aconsejaba que insistiera con Brecheux respecto á este particular; pero cuando la encontraba demasiado afectada por el miedo de lo desconocido, el actor la tranquilizaba pronto, probándole que era materialmente imposible que el teatro se pudiera abrir en la fecha fijada. Aquel Saint-Ives, en unión del profesor Pierron, se había hecho el consejero de la pobre joven. En asuntos de teatro, ella no hubiera resuelto nada sin saber su opinión. Más confiada con Enrique cuando se trataba de las intimidades de su vida, del secreto de su existencia, hubiese sentido vergüenza confesando á Saint-Ives lo que tan francamente había contado al hijo de Roquevert; pero se consideraba dichosa de encontrar apoyo, en lo que atañía al arte, en un hombre á quien amaba sin confesarlo.

Saint-Ives ejercía sobre ella la atracción ligeramente unida á cierto dominio que su varonil é irónica sonrisa imponía á todo un público. Pero aun este sentimiento desaparecía muy pronto cuando, en la vida ordinaria, aquel héroe altivo de novela

se presentaba tal cual era, sumiso, tierno, casi débil, bajo su correcto vestir de gentleman. Más de una vez había debido dejarse coger por aquellas á quienes encadenaba, y su frialdad seductora era lo que sin razón le hacía aparecer desdenoso. En los primeros momentos se experimentaba en su presencia una impresión de malestar y de temor; luego, cuando se descubría la especie de falso blindaje con que se acorazaba, se veía que Saint-Ives era de esos tímidos que sólo se atreven á levantar la cabeza con aire de matón, de esos falsos impasibles que, sabiendo que el mundo se inclina únicamente ante los que teme, ocultan su mansedumbre bajo una ironía en apariencia terrible, como si la bondad fuese una mancha ó un vicio.

Verdad es que no era preciso verle muchas veces para conocerle tal como era, y las mujeres sobre todo, con su temible golpe de vista, encontraban pronto la debilidad de su armadura. Tal vez esta circunstancia fué la causa del rigor con que trató á Clotilde Verrier tanto tiempo. Huía de ella, sin duda porque la temía. Tenía empeño en aborrecerla porque temía amarla. Saint-Ives, en ese duelo continuo que se llama amor, no tenía en su defensa más que la máscara de desdén y frialdad. Mientras de sus labios no desaparecía aquella sonrisa irónica, era dueño de la mujer amada. Pero en cuanto una mujer había notado con su manecita los latidos de su corazón, de aquel débil corazón del actor indiferente, el instinto femenino decía á la querida sumisa que entonces el dominado era Saint-Ives. El león amoroso no tenía ya uñas.

Elena no pretendía adivinar la debilidad de aquel hombre. Más bien había creído que bajo las apariencias burlonas de Saint-Ives se ocultaba una bondad enérgica. Sólo veía que la afección que le inspiraba el aplaudido artista iba creciendo. Y él, encontrándose á gusto ante aquella noble joven, tan sencilla, tan leal, bella sin coquetería, imponiendo respeto sin afectar gazmoñería, verdadera criatura excepcional y distinguida, se mostraba en sus conversaciones tal cual era, con sus dudas eternas, sus entusiasmos burlados y sus perpetuos temores. Se entregaba. Triste satisfacción para aquel Saint-Ives, que pasaba, teniendo las gentes á distancia, por casi impertinente, como si temiera que se descubriese demasiado pronto su debilidad de niño, disimulada bajo una altanera elegancia.

Entre Saint-Ives y Elena no se había cambiado ni una palabra de amor. Eran dos amigos charlando bajo el techo de aquella humilde vivienda. La joven salía sin turbación de aquellos *tête-à-tête*, en los que se hablaba del teatro, mientras la novela se iba arraigando en sus corazones. Y Saint-Ives experimentaba sensaciones deliciosas en aquellas honestas conversaciones, que le producían el efecto de gotas de leche cayendo sobre sus labios que la pasión tenía encendidos como ascuas. Algunas veces Enrique estaba presente, ansioso también de oír á Saint-Ives contar sus debuts, sus triunfos, toda la agitación de su vida. Saint-Ives veía sin celos al hijo de Roquevert en casa de Mlle. Gervais, y Enrique nada sospechaba de Elena cuando sonreía á Saint-Ives. La intachable honradez de

la joven daba á aquellas entrevistas un perfume primaveral, un encanto de idilio casto como un sueño de niño.

Como Elena, Enrique tenía necesidad de olvidar, no á la manera que la joven, meciéndose en un sueño cándido, sino en el estrépito de una actividad que ambicionaba para aturdirse. Tenía precisión también de olvidar la imagen de Monerol. No se había vuelto á presentar aquel hombre en casa de Elena ni en la de Roquevert. Tal vez habría desaparecido arrastrado por algún nuevo remolino hacia un abismo. Quizá estaba meditando en la sombra alguna combinación. Siempre tendrían tiempo para pagarle, decía Elena, ó para combatirlo, según Enrique. Entretanto el joven se embriagaba con su gran pensamiento: el teatro. Todo lo que oía á Saint-Ives le exaltaba. Quería decididamente tener una aspiración en su vida. También él, como Sabina, *se aburría*. Su casa en la plaza Dancourt, de ordinario helada, era ahora lúgubre. Una especie de austeridad desconocida parecía haberse apoderado de Genoveva. Sus besos, que eran de mármol, parecían aun más petrificados. Su mirada triste resultaba más severa. Se hubiera dicho que aquella mujer ya abatida, había envejecido repentinamente hacia unas semanas, como bajo el peso de una enfermedad cruel ó mortificada por la insistencia de un pensamiento grave, como el de una falta.

Además Roquevert padecía visiblemente. Estaba sufriendo las consecuencias del esfuerzo extraordinario que había tenido que hacer, y su cuerpo caía como bajo el peso de un fardo imprudentemente levantado. La enfermedad del corazón, que

al día siguiente de su último triunfo parecía haber cesado, se presentaba con más intensidad. Genoveva le cuidaba con el afecto metódico y fiel de una enfermera. No decía una palabra cuando al darle la toma de bromuro de potasio que le tenían ordenado, el viejo actor respondía: «Todo esto es bien inútil.» Pero cuando se salía fuera, de jando solo á Santiago con su perro César, que le miraba atentamente acariciado por las enflaquecidas manos del amo, subía á su cuarto, se arrodillaba, deslizaba entre sus dedos un rosario de boj que el abate Ronchat le había traído de Lourdes, y en el arranque desesperado de una plegaria llena de súplicas y cargada de dolor, pronunciaba algunas palabras con los labios pálidos sobre el Cristo de plata ó las cuentas del rosario. Y de aquella alma ulcerada, torturada y destilando sangre, salía un lamento trágico como los salmos de la penitencia: «Me he consumido á fuerza de llorar; todas las noches he regado con mis lágrimas la almohada; mis ojos se han gastado con el dolor, y vos ¿no queréis perdonarme, Señor?»

Enrique estaba afligido de ver tanto sufrimiento y tristeza entre los que él quería más en el mundo.

—Mi padre está muy enfermo, mi buena Susana—decía á la vieja criada.

Ella, procurando tranquilizarle, le repetía que el médico no estaba alarmado; pero el joven salía entristecido, olvidando el teatro, no pensando más que en Santiago y en Genoveva, y buscando á su alrededor á quien confiar sus penas. Cuando no iba á casa de Elena, se dirigía á ver á Mar-

cy. El pintor quería y admiraba á Santiago Roquevert, y seguía con profunda ansiedad la marcha de la enfermedad del gran artista. Todos los días acudía á informarse de su estado.

—¡Oh!—decía Enrique—no hay un peligro inmediato, pero su estado es grave.

Marcy trabajaba mucho, salía poco, imponiéndose el propósito de no ver á Elena, la cual decididamente ejercía (él lo notaba más cada vez) demasiada influencia en los actos de su vida. Pero quería saber—y lo preguntaba con vehemencia—lo que hacía la joven. Estaba contentísimo de que hubiese encontrado un director en Brecheux, y un protector en Saint-Ives.

Cuando hablaba de ella, Felipe parecía involuntariamente enternecido por reflexiones que no manifestaba del todo.

—Saint-Ives se casará con Mlle. Gervais—dijo un día de pronto—y hará bien. El artista necesita un hogar. ¡Pero lo difícil de encontrar es la mujer!

Por primera vez vió Enrique en las palabras de Felipe una alusión directa y algun tanto amarga á Sabina. Marcy bajó la cabeza tristemente. En aquel momento apareció Andresito corriendo, vestido con un bonito trajecillo gris, comprimido su talle con un estrecho cinturón de cuero, y pendiente del costado un sable con el puño dorado. Marcy le abrazó, atrayéndole con violencia para besarle, y dijo:

—¡Pero mira, en tratándose de felicidad, no hay ninguna que iguale á ésta!

El niño había desaparecido enviando besos á Felipe.

—Vamos á ver—añadió Marcy;—¿Conque es cierto que vos y Charrière habéis descubierto una maravilla?

—¿Qué maravilla?

—Una inglesa extraordinariamente hermosa, según parece. Charrière no habla más que de ella, ó mejor dicho, ya no me habla. Se ha encerrado y trabaja, trabaja..... Tanto mejor, si por fin nos da lo que de él se espera y lo que realmente tiene en su imaginación. Pero el desdichado Francisco habla de una manera de su modelo, que me da miedo. Ese diablo de Charrière parece que tiene diez y ocho años, diez y ocho años con canas en la cabeza.

Felipe, bajando la cabeza, había desaparecido, ocultándose tras los anchos lienzos vueltos del revés, para ir en busca de un boceto terminado el día anterior y que tenía guardado en un rincón del estudio como si fuese un pensamiento secreto; después, poniendo á la vista de Enrique los croquis que tenía comenzados para aquel cuadro futuro, estudios de cabezas, movimientos de cuerpos, dibujos de un estilo soberbio, y aun el boceto mismo con dos figuras desnudas de bañistas en vasto paisaje sombrío, con el cielo pálido y á la aguada clara.

—Hé aquí lo que ahora me ocupa y me preocupa. Creo que saldré bien; pero, como ya sabéis, siempre dudo, y me dan ganas de romper la tela cuando no representa exactamente mi concepción. ¿Os gusta ese árbol? La figura se destaca bien sobre el conjunto. ¡Qué bien sabía Leonardo fijar así sus visiones en grutas ó en paisajes llenos de misterio!

¡Ah, cuánto me alegraría de terminar felizmente este cuadro!

Enrique admiraba y estaba encantado contemplando aquella visión antigua evocada por Marcy. Era una especie de égloga virgiliana con el colorido y vida personal de Felipe.

El maestro quería leer en la mirada de Enrique el efecto que le había causado. No mentía cuando decía que no se fiaba de sí mismo. Era de los que continuamente necesitan un estímulo, un incentivo. Como toda la raza francesa, Marcy, capaz de las cosas más grandes cuando sopla el viento del éxito, se abatía ante el más insignificante revés. Siempre había tenido á su lado el eco íntimo y simpático de su pensamiento: en otro tiempo su madre, luego Charrière, en seguida Sabina y Enrique. Y ahora..... ahora Sabina, entusiasmada con la novedad, pintaba para distraerse. Muy cerca de su *boudoir* había instalado un pequeño estudio, que era una preciosidad por el lujo delicado con que estaba puesto. Tapices artísticos, tarimas, caballetes y cajas de ébano con iniciales de plata para los colores; profusión de plantas con hojas de vivos matices; telas japonesas y chinas con bordados fantásticos, extendidas sin orden por las butacas y el diván.

En aquel estudio acababa Sabina de saber que Enrique, cuyas visitas á la avenida de Villiers eran cada día menos frecuentes, se hallaba en el taller de Felipe, y le hizo llamar.

—Ahora vais á juzgar un boceto más—dijo Felipe.—Hasta luego, mi querido Enrique.

Enrique estaba conmovido al separarse de Marcy.

Sabina le esperaba sentada delante de un lienzo empezado: flores, un enorme ramo de rosas blancas que copiaba del natural. Envuelta en una bata de crepé de China azul, con una paletita en la mano, daba atrevidamente rápidas pinceladas sobre la tela, y sus rosas iban presentando marcadamente el aspecto gredoso de un borrador de las *naturalezas muertas* de la escuela de Baloché. Era la primera vez que Enrique se encontraba frente á un bosquejo de Sabina, y mirando aquellas flores, no pudo menos de sonreírse con cierta tristeza: en la forma misma en que aquellos rudimentos estaban concebidos, Enrique adivinaba, reconocía la influencia de Cordier.

—¿Ha visto esto Marcy?—dijo.

—¿A qué esa pregunta? ¿Queréis decir que mi marido lo encontraría detestable? Es muy posible. Yo no tengo amor propio. En esto, como en todas las cosas, sólo busco una distracción. La vida es tan triste....

Dejó su paleta sobre la caja de colores, luego se volvió en su asiento, cogiéndose la rodilla entre sus manos cruzadas, y levantando el vestido con la punta del pie, calzado de babuchas bordadas, miró á Enrique como ella sabía mirar.

—¡Decididamente huís de mí!

—¿Yo?

—¡Oh! seguramente. Os causo miedo.

Esperaba la contestación. Enrique la contemplaba mudo.

—Sí, os causo miedo porque soy una loca, una chiflada, lo que queráis, y vos sois—y apoyaba irónicamente estas palabras—grave y severo como

un puritano; ó, lo que es más probable, no venís á hablar conmigo y á distraerme un poco, sencillamente porque en otra parte os llaman deberes más gratos.

—¡Deberes! ¿Qué deberes?

—Sois discreto—dijo Sabina—y hacéis bien. Pero no negaréis que vuestra existencia ha cambiado. Amáis sin duda alguna.

Y hundía su mirada en las pupilas de aquel desgraciado, que sentía la misma impresión de locura y de fiebre que había experimentado en la cálida atmósfera del Conservatorio. Ella se complacía en destilar gota á gota una ironía quemante como un ácido. No perdonaba á Enrique que hasta entonces hubiera sido lo bastante dueño de sí para no haberla recordado aquellos cuchicheos, demasiado animados, que habían mediado entre ambos á la caída de una tarde de Julio, allá en el fondo de un palco y que continuara en su actitud reservada. ¡Era mayor su afecto á Felipe que á Sabina! ¡La amistad podía en él más que el amor! ¡Cómo irritaba á una mujer joven aquella resistencia humillante para su vanidad! Y entonces, con unos celos fingidos, zahería una situación que le parecía tonta. Quería que Enrique se entregara, haciendo una declaración, presentándose ante ella como era Marcy, débil y sin voluntad, para luego de pronto reírse en sus narices respondiéndole que todo aquello era un juego, que se equivocaba, que lo que ella había pretendido era reírse, puesto que, después de todo, á quien quería era á su marido. Y dejando á Enrique desconsolado, habría rechazado aquella declaración, para la que ella no había

dado pretexto. Para obligar á Enrique á semejante confesión que tenazmente aguardaba y quería arrancarle, para experimentar aquella alegría perversa y lograr el doble triunfo de que renegara del amigo é hiciese traición al maestro, se fingía celosa, aparentando creer que Mlle. Gervais era únicamente la causa de que Enrique Roquevert no fuera tan á menudo como antes; representaba la comedia de la burla y del reproche, echando atrás su cabeza rubia, de la que se desprendían ligeros resplandores venenosos como filtros, y guiñando los ojos decía calmamente:

—¡Yo bien sé por qué no nos queréis ya! ¡es porque amáis á Mlle. Gervais!

Esperaba que en un arranque Enrique se declarara, respondiendo:

—¡Eh! ¡no; yo no la amo, bien lo sabéis, puesto que á quien amo es á vos!

Instintivamente había adoptado cierta posición como para saborear la voluptuosidad de la victoria. Pasó su brazo izquierdo, doblado por detrás de la nuca, rozando los mechones de pelos que de ella pendían; inclinó ligeramente su cabeza, permitiendo ver la pura y blanca línea de su cuello y dejando caer sabiamente hacia Enrique la mano detecha colgando y con cierto abandono....

Peró en lugar de precipitarse sobre aquella mano y poner sus labios en ella, Enrique se levantó bruscamente al oír el nombre de Elena, y ahogando la emoción que le embargaba, dijo resueltamente y como si las palabras salieran rozando de su garganta apretada:

—No, yo no amo á Mlle. Gervais, al menos con

ese amor de que habláis vos. La quiero como lo que haya más honrado y mejor en el mundo.

—¡Ah! ¡bah, bah!—replicó Sabina.—¿Así estamos? Pues entonces, querido, tenéis de las mujeres el concepto que un cándido colegial.

Y se echó á reír, disimulando torpemente con aquella mofa su despecho, cada vez mayor.

—Confieso francamente que os creía más adelantado con vuestra cómica.... Ya acortaréis las distancias, querido mío.

Una viril indignación se reflejó inmediatamente en los ojos coléricos de Enrique. Puesto de pie, aquel arrogante joven, franco como el oro, lanzaba á Sabina, que seguía en su postura de languidez estudiada, una mirada recta, atrevida, sin la timidez de otras entrevistas. Por defender á Elena se atrevía á ponerse frente á frente de aquella mujer, cuya mirada le producía de ordinario un mundo de terrores seductores. El ultraje páfidamente vago que con su sonrisa había salido de labios de Sabina, parecía como que había sido clavado en la frente de Enrique. Y sublevado, indignado, olvidándolo todo y pensando sólo en Elena, mostraba á Sabina con frases enérgicas, elocuentes, salidas del corazón, cuán verdadera, poderosa, sincera y santa, llena de admiración y respeto, era la afección que le atraía á la pobre joven. Dejándose llevar del desbordamiento de su amistad herida, oponía la orgullosa lealtad de Elena á las pérdidas coqueterías de ciertas mujeres; la vida de lucha de la abandonada á la existencia vana, fatigada, inútil y sin objeto de las que pudiendo ser esposas, madres honradas, felices, gastan su

vida en una especie de voluptuosidad constante, arrojando al viento su dicha y la de los demás como las semillas tan ligeras cual copos de nieve que los niños empujan soplando.

Sabina creyó que en realidad aquel hombre se había vuelto loco repentinamente. Había continuado sonriendo; luego, bajo el influjo de la lealtad casi amenazadora de aquellos ojos vibrantes como los del viejo Roquevert, se había sentido poco á poco más conmovida de lo que hubiera deseado, experimentando el estremecimiento instintivo de la mujer que de pronto se ve dominada. Que el joven pensara ó no en ella al hablar de aquellas mujeres á quienes, por decirlo así, moralmente postraba de rodillas ante Elena, en lo que no había duda era que el reproche caía sobre el rostro de la esposa de Marey como una injuria. Y ¡cosa rara! esta injuria no desagradaba á Sabina. Era el viento de una tempestad inesperada, que brutalmente interrumpía lo monótono del día. Enrique era para ella un hombre distinto. El juguete se convertía en una amenaza. La cólera varonil de Enrique encantaba y dejaba estupefacta á aquella mujer.

¡Por fin respiraba una atmósfera nueva! Todas las lisonjas con que se la abrumaba las cambiaba por aquella injuria. Temblaba como el potro bajo la mano del que lo doma. ¿Luego aquel Enrique era un hombre?

Y cuando el joven, después de haber afirmado con altivez el respeto que Elena le merecía y á todos debiera inspirar, saludó casi fríamente á Sabina, ésta se levantó, esforzándose por retenerlo,

no queriendo quedar bajo la influencia de aquella especie de muda derrota, decidida á recuperar su predominio, y haciéndose más actriz que una Clotilde Verrier, llegó como á pedir perdón de lo que hubiese dicho. ¿No comprendía Enrique que el aburrimiento, la soledad, el temor de perder afectos que son tan queridas le hacen á uno ser injusto á veces hasta la crueldad? Pues bien, ella se aburría terriblemente. Y Marey no la comprendía. Se encerraba como en una celda en aquel estudio al que ya no subía ella ahora, dejando á Felipe entregado á sus sueños. Y en aquellos momentos, decía ella, intentaba acogerse al calor de alguna amistad seria, y si al ver que otro se apoderaba de ella poco á poco, arrebatándole un ser querido, ¿se le podía reprochar un sentimiento triste de celos, llevado, lo confesaba, hasta la más dura injusticia? Tenía mucho cariño á Enrique. Enrique no iba ya á casa de Sabina. ¿A quién había de acusar más que á Elena?

Todo esto lo decía con una voz dulce y cariñosa, llena de ternura y suavidad, con entonaciones significativas al hablar de *amistad* y de *afición*, sinónimos abrasadores del amor.

No podía creerse que aquel Enrique la dominara mucho tiempo. Lo que ella pretendía era atraerlo entonces, para después lanzarlo más bruscamente de su lado y hacerle expiar aquel temblor de miedo que acababa de sentir. Y como él se callaba y huía, se veía precisada á continuar aquella declaración, que involuntariamente, al parecer, llevaba la conversación hacia las confidencias de amor, buscando que el desdichado saliese de aque-

lla entrevista enloquecido y trastornado como por la acción de un veneno.

Así, pues, en la fiebre de una locura ficticia—calculando todas sus palabras, al parecer involuntarias—se dejaba arrastrar por su dolor. Desconsolada, mostraba á Enrique el profundo vacío de su alma, su soledad, la frialdad de su marido, la desaparición de su cariño, la inmensa desolación de un amor fallido, el sufrimiento de dos seres que de buena fe se han engañado creyendo amarse para siempre. No, ella ya no amaba á Felipe. El no la comprendía, la dejaba cruelmente abandonada á sí misma en el desierto de su tristeza. Y entonces su cabeza loca se exaltaba más. ¡Oh! ¡no se tenía por una santa! Soñaba una novela, novela que ya no le ofrecía el hogar.

Perdonadme esta confesión, Enrique; sí, he pensado en Cordier, he creído amarle, quizá le amo. El no sospecha todos mis sufrimientos y todas mis locuras. Antes me mataría que decirle lo que acabo de confesaros..... Pero siento como deseo exigente de sus paradojas y de sus gracias. Bien sé que es inferior á Felipe y á vos mismo. No me explico esa necia atención que le presto, y si se me impone de día en día, quisiera tener fuerzas para rechazarlo.... ¡Ah! ¡libradme de él, Enrique, salvadme, si me creéis digna de piedad, salvadme, si me amáis!

En aquella comedia que representaba había una parte de verdad. Era cierto que á su pesar, y esto la irritaba, cada día era mayor el ascendiente de Cordier sobre todos los actos de su vida; pero exageraba expresamente aquel sentimiento para

avivar los celos de Enrique, como en efecto lo consiguió, pues al oír el nombre de Cordier, los músculos de su cara se contrajeron convulsivamente. Enrique le odiaba doblemente, celoso por Felipe y por él.

Y he aquí que, como el ahogado que hace un esfuerzo pidiendo auxilio, Sabina se acogía á Enrique implorando protección, ¿contra quién? contra Cordier. La tentación era demasiado violenta. No se trataba de una amistad atemorizada pidiendo socorro; era una pasión queriendo desechar un amor para reemplazarlo con otro. Todas las luchas, todas las dudas, los apuros de Enrique se retrataban en su mirada como en un libro. Sabina gozaba interiormente de aquella turbación, atemorizada, con una crueldad sin límites.

Jugaba, con diestras garras, con aquella presa humana á la que manejaba como el gato al ratón. ¡Qué sencilla debía parecerle aquella honradez pura respondiendo á sus desatinadas confianzas con palabras que le hacían reír!—¡el consuelo del deber, la decepción olvidada por la maternidad, la vida sacrificada al pequeño ser que crecía, la gloria y el cariño del esposo, las caricias del hijo!....

Sabina provocaba á Enrique, y él parecía que la predicaba. Decididamente no había motivo para temerle; sus cóleras eran pasajeras y pronto se sometía nuevamente.

Aquellas frases retumbantes que repetía con insistencia inútil, sólo probaban una cosa: que estaba vencido.

Ella clavaría los dientes y las uñas en la presa cuando le pareciese bien.

Así al menos lo creía.

En efecto, Enrique se separó de ella como atacado por una fiebre; su sangre ardía.

Salió del hotel de la avenida Villiers como horrorizado, y sin embargo hubiera querido pasar allí su vida. Quería descifrar el verdadero sentido de aquellas confidencias raras, hechas con lágrimas que pronto se contenían, y se planteaba este terrible dilema que hacía asomar á su rostro la vergüenza: ¿abandonar aquella mujer á Cordier, ó quitársela á Marcy.

Y cuando la idea de la cobardía de una traición le indignaba, la visión de Sabina enloquecida, olvidando á Felipe por Cordier pasaba ante sus ojos y apretaba su garganta con espanto.

—¡Salvadle de Cordier!—le había dicho.

Este era el grito que había hecho temblar á Enrique ya en otra ocasión; pero aquella vez había sido más directamente provocativo: «¡Divertidme! ¡Yo me aburro!»

De tal modo aquella mujer verdaderamente superior, de un encanto irresistible, adornada de todas las gracias, pensaba en aquel informal, que quizá por la tarde refiriera sus triunfos ó su fortuna alrededor de la mesa de Pulcherie. Ella, la mujer de Marcy, se humillaba hasta aquel artista de pega. Al pensar en esto, la idea de Felipe hacía mayor su odio á Cordier. ¿Y por qué, sin dejar ver que sabía nada, no había de ser Enrique el vengador de Felipe, que ignoraría siempre...?

—¡Soy un estúpido!—se decía.—¿Y con qué derecho voy yo á defender á esa mujer? ¡Hay un buen medio! ¡Provocar á Cordier! Pero es un recurso

de melodrama, tan inaceptable como el aconsejar á Sabina que se refugie en casa de su padre huyendo de la tentación.

Recordaba en aquel momento las palabras duras, los juicios severos de Charrière: «Esta mujer, había dicho un día el escultor, es todo lo menos madre posible.» ¡Y qué verdad era esto! ¡Ni una sola vez había nombrado al pequeño Andrés! ¿Qué razón tenía Charrière! ¿Iría Enrique á pedir consejo á este amigo?

¿Y qué consejo? ¿Iba á decir á Francisco que temblaba él mismo, al pensar que Sabina no le amase? Verdaderamente había perdido el sentido.

Luego, hasta en sus accesos de indignación, aquel enamorado loco experimentaba como una voluptuosidad intensa diciéndose que Sabina le amaba quizá, al recordar aquella voz que imploraba, con ojos enternecidos y aquel cuerpo agitado por sacudidas llenas de gracia. Bien hubiese querido esconderse con su probidad é intentar él, que amaba á Sabina, defenderla de otro, y defenderla en nombre de la amistad, por Marcy contra Cordier; pero por el secreto de las confidencias de aquella mujer, por lo intencionado y lo que daban á entender sus engañosas súplicas, quería á toda costa guardarlas en el fondo de su corazón.

Sabina no se había engañado; aquel hombre llevaba el veneno en el pensamiento.

¡Ah! ¡con qué impaciencia ansiaba volver á ver á Elena, para encontrarse en la pura atmósfera de la honradez sencilla! La vida de Elena era también la fiebre, pero una fiebre de trabajo lleno de

actividad de la imaginación. Y allí Enrique encontraba otra tentación más irresistible aún que su amor, el teatro, cuya fascinación se arraigaba en él cuando más de cerca lo veía, atraído por Justo Brecheux que le llevaba a su casa, boulevard Saint-Martin, convidándole a comer en un departamento completamente nuevo, con dorados y cuadros para exportar, marinas a las cuales sólo faltaba un mecanismo de música, ó paisajes en los que la vista buscaba insensiblemente un reloj.

A Brecheux le había sido muy simpático Enrique y le pedía consejos, le obligaba con insistencia a oír la lectura de los dramas de Alejo, y aun le decía alguna vez:

—¿Per qué demonios no os dedicáis al teatro? ¡Con un nombre como el vuestro, las entradas estaban aseguradas!

Esta manera de animarle le quitaba su entusiasmo y le hacía reflexionar. Verdaderamente, el día que debutase exponía el nombre de Roquevert. Temblaba, no por él, sino por su padre, por su veneración, por su admiración profunda.

El bueno de Brecheux se movía en medio de aquel enjambre de actores y de empleados de teatro, en el que se había metido con el fanatismo del creyente y las seguridades del vencedor. No se había conocido teatro mejor administrado. Brecheux había hecho una verdadera *leva* de actores, como antiguamente se hacía de marineros en las costas. Sus hábitos de economía habían desaparecido por satisfacer su amor propio. Queriendo reunir rápidamente una compañía completa, no había escaseado ningún medio. El pequeño Duret y

Claudina Hard, aquella alegre pareja de premiados en el último concurso, que no habían encontrado colocación en ninguno de los teatros subvencionados, fueron también contratados por Brecheux. Claudina sería una graciosa espiritual: Duret era ágil, listo, divertido, y lo que es más, cantaba de una manera admirable, con sentimiento y con mucho gusto.

—Esto siempre es bueno—se decía Brecheux.—Si los dramas no dan resultado y Alejo quiere hacer operetas.... Alejo puede hacer de todo.... Duret será un *tenorino* excelente.

Luis y Claudina habían aceptado como su salvación las proposiciones de Brecheux, porque los padres rehusaban ya. Si no había contrata, no había que pensar en casamiento. Y a los pequeños les parecía que el período tan risueño de novios se hacía ya demasiado largo.

De todos los rincones de París, cómicos, autores, grupos inesperados de actrices, de proveedores, se presentaban a Brecheux, le asediaban, le aturdíán. El buen hombre andaba atontado buscando todo el personal a la vez: administrador, cajero, director de orquesta, músicos, conserje, acomodadores, maquinistas, lampistas, actores, comparsas, coristas.... Y como llovía milagrosa, una generación espontánea de pordioseros y de gentes hambrientas que solicitaban con qué vivir, rodeaba a Brecheux. Los encontraba llamando a la puerta, sentados en su ante despacho, estacionados en la calle, esperando en la portería, de pie en el portal de la casa. Recibía cartas extensas, ofrecimientos suplicantes, recomendaciones de todos los lados,

con firmas de antiguos corresponsales, de almacenistas, de amigos olvidados, de conocidos. Brecheux, echando los pulmones, sudando, ahogándose, extendía su importancia bienhechora á toda aquella gente. Tenía expansiones orgullosamente satisfechas, y de pronto sorpresas llenas de escrúpulos. Empezaba su teatro como buen negociante acostumbrado á la honradez, esa ortografía de la moral. Se proponía ganar dinero en él si podía, y sobre todo, llenar de gloria á Alejo. Pero ignorando los detalles de aquella vida nueva, se asombraba cuando se le ofrecían horizontes con perspectivas que le dejaban estupefacto. Revendedores de billetes ofreciéndole al contado grandes cantidades por arrendar algunas filas de butacas, llevando una parte en el producto de las entradas de aquel teatro, en el que todavía trabajaban los albañiles. Fabricantes de tejidos que ponían á su disposición los artículos mediante una retención diaria de lo que se recaudara en taquilla. Multitud de usureros que de todas partes le anunciaban proporciones que á otros hubieran quizá seducido. Actrices de casualidad indicando á Brecheux ciertos ingresos facilitados por tales y cuales personajes que se interesaban por su talento, si eran admitidas en la compañía. Desgraciadas, flúidas y vacilantes que se comprometían á depositar en fianza sus modestas economías, si les daba una plaza de acomodadoras, y más de una manifestando, con la cabeza baja, que su fianza, quinientos francos, el trozo de pan para la vejez, había desaparecido con la fuga de tal director ó con la quiebra de tal teatro.

Brecheux se erguía con fiereza y respondía á los revendedores que no los necesitaba, á los fabricantes que les pagaría al contado, á los prestamistas que la usura no entraba en el comercio. ¡Qué satisfacción de hombre honrado y en fondos manifestaba haciendo sonar su dinero, no exigiendo nada á las acomodadoras, oyendo las gracias que sollozando le daban las pobres mujeres, locas de contento! Pero todas sus combinaciones ocultas, todo aquel baturrillo, aquella actividad que le divertía y le ofuscaba, producían en el antiguo hejalatero la ilusión de un viaje por un país nuevo, raro, lleno de pozos que procuraba evitar cuidadosamente, «no se hundía fácilmente á Brecheux», y de sorpresas que le interesaban y le aturdían.

Con los albañiles, los pintores y el arquitecto estaba muy á gusto, porque al menos con ellos se podía entender. Pero la fundación de aquel demonio de *Teatro del Boulevard* se iba complicando con muchas ceremonias que el buen hombre no había calculado. ¿Pues no necesitaba, antes de preocuparse en elegir una pieza, firmar, por ejemplo, un tratado con la sociedad de autores dramáticos? ¡Los autores! El honrado Brecheux conservaba la admiración instintiva hacia todos aquellos que le habían conmovido en otro tiempo, y recordaba haber visto un día subir al carruaje, muy pálido, con sus largos cabellos caídos por ambos lados de su cara afeitada, á Víctor Hugo; luego á Alejandro Dumas con su cabellera encrespada, mostrando su altiva cabeza y su continua sonrisa por entre la multitud; á Paul de Keck, de codos

en la ventana como un militar retirado, tomando el fresco en el boulevard Saint-Martin. Entre las emociones de la vida de Brecheux contaba una reunión electoral en la que se había encontrado sentado al lado de Mr. Scribe y de todos los revolucionarios de 1848; sólo recordaba el sombrero gris de Lamartine. ¡Los autores! Era preciso que se presentara ante los autores, él, Brecheux, que no estaba seguro de no decir alguna patochada al hablar con ellos! Sólo el pensar en la entrevista le acobardaba. ¡La comisión de autores! ¿Se turbaría en su presencia, él, un director? Al menos iría acompañado de Alejo. Alejo no hablaba mucho, pero *manejaba bien la lengua*. Con esto el buen Brecheux estaría más confiado.

En el primer piso, subiendo una ancha escalera de piedra, en una casa de la calle de Saint-Marc, por la que han desfilado tantas glorias, Brecheux empujó con emoción una puerta que ostentaba ancha placa de metal con palabras grabadas que le imponían cierto respeto: *Comisión, Agentes generales, Biblioteca, Archivo*. Antes de entrar saludó intimidado, con el corazón palpitante... Alejo, aquel mocetón, estaba colorado como un gallo. Padre e hijo se encontraron luego en presencia de un ujier con cadena de plata, que pidió a Brecheux su tarjeta y la llevó a aquellos señores. La visita del futuro director era esperada. Se había anunciado. Al momento se le hizo pasar con Alejo a una sala baja, donde los condecorados que allí se hallaban se levantaron para recibirlos, ofreciéndoles asiento delante de una mesa cubierta de tapete verde y llena de papeles doblados. Y

Brecheux, en tanto que «su muchacho» tenía los ojos bajos, fijos en su sombrero, miraba curioso y con ansiedad á su alrededor aquellas caras que no conocía, los estantes llenos de libros, un retrato de Molière grabado, fijo en la pared, y en un cuadro los nombres y las señas impresas de los miembros que formaban la comisión para el corriente año. Un hombre muy cortésmente serio, y oficial de la Legión de Honor, según parecía, sentado en el otro lado de la mesa frente á Brecheux, explicaba al futuro director las condiciones que se le imponían para firmar un tratado; y al escucharlas, el buen hombre, con los ojos muy abiertos, no cesaba de lanzar ¡oh! y ¡ah! muy azorado.

El se había figurado sencillamente que el tomar un teatro se reducía á contratar artistas que despues de todo, presentándose con pretensiones de desempeñar los primeros papeles, aceptarían los últimos; encontraba muy natural aceptar como le diera la gana las piezas que le gustaran, pagándolas según quisiera, como un lote de cafeteras ó de bustos de zinc. Pero he aquí que absolutamente desconcertado, tropezaba con leyes y costumbres que le dejaban atónito. Había convenios inesperados, obligatorios. Se le hablaba (y al oírlos abría desmesuradamente los ojos) del 91, del 93, de decretos de 1806, de 1864 ¡y de quién sabe qué más! de resguardos, de revocaciones, de demoras de la representación, del boletín mensual que debía depositarse en la sociedad con el número de las producciones recibidas, fecha y nombre de los autores; se le exigía la tarifa y precio de los asientos; se le hablaba de la parte proporcional

que cada noche debía retenerse como fianza «para garantizar el pago de los derechos de los autores y de todas aquellas cantidades que se pudieran reclamar al director para responder á las costas de una demanda.»

—¿Resguardos? ¿Fianzas? ¿Demandas? Pero si yo—repetía el grueso Brecheux—no soy un pilla.... ¡Jamás he sido demandado! ¡No debo nada á nadie!

Aquello era una serie de interdicciones formales á las que Justo Brecheux, mirando despavorido á su hijo, no respondía: prohibición de hacer un convenio particular asegurando al autor un número determinado de representaciones; interdicción absoluta de arreglos con el autor saliendo de la tarifa. Multa de diez mil francos en el primer caso, de doce mil en el segundo. El antiguo hojalatero, todo sofocado, se limpiaba la frente, y lleno de admiración miraba á su hijo Alejo, que seguía tímido y escuchando impasible. Pero lo que hizo á Brecheux el efecto de un rayo fué la prohibición de representar las producciones de su hijo. ¡Cómo! ¡Comprar un teatro por Alejo, hacerse director por Alejo, por Alejo arriesgar su dinero y cambiar su vida, que, como él decía, «tantas jaquecas le costaba ya», y no tener el derecho de que Alejo diera á conocer sus obras en casa del padre Brecheux, como tenía el de darlas en la *Gaité* ó en el *Ambigu*.

—¡Pero esto es insensato! ¡En mi casa, qué diablo, soy el dueño! ¡Quiero deciros que lo que yo pretendo, más que nada, es dar ocasión á que mi muchacho se presente como autor! ¡Esto sería demasiado!

El pobre Alejo estaba descolorido y asustado con el acuerdo de la comisión.

Todas sus ilusiones se desvanecieron en un momento.

—Vamos, Alejo, ¿tú no encuentras que esto es soberanamente injusto?... Tú has ejercitado tu derecho.... ¿Acaso hay derecho de impedir á un padre....? Díles á esos señores.... Se ha sobrecogido, sabéis, este muchacho.... ¿De modo que es cosa resuelta? ¿es la ley de los profetas? ¿Será preciso que yo reciba las producciones de los extraños, mientras que Alejo estará de plantón? Confesaréis sin embargo que esto es una picardía.

Bien conocía que ante aquella omnipotente asociación era preciso inclinarse ó renunciar á abrir el teatro. ¿No abrirlo? ¿Haber comprado la *Mosquée* para abandonar luego el proyecto? Justo Brecheux no había retrocedido jamás ante una dificultad, y puesto que había anunciado que abriría un teatro, ahora tenía más empeño, cualesquiera que fuesen los obstáculos que surgieran. Por otra parte, la comisión le había dejado entrever que podría, como un favor especial, autorizarle á representar un drama de Alejo—¿y quién sabe?—tal vez dos. Esto bastaría para clasificar y colocar al muchacho en el rango de los autores. Esta esperanza vino á ser como un bálsamo extendido sobre la dolorosa herida de Justo. Dió las gracias, se inclinó, prometió firmar por duplicado el convenio propuesto, descendió, congestionado por la emoción, la escalera que tan alegre había franqueado pocos momentos antes, y ya en la calle, cogiendo del brazo á Alejo, le repetía azorado:

—¡Esto es intolerable! ¡No poder representar las producciones de su hijo!

—¡Ni las tuyas! —continuaba Alejo. —¡Entonces, Molière!... ¿Qué hubiera hecho, pues, Molière?... ¡Sin embargo, Molière representaba sus obras!

Tanta erudición consolaba algún tanto al padre Brecheux. Miraba de soslayo á aquel Alejo que tenía contestaciones tan prontas y tan sabias. Verdaderamente, Molière no hubiera podido.... ¡Pero se trataba de Molière! El resultado era que el *Teatro Brecheux* no tenía ninguna obra dramática. ¿A quién podría dirigirse? Brecheux quería demostrar á aquellos autores *afamados* que por lo menos podía pasar sin ellos. ¿Le imponían condiciones duras? ¡Pues bien, él les haría hacer antesala y representaría la primera pieza que le presentara el autor más desconocido, el principiante más ignorado. ... ¡Un joven, sí, buscaría un joven!

—¿Por qué no he de ser Mr. Paul Guerard? —dijo Alejo tímidamente.

—¿Mr. Paul Guerard? ¿Y quién es ese?

—Un protegido de Mr. Enrique Roquevert. Un verdadero talento, según dicen....

—¿Es el hijo de Roquevert quien te ha hablado de él? ¡Debe conocerlos bien! Envíame á tu monsieur Guerard.

Este era aquel joven pálido que por lo bajo estaba recitando versos en casa del padre Antonio, y á quien Enrique conoció la primera vez que llevado por Charrière almorzó en aquel sitio. Más de una vez Enrique volvió con el mismo objeto á aquel familiar restaurant. Hizo relaciones con aquel Mr. Paul, que según el padre Antonio *pro-*

metía, y en sus conversaciones expansivas, propias de los veinte años, en que fácilmente se manifiestan las aspiraciones, Enrique, apasionado por el arte escénico, y Mr. Paul Guerard, ambicioso de la gloria literaria, se entendieron. Guerard, laureado en todos los concursos generales, procedente de un colegio donde había tenido una pensión, era hijo de una institutriz, viuda hacia muchos años, y había vacilado entre la Escuela normal y la literatura, entre las letras enseñadas y las aplicadas. Su madre, que tenía confianza en él, le dejó seguir sus inclinaciones, su vocación, el teatro; ya había llenado varias resmas de papel y creía haberlo hecho todo, porque había terminado un drama, trabajando muchas noches, con el sudor en la frente, como si fuera un segador. Terminado el drama, Mr. Paul, como le llamaba el padre Antonio, se decía que sólo le quedaba verlo representar y oír que lo aplaudían. ¡Pardiez, esto no tardaría en ocurrir!

El desgraciado ignoraba lo que hay que pasar antes de llegar, no hasta el público, sino hasta el director siquiera; sufrir horas y horas el frío de los corredores de los teatros, entre gentes con la cara afeitada y las uñas negras, que esperan tarareando, con el cuello de astracán levantado hasta las orejas, en tanto que un dependiente de la oficina, sin molestarse, impasible, se entretiene en leer un periódico de la mañana. No conocía las muchas horas que se estacionaría en aquellas banquetas de solicitantes, junto al cómico extenuado y la coqueta envejecida; los ratos de espera aflictivos, aguantando el aire colado de las puer-

tas abiertas, mientras la del director seguía cerrada, sin ver moverse aquel timbre que no llegaba á sonar, y creciendo la impresión nerviosa de impaciencia, de angustia y de tristeza. Y luego, después de aquella respuesta que encerraba una esperanza, *dentro de un minuto*, oír una segunda fría y seca como una sentencia: *hoy es imposible*.

—¿Pues cuándo?

—¡Más adelante!

Entonces, la vuelta triste, amarga y lenta, como si á los pies les costara trabajo separarse de aquel corredor que encierra el porvenir, la gloria, la vida; el descenso lúgubre de las escaleras; el paso con la cabeza baja por delante de la portería, donde parece que se ven dos ojos burlones; el corredor que conduce á la calle, y la calle misma, con su movimiento incesante, los egoístas transeúntes, su actividad sorda y un ruido de máquina que parece dispuesta para triturar á los caídos. ¡Cuántas contrariedades todas las noches, olvidadas cada mañana con la nueva aurora que prometía la victoria!

No, él no conocía todas aquellas tristezas; pero de día en día, de mes en mes, Paul Guerard se acostumbraba á tragarlas como otras tantas medicinas amargas. Su desesperación y cansancio habían llegado hasta un extremo, que estaba decidido á entrar en cualquiera oficina para llevar los libros, en casa de un copista, no importaba dónde, para ganarse la vida, cuando la vecindad de la mesa puso á Enrique en su camino. ¡Y Enrique conocía á Brecheux! ¡Había hablado de *Mr. Paul* al millonario Alejo! Brecheux buscaba una obra, un autor, un joven,....

Alejo encargó á Enrique que llevase á monsieur Paul, no al teatro, que todavía estaba en manos de los albañiles, sino á la misma casa de Brecheux, boulevard Saint-Martin.

Y conmovido hasta lo profundo de su alma, una mañana el debutante, acompañado de Enrique Roquevert, se presentó llevando envueltos en un periódico cinco cuadernos de papel cosidos, con cubiertas azules, y que eran los manuscritos de cinco actos de una obra titulada *Gallia*.

Aquel Guerard había tenido una idea de poeta, una idea generosa y grande, una idea de joven con sus ardientes visiones. Había encarnado en Viviana y en Morgagne el genio del bien y el del mal que se repartían la patria. A través del tiempo y de las edades, aparecía Merlín, el hechicero Merlín de las antiguas leyendas de la vieja Armórica, procedente de los países donde se cría la flor de oro de las retamas á la sombra de las rocas de granito y de las encinas, para marchar hacia lo ideal, devorado por la inextinguible sed del progreso, de la ciencia sin límites y del amor sin fin, y siempre combatido por Morgagne y salvado por Viviana. Y Viviana se encarnaba alternativamente, en aquel drama extraño y sorprendente, en las figuras reales ó imaginarias que atraviesan el cielo de la poesía ó campean por la historia; era Margarita cuando Merlín se fundía en el crisol de Faust; Venezia cuando Merlín se llamaba Carlo Zeus; era la esperanza eterna cuando Merlín tomaba el nombre de Cristóbal Colón. Y Morgagne á su vez, persiguiendo al hechicero y á la hechicera á través de los espesos bosques bretones hasta

los morunos palacios: Morgagne, que era el obstáculo, la pasión, el odio, se interponía siempre delante del ideal apetecido, delante de la invención de Gutenberg, el poema del Dante, el libro de Juan Estienne. Por fin, Morgagne era vencido y desarmado por el perdón de Viviana, la pura Viviana unida á Merlín por el eterno y omnipotente amor.

Poema más bien que drama, en el que todas las razas y todos los pueblos aparecían personificados en alguna de sus fechas memorables ó en alguno de sus hombres célebres; himno dramático de fe, de progreso, de poesía; obra soberbia impregnada del perfume de las antiguas leyendas francesas, recogidas en los caminos de la Bretaña como se recogen un día de fiesta las flores del campo.

El grueso Brecheux había torcido ligeramente el gesto al escuchar la lectura de aquel drama original, y que excedía en muchos codos á su inteligencia y sus propósitos.

Bajó la cabeza, se rascó la oreja, pasó muchas veces su dedo índice por debajo de las alas de su nariz, y permaneció mudo como un hombre que trata de comprender una lengua que no conoce.

—¡Es soberbio!—dijo Enrique entusiasmado.

—Muy bonito—añadió Alejo, que asistía á la lectura.

Guerard esperaba una resolución muy ansioso, cuando Justo Brecheux, que había reflexionado, y que parecía querer traer á su memoria un recuerdo, se dió con su ancha mano abierta un golpe sobre el muslo, exclamando:

—¡Buena, estoy conforme! ¡Bien; pero eso se

ha hecho ya! ¡Sí! ¡Se ha representado en la Port-Saint-Martin un drama de ese género! No me acuerdo ya de su título..... el *Ginagier de Nuremberg* ó de *Anvers*..... no recuerdo..... y luego otra pieza..... París..... en la que Bocage hacía precisamente el papel de vuestro..... machin..... ¿cómo lo llamáis?..... En fin, del mago, ¿cómo?

—¿Merlín?

—Merlín. Esto ya fué aplaudido. Es á propósito para lucir decoraciones. Se pueden introducir bailarines. ¡En vuestro trabajo faltan también algunos couplets! En fin, si queréis que le represente, tendréis que convertirlo en una comedia de magia, y de este modo con mujeres, música y una apoteosis, ¡quizá se sacará dinero!

—¡Una comedia de magia! ¡Y Guerard que creía haber compuesto un poema!

Cayó de sus ilusiones. Su poesía se estrellaba contra aquella dura prosa. ¡Brecheux!

Aquel hombre además le dijo francamente que él no quería *echar el dinero á la calle* poniendo una obra tan literaria, pero que se comprometía en absoluto si el autor de la *Gallia* tenía otra obra en cartera, pero una obra moderna, una obra que no exigiera muchas decoraciones y gastos de escena, para representarla en seguida en la inauguración.

—¿Tenéis otra cosa que vuestra.....gala.....¿cómo? ¿*Gallia*? ¿Habéis escrito otra obra?

—¿Otra? ¡Tengo escritas veinte más!

—No quiero tantas. Me basta con una, pero si es posible, que sea buena.

Entonces, interviniendo Enrique, refirió á Bre-

cheux un drama del cual le había leído algunos fragmentos Guerard después de comer, cuando los parroquianos se marchaban; un drama violento, moderno, apasionado, del género de *Antony*, con el eterno é interesante asunto que sirve de argumento á las obras actuales: el adulterio; un drama doloroso, en el que se litiga el divorcio, y tomado de lo íntimo de las costumbres contemporáneas, con un excelente papel de marido y otro no menos admirable de mujer, en el que Elena Gervais rayaría á gran altura.

—¡Bien, bien, eso me conviene!....—dijo Brecheux;—al menos en ése no se habla de Cristóbal Colón, ni de Abelardo.... Eso está ya muy gastado.... Abelardo, en vez de esto, vale más.... ¡Sí, sí! Traedme eso, y si Mlle. Gervais acepta el papel, vuestro drama se representará. En cuanto el salón de artistas ó el del público esté libre de pintores, os lo pongo en ensayo.

Elena, debía, ciertamente aceptar con gusto tal papel, un papel de mujer sacrificada, torturada por la traición de un marido, cruelmente herida en su dignidad de mujer, indignada en su amor de madre, y sin embargo terminando por perdonar, tendiendo una mano leal al arrepentido y—había ya muerto la infame que le arrebatara su felicidad—diciendo á su marido: «Aquella mujer tenía un hijo, traédmele. Será hermano del mío.» Había en aquella sucesión de sentimientos complejos tal variedad de dolores que experimentar, tal choque de sentimientos extraviados, pero siempre generosos, que la mujer temblaba al mismo tiempo que la artista se veía de antemano tra-

duciendo ante la multitud sus sufrimientos. La obra tenía el título de *Juana Michelin*. El drama se desarrollaba en esa clase media trabajadora en que los dolores se hacen mayores por la necesidad diaria de trabajar, y en la que el honor del apellido no es solamente un lujo y un penacho, sino que figurando el nombre en la puerta del almacén, la reputación del comerciante se compromete, á la vez que está amenazada la dicha de su hogar.

Había muchas probabilidades para que la obra, muy sencilla y muy interesante, tuviese un éxito satisfactorio. Guerard hubiera preferido ver representada su *Gallia*. Pero pensaba que *Jeanne Michelin* se consideraría como un ensayo verdadero de teatro. Además, el entusiasmo y la fe de Elena Gervais le alegraban sobremanera. Se había consagrado con todo su ser al papel, como si su vida se hubiera dividido en dos, y una la aplicase á la existencia de Juana. El actor tiene el privilegio de encarnarse en el personaje que estudia, de entrar, como decía un cómico, «en la piel del otro» y de olvidar la propia personalidad, hasta el punto que si refiere la obra que representa, cuando llega á tratar de su papel, dice: «Yo amo á la Condesa, yo salvo al viejo Marqués, yo me bato con el Coronel, yo muero en el quinto acto.» ¡Y Elena también podía decir *yo* al hablar de Juana Michelin! Realmente ella sufría las torturas, las angustias de la abandonada. Derramaba lágrimas verdaderas y perdonaba como había sufrido, de verdad. Aquella doble existencia le era grata, pues por un prodigio singular, si el sueño que iba á encarnar era triste y lloroso, la realidad de su vida parecía

hacerse más dulce. Sentía una sensación de frescura, la impresión del descanso en un grupo de árboles después de una ruda marcha. La aparición de Monerol había sido para ella una pesadilla; pero no habiéndole vuelto á ver más, tenía como una vaga esperanza de que no apareciera ya. Pensando que Monerol volviera, tenía siempre una amenaza material suspendida sobre su cabeza; pero con el afecto de Enrique y la creciente simpatía de Saint-Ives, se sentía capaz de afrontar todo lo que viniese. No estaba sola. Su desconsolado aislamiento había sido sustituido por una vida activa, febril, y no se atrevía á pronunciar la frase, «feliz.»

Feliz, porque creía que Saint-Ives sentía por ella verdadero afecto. Él se complacía en contarla su vida, los muchos años de apuros que, como todo artista, había pasado, soportándolos con más resignación que otros. Sobre todo le refería los amores locos de su juventud, siempre confiado, siempre alucinado, dejando ver en sus palabras la amargura del pasado, como en una fruta se ven las señales de los dientes cuando está á medio comer. Si le decía todo esto, era para llegar á una confesión dulce como una declaración amorosa; era que al lado de Elena se sentía sin pena alguna y como rejuvenecido. En voz baja, entre consejo y consejo respecto al teatro, deslizaba aquellas confidencias, que causaban á Elena un estremecimiento de placer y un encanto incomparable; y cuando hablaba, como si vacilara en confesarlo todo, aquel altivo galán joven que expresaba, que ejercitaba en la escena todas las truhanadas de Lovelace y todas las impertinencias de don Juan; aquel hom-

bre cuya primera juventud había desaparecido, y que entre la gente de tablas pasaba por no llorar nunca y por no tener nada que desear, se ponía confuso, tímido, vacilante, con el miedo de un adolescente y con las opresiones de corazón de Cherubin bajando los ojos ante la Condesa.

Aquel homenaje tímido, aquel sentimiento lleno de emoción, interesaba, sin ponerla orgullosa, á la pobre Elena, que cada día se abandonaba más profundamente á la voluptuosidad desconocida de amar y á la alegría de verse amada.... Él no le había dicho nada, pero todo le delataba: su voz agitada, su muda sonrisa, los extremos de una afección que sólo hablaba de cariño y que estaba penetrada de amor....

—¡Me ama! ¡Sí, estoy segura de que me ama!— se decía Elena.

Y ni siquiera descaba una declaración. El adivinar su certeza le bastaba, y llenaba de encantadoras ilusiones su honrado cuartito. En los ojos de la joven se reflejaba una alegría inexplicable. Se sentía como acariciada por un perfume desconocido de idilio, y á los veinticuatro años, después de los rigores de su vida, Elena Gervais sentía los arrebatamientos de toda joven, de los cuales había tenido que privarse cuando á los diez y siete ó diez y ocho hubo de entregarse al cuidado de la bruñidora enferma, á la costura y á pensar con angustia en el día siguiente, en aquel humilde aposento de la calle Jony Roure.

Tan confiada estaba y tanto olvidaba el peligro, el pasado y todo triste recuerdo, que en los transportes de su dicha, ni siquiera pensaba en aquella

Clotilde Verrier á quien Saint-Ives había amado seguramente, y á quien quizá (así lo repetía Esther Levy) amaba todavía....

¿Y qué le importaba Clotilde Verrier? Si por de pronto Saint-Ives subía con timideces y alegrías de enamorado la escalera de la calle Duperré, si con tanta frecuencia iba á casa de Elena, ¿no significaba esto que Clotilde había sido olvidada, ó más bien, que debía contarse en el número de las que Saint-Ives había destrozado entre sus garras, y á quienes despreciaba, según decía, deseoso de trocarlas por un amor tranquilo, por una afeción verdadera, por un rincón que fuese su hogar?

¡Clotilde Verrier!—No, de ninguna manera; Elena no pensaba ya en ella, no la temía.

Y sin embargo, necesitaba decirse mucho que la actriz, tan extraordinariamente seductora, no era temible. En el fondo de su alma deseaba que Saint-Ives le dijese resueltamente: «Os amo»; porque diciendo esto un hombre de su temple, había ya que desechar todo temor. La afirmación de Saint-Ives era un juramento.

Pero Elena no sólo experimentaba el encanto desconocido de su primer amor; á la vez como artista se sentía revivir. La pobre joven había tenido una alegría de niño cuando una mañana en una carta, encerrada en un sobre que llevaba impreso *Théâtre Brecheux*, recibió, desdobló, leyó y releyó con gran encanto y admiración un papel de forma oblonga con palabras manuscritas, llenando los intervalos que quedaban entre las líneas tipografiadas. ¡Un anuncio de ensayo! ¡La primera citación para el ensayo! ¡Aquella papeleta que á la

misma hora hacía saltar de gozo el corazón de Guerard, el autor debutante! Y daba mil vueltas entre los dedos á aquel papel que tantas esperanzas encerraba, que era como una invitación para entrar en un mundo nuevo, á emprender con valor el viaje del porvenir. Y continuaba leyendo por la centésima vez aquellas líneas sin importancia que la hacían palpar de emoción.

TEATRO DEL BOULEVARD.

Hoy 14 de Agosto de 187...

Se participa á MILE GERSAIS que esta tarde habrá en sayo de Juana Michelin. Lectura en el foyer de los artistas.

A..... de.....

A..... de.....

FUNCION.

Dará principio á.....
A las..... 1.^a
2.^a
3.^a

5-60. Paris, Tip. Harris padre é hijo.

Besaba aquel billete en que se le anunciaba el ensayo, con la misma vehemencia que pudiera hacerlo si encerrase la declaración amorosa de Saint-Ives. Lo mostraba á Enrique que, á su vez estaba preocupado pensando en que también él, si no temiese ocasionar un disgusto á su padre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA INSOLAR TARIÁ
MAY 1917
CALLE 16-5 MONTERREY, MEXICO

enfermo, podía tener en su mano un billete como aquél y aparecería en las tablas, ¡en aquella magnética atmósfera!

Elena empezaba con entusiasmo aquella vida desconocida. Llena de emoción asistía a la lectura de *Juana Michelin*, fijándose en Guerard, que estaba sentado tras de una mesa cubierta con tapete verde, en la que se veía una botella de agua, vaso y azucarillo al alcance de su mano, muy pálido, rodeado de actores y actrices que desde sus asientos no cesaban de mirar todos la descolorida faz del autor, al cual, Brecheux, colocado a su izquierda cerca de Alejo, animaba diciendo:

— ¡Adelante! ¡la cosa va bien! ¡leed más alto! ¡bebed, que no tenéis saliva en la boca!

En aquella reducida sala de bajo techo, que ya había servido de punto de reunión a los cantantes de la *Mezquita*, estaba congregado todo el personal del futuro teatro: el director, Roblot, un hombre experto que rayaba en la vejez, y a quien Brecheux, considerándole a propósito, había arrancado de un teatro inmediato; el secretario general, un joven, amigo de Alejo, guapo, y según decían, rico, y que había aceptado aquel cargo resignándose a firmar las entradas de favor, a desempeñar servicios importantes, a remitir a los periódicos los sueltos y anuncios que debían insertar, todo sólo por ver de cerca a las actrices. Además, todos los que debían tomar parte en la producción nueva, dividiéndose el trabajo según sus cargos: el director de orquesta, el encargado de la guardarropía, el decorador, a quienes desde el día anterior tenía avisados Brecheux, que se proponía llevar

el asunto con actividad. Elena contemplaba aquello con curiosidad, muy admirada y muy conmovida, y a su vez los actores antiguos, las actrices que no la conocían, la miraban de soslayo, analizando su belleza, encontrándola demasiado fría y demasiado sencilla con aquella pobre *toilette* tan modesta. Se había sentado al lado de Claudina Hard y del pequeño Duret, sus compañeros, y le parecía que todavía se hallaba en el Conservatorio con los novios: no se acostumbraba a la idea de que aquella vez era en un teatro, en un verdadero teatro, donde entraba, y que aquel drama que se leía iba ella a crearlo, a imprimir en él el sello de su temperamento y de su talento. ¡Su talento! ¡Ni siquiera para sí, ni en voz baja se atrevía a murmurar esta palabra!

No conocía el drama, y por tanto escuchaba con atención, casi jadeante, procurando apoderarse por las entonaciones de Guerard, que leía muy bien, del pensamiento del autor. *Juana Michelin* tuvo un éxito muy satisfactorio al terminar su lectura. Los actores allí reunidos le aplaudían a la conclusión de cada acto, no por política y con la punta de los dedos, sino ruidosa y valientemente, como quien está arrebatado.

Cuando hubo terminado el drama, los aplausos fueron prolongados. El autor, trémulos los labios, apenas podía ocultar lágrimas de alegría, y Brecheux, dirigiéndose a su hijo y a Freville, el secretario general, les decía:

— Redactadme al momento un suelto para los periódicos expresando el gran efecto que ha causado la lectura. Es preciso que la inauguración sea

ruidosa. Y decid que el papel de Elena Gervais es arrebatador. ¡Andad! ¡pronto!

Entretanto, el autor, á quien Roblot hablaba al oído, iba tomando de un montón cuadernos pequeños y alargados que tenía delante, distribuyéndolos uno tras de otro á cada actor, que se inclinaba sonriendo si el papel era agradable, es decir, largo; ó con aire descontento si era sencillo y corto, yéndose después unos y otros á un rincón á leer el manuscrito extendido por el copista en hermosa letra redondilla....

Una vez hecho el reparto, eran de oír las quejas, los chasquidos de lengua en señal de disgusto, las comparaciones celosas, los consuelos intentados por sus compañeros, los halagos aplicados á su amor propio, como el aglutinante que se pone sobre una herida.

—¡Verdaderamente el papel es indigno para tí, Pepezut!

—¿Un papel? ¡Esto no es un papel! ¡esto es una *papa*!

—Yo no podría decir nunca lo que en él se expresa; *¡ni lo pienso!*

—¡Vaya, vaya!—replicaba el director.—Se pedirá al autor que te dé *cosas gordas*.

Lo *gordo* consiste en la frase añadida, en la tirada larga, en las palabras de *efecto* intercaladas, que hacen más extenso el papel corto. Encogiéndose de hombros desaparecía el actor gesticulando todavía, pero más calmado ante la consoladora perspectiva: «Tú tendrás cosas de sustancia.» Terminada la distribución, quedaban únicamente sobre la mesa dos ó tres cuadernitos de insigni-

ficantes papeles de criados anunciando visitas ó de semifigurantes. Estos fácil era encontrar quien los desempeñara. Lo más difícil de proporcionarse era un personaje que recaía en una mujer, cuya sola misión consistía en atravesar la escena en medio de una situación dramática, pero que debía ser extraordinariamente hermosa y ricamente vestida. En el drama sólo entraba su belleza superior, su gran lujo, su cabellera, la originalidad deslumbradora de su vestir. Tanto era así, que de no aparecer ante el público una *toilette* sorprendente y una belleza fascinadora, era seguro que estallaría una risotada.

—Buscaremos y la encontraremos—decía Brecheux.

—Habría un medio—proponía Roblot, el director—que sería *suprimir* el personaje. No tiene que decir más que dos palabras, y de nada sirve.

¡Suprimir! ¡suprimir ya! El pobre Guerard miraba todo asustado á Roblot y á Brecheux; pero la contestación de Justo fué para él un bálsamo consolador.

—No, no suprimamos nada. Una mujer hermosa en escena es un atractivo poderoso para el éxito de la comedia. ¡Y se encontrará! ¡Más fácil es hallar diez que una sola! ¡Tantas hay que disponen de diamantes para poderlos exhibir.... á fin de conquistar otros!

—Y los diamantes—añadía Brecheux, riendo con naturalidad en las barbas del autor—son de más valor todavía que vuestros rasgos de ingenio. ¡Hablo bajo el punto de vista de los ingresos!

Elena se había ausentado hacía rato, dejando á

los que iban á ser sus compañeros repartirse por los cafés más próximos para comunicarse noticias de la *lectura*. El pequeño Duret y Claudina, corriendo siempre bajo la severa mirada de la madre Hard, subieron con ella el bulevar de Strasburgo. Estaban satisfechos con sus papeles; Claudina sabía realzar el papel de criada traviesa, y Duret un galán cómico, tímido y atolondrado, donde esperaba estar muy gracioso. Además debía cantar un *couplet*, y como era músico de veras, aquello le agradaba sobremanera.

—¡Qué bien cantaría Claudina si quisiera!— decía suspirando dulcemente.

—La señorita Claudina—interrumpió severamente la madre Hard—no necesita ocuparse en cantar; es actriz cómica. ¡Supongo que no pretenderéis hacer de ella una artista de café-concierto!

Pero la muchachuela, saltando al lado de la mamá con tono mimoso, replicaba:

—¡Oh! ya sabe, mamá, que si, como dicen, me llenaran de oro por cantar operetas, las cantaré como pudiera hacerlo otra cualquiera.

—Mejor que otras—insistió el pequeño Duret.

Mme. Hard, que sin duda tenía predilección por el gran arte, parecía ofendida de oír aquellas manifestaciones; así que Elena, para desviar la conversación de aquel asunto, preguntó si se señalaría pronto la fecha del casamiento de los chicos.

—No vayáis tan lejos!—exclamó la madre.—Dejad primero que debuten. ¿Y si no consiguieran tener éxito?

—¡Oh mamá!

—No me refiero á tí; hablo por Duret.....

—¡La voz de la sangre!—dijo por lo bajo Luis.—
¡Suegra ya!

Mucho antes de llegar á la calle Duperré se despidieron de Elena, dejándola sola, alegre y llena de esperanzas, con la cabeza trastornada por todo aquello que había visto y oído, nuevo para ella.

Una vez en su casa abrió la ventana y permaneció en ella un rato dando vuelos á su fantasía.

No dejaba de experimentar cierta inquietud al ir al teatro, temiendo á aquella multitud de actores y actrices que de autemano le daban miedo. Pensaba si realmente tendría valor para penetrar en el foyer y tomar allí asiento entre aquellas gentes que le eran desconocidas y que hablaban y reían muy alto. Tenía de la gente del teatro el concepto poco favorable de los que no han hecho conocimiento íntimo con ellos. Templo por un lado, por lo animado y deslumbrador de la representación; por otro, el teatro le hacía el efecto de una caverna, de una cosa triste donde bullía lo desconocido. Y por grande que fuera su deseo de hacerse en él un lugar, á pesar de su vocación, pasada la inmensa alegría que le causara la primera cita para el ensayo, había necesitado hacer un gran esfuerzo para presentarse en el teatro sin una emoción de niña, sin el miedo que consideraba ridículo, pero que á duras penas podía resistir.

Así fué que se sorprendió de hallar una acogida familiar y atenta, llena de naturalidad, que al momento la tranquilizó y la hizo estar á gusto. No

había soñado. Sabría acostumbrarse perfectamente al trato diario de aquellas personas, cuyos nombres ni siquiera sabía, y con quienes iba á vivir de doce á cuatro de la tarde y de siete á doce de la noche.

Unas veces á Enrique y otras á Saint-Ives, les confiaba sus impresiones. Enrique la escuchaba, ardiendo en deseos de imitarla, como el caballo sujeto que piafa impaciente por salir corriendo. Saint-Ives veía en aquellas nuevas impresiones de Elena, sus primeros recuerdos llenos de encanto, teñidos por los colores de la aurora.

Cada día se presentaba á Elena un nuevo motivo de estudio y curiosidad. En aquel teatro sin terminar, donde reinaba febril actividad y aturdimiento el ruido de los mazos y las sierras confundidos con los cantos de los pintores que trabajaban en lo alto de las galerías, con los golpes de los martillos y los chirridos de las cerraduras, estaba ya disponible el escenario, que había sido ensanchado. Alguna vez se oía bajo el pavimento el rumor de los obreros que estaban trabajando en la maquinaria de la parte baja. En aquel laborioso murmullo del vasto edificio, parecido á una columna en trabajo, ensayaban los cómicos, unas veces en el foyer de actores y otras en el mismo escenario, cuando el director conseguía que los obreros no hicieran mucho ruido. Por lo demás, Brecheux encontraba muy original acometer todo á la vez, la literatura y la carpintería, el ensayo de *Juana Michelín* y la transformación de la *Mezquita*.

Iba y venía, sudaba, se ahogaba, se movía, y rodaba por allí como una bola enorme y estrepitosa.

Como Elena, también él se sentía confundido y admirado, y trataba á los cómicos cual si fueran sus obreros antiguos. Pero no tenía tiempo como la joven para analizar sus admiraciones, y para divertirse con todo lo que la rodeaba. Sin embargo, experimentaba la misma impresión que ella. Parecíale á Elena que su vida, hasta entonces monótona, adquiría tonos alegres. Sin duda la fe que le inspiraba el afecto de Saint-Ives contribuía algo al risueño aspecto de su *vita nuova*; pero el mismo teatro con su trajín y su vida de marco le era agradable, y durante los ensayos miraba aquella existencia, no como una acción en que ella llevara su parte, sino como un espectáculo á que asistía.

Hecha ya por completo la distribución de personajes, se habían leído los papeles con el cuaderno en la mano; luego, una vez sabidos los papeles, se recitaban sin manuscrito con el apuntador, y poco á poco los ensayos iban haciéndose interesantes para el pobre autor, que diariamente veía que su producción, como si fuera una planta, crecía, brotaba y florecía.

En aquella sala en la que pronto brillaría un público bullicioso, todo estaba aún sumido en una sombra en la que difícilmente podía Elena distinguir los objetos. Anchas fundas de color gris cubrían como un sudario las butacas y las galerías apenas terminadas. Los palcos aparecían en tinieblas. Nada más triste que aquel desierto que durante la noche se veía poblado. Las nuevas butacas formaban vagamente como actitudes de fastidio, cual si tuviesen vida, y sobre sus respaldos sedes-

tacaban brillantes los números como el ojo único del ciego.

En el escenario, dos luces confusas daban á los actores que por allí andaban apariencias fantásticas. La luz de un mechero de gas con reflector, colocada junto á la concha del apuntador, daba á los cómicos un reflejo rojizo, en tanto que por los lados penetraban los tintes pálidos de la luz del día, dividiendo en dos partes aquel sitio, rojiza una y livida la otra. En la parte anterior del escenario los actores ensayaban, yendo y viniendo, gesticulando y dirigiéndose unos á otros, según exigía el personaje que representaban, y mientras tanto sentados allá en el fondo, hablaban ó leían sus manuscritos los cómicos *que no estaban en escena*, los hombres refiriendo alguna historia, las mujeres, como Claudina Hard, bordando, haciendo crochet ó bostezando.

De cuando en cuando, envuelto en su capote blanco como en el invierno, aparecía tras de una columna el bombero de servicio, lanzando al escenario una mirada distraída, ó sentado en un banquillo del rincón, escuchaba, cuando no se dormía.

Elena se fijaba contemplando todo aquello, en la luz exterior que entraba por la ventana, como por una hendidura viniendo á dar en los dorados del salón, en la franja color púrpura de los antepechos de los proscenios, en las esculturas de la embocadura del escenario, en los cristales de las lámparas, y en ver danzar en aquella atmósfera—como mariposas ó mosquitos—partículas desprendidas de los panes de oro que se empleaban para las molduras, las cuales descendían lentamente en aquel

aire pesado, cayendo sobre el escenario como una nieve amarilla y brillante y sirviendo para que los actores que no ensayaban en aquel momento se entretuvieran extendiendo las manos para coger los tales copes de oro flotantes, que el más ligero soplo hacía elevar y desaparecer de la vista como si fuese el polen de las plantas.

Y cuando aquellas laminillas de oro desaparecían del alcance de la mano, era cosa de ver qué manifestaciones de contrariedad y qué gritos de ilusiones frustradas se oían.

—¡Lluvia de oro de Danae!—gritaba alegremente un cómico.

De pronto, se oía la voz del director, que, sentado cerca del apuntador ó del autor, decía: «¡Silencio, silencio por ahí, he dicho! ¡Bastante tenemos con el ruido que producen los martillos de los cerrajeros, para que todavía vengáis á ensordecernos con vuestras conversaciones!»

Entonces callaban, riéndose por lo bajo del director *que no estaba de buen talante*, y el ensayo continuaba con acompañamiento de ruidos y del rumor sordo que venía de fuera, el rodar lejano de los carruajes, la actividad bulliciosa de la vida, en tanto que en la penumbra del teatro aquellos cómicos, guiados por un inventor de ficciones, se agitaban en un verdadero sueño.

Curiosa y ávida de conocer á toda aquella gente que la rodeaba, Elena se complacía en comparar sus existencias con la suya, y en aquel mundo á quien temía, encontraba, conmovida, atenciones dignas de agradecimiento. En Juana Michelín había pocos papeles de mujer; una dueña, pobre co-

madre que después de haber conseguido en provincias toda clase de triunfos como artista y como mujer, venía á dar fondo desempeñando un modesto cargo en el teatro de Brecheux; una dama joven, discípula de Thibouville, que era una niña tímida, vacilante, de aspecto modesto y abatido, que hablaba poco, saludaba cortésmente, y lloraba cuando el autor ó el director le hacían la más pequeña observación; la criada, que era Claudina, y el papel principal, el gran personaje, que debía desempeñar Elena. Los papeles de hombres eran muchos más; pero el importante, el del marido, había sido confiado á Gardonne, actor de talento, pero que cansado del teatro, seguía en él casi por costumbre, como un obrero en su tarea, trabajando bien, siempre con exactitud y corrección, pensando en el momento que le sería posible entregarse á su placer favorito que era la contemplación del campo, de los árboles, de las plantas, de las flores, que eran su consuelo de todos los días.

Tenia unos cuarenta y cinco años, pero en la escena podía pasar como si tuviese sólo de treinta á treinta y cinco. La mayor parte de las horas de su vida las pasaba este Gardonne en la pulverulenta y densa atmósfera del teatro, sentado en un rincón, mientras tenía lugar el ensayo y la sala se hallaba en la obscuridad con sus sillones rojos ocultos bajo las cubiertas, que aunque eran de color verde, no era el verde de los árboles. Allí esperaba fastidiado y cansado el momento en que le tocara recitar su papel ante el director y el autor. Por la noche continuaba todavía allí, yendo desde su cuarto, donde se ahogaba y la luz del

gas encendía su sangre, á los bastidores llenos de figurantas ó al foyer de actores, donde los vapores húmedos empañaban los cristales. Y congestionado, casi enfermo, en todos estos puntos se creía prisionero; aquello era para él una vida de jornalero ó de esclavo. Así que su alegría, su consuelo voluptuoso era, cuando venía un acto en que él no trabajaba y tenía por delante una media hora de libertad, bajarse por el boulevard ó llegarse al parque inmediato á contemplar los árboles, los brotes que apuntaban las primeras hojas de Abril, la naciente primavera, las caricias del estío, y los tonos de bronce ó amarillos de oro del otoño; aquella eterna y variable naturaleza que le consolaba de los árboles de cartón, de los paisajes y los bosques pintados en el lienzo.

De este modo, con su frenesí por el campo, por el aire libre, por los inmensos prados, por los gorjeos de los pájaros posados en las piedrecillas, y las largas filas de álamos y sauces, entre el *encierro* y *jardín* sedeslizaba su vida, entre el olor de polvo y de barniz de aquel teatro que le proporcionaba su subsistencia, pero en el cual se sentía encerrado como uno que está á bordo y ansía bajar á tierra.

Elena encontraba á Gardonne muy fino, cortés y amable, pero de una amabilidad triste. Hacía un contraste especial con Pepezat, que en *Juana Michelin* representaba una especie de pendenciero elegante. ¡Elegancia marchita, sin embargo, la del desgraciado Pepezat!

Pepezat de Montpellier había sido en otro tiempo muy remoto, como maliciosamente decía la pe-

queña Clandina, uno de los buenos mozos favorecidos por los gemelos de las mujeres. Su talento era escaso, pero su apostura era galante y siempre estaba al corriente de la moda; además contaba con buen físico y una elegancia natural. Su madre, la viuda Pepezat, tendera de la calle Barralerie, que era una buena mujer religiosa y tímida, le había visto con terror salir á las tablas donde si se arrojaran algunas gotas de agua bendita, se oiría un ruido parecido al que se produce sumergiéndose en este líquido un hierro candente. Pero Pepezat no tardó mucho en convencer á la buena mujer de que el teatro era la mejor colocación para un buen mozo como él. Tenía hermosa voz y cantaba las romanzas con un arte, una intención y un colorido que ponía locos de entusiasmo á los invitados á la casa de la viuda Pepezat, cuando ésta rogaba al joven que cantase un poco después de la comida, «para ver.» ¡Era digno de verse un tenor de su temple lanzando notas al aire en el fondo de una tienda, en que se vendían especias é higos secos! Mme. Pepezat suspiró, se santiguó, y dejó que su hijo fuese á París.

Llegó á esta ciudad seguro de que en ella encontraría su fortuna. ¿Y la gloria? De ésta se preocupaba lo que su buena madre de los trozos de jabón que despachaba. Pero tratándose de la fortuna, ya era otra cosa. Su espejo, á quien, como una coqueta, consultaba muy á menudo, le decía que estaba adornado de cuanto puede necesitarse para encontrar un buen partido y hacer un gran casamiento. En efecto, se le había contratado por su buena figura, después de una audición en que cantó

agradablemente un aire de las *Visitandinas*. Había debutado en la Opera Cómica un domingo de veraño, y hablaba con mucho entusiasmo de aquella noche en que arrebató á un público de *entradas de favor*. Tal vez Pepezat lograra su objeto, pero perdió la voz. ¡Esta era la ruina! pero no, siempre le quedaba su físico! Abandonó entonces la Opera Cómica, entró en los teatros de género, y después de haber representado todos los días para los palcos, enviando á las espectadoras incitantes y significativas miradas, una vez terminado su papel se vestía precipitadamente y descendiendo, con la ansiedad que un enamorado acude á la primera cita, los peldaños de la *escalera de los artistas*, lanzaba una escudriñadora mirada á toda la calle, interrogando á las esquinas y á los rincones apartados, en la certeza de encontrar allí alguna berlina desde el fondo de la cual alguna gran dama, conmovida y palpitante, estaría acechando su paso.

Y las noches de estreno ó de las funciones de moda, que se veía una larga fila de carruajes estacionados á la puerta del teatro, eran de ver las investigadoras miradas de Pepezat, que pasaba por delante con la cabeza erguida, tarareando y deteniéndose un poco enfrente de cada uno para descubrir en él la mujer esperada y que ciertamente (de esto no había duda) le esperaba.

Pepezat estaba tan firmemente persuadido de que su fortuna consistía en ser elegido por una gran dama, terminando sus días en algún elegante palacio ruso, húngaro ó napolitano, que reservaba honestamente su hermosura para aquella futura encantadora. Desechaba los amoríos con alguna de

sus compañeras, considerándolos como una infidelidad á la que debía venir.

Pero los años iban transcurriendo uno á uno y caían como escarcha sobre la cabeza de Pepezat. Todos los días hacía de galán joven, y todos los días esperaba. Hacía algún tiempo que la viuda Pepezat había muerto y que su pobre herencia estaba gastada. Pepezat vestía siempre como un joven, corbatitas claras, pantalón ajustado, trajes de dandy. No cesaba de dirigir los gemelos á los palcos, de interrogar los carruajes, tarareando al pasar por delante de ellos, y todos los días se dormía diciendo: *¡Todavía no ha llegado!*

Ella no venía y las sienes de Pepezat iban llenándose de cabellos blancos. «Cabellos insurrectos», se decía, y los arrancaba. Pero la avalancha de los blancos iba siendo poderosa, y ya dominaban casi á los negros. Pepezat se sonrió y se tiñó el pelo. Todavía tenía la sonrisa de los veinte años, con la pata de ganso de los cuarenta. ¡Bah! ¡a esta edad es cuando la belleza del hombre está en su esplendor! Pepezat había sido un joven guapo, lo cual es frecuente; sería luego un hombre de hermosa presencia, y esto es raro. Continuaba paseando su mirada por los palcos y por los carruajes, en los cuales algunos jóvenes tímidos esperaban la salida de las actrices; pero nadie esperaba á Pepezat.

¡Nadie! Algunas veces la esperanza es tenaz. Pepezat contemplaba con horror aquel espejo que en otro tiempo había sido su encanto. Era preciso confesarlo, Pepezat envejecía. Su hermosura se iba marchitando. Se aproximaba el momento en que no quedarán señales. El esmalte de sus

dientes, tan brillante hasta entonces, se iba cayendo sensiblemente, y muchos habían desaparecido. Mirándose entre dos espejos por delante y por detrás, se apercibió—por más que no lo quisiera creer—de cierta calvicie que invadía su cabeza. ¿Acaso todas sus *hermosas prendas* iban desapareciendo, una á una como las hojas de los árboles?

¡Quizá, sí, quizá!

A pesar de esto, Pepezat pensaba que todo sueño se realiza, con tal de que se tenga paciencia. No podía dudar que en este mundo existía una pasión por él. Una muchacha no, pero una mujer, una viuda—una joven viuda—tal vez una viuda de cierta edad, pero bonita, que se prendería de él y le ofrecería su mano. Posible era que ya no debiera pensar en la gran dama napolitana, en la condesa húngara ó en la princesa rusa, en una villa á la orilla del lago Como ó en un castillo en las inmediaciones de Praga. No.... Por más que.... ¡No.... no! Sin embargo, una parisién de la clase media, alguna viuda de un notario, que ofrecería á Pepezat compartir su casa de campo, llevándole como dote una propiedad al lado de Choisy ó de Nogent, todavía podía aceptar.... Y Pepezat ya no miraba á las jóvenes y se dedicaba á las mujeres maduras.

Pepezat no era malo. En sus ilusiones había su fondo de humanidad. El día en que *ella* se presentase, una vez firmados los contratos, él se proponía ejercer el bien á su alrededor, en el campo. Fundaría escuelas. Entraría en el ayuntamiento para defender allí las buenas causas. Establecería premios para la virtud. ¡Oh, el dinero de la viuda

sería dignamente empleado! Pero la viuda del notario no venía. Y cada año que pasaba, Pepezat se admiraba de tener uno más.

De buen grado se hubiera casado—al día siguiente de sus ilusiones—con alguna tendera que le llevara un capital como el que contaba la madre Pepezat, y apurando el caso, se acomodaría á terminar como había empezado: ¡vendiendo higos y pasas en la calle de Paradis ó en el faubourg Saint-Martin, como en otro tiempo en la calle Barralerie! Inútilmente punto por punto iba limitando sus aspiraciones Pepezat. Envejecía, era preciso vivir, y la comerciante tampoco se presentaba.

Del palacio húngaro á los bastidores del teatro de Brecheux había una gran distancia; pero desde su cuarto no abandonaba nunca las ilusiones. Pobre, no dejaba todavía de ser elegante, una elegancia que llamaba la atención. Su contrata para el *Teatro del Boulevard*, su creación en *Juana Michelin*, debía indudablemente coronar su carrera, hacerle alcanzar el objeto deseado. El papel *aumentado* por Gerard le daría ocasión. Pepezat sacaría partido de él, y entonces.... entonces *ella* vendría.... ¡Pepezat tenía ya seguridad! ¿La tendera?... ¡Bah! en caso de necesidad, aunque fuese una frutera, con tal que tuviese en Montreuil-les-Peches ó en Saint-Denis una bicocha para no morir de hambre.

Como Pepezat, los demás actores eran unos tipos originales que tenían también sus pasiones, pero modestas y honradas. Paseos en bote por el Marne, en Joinville, comidas en los figones de la orilla, jiras campestres, éstas eran las expansiones de aquellas pobres gentes á quienes el público

creía nadando en la opulencia. Uno de ellos se ocupaba de química, tratando de componer una tinta superior con la que confiaba ser el abastecedor de las oficinas de los ministerios y de los ferrocarriles. Otro pintaba en porcelana, uniendo á su escaso sueldo lo poco que ganaba decorando estatuas y vasos, imitaciones de Sèvres. Otro todavía hacía versos para las colecciones populares, que se vendían en la calle y que le pagaban á un precio ínfimo. Había uno viejo, estropeado, afónico casi, contratado por caridad, y que obtuvo el premio de honor en idioma francés en tiempos de Mr. de Fontanes....

Todo aquel mundo reducido trabajaba, esperaba, confiaba, pensando que les sería muy grato el que, habiendo tantos teatros de opereta, prosperara uno de drama. Entre las preocupaciones de aquellos pobres diablos, su mayor ambición estaba en ganarse el sustento diario, el pan, la diosa realidad, que podía más que el ideal.... Elena se compadecía y quería á sus compañeros, á quienes no hacía mucho tiempo tenía cierto temor, encontrando entre ellos, entre aquellos seres calumniados y mal conocidos, honradeces sin tacha y méritos sin afectación, unido á miserias soportadas con valor y males sobrellevados en silencio....

Le asustaba algo el apuntador, un viejecillo inquieto y raro que alguna vez la miraba con aire extraviado. Brecheux le había recogido á la puerta de un teatro del que acababa de ser despedido, y le conocía de haberle preguntado muchas veces en otro tiempo qué pieza ensayaban en este ó en el otro punto.

—Seréis apuntador en mi teatro, Jovelin—le había dicho.

¡Qué tipo tan extraño era aquel viejo! Hacía muchos años que pasaba su vida metido en el hueco del apuntador, incrustado en la concha como la tortuga ó el caracol en su cáscara. Era pequeño, encorvado y completamente calvo, circunstancia que ocultaba bajo un gorro de terciopelo negro metido hasta las cejas, dejando ver por los lados sus dos orejas de amarillos y casi transparentes cartílagos, como si fuesen las dos asas de un cántaro. Tímido, silencioso, buscando siempre los rincones oscuros y los sitios solitarios, el padre Jovelin más que vivir en el teatro se deslizaba por él. Nadie le veía; se ocultaba. Apenas se le oía; apuntaba mal, sus ojos estaban fijos en el manuscrito, pero la imaginación vagaba por los espacios....

Peró se lo perdonaban todo. Unicamente decían: «el padre Jovelin es *distráido*.»

O más bien: «el padre Jovelin está con su *monólogo*.»

Después de veinte años aquel monólogo de Jovelin, que era ya célebre, no había variado. Jovelin se paseaba por los corredores del teatro marmoteando amenazas, injurias, apóstrofes violentos dirigidos á un ser invisible, siempre fijo en la mente del hombrecillo. Un odio antiguo se encerraba en aquel ser dulce, bueno y silencioso. En el fondo de su corazón crecía una cólera implacable. Se decía en secreto que en otro tiempo el padre Jovelin había sido víctima de una traición. Un amigo, un compañero le había robado á su mujer,

desapareciendo con ella. Nunca se consolaba de esta pérdida. Antiguo negociante arruinado, según se suponía, Jovelin se hizo apuntador y había desaparecido, llevándose á su concha el amargo recuerdo de la traición. Allí permanecía siempre como ensimismado dolorosamente.

Y como el moderno repertorio puede decirse que casi siempre tiene por argumento la candente cuestión del adulterio, cada drama, cada estrofa renovaba su dolor y encendía la cólera de Jovelin. Entonces se le veía exaltado reñir y casi gritar. Añadía su furor á la prosa de la obra, y los actores, sorprendidos escuchando las palabras que no les llegaban, oían al viejo apuntador que les lanzaba furibundas interjecciones, en medio de una escena de ira inesperada.

—¡Ah canalla! ¡Ah miserable! ¡El cobarde y la infame! ¡Si los tuviera en mis manos, cómo les torcería el cuello!

Y alternando con esto, las frases del texto que descifraba el apuntador transmitiéndolas iniquamente:

—*¡Estoy á vuestras órdenes, señor Conde!*—Debía haberlos matado indudablemente, puesto que á ello tenía derecho.—*¡Cuando queráis!*—Miserable, sí, doble, triplemente miserable!—*¡Palidocéis!*—*¡Y él!* ¡un amigo!.... ¡Vil, sí; ¡oh, solamente un vil!—*¡Vuestro Coronel os espera, señor!*—¡Ah, Magdalena, yo te amo á pesar de todo, mi pobre Magdalena!

Así, en aquel medio nuevo para ella, donde pululaban curiosas individualidades cuya originalidad parecía como centuplicada por una existencia

agitada, pasada fuera de toda realidad, Elena Gervais se interesaba por todo, olvidando con la facilidad de los seres dichosos los males sufridos, las pruebas soportadas, no teniendo más que una inquietud, Monerol; y una angustia, el *debut*. Para afrontar el porvenir contaba todavía con el estímulo de Saint-Ives, y respecto al antiguo y derrotado actor, Enrique le decía: «Quizá haya abandonado á París. Por mi parte nada he sabido de él. Alguna mañana recibiréis carta suya pidiéndos dinero.»

No obstante, Elena empezaba á compadecerse de aquel que al presentarse ante ella la hizo temblar de miedo. ¿Qué le habría ocurrido? Se reprochaba el no haber intentado sacarle de su miseria. Quizá bajo el cinismo de Monerol todavía quedarán en el fondo sentimientos honrados, que ella debió hacer palpar y estimular con sus excitaciones y su agradecimiento. Porque, después de todo, era su padre y lo había dejado sumergirse en el inmenso oleaje parisién, peor aún, en el cieno de aquella sociedad. Elena de remordimientos, se creía culpable. Parecíale que había sido egoísta é inhumana.

Luego recordaba las palabras intencionadas, ó más bien, verdaderamente repugnantes de aquel hombre, la extraña sonrisa que acompañaba á las miradas que á su hija dirigía, y repuesta de la emoción que le causara la presencia de su padre, parecíale que gozaba mayor libertad.

—No os fiéis, sin embargo, demasiado de su alejamiento—decía Enrique.—Pero que aparezca ó no, aquí estamos nosotros, Elena.

Nosotros, esto es él y Saint-Ives. Aquellas dos amistades (Elena no olvidaba tampoco á Marcy), y el teatro, llenaban la existencia de la joven. Los ensayos del drama seguían con actividad, y las obras del teatro avanzaban rápidamente. Brecheux dejaba al autor y al director encargados de los ensayos en la forma que les pareciese, y él se ocupaba con preferencia de la administración, nombrando sus empleados y haciendo cajero á un honrado anciano que seis meses antes era el tecedor de libros de la casa Dutilleut, el sucesor de Brecheux, de donde había salido por motivos de salud. Habiéndose restablecido, aceptaba ahora con mucho gusto estar á las órdenes de su antiguo principal. En cuanto á llevar la caja, satisfacer los importes de las facturas y pagar á los empleados, que siempre se hace del mismo modo, lo consideraba cosa fácil.

Brecheux estaba en sus glorias. El personal se iba completando. El arquitecto por su parte no faltaba á su palabra, y á este efecto estimulaba á toda su gente. Por la noche, al pasar por el boulevard, en el fondo del callejón que antes servía de entrada para la *Mexquita*, se percibían grandes luces á través de los andamiajes, que unas veces alumbraban los rincones y hacían brillar los dorados, dejándolos otras en la semiobscuridad, según se proyectaban desde los maderos donde estaban suspendidos los aparatos. Eran los obreros, que para dar cima á la tarea el día fijado, desplegaban una actividad febril, trabajando durante la noche en la sala á medio alumbrar.

El nuevo drama sí que inquietaba algún tanto

á Brecheux. No tenía gran confianza en aquel señor joven que le había presentado Roquevert hijo, y se arrepentía de no haberse dirigido á un autor conocido que pudiera inspirarle absoluta confianza, pidiéndole un drama para el día de la inauguración del teatro. Pero se había propuesto demostrar á aquellos personajes que se creían árbitros del teatro, que él se burlaba de ellos, y por eso había tomado lo primero que se le presentó.

— ¡Y si al fin fuese aceptable!

— Después de todo, ¡qué! si la función no gusta, presentaré otra y.... ¡erre que erre! Tentado estoy de que se empiece á ensayar una nueva. ¡Ah, como produzcan dinero, lo que es novedades no han de faltar en mi cartel!.... Una pieza cada quince días ó cada ocho, como en Belleville, como sucede en provincias.

En vano el director Roblot quería hacerle comprender que una obra que no da mucho dinero los primeros días puede ser aceptada en los sucesivos, y lo es muchas veces hasta proporcionar pingües ganancias; la paciencia no entraba en el sistema de Brecheux. No se avenía á arruinarse *esperando* un éxito. Cuanto más variase, cuantas más novedades expusiera, mayores probabilidades había de dar con una que entusiasmasse al público. Pero (esta era la frase del buen hombre sofocado, que hablaba de aquel asunto sin entender sus incidencias) hace falta no dormirse.

Y verdaderamente, no se dormía en su teatro. Era ya indudable que el Teatro del Boulevard se abriría en la época indicada y que no se retrasaría la fecha oficial anunciada por todas las esquinas

de París: *«Fijamente el día 20 de Septiembre. Apertura del Teatro del Boulevard. Primera representación de Juana Michelin, drama en cinco actos. Debut de Mlle. Elena Gercais.»* Cuando ésta veía su nombre impreso por primera vez; al encontrar, cuando salía de su casa, en una pared de la plaza Pigalle un cartel que anunciaba su nombre, con sus doce letras *«Elena Gercais»* impreso en negro sobre una faja que se destacaba en el fondo color rosa del impreso, la joven quedaba muda é inmóvil, leyendo y releiendo el anuncio, y experimentaba aquel miedo horrible que la había hecho desvanecer entre los bastidores del Conservatorio. ¡De modo que era cierto, estaba anunciado! ¡Y sólo faltaban catorce días, menos aún, doce, para el 20 de Septiembre! ¡Doce días, y Elena tendría ante ella el público, la prensa, sus compañeras, todo el mundo! Entonces el terror se apoderó de ella, y llegó al ensayo toda alterada, sin fijarse en las miradas de descontento con que la recibían Pepezat y la pequeña Claudina.

Cuando entró en el salón estaban hablando de ella. Se preguntaban por qué su nombre figuraba sólo, en primer término, en el cartel, y la madre Hard, con tono avinagrado, decía:

— Lo cierto es que ella sólo obtuvo un *accès-sit*, mientras que Claudina ganó el premio. ¡Ya que Mr. Brecheux quiere reclamos, quien tiene ese derecho es mi hija!

— Por mi parte — respondió orgullosamente Pepezat — estas injusticias me son del todo indiferentes. Hasta después de la representación nadie tiene derecho á figurar en primera línea.

Y con la cabeza erguida y la mano metida entre los botones de su blanco levitón como un cómico doctrinario,

—Y—añadió el presumido viejo, sin reparar en la burlona sonrisa de Gardonne y en la picarona cara que ponía Claudina—yo me hago notar por mí mismo cuando me presento en escena.

La presencia de Elena hizo que todos callaran. No tenía ella aspecto de haber intrigado mucho para obtener favores. Era muy sencilla y muy buena. Mr. Brecheux ó Roblot eran los que habían especulado con el alboroto del último concurso. El ensayo no marchó tranquilamente. No cabía duda de que existían algunos descontentos. Pablo Guerard notó que Claudina Hard estaba disgustada y que con aire distraído jugaba haciendo sonar sus delgados dedos.

—Vamos, hijos míos—decía Roblot, sentado al lado de Jovelín, que según costumbre y sacudiendo con violencia el tabaco que le caía sobre el manuscrito, murmuraba:—«¡Ah canallas! ¡viles!».... vamos, ¡parece que no tenéis presente que del jueves en ocho es la función! ¡Menos nervios, carumba! ¡Liquemos, liquemos!

Y el autor, que no sabía lo que aquel consejo significaba, repetía con su voz tímida:

—Señores.... señores.... os lo suplico.... Liquemos si queréis.

Ligar es no dejar silencios ó intervalos entre una y otra réplica, entre una escena y otra; es activar, es vivir; es hacer que la obra sea seguida como los eslabones de una cadena. Y se *ligaba*. El ensayo adquiría vida y movimiento. Y mientras

Pepizat, en la parte anterior del escenario, con el cuello envuelto en un abrigo, exclamaba: «*Jamás he visto belleza igual á la de aquella Angela*», Guerard le decía al oído á Roblot con cierta inquietud:

—¿Y Angela? No está distribuido el papel todavía. ¿Quién representará este personaje? ¿No tenemos Angela!....

—Al contrario; olvidaba anunciaros esto. La Angela está encontrada. No es un papel, es una figura, y hemos hallado una joven hermosa, una inglesa.... Hará furor, y en la escena del baile, cuando aparezca, desde el público ha de hacer un efecto sorprendente, ¡os lo aseguro!

—Es que, para que el Conde Anberive pueda con justicia decir: *Jamás he visto*....

—Esto no extrañará á nadie cuando se fijen en Lucy Vaughan. ¡Es soberbia! ¡Va á ser una estrella!

¡Lucy Vaughan! Pablo Guerard recordó que un día, paseando con Enrique, se habían encontrado una joven hermosa que iba del brazo del Charrière. ¡Lucy Vaughan! efectivamente era admirablemente bella. Alta, de preciosas formas, ojos.... Allí por la casa del padre Antonio se decía en la mesa que Charrière estaba loco por ella. El escultor no había parecido más por la frutería ni por casa de Marcy. Estaba encerrado con su modelo. Los amigos habían llamado á la puerta de la calle Lepie sin obtener respuesta. La misma madre Valeria, su antigua amiga, no le veía ya. Se pasaba los días trabajando para sacar del barro todo el esplendor de la irresistible belleza de la inglesa. Ella, fastidiada, pero sonriendo, se dejaba

admirar, orgullosa de ver que su cuerpo salía de un bloque de tierra oscura, de aquel lodo, como Venus salía de la espuma. Cuando, cansado de trabajar, luchando con aquel sueño vivo que quería ver realizado en el mármol, Charrière se detenía y dejaba desbordar sus confidencias y sus declaraciones al oído de Lucy, ella le miraba dulce y cariñosa, y contrayendo ligeramente sus labios, encontraba demasiado pesada la tarea y le parecían muy largos aquellos días siempre iguales, en aquel alto, teniendo ante su vista el panorama de París—de aquel París al que ella quería trastornar con su belleza, cosa que él ignoraba todavía;—tenía ansia de marcharse, y si Charrière la acompañaba, repitiéndole por la milésima vez las mismas palabras, al atravesar las calles, maquinalmente se detenía delante de los escaparates de alhajas y de los almacenes de comestibles, fijando sus ojos muy abiertos, con marcada inclinación en los brillantes aderezos, en los embutidos y en las ricas frutas. O en vez de esto, antes de abandonar el taller del escultor, señalaba con su manecita algún objeto de arte que estaba sobre la mesa, ó algún medallón de bronce colgado en la pared, diciendo:

—¡Qué bonito es esto!

Luego, mirando á Charrière, sonriendo tímidamente y hasta con coquetería, afectando, como un niño, desconocer el valor de un *fige* de Barye, de un boceto de Charrière ó de un *perro* de Méne,

—¿Puedo llevármelo?—decía.

Y con la mayor precisión cogía delicadamente el objeto, y envuelto en un periódico desaparecía

el bronce ó la estatua en las preciosas manos de Lucy, que decía á Charrière, cuando éste pretendía librarla de la molestia de llevarlo por ser pesado, con una gracia encantadora:

—¡Oh! ¡no me molesta! ¡soy muy.... muy fuerte!

Parecía que estaba cansada de Charrière y que veía próxima la realización de una parte de sus ilusiones, porque al saber—tal vez en casa de Pulcherie—que se iba á abrir un nuevo teatro, la antigua bailarina de la Alhambra de Londres se presentó á Justo Brecheux, adornada ya con grandes brillantes pendientes de sus sonrosadas orejas, y luciendo en el cuello, no ya aquellas alhajas amarillas de oro inglés, sino una cinta de terciopelo con un rubí rodeado de perlas. Brecheux se sorprendió agradablemente al presentársele aquella risueña joven. El papel de Angela no se había distribuido. Lucy Vaughan crearía Angela. El drama de Guérard podría valer poco, ser demasiado literario ó muy de la Comedia francesa ó del Gimnasio. Lucy Vaughan—sin contar á mademoiselle Gervais, de la que los periódicos hablaban mucho—bastaría para que todo París acudiese.

Desde el día siguiente, á continuación de Elena aparecieron en el cartel, impresos en letras grandes, los nombres de todos los futuros debutantes: Mr. Gardonne, Mr. Duret, Mr. Pepezat, Mlle. Claudina Hard, Mlle. Bertrude, Mme. Deuberville, miss Lucy Vaughan.... ¡Un cartel magnífico! Brecheux había hecho que entre paréntesis, después del nombre de Lucy, añadiesen: *que por primera vez se presenta en el teatro.*

—¡Ya está hecho! ¡yo mismo lo he visto en otra época en un anuncio de las Folies dramatiques! Mlle. Anna Bellanger, *que por primera vez...*

Pero Roblot y Alejo se interpusieron. Esto no debiera hacerse. ¿Y por qué? Sería un escándalo. Los periódicos se burlarían.

—¿Y qué me importa?—respondía Brecheux.—Yo en cambio me barlo de ellos!

No hubo más remedio que ceder, y así Lucy Vaughan entró á formar parte del teatro, imponiéndose desde su presentación por aquella soberana belleza dulce y tranquila. Bien conocía la inglesa que le convenía hacerse querer de aquella gente, y de aquí que adoptase una actitud afectuosa y de timidez, propia de una aldeana ignorante. En un rincón trabajaba la madre Hard en un tapiz muy notable que, según decía, probablemente lo rifaría á diez sueldos el billete. La antigua portera afectaba una pobreza que irritaba vivamente al pequeño Duret. Tenía muchas ganas de promover un escándalo.

—Entendámonos—decía éste á Claudina á alguna distancia;—yo sé perfectamente que ese tapiz ha sido comprado por la madre Hard, hecho ya, en el faubourg Poissonnière, y que no nombra á la pobre trabajadora.... y voy á decirlo....

Pero Claudina le calmaba en seguida. Si era una manía de la vieja, deseaba que la compadeciesen. Y además, que á diez sueldos el billete ganaría veinte ó treinta francos sobre lo que valía. Todo esto era cierto. Pero Luis debía tener presente el casamiento, el consentimiento, la paz con todos. ¡No convenía que dieran espectáculos!

¡Era tan agradable estar en armonía y «ponerse muy juntos!»

Entonces Duret se callaba y Mme. Hard seguía con sus lamentaciones. Se necesitaba hacer muchos esfuerzos para educar á los hijos. ¡Qué gobierno era aquel que permitía tales infamias; un premio del Conservatorio al que no se contrataba y se le llenaba de oro! ¡Todos aquellos ministros y diputados que presidían la distribución de los premios, por lo visto no tenían dinero, y si lo tenían, era sólo para sus recomendados! Y como la portera continuase inclinada sobre el tapiz y todavía hablase de rifa y de billetes, Lucy Vaughan se fué hacia ella directamente y sonriendo le dijo, cogiendo el tapiz con una mano en la que brillaba una gruesa esmeralda:

—¿Cuánto vale?

—¿Esto?

—Sí—respondió Lucy.

La anciana indicó un precio, y la inglesa, cogiendo con la punta de sus dedos tres ó cuatro monedas de oro de las que llevaba en un bolsillo, le dió el doble, dejando estupefacta á Mme. Hard: luego, cogiendo la tela, la arrolló y se la puso bajo el brazo, añadiendo con su fría sonrisa de siempre:—Con él haré cubrir un *pouf*.

En verdad, el tapiz sólo le servía para reírse; pero le importaba mostrarse generosa, ganarse las simpatías de aquellas gentes del teatro, que eran aficionadas á dar y agradecían también que les dieran, y mientras Lucy, después de saludar, se alejó con aire risueño, la madre Hard decía á los cómicos:

—¡Qué bien recibido es el dinero ganado con la punta de la aguja! ¡Creedme, es preciso que yo trabaje, porque si no lo hiciera, no me sostendría mi yerno!

—Madre Hard..... empezó a decir Duret.

Claudina le detuvo nuevamente. Y Elena Gervais, aproximándose a la anciana, le dijo en voz baja:

—Yo también os tomaré algún tapiz, madame Hard.

—¡Oh, descuidad, que todavía los haré! A Dios gracias, aun tengo vida..... ¡Aunque haya de gastarme la vista y trabajar por la noche, no tardaréis en tenerlo! ¡Es preciso vivir!

Verdaderamente la madre Hard podía ofrecerlos pronto y en abundancia: el almacén del faubourg estaba bien surtido.

Por lo demás, la amabilidad de Elena no obtenía la admiración de Mme. Hard en tal alto grado como la generosidad de Lucy Vaughan. ¡Qué mujer! Venía al teatro en coche. Un señor rico, una especie de ruso le daba cuanto necesitaba. Y a la vez también un hombre de barba rubia, que se mordía el bigote y tenía aspecto mal humorado, casi colérico, parecía en relaciones con ella. Mme. Hard se había dejado decir que éste era un escultor que había empezado el busto de Lucy, la cual no parecía tener deseos de verlo, puesto que muchas veces cuando sabía que la estaba esperando por una puerta, se salía por otra. Mme. Hard no la censuraba. No sabe una mujer lo que pierde uniéndose a un pobretón. Y al decir esto, no podía menos de mirar de soslayo a su futuro yerno.

Tenía a mis Vaughan cierto respeto, mientras que Elena Gervais en realidad sólo le inspiraba una especie de simpatía en la que entraba algo de piedad. Mlle. Gervais era una joven honradísima; pero ¿y qué?

Elena se casaría con Saint-Ives. ¡Bonito desenlace! ¡Ponerse una cuerda al cuello como Claudina! ¡Por lo que se ve, las actrices de ahora se han empeñado en casarse con actores! A madame Hard le parecían de mejor gusto los tiempos en que sus aspiraciones eran tener un hotel. Si seguían la carrera del teatro para *ser unas tontainas*, más les valía ser honradas hijas de familia, casarse con un empleado del ferrocarril y tener su casita arreglada. ¡Qué niños! ¡Ya vería Claudina cuando estuviese establecida y se llamara Mme. Duret! Respecto a Elena, que llegara o no a llamarse Mme. Saint-Ives, le importaba un comino.

¡Mme. Saint-Ives! En todo caso se llamaría Mme. de Fresne. Este era el verdadero apellido de Saint-Ives.

Saint-Ives le refería una tarde a Elena con la mayor sencillez, cómo no queriendo disgustar a sus parientes, que pertenecían en su mayoría a la nobleza y a la magistratura, había adoptado aquel pseudónimo, al que se había acostumbrado de tal modo, que cuando por precisión tenía que firmar con su verdadero nombre, Pedro de Fresne, lo encontraba muy extraño.

De aquel modo Elena se había convertido en la confidente de sus más íntimos pensamientos, y a la vez que ella se consideraba protegida por el amor de Saint-Ives, él se encontraba rejuvenecido

por aquel afecto, tan diferente de los que hasta entonces había sentido. Alguna vez todavía—muy raras—el recuerdo de los días pasados hacía aparecer un rictus en los labios del actor levantando su fino bigote. Esto sucedía cuando Clotilde Verrier, exasperada por su frialdad, se proponía atraer á aquel hombre que huía de ella y á quien ella amaba. Sintiendo, bien á su pesar, el extraño ascendiente que en él ejercía la seductora belleza de árabe, tenía que hacer un esfuerzo para no dejar ver en su rostro la emoción al pasar por el lado de ella. Todos los días la veía y ensayaba con ella, y dentro de poco iba á tomar parte en una obra nueva, anunciada en el Odeon, en la cual su papel le obligaría á mostrar transportes de pasión, arrastrándose suplicante á los pies de Clotilde, que encarnaría el papel de una mujer indiferente. Por una de esas ironías comunes en la vida del actor, precisamente se hallaban en situación opuesta á la que iban á representar uno frente á otro aquellos dos seres que ante el público demostrarían sentimientos trocados. Saint-Ives, que durante los entreactos estaba glacial, se vería precisado á dirigir á Clotilde frases amorosas con ardiente efusión y tiernas súplicas; haciendo que Clotilde, al oír aquella voz de ordinario seca y vibrante como una hoja de acero, transformada en los armoniosos versos que el actor recitaba, cerrase más de una vez los ojos como si verdaderamente fuesen dirigidos á ella y no á la creación del autor. Y ella con sus ojos de fuego le miraba, no con desdenosa insolencia, como el papel exigía, sino agitada, temblorosa, pronta á decirle: ¡levántate, yo te

amo! en vez de lo que exigía el cruel y frío papel.

Terminada la escena, Saint-Ives se levantaba rápidamente, limpiándose las rodilleras de sus pantalones, y su voz, por un esfuerzo superior, tomaba la acerada vibración de siempre.

—Creo que saldrá bien—decía.—Os facilito la réplica, ¿no es verdad, querida amiga? ¿Queréis que volvamos á empezar?

Algunos días Clotilde salía de aquellos ensayos retorciendo su pañuelo de encaje ó rompiendo entre sus dedos las varillas del abanico. Estaba furiosa y ardía en deseos de venganza, pensando que si Saint-Ives se le escapaba, era por Elena Gervais. ¿De modo que aquella Elena era invencible por el atractivo de su honradez? ¡Aquel Saint-Ives corrido necesitaba el candor fingido ó verdadero! ¡Aquel loco enamorado de todas las mujeres, aquel seductor de princesas rusas, aquel cómico que no hacía mucho consumía su vida y la derrochaba con aristocrática indiferencia, era dominado por una especie de griseta del teatro, como si tuviese dulces en sus manecitas! ¡Se deleitaba con las pastorales de Florián después de haber abrasado sus labios en el filtro de Musset!..... Esto era muy gracioso. Clotilde hubiera sido la primera en reírse, si su vanidad no se viese herida con aquel idilio.

Clotilde pensaba la verdad, Saint-Ives amaba á Elena todo lo que la temía á ella. Cerca de Elena se sentía feliz y tranquilo. Era como una expansión de los buenos sentimientos que en él se conservaban ocultos, y no perdía ocasión de aproximarse á ella para gozar de este deleite.

En la parroquia de Saint-Clement, cuyo párroco

era el cura Poparel, iba á celebrarse una representación, ó un concierto, á beneficio de la casa-cuna allí fundada. Aunque oficialmente no aparecía Mr. Poparel, porque no figurase con su carácter sacerdotal en una obra de caridad que imploraba socorro por medio del teatro, en realidad el buen sacerdote se ocupaba alegremente de arreglar el programa.

No es muy buena la estación, decía con la autoridad de un práctico. A fines de Septiembre todavía no es el tiempo de lluvias. Trouville, Dieppe, Biarritz nos quitarán mucha gente. Además es la época de la caza, ¡esa maldita caza! Si pudiéramos esperar á fin de Noviembre, sería mejor. Pero no se puede; las casas-cunas reclaman las mantas.... ¡Es preciso, pues, sacar el mayor partido posible de la situación, y obligar á que acuda á la gente, atraída por un programa.... ¿cómo lo diríamos mejor?... ¡sterling! ¡en fin, brillante! Nombres, nombres hacen falta.

Y el buen capellán se frotaba las manos ante la idea de que Mme. Pornic, sí, sí, la estrella de moda, Mme. Pornic en persona se pusiera á disposición de la empresa y cantara, en beneficio de los niños abandonados de Saint-Clement, su mejor repertorio: la *Petite Chatouilleuse*, las *Fredaines de Grand Macuan*, *Cousin et Cousine*....

El abate Ronchat se presentó al párroco, severo y triste, preguntándole si el rumor que circulaba....

—Sí, sí, mi querido abate. Ese rumor es exacto. Es necesario proclamar en alta voz que los beneficios de la representación aprovecharán á nues-

tros pobrecitos huérfanos. ¡De modo que podéis lamentaros! ¡Yo facilitaré á los cómicos una ocasión para que puedan ganar una parte del paraíso!

—Pero, señor cura, Mme. Pornic....

—¡Ah, Mme. Pornic! Bien, ¡qué! ¿qué queréis? Mlle. Dejazet murió. ¡No puedo pedir á Mlle. Dejazet que nos cante la *Lisette*!

El abate Ronchat estaba asustado, en tanto que Mr. Poparel se frotaba las manos lleno de gozo, pensando que sus infantiles feligreses tendrían para el próximo invierno blandos colchones, buenas almohadas, mantas de lana....

—La cosa no tiene importancia, mi querido abate—decía el párroco. Mme. Pornic me ha prometido venir el domingo de Adviento á cantar una ó dos piecitas en Saint-Clement. De antemano se anunciará. La colecta producirá bastante, y podréis sustituir con buenos y pintados cristales los mezquinos y feos que hoy existen en vuestra capilla, que más bien parece una iglesia de pueblo.

—¡Mme. Pornic cantará en Saint-Clement; ella, Mme. Pornic!

Y el abate Ronchat, frunciendo el ceño y palidando los labios, cruzaba y dirigía la vista lanzando rayos de cólera.

—Pero, señor cura, no habéis pensado: ¡esa mujer es judía!

—¡Buena! todo eso tenemos que ganar. Quizá se convierta. Es una conquista que debemos intentar, mi querido abate. Solamente que vos sois algo intransigente como vuestros hermanos del campo. En París somos más tolerantes. ¡Judía!

¿Y al fin, qué? ¿Acaso el Dios de Isaac y de Jacob no es el nuestro? Vaya, vaya, tendréis cristales nuevos y los niños vestidos de abrigo. Y verdaderamente esto vale la pena.

Se había resuelto que el concierto (no querían darle el nombre de representación teatral) tendría lugar los últimos días de Septiembre en el salón Herz, y se había suplicado á Saint-Ives que tomase parte en él. ¡Ah, si accediese á representar algún proverbio! Con Mlle. Verrier, por ejemplo....

De Octavio Feuillet, decía Mr. Poparel, que es muy bonito y muy presentable. El abate Ronchat no pondrá el grito en el cielo.

Saint-Ives aceptó, pero señalando para que le acompañase á Mlle. Gervais y eligió un proverbio nuevo que recientemente había publicado la *Revue de Deux Mondes*. ¡Qué placer le causaban aquellos ensayos entre los dos, con Elena, en las horas que á ésta le dejaba libres el *Teatro del Boulevard*! ¡Qué dichoso se consideraba al interrumpir la escena comenzada, viendo empezar una conversación que traía á su imaginación tantos recuerdos! ¡Y qué encantadora le parecía, en medio de su tranquila gravedad, aquella mujer á quien la dicha comunicada daba nueva expresión y un brillo singular!

Marcy, que la encontró una vez, le dijo cariñosamente con voz algo triste:

—¡Ya no sois mi *Caridad*! Algún día os voy á suplicar que me sirváis de modelo para la *Fortuna*.

—¡Oh! más bien será para la *Economía*—respondió Elena riéndose.—Mil besos á Andrés.

Hasta entonces nunca la había visto reír Marcy. Una furtiva sonrisa, y nada más. Y ahora....

Cada día que pasaba estaba más animada, pensando en la hora del *debut* que se aproximaba, á la vez que tenía la confianza más profunda en el afecto de Saint-Ives. Sentía una gran impaciencia y vivos deseos de luchar. Durante los ensayos de *Juan Michelin* contemplaba aquella gran sala vacía que, con la imaginación, llenaba de espectadores jadeantes. La obra era buena y confiaba representarla con acierto. ¡Ah, cómo ansiaba entrar ya en escena, en aquella cálida atmósfera de la sala iluminada!

Los periódicos, á los cuales enviaba notas Freville, hablaban ya de la debutante. Clotilde Verrier leía todo lo que decían antes de levantarse, rompiendo nerviosamente las fajas de los diarios para ver si en la sección de «Teatros» seguían ocupándose de Mlle. Gervais. ¡Y seguían hablando, siempre ocupándose de ella!

—Decididamente se han propuesto *darla á conocer*—murmuraba Clotilde toda nerviosa, con su negra cabellera caída hacia atrás y la cabeza apoyada en los brazos, cruzados sobre la almohada.

Y buscaba un medio de destruir aquella naciente rival—doblemente rival—de la que los que la habían oído en los ensayos, cuando la fiebre de la lucha no enardece los ánimos y hay la calma necesaria, decían ya:

—Es una *Descelee*!

Había llegado la víspera de la *inauguración*. El *Teatro del Boulevard* se abriría el 20 de Septiembre, según estaba anunciado. Fatigado, bronceado

más bien que pálido, como si viniese de un largo viaje, Brecheux apenas podía hablar. El arquitecto daba las últimas disposiciones, los tapiceros ponían los últimos clavos. Se retocaba el papel granate de los palcos. Un ligero olor á barniz reciente se desprendía de la sala, que estaba muy linda con sus dorados, como una novia con sus joyas. El ensayo de *Juana Michelin* iba á empezar, y el autor, verdaderamente admirado, acostumbrado á ver á los actores con sus trajes ordinarios, se extrañaba al verlos entonces con aquellos disfraces, los labios pintados, las mejillas rojas, las ojeras agrandadas con el negro artificial, la cabeza llena de postizos.... Estos, muy conmovidos, nerviosos, se presentaban á Guerard, se ponían delante, colocaban la mano en la cadera y preguntaban:

—¿Está bien esto? ¿Es así vuestro personaje? ¿Estoy muy rizado?

El autor estaba loco de alegría como un niño. ¡Sus personajes vivían! ¡Los tenía allí, á su vista, iban y venían! Hasta entonces, en los ensayos de día, sólo había visto pasar ante él actores y actrices: ahora eran los héroes de su obra. Su sueño de poeta lo tocaba con los dedos. Vea respirar y vivir, oír hablar á aquellos hijos de su ficción, nacidos fantásticamente de gotas de tinta, allá en lo alto de su frío cuartito. Su manuscrito, sus pobres cuartillas borrosas en otro tiempo, se animaban. El desgraciado muchacho tenía ganas de llorar.

Gardonne le decía alegremente:

—No temáis, la obra gustará. ¡El bombero está satisfecho!

—¡El bombero! ¿qué bombero?

—El bombero de servicio. El bombero, mi querido autor, es el primer crítico de toda obra nueva. Si no presta atención, la cosa no tiene remedio. Si, por el contrario, abre mucho los ojos y la boca y se fija en los ensayos, esperando el desenlace como al Mesías, puede asegurarse que habrá un éxito. Molière consultaba á La Foret. Los Molières del día siguen con ansiedad las impresiones que se reflejan en la cara del bombero y si éste se manifiesta contento, les llena de satisfacción. ¡Ah! vais á conseguir un triunfo y yo ni siquiera podré permitirme ir un día á comer en Nogent antes de la caída de la hoja.

Enrique Roquevert también respiraba aquella atmósfera de batalla al lado de Guerard. Se paseaba por el escenario, mientras al otro lado del telón el director de orquesta, un antiguo premio de Roma que decayendo cada día había llegado á tal extremo, hacía repetir por la octava ó décima vez la sinfonía; una óverture escrita por él en otro tiempo para un *Faust*, antes de que Gounod diera á conocer el suyo. La escena, cuya decoración representaba un salón, ofrecía el aspecto de un buque de guerra á la hora del zafarrancho. Los maquinistas removían los bastidores, atropellaban á Guerard, rodeaban á Enrique ó colocaban en el sitio designado por el director Roblot las mesas y las sillas y demás objetos que eran necesarios.

—¡Eso más lejos! ¡Bien está! ¿y la chimenea? Vamos, Balue, ¿qué hacéis? ¿olvidáis la chimenea? ¡No es ésa, caramba! ¡Nos hallamos en casa de un ministro y ponéis una chimenea de cocina!

Las actrices, que se habían vestido más pronto que los hombres, iban presentándose; la gruesa Dauberville, violentamente apretada, con vestido de terciopelo negro; la pequeña Claudina con el gorro de doncella, preciosa como un clavel, no obstante su nariz puntiaguda; Mlle. Bertrade, acobardada y con los ojos rojos por el llanto, de pena de que no estuviese allí su profesor Thibouville para verla debutar. La madre Hard, encarnada como un pimiento, cogía la mano del autor y se la hacía poner sobre su pecho, diciéndole:

—¡Notáis como late? ¡Ay! ¡malditos niños! De fijo morirá de un aneurisma.

Una figurante que no desempeñaba más misión que la de abrir las puertas y *anunciar* á las personas, contaba que no había tomado otro alimento que un huevo—de emoción y para no echar á perder la voz.

Toda aquella gente, Gardonne, Pepezat, que hacía de socio del Joekey, con una gardenia en el ojal de la solapa; Duret, graciosamente representando un tímido enamorado; todo aquel personal vestido, disfrazado, unido por una ansiedad común, esperaba los tres golpes, que eran la señal del director, mientras Elena Gervais acudía, admirablemente hermosa con su vestido negro, pálida, pero sin polvos de arroz, brillando sus ojos más en aquella marmórea blancura y concluyendo de ponerse los guantes. Fijándose en Guerard, le dijo, acompañando sus palabras de una sonrisa:

—¡Tened confianza! ¡habéis escrito un buen drama!

—¡Es que he tenido la suerte de hallar una gran artista!—respondió Mr. Guerard.

En aquel momento llegó Brecheux, siempre sofocado y seguido del mocetón de Alejo, y á seguida, dando algunas palmadas, gritó:

—Vamos, hijos míos; el censor está ya en su sitio. ¡Empecemos! Mr. Guerard, venid conmigo.

—Pero miss Vaughan.....—balbuceó Roblot.

—¡Bien! ¿y miss Vaughan?

—No ha llegado.

—No entra hasta el segundo. Empezad sin ella. ¡El censor espera!

En efecto, el censor estaba allí en medio de las butacas de orquesta, en una sala vacía en sus tres cuartas partes, donde sólo se veían allá en los palcos del tercer piso, destacándose sobre el fondo dorado y encarnado del papel, los empleados del teatro, los acomodadores, los parientes de los actores, los comparsas que *no salían en el primer acto*, los maquinistas, y también, esparcidos por las distintas filas, caras de actores conocidos, revisteros que habían logrado penetrar á pesar de la consigna, dibujantes enviados por los periódicos ilustrados para sacar el croquis del nuevo teatro, y si la obra gustaba, de las escenas más culminantes. Además, con sus carteras en la mano, dispuestos á anotar los *efectos* que debían hacerse sobresalir, las entradas que debían señalar y las escenas más dignas de aplauso, se veían reunidos y esperando dos ó tres hombres—los jefes de la *claqué*—y casi á su lado Freville, el secretario, conversando con Saint-Ives y Enrique Roquevert.

Nada de esto veía el autor; sólo veía su obra,

esperando que resonaran sus primeras palabras en el frío silencio de aquella sala medio vacía.

El papel de Elena apenas se conocía en el primer acto; se desarrollaba especialmente en el segundo, cuando Juana Michelin se encuentra repentinamente en presencia de Angela, que pasa cubierta de diamantes pagados por Michelin. En aquella escena Mlle. Gervais estuvo superior, y la aparición de Lucy Vaughan con su traje de seda color granate produjo un efecto sorprendente. Se la podía tomar por una de esas cortesanas venecianas, que se encuentran en los cuadros de César Vacello y que pasan orgullosamente por los salones de París.

El telón cayó en medio de aplausos. Todos estaban encantados. Elena subió a su cuarto despacio, como causada, mientras Saint-Ives iba tras de Brecheux para felicitarle.

Enrique estaba pálido de emoción.

—¡Ah!—decía a Elena Gervais—¡qué dichosa sois!

—Cierto, estoy contenta de mí—respondió ella con sencillez.

Y Brecheux, sofocado y sin aliento, corrió hacia Guerard y, cogiéndole las manos, le decía:

—Ya lo véis, va a ser un acontecimiento. Godin apuesta a que habrá ciento cincuenta.

—¡Ciento cincuenta!.... balbuceaba el autor.

—Sí, representaciones. Ahora no basta esto. Es preciso que me escribáis otra.

—Retocando un poco *Gallia*....—empezaba a decir Guerard tímidamente.

—¡Oh! no. ¡Oh! no. Artificios como éste, sí.

¡Obras que conmuevan, las que queráis! pero no obras literarias.

Toda la noche fué un triunfo continuado, que al día siguiente sin duda prometía ser doble por el efecto que causaría ante el público. La opinión de Godin, el jefe de la claqué, tenía mucho valor. Roblot movía la cabeza y con su larga experiencia de las tablas contestaba: «No hay que confiar mucho en estas cosas. Lecturas muy aplaudidas han dado chascos y *vice versa*, malos ensayos generales se han visto seguidos de estrenos satisfactorios. Pero no se hacía caso de Roblot. La confianza se había apoderado de aquella pobre gente cansada de trabajar, que, llena de ilusiones, creía ver ante sus ojos un rayo de luz, una larga perspectiva de triunfos. Brecheux, partícipe de aquella animación, decía a su hijo:

—Después de esta obra te toca a tí, muchacho. ¡Trabaja, pues, que estamos a tu disposición!

Terminado el último acto, cada uno se fué a su cuarto a desnudarse, mientras los músicos seguían en sus puestos repitiendo una vez más la overture.

La misma frase salía de todos los labios, confiados en la victoria:

—¡Hasta mañana! ¡hasta mañana!

El autor, que se creía soñando, atormentado por un fuerte dolor de cabeza, recibía los apretones de manos que le daban, y daba las gracias, repetidas nuevamente a Pepezat, que colocado a su paso le decía:

—Yo desearía, sin embargo, que me hicieseis una observación. No soy de esos que se molestan

de que les hagan observaciones. Siempre hay tiempo para *relocar*. Decidme ¿esto es bastante elegante? Mirad de qué manera represento vuestro Aubignac; un Richelien que nunca será un Richelieu. ¿Estáis? ¿Está bien de este modo?

—Sí, Mr. Pepezat. Gracias.... gracias....

—No son las gracias lo que yo pido, sino advertencias. ¡Oh! las observaciones estimulan. Y todavía voy más lejos; en esto opino como Preville: «No temo á las silbas, porque así no me duermo.»

Envuelta en un abrigo de cachemir negro, Elena esperaba al extremo de la escalera que conduce al foyer, frente á la puerta del conserje, el coche que Enrique había ido á buscar.

Saint-Ives, muy conmovido, permanecía á su lado mirándola sin cesar, mientras los demás actores y comparsas pasaban por delante y saludaban.

—Hasta mañana, Elena!—decía muy contenta la joven Claudina, á quien habían aplaudido.

—¡Hasta mañana! ¡hasta mañana!—repetía con aire de satisfacción.

Y maquinalmente, en el marco de madera colgado en la pared bajo el enrejado que se abría todos los días, Elena miraba con angustia que entonces empezaba, la hoja de aquel terrible día siguiente:

«Función á las siete y media.—Primera representación de JUANA MICHELIN.»

Y nada en la casilla de Ensayos, nada en la de Observaciones. Lo demás del cartel anuncio, en blanco. Nada más que aquellas palabras llenas de fiebre y de terror: «Primera representación de

Juana Michelin», y abajo: «El Director general, Roblot.»

—¿Veis eso y os asustáis, Elena?....—dijo Saint-Ives acercándose á ella.

Su voz temblaba. La escalera iba despejándose. Parecía que el silencio se apoderaba de aquel gran teatro, momentos antes tan alborotado. El conserje iba apagando una á una las luces de gas. Hacía afuera se veía una parte de la calle mojada, reflejándose la luz en el asfalto humedecido. Caía una ligera lluvia y sin duda Enrique no encontraba coche. Al salir Claudina se había levantado graciosamente las faldas y desafiado, ó más bien burlándose de la lluvia, riéndose y andando apoyada en el brazo de Duret, mientras la madre refunfuñando abría su *en-tout-cas*. Elena sentía la impresión de las primeras tristezas del otoño, y después de las últimas horas de fiebre veía caer la lluvia con cierta melancolía.

La pregunta de Saint-Ives le hizo levantar la cabeza y se sonrió.

—Es cierto, quizá tenga miedo.... ó frío, no sé lo que es.

—¡Habéis estado verdaderamente hermosa, Elena!—decía Saint-Ives aproximándose á ella.—Y se os presenta un porvenir espléndido! Bien sé que el porvenir nos engaña. Nadie más que yo creía en él cuando debuté. Y por mucho tiempo he buscado no sólo esos aplausos que tanto nos halagan, ¿no es verdad? sino una afeción verdadera, un amor sincero.... y creía que este amor era imposible de encontrar.

Aquel irónico Saint-Ives al hablar así temblaba,

y su mano, que buscaba la de Elena, reflejaba la emoción de que estaba dominado.

Ella, de pie, con los ojos medio cerrados, dejándose llevar por aquella armoniosa voz, suave como la húmeda atmósfera que la rodeaba, le escuchaba llena de placer y casi llorando de alegría, mientras la lluvia caía haciendo un ruido triste fuera de la puerta.

—Sí—continuó Saint-Ives—yo creía que jamás llegaría á amar como había soñado, y ahora veo que desesperaba demasiado pronto, ¡porque os amo con toda mi alma!

Ella no contestó una palabra. Seguía de pie, medio apoyada en la escalera, con los párpados caídos, sumida en una visión encantadora; pero su mano, que se encontró con los abrasadores dedos de Saint-Ives, contestó con una presión embriagadora y dulce como la declaración de la desposada que está de rodillas ante el sacerdote...

Aquellas desnudas paredes, aquella húmeda escalera, aquella puerta por la que entraba el viento y que dejaba ver el barro de la calle, formaban un cuadro raro, una fría y triste decoración para aquella casta y profunda entrevista, para aquella confesión de dos afectos. Pero la eterna poesía del amor rodeaba á aquellos dos seres, y el ruido de las monótonas gotitas arrullaba dulcemente, mejor que pudiera hacerlo la música de un genio, el hermoso sueño de Elena, de Elena, que era amada, y que amaba para una eternidad....

Bruscamente apareció Enrique, todo mojado, riendo mucho y trayendo un carruaje.

—¡Pronto, pronto! ¡subid!—dijo á Elena.—

El cochero no se obliga más que á dejaros en casa. ¡Me ha sido preciso pelearme con él!

Y Elena partió, radiante, loca de alegría, alargando la mano una vez más á Saint-Ives desde el fondo del carruaje, dando las gracias á Enrique, y pensando cuán distinta era la vuelta á su casa aquella noche, de aquella otra del día del concurso.

No habían pasado tres meses desde aquella fecha, y ya la suerte le había dado el desquite que Saint-Ives le prometió. ¡Era amada! ¡Sería aplaudida!

En medio de sus lágrimas de alegría, veía una vez más la querida imagen de mamá Gervais. ¡Cómo lamentaba que en aquellos momentos no estuviese allí la pobre mujer!

Y ¡cosa admirable! ¡envidiable facultad de la ilusión y del olvido! no pensaba en Monerol.

Al día siguiente le sorprendió que Saint-Ives no pareciese por su casa. Por lo menos Marey fué á excusarse, desconsolado de no poder asistir á la representación de la noche. Parecía que estaba triste. Sabina se hallaba algo delicada. Andresillo sufría no sabía qué dolencia y le inquietaba también.

—Aplaudiré desde lejos—le dijo.—Los diarios de la mañana hablan ya del ensayo general como de un triunfo ruidoso. Mis votos os acompañarán como los de cualquiera otro que os ame profundamente.

Elena sonrió, pensando que unas mismas palabras pueden tener una música diferente. ¡Amor! ¡Ah! era Saint-Ives quien le había deslizado en sus oídos aquella palabra la noche anterior, en la

agradable conversación sostenida frente á la portería del teatro!

Marcy continuó hablando de miss Vaughan, de Charrière, á quien aquella mujer había seducido, transformado, y que parecía estar febril, descontento.... Pero Elena no le oía; sólo entendía y escuchaba sin cesar á Saint-Ives.

La visita de Marcy la impresionó sin embargo. La de Enrique, que llegó una hora después, le causó un gran placer.

—Mr. Marcy me ha dicho que los periódicos eran tan *benévolo*s conmigo, que se expresaban como mis compañeros del teatro.

—Hablan muy bien! Ah! ¿Marcy ha venido?.... ¿Está contento, ó triste?

—No lo sé—dijo Elena después de un momento.—Ya veis cómo la dicha me hace egoísta. ¡Ni siquiera me he fijado!

Estaba locamente entusiasmada. Toda la vida, la animación y la felicidad de la noche anterior acudían á su imaginación con un sueño delicioso. ¡Cómo trabajaría aquella noche! ¡Con qué energía y con qué confianza! *El* estaría orgulloso de ella. Ella sería digna de *el*.

¡Con qué gusto se lo hubiera dicho así! Pero Saint-Ives, con gran sorpresa suya, no parecía. Verdad que pronto pasaría aquel día de espera.

Por la noche vería á Saint-Ives.

También Saint-Ives, trastornado con el recuerdo de aquella furtiva declaración, había ido como de costumbre al Odeon á la hora del ensayo. Allí se le dijo que no lo había. ¿Por qué? Clotilde Verrier estaba enferma. Y no estando ella, el en-

sayo era inútil. Sólo podían hacerse algunas escenas aisladas. ¿Y para qué?

—Está enferma á causa de este artículo, tomad—le decía la pequeña Esther Levy que tomaba parte en la obra.

Y riéndose alargaba un número de un periódico de la mañana, en el que se hablaba con extensión del ensayo general del drama de Guerard y del triunfo de Elena.

—Si yo estuviese en vuestro lugar—añadía Esther—iría á visitar á Clotilde. Un poco de tafetán inglés sobre la herida, ¡qué bien le sentaría!

En aquel momento el conserje entregó á Saint-Ives una carta doblada triangularmente, en la que Clotilde suplicaba á su compañero que fuese á verla. Quería hablarle de la obra nueva, y al mismo tiempo para que le diese noticias referentes á *Juana Michelin*, que desgraciadamente no le sería posible aplaudir, á pesar de tener tomado ya un proscenio para aquella función.

—Quizá sea cierto, pensó Saint-Ives.

Sin darse cuenta bajó hacia los Campos Elíseos, donde vivía Clotilde en un hotelito de la avenida Matignon. Al salir iría á casa de Elena. No era aquella la primera vez que entraba en casa de Clotilde Verrier, pero entonces le parecía que experimentaba una especie de satisfacción curiosa contemplando la notable antítesis que formaban aquellas dos mujeres. Aquello le entretenía. Mejor dicho, caminaba como en los momentos decisivos de la vida, casi á la aventura. Mostraba así como una orgullosa coquetería pretendiendo humillar á Clotilde, ahora que había sentido en su mano la

presión de la Elena, la confesión de su amor.

Todas las habitaciones de Clotilde habían sufrido una completa reforma; el capricho de la actriz había decretado que el hotel exigía nuevo decorado, nuevas tapicerías. Desde la entrada Saint-Ives respiró una atmósfera trastornadora. El refinado lujo parisién se confundía con cierta originalidad africana. Sobre un diván-cama, cuyo respaldo estaba adornado de incrustaciones de plata cincelada, medallones y esmaltes, se hallaba Clotilde tendida, con su pequeña cabeza apoyada en un almohadón color rosa que hacía destacar el color mate de su tez, y el cuerpo oculto, como perdido bajo la ola de seda de un cubrepies echado allí con abandono, apareciendo rodeada de brillantes sedas esparcidas con un gusto exquisito, cual si estuviese acariciada de esas nubes que se ven en el fondo de algunos cuadros. Sus ojos brillaban con la animación de la fiebre.

Elegantes colgaduras color rosa pálido, adornadas con guirnaldas de flores bordadas, estaban sostenidas sobre ella por anchas fajas de un rosa más oscuro, y del techo, formado por una tela de raso brillante, se desprendían dos grandes borlas de seda azul que realzaban aquella esplendidez. En el fondo había un tapiz que ostentaba unos Amores y que por un efecto de perspectiva parecía alargar la alcoba. Por todas partes las felpas azules, el satén blanco, la seda gris y las franjas de oro artísticamente combinadas, formaban alrededor de aquel lecho como las paredes de una tienda. Una rica piel de tigre, orlada de oro, mostrando la cabeza del terrible animal en perpetua

inmovilidad, con los blancos dientes y los pelos del bigote erizados, estaba extendida á los pies del lecho, formando un raro contraste el cráneo duro de la fiera salvaje con la frente mate de la hermosa joven.

Sobre un velador de plata—en el que se veían un abanico á medio abrir, una flor medio deshojada, un libro entreabierto y un vaso de Venecia que parecía un enorme ópalo líquido—había una tacita japonesa con un dulce de pétalos de rosas importadas de Alejandría—de esas rosas de Egipto que los naturales del país y los de Esmirna expenden en jalea ó en miel—que lentamente llevaba á su ardiente boca con una cacharita de plata dorada.

Casi mudo de admiración y de temor, Saint-Ives se había detenido instintivamente en el dintel de aquel *boudoir* que atraía como un oasis en el desierto, dando lugar á que la doncella le mirase con cierta ironía. Nada más seductor que aquella aparición de Clotilde Verrier, tendida como en una hamaca en medio de aquel lujo deslumbrador, donde, á la vez que una pequeña palmera que salía de una maceta de onix blanca con adornos de oro, proyectaba fresca sombra sobre su frente, un Amorcillo, de pie sobre una columna de mármol, que descollaba á los pies de la cama entre aquella nube de sedas de claros colores, parecía contemplar la languidez de aquella belleza, lánguida y excitante como la de un árabe, de cuya raza conservaba la sangre y la mirada.

Al notar la presencia de Saint-Ives, Clotilde volvió ligeramente su cabeza, cuyo negro cabello

aumentaba la extraña palidez de su rostro, y dirigiéndose á él con amabilidad, le dijo:

—¡Ah! ¿sois vos, amigo mío? Temía que no hubieseis recibido mi carta, y tenía impaciencia por veros. Quería que me dieseis noticias de la obra de esta noche.... y también de Mlle. Gervais. ¿Sabéis que esa señorita Gervais me preocupa?.... Estoy celosa, de veras. No lo digo, porque esto la haría muy feliz. ¿Habéis venido tal vez antes de recibir mi carta, porque ya lo teníais resuelto?.... Esto es muy grato para mí. ¿De modo que me queréis un poco? A ver, aproximad ese asiento aquí, sí, muy cerca; estoy cansada y no podría levantar la voz. En conclusión, decidme, ¿qué es esa *Juana Michelin*?

Saint-Ives, agitado, disgustado de haber acudido, recordaba lo que él mismo dijera un día hablando de Clotilde:

—Sólo se aborrece lo que se teme.

Por mucho tiempo creyó él aborrecer á Clotilde. Nunca había sentido tan cruelmente la influencia de aquel irresistible encanto, como en aquel momento en que la ligereza de una visita le empujaba hacia el brillo magnético de aquella belleza.

Un silencio embarazoso siguió á aquella interrupción, en que Clotilde, febril é hipócrita, trataba de cosas indiferentes sin atreverse á hablar de Elena, y en el que Saint-Ives, que por tanto tiempo había resistido el imperio de aquella mujer, se sentía desfallecer, ganar y dominar por ella, como arrastrado por una creciente embriaguez.

¿Y Elena? Sí, ciertamente él amaba á Elena. Y no obstante, ¿pensaba en ella? Sólo veía á Clo-

tilde. Y la actriz, dos veces rival de la que aquella noche iba á crear el papel de Juana Michelin, estudiaba la manera de herirla también dos veces, de aniquilarla doblemente, de envanecer su victoria ó hacerla imposible, atravesándola brutalmente por un gran dolor, como si la clavase un puñal.

Bien conocía Clotilde en aquellos momentos, que bajo su aspecto desdeñoso Saint-Ives era débil y cobarde, cobarde como todos los hombres ante un deseo, como los niños cuando quieren un juguete.... En aquel cuarto tibio, soberbiamente lujoso, en aquella atmósfera paradisíaca, embalsamada de vergüenza, Saint-Ives no era ya el indómito é invulnerable. ¡Si él llegase á suplicar! ¡Bien, ella sabría mandar! ¡Si él implorara, ella ordenaría! Y dominado, fuera de sí, olvidándolo todo, Saint-Ives suplicaba ya; Saint-Ives, extraviado, sintiendo circular por sus venas el fuego que despedían las pupilas de Clotilde, estaba suplicando en aquel momento.

Amor de cabeza, amor de casualidad, de fantasía y de pasatiempo: ¿acaso existen dos clases de amores en el miserable corazón humano?

Á aquella hora había ya mucha gente en los alrededores del *Teatro del Boulevard*, y Pepezat, desde una ventana del despacho del director, contemplaba con satisfacción aquella multitud que se apretaba para tomar las entradas, buscando entre la infinidad de berlinas y aun de los modestos alquilones que cada minuto llegaban, aquella que esperaba hacía tantos años y que no llegaba....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Esta vez Pepezat tenía seguridad de realizar su ideal. En sus ojos centelleantes se reflejaba ardor bélico.

—No hay duda—pensaba al ver aquella concurrencia—no hay duda, esa gente viene toda por mí!

El deseo de asistir á una inauguración, la gloria de entrar el primer día en un teatro nuevo, de poder decir al día siguiente «allí estuve», de juzgar, antes que la crítica misma, á aquella Elena Gervais de quien tanto se hablaba, aquel drama de un desconocido, de emitir su opinión sobre todo, sobre el estilo de la obra, sobre la actriz, sobre el foyer, sobre el salón—contenido y contenido— todos aquellos sentimientos complejos, hijos de una vanidad característica en el parisien, la vanidad de conocer á los debutantes, de criticar en primer término, de poder descubrir las estrellas del arte, llevaba á aquella multitud al teatro y hacia que Brecheux se dijera, desbordando en satisfacción, que bien podía haberse hecho rico antes.

¡Qué imbécil había sido derrochando el tiempo en su tienda de la calle Gravilliers, en su almacén del boulevard Sebastopol, en haber pasado su vida vendiendo objetos de joyalatería, cuando tanto dinero podía haber ganado divirtiéndose, haciendo ensayar obras dramáticas, frecuentando el trato de los autores y haciéndose principal de los actores! ¡No sólo por Alejo, sino por él mismo, por especulación y por placer, debía haberse ocupado de aquello! ¡En fin, aun era tiempo!

¡Pero cuánta gente, gran Dios! Las lunetas se vendían con prima. Brecheux estaba casi pesaroso

de haber abierto el teatro á precios económicos. Podía haber cuadruplicado el precio de las butacas. De todas partes llegaban peticiones: de los aficionados, de los círculos, de las agencias, y hasta de la prensa. No faltaban tampoco reclamaciones, quejas y amenazas. La distribución de entradas no estaba bien hecha. El redactor en jefe del *Moniteur des Tabacs* enseñaba los dientes. El crítico teatral de la *Pantoufle Rose*, periódico de señoras, confesaba que nunca había visto un periodista de su importancia tratado de aquel modo.

Brecheux, ensordecido con tantos clamores, los mandaba á Freville.

—¡Dirigíos á Freville! ¡Id á ver á Freville! ¡Eso es cuenta del secretario general!

Alejo, asustado casi por aquella algarabía que iba en aumento, tomó el partido mejor de encerrarse en su despachito y allí esperó impaciente la noche.

Por la noche, la nueva sala se hallaba atestada de gente, unas luciendo elegantes *toilettes*, otras trajes negros ó blancos, sombreros de moda: había un movimiento constante de abanicos agitando aquella atmósfera cálida como una tarde de verano; sin cesar, un público numeroso franqueaba el foyer, adornado con macetas verdes, las escaleras y los corredores.... Todos aquellos curiosos espectadores, antes que de la función, se ocupaban de la sala; unos encontrando tal detalle mezquino y tal otro exagerado; otros preguntando por qué el arquitecto había mezclado el oro verde con el oro amarillo en el decorado de las galerías, y algunos haciendo chistes á propósito del esendo colocado en

la boca del escenario, de los postigos de los palcos, de los banquillos de los acomodadores, á propósito de nada y á propósito de todo.

Y la obra empezó en medio de aquella borrasca, sin que nadie prestase atención, distraídos ó burlándose; y entre espectadores que lo que querían era divertirse, reírse del drama si el drama no les hacía divertír. El primer acto terminó sin incidente alguno, acompañado de los aplausos obligados de la claque.

—¿Qué hay?...—preguntó con ansiedad el autor, que maquinalmente observaba desde bastidores con ojos azorados.

—Mientras no oigáis más que esos ruidos acompañados—respondió Reblot—no los toméis como demostraciones del público. Esperad los aplausos aislados. ¡Ya vendrán! ¡ya vendrán!

Y Brecheux acudió todo sofocado y furioso.

—¿Quién se pasea detrás del telón de fondo durante la representación? ¿Quién es el animal?...

—Soy yo—respondió tímidamente el autor.—Creí estar solo en la obscuridad....

—¡Vaya una ocurrencia graciosa! ¿No os habéis apercebido de que dais con el codo en la tela, haciendo que los árboles, las casas de campo y los campanarios parezca que bailan! ¡Bonita idea! Unos caballeretes que había allí á mi lado empezaban ya á tomar por su cuenta.... ¡Decían que esto era el baile del pueblo!

Tomar por su cuenta. Frase lúgubre. Es como si el fracaso amenazase el éxito de la naciente obra.

A Guerard le faltaba poco para caer desmayado.

Había sido preciso que él mismo, él, dando con el codo en la decoración, comprometiese el triunfo de su obra. ¡Sí, decía bien Brecheux, era un necio, tres veces necio! ¡un animal!

—¿Dónde debo ponerme, entonces?

—En cualquier parte; ¡pero ahí no!

Y el autor, todo afligido, buscaba un rincón más escondido, un sitio más seguro.

Algunos amigos que asistían á la función no se dejaban ver. ¿Consistiría en que el primer acto no había sido bien recibido?

—¡Animo!—le dijo Enrique, que pasaba para subir al cuarto de Elena.

Elena estaba muy animosa. Iba á la batalla con una especie de regocijo confiado, como si hubiera llegado al colmo de su felicidad, cualquiera que fuese el porvenir. Un enjambre de pensamientos risueños parecía agitar su cerebro con un ruido semejante al que levantan las alondras cuando acuden á la luz. Se sentía segura y no podía creer en la derrota. La declaración amorosa de Saint-Ives constituía su fuerza; marchaba segura de vencer.

¿Pero dónde se escondía aquel Saint-Ives? ¿La estaría observando desde el fondo de algún palco, temeroso de que su presencia pudiera alterarla? ¿Qué equivocado estaba! ¡Qué feliz se consideraría ella de verle allí! ¿Por qué, pues, no había ya acudido á su lado? Allí hubiese encontrado, embalsamando la atmósfera, un gran bouquet de rosas de té que Marey le había mandado, acompañado de una carta.

—Saint-Ives subirá luego, después de la gran

escena del segundo acto, en que Juana se encuentra con Angela y la arroja de la casa.

¡Ah, qué escena! ¡Y qué deseo tenía ya de acometerla valientemente, en la seguridad de obtener ruidosos aplausos!

Su profesor la felicitaba.

— Esperad un momento, Mr. Perron — respondía ella.

Después le preguntó:

— ¿Y Mr. Saint-Ives?... ¿le habéis visto?

— Todavía no.

Verdaderamente era extraño. Pero no, Saint-Ives estaba por allí en cualquier parte invisible, ocultándose, más temeroso que ella misma. Finalmente, ¿qué más? ¡estaba segura del éxito!

Comenzó el segundo acto. A la derecha se veía un proscenio que Pepezat había notado ya, dirigiendo á él sus gemelos, como si allí hubiera de aparecer ella.

En el momento mismo en que Juana Michelin entraba en escena en medio de un baile, y que Elena, atravesando el teatro, se encontraba frente á aquel agujero oscuro, el único sin ocupar que se veía, se oyó un ruido en el proscenio, cuya puerta se abrió; una acomodadora, con un gorrito adornado de cintas color rosa, colocó un almohadón en una de las sillas, y un segundo después, soberbia, deslumbradora, llena de diamantes, pálida y llamando la atención de todo el público, desde la orquesta hasta los palcos, excitando la admiración y provocando un movimiento general de gemelos, apareció Clotilde Verrier, permaneciendo un momento en pie y paseando su altanera mirada por

aquella sala que la contemplaba. Luego, dirigiendo sus negras pupilas al escenario con una sonrisa imperiosa de satisfacción, siguió la entrada de Elena, á la vez que con su brazo elegante y delgado y su manecita nerviosa señaló con un movimiento dominante y cariñoso al mismo tiempo, á alguno que parecía haberse quedado á la entrada del palco, el asiento que estaba vacío á su lado.

Y como si tuviese una pesadilla, Elena, que maquinalmente había levantado la vista hacia aquella mujer; Elena, que sentía en sus mejillas el fuego que despedían las pupilas de su rival; Elena vió un á hombre lívido, nervioso, que se mordía el bigote, entrar automáticamente en el proscenio, sentarse bruscamente en el sillón que Clotilde adelantaba, y permanecer allí inmóvil, con el labio trémulo y los ojos fijos....

Era él, era Saint-Ives. Y como bajo la influencia súbita de un filtro, Elena lo veía llegando allí, obediente, dominado, sin voluntad, tímido como un niño á impulsos de la orgullosa mirada de la argelina.

Entonces todo se borró de la vista de Elena; ante sus ojos pasaba todo arrastrado por un torbellino; un negro agujero enorme y anchamente abierto la rodeaba, y sin distinguir nada, viendo sólo aquellos dos rostros, asomados por entre el rojo terciopelo del palco y favorecidos por los centelleantes reflejos de los adornos de cristal que brillaban con los colores de un arco iris, la desdichada se llevó las manos á la frente, sintiéndose caer, queriendo gritar, creyendo morir....

Como herida por el rayo se desplomó sobre la alfombra, dando con su cuerpo en el suelo.

Un grito de espanto, salió súbitamente de todo el público, que se puso de pie. Se bajó el telón. Los espectadores se precipitaron en busca de noticias.

En el proscenio, Saint-Ives se inclinó como atraído hacia afuera, é instintivamente se dirigió á la puerta para correr al escenario, fuera de sí.

Pero la delicada y nerviosa mano de Clotilde le sujetó, y con sonrisa dulce é implacable y expresión de caricia de gato,

—No te muevas—decía la cómica.—Tú lo has prometido. Yo he cumplido. ¡Cumple tú á tu vez!

El público esperaba lleno de ansiedad. En seguida se levantó el telón, y Roblot dijo que sólo había sido un desvanecimiento sin importancia. La función se iba á continuar. Mlle. Gervais suplicaba la indulgencia del público, y éste contestó con aplausos. En efecto, Elena apareció al momento, vacilante, sin mirar más á aquel palco del que caía para ella una corriente de lava, sin fuerza todavía, pero conmovida hasta lo íntimo por los aplausos animosos y compasivos con que la recibía la sala, que nada había visto, nada adivinado, nada comprendido, y que quizá se habría burlado si hubiese sabido que el desvanecimiento que se creía un sufrimiento físico era la consecuencia de una crisis moral. Y entonces, como si aquel hierro encendido que llevaba clavado en su cuerpo comunicase á Elena Gervais una energía, una cólera, una indignación más terrible, representó con arrebatos de celos, con gritos de desprecio y una rabia loca,

su papel de esposa ultrajada, en toda la escena que tenía con Lucy Vaughan, la cual, admirada, no apartaba de ella sus grandes ojos indiferentes.

Aquella impasibilidad de la inglesa frente á la furia de la actriz era tan hermosa, tan humana; tan verdadero era, tan conmovedor, tan doloroso y tan imponente ver aquella mujer poniendo en acción todos sus nervios, mostrando su dolor, lanzando de sus labios las palabras como salta la sangre de una arteria; tan sorprendente y admirable era el espectáculo, que toda la sala, todo el público, los estragados, los aburridos, los escépticos, los que sólo asisten á los estrenos, las mujeres de mundo, los críticos, los actores descontentadizos, toda aquella multitud á la que ya se le había dado á conocer todo repetido y machacado; aquel París que se cree ser todo París, lloraba, gritaba, se rompía las manos, llamaba y aclamaba á Elena Gervais en medio de una furiosa tempestad de aplausos.

Enrique, con los ojos hinchados, sin detenerse y sin respirar, corría al cuarto de la actriz. Brecheux decía: «¡Es la Rachel!» Saint-Ives, petrificado, melancólico, mordiéndose el bigote, miraba con pena á Clotilde Verrier que estaba descolorida, reflexionando si al pretender herir en el corazón á su rival, sólo había conseguido hacer cien veces mayor su triunfo....

Luego, en medio del entusiasmo creciente de aquel éxito, en el foyer, en los corredores, en todos los grupos se oían las mismas expresiones.

—¡Es soberbia! ¡admirable! ¡Qué mujer! ¡Ella ha salvado la obra! ¿Y no le dieron el premio?

Tenían razón: ¡es una Desclée! ¡más que Desclée, una Dorval! ¡Una diosa, una verdadera diosa!

Los revisteros se precipitaron en busca de antecedentes. ¿Había detalles inéditos para darlos á conocer en la revista del teatro? ¿Mlle. Gervais era parisién? ¿Cómo se llamaba su profesor? ¿Dónde había nacido? ¿Qué edad tenía? ¿Cuál era su biografía?

Y corrían al escenario, donde se hallaban Brecheux, Alejo y Freville. Rodeaban á Guerard.

—¡Detalles, detalles! ¿De dónde habéis sacado el argumento de vuestra obra? ¿Dónde estaba esa inglesa? ¿Lucy Vaughan, decís?

Charrière encontró á Enrique que salía de ver á Elena.

—¿Qué le ocurre á la señorita Gervais?

—Nada, una crisis nerviosa. Ha llorado y se ha puesto bien.

Y el escultor, con los ojos alegres,

—¿No es verdad —le decía— que miss Vaughan es muy bonita?

Ya podía asegurarse que *Juana Michelin* había tenido un éxito extraordinario. El estreno había respondido á lo que se esperaba de los ensayos. Brecheux declaraba que nadie, entendiéndose bien, nadie, era capaz de presentar una obra como aquella.

—Falta saber —decía Roblot, siempre prudente— si hará ganar dinero.

Y Brecheux, con voz de triunfo, le respondía valiéndose del gran argumento tratándose del teatro:

—¡Cinco mil cinco esta tarde! ¡Ha excedido el máximo!

Gardonne acababa de lanzar al público, entre una tempestad de aplausos, el nombre del autor: «*La obra que acabamos de tener el honor de representar es la primera producción dramática de Mr. Paul Guerard.*» Llamaron á los actores, llamaron á Elena, llamaron á Gardonne, á los Duret, á Pepezat, sí, á Pepezat, que hundía la mirada en los palcos para descubrir en el fondo la bien amada.... Mientras sus compañeros la arrastraban para que la joven, en primer término, recibiese la ovación del público entusiasmado, Elena, muy pálida, levantó la cabeza para mirar al proscenio donde hacía pocos momentos se exhibía Clotilde y tenía el descaro de acompañarla Saint-Ives.

¡Ya no estaban allí!

El proscenio estaba vacío.

Elena hubiera preferido verlos de nuevo; pero ante el entusiasmo del público, Clotilde prefirió huir, y despechada, llevando en su mirada retratado el rencor más profundo, abandonó el público —aquel público ingrato— á Elena, pero quedándose por lo menos con su amor, arrebatado como una presa....

Y mientras Guerard, loco de alegría, expresaba su agradecimiento á la señorita Gervais, y en la efusión de su dicha la presentaba á su madre, una pobre anciana que temblaba de emoción; en tanto que Brecheux y Alejo se prosternaban ante la actriz como ante la aparición de un astro, el teatro iba desalojándose y por todo París se desparamaba una multitud poseída de entusiasmo, que

repetía sin cesar el nombre de Elena. En tanto Saint-Ives, en el fondo de un carruaje arrastrado al galope, decía una vez más á Clotilde con voz estridente:

— ¡Me habéis obligado á cometer una infamia! ¡una cobardía! ¡He sido un vil, un débil! ¡me despreció! ¡Debía haber despreciado el juramento que os había hecho! ¡soy un miserable!

Entonces ella le contestaba irónica y con una risita nerviosa:

— ¡Bah! querido, ¡la vida está llena de pequeñas infamias, como el infierno está empedrado de buenas intenciones!

XI.

Estaba escrito que la inmensa alegría que Elena experimentara con el triunfo conseguido había de ser envenenada por la cólera y el disgusto. Un gusano corroía el fruto alcanzado, y aquella traición de Saint-Ives quitaba á las aclamaciones con que habían saludado su *debut*, brillante como una estrella que aparece, toda la fruición de la dicha. Era una victoria, sí, pero sin ningún placer, y cuando al día siguiente, al despertar, la actriz recibía un gran ramo de flores que los maquinistas del teatro le regalaban, le parecía que aquellas pobres flores triunfales tenían el mismo perfume que las artificiales que adornan las tumbas. Y miraba aquel *bouquet* inclinando la cabeza y con los ojos arrasados de lágrimas. ¡Qué despertar,

después de tantas esperanzas! La noche que Saint-Ives le había declarado su pasión creyó que su vida estaba ya trazada, que había encontrado lo que estaba dispuesta á conceder: un amor eterno.

Apenas habían transcurrido horas desde que la voluptuosidad de la primera confesión amorosa la acariciaba con un soplo dulce como el beso, y ya todo había concluido. No podía creer ya en la sinceridad de aquellas palabras, dichas y escuchadas con estremecimientos de placer. Le habían mentido. Se la había engañado. Sin duda Saint-Ives la habría tomado — ¡á ella que se pasó la vida pensando en un amor único! — por una de aquellas mujeres de quienes él mismo le hablaba con hastío. ¡Qué desengaño!

Cada pláceme que recibía y cada nuevo homenaje que le llegaba, avivaba y abría más la terrible herida de Elena. Ya era una carta de Guerard, llena de reconocimiento, ya telegramas de sus antiguas amigas, de Esther Levy, de Pierron, una tarjeta de Felipe manifestando, conmovido, su alegría, una visita de Enrique Roquevert. Todo esto, lejos de consolarla, afligía su corazón. Enrique traía un fajo de periódicos. Todos hablaban de Elena poniéndola en las nubes. Apenas los miraba distraídamente. Su pensamiento estaba en otra parte. Le parecía que la Elena á quien dedicaban aquellos elogios no era ella, sino otra que debía ser muy feliz y muy gloriosa. Ella estaba desesperada con la especie de duelo moral que la rodeaba. Había confiado demasiado en aquel Saint-Ives, á quien había tomado como un tipo de caballerosa lealtad, como uno de esos hombres

que no saben mentir. No había adivinado los temores, las dudas y los vacilantes deseos de aquel mártir de su propia debilidad. Y como si todo hubiese acabado para ella, olvidando la realización de su ideal en el teatro, llena de amargura, sólo veía su amor herido de muerte.

Sentía vivos deseos de estar sola. Necesitaba confundirse con el movimiento de la calle, como si el ruido de los carros y de los transeúntes pudiera amortiguar su dolor. Y salió pensando que ya podía venir todo sobre ella, incluso Monerol amenazando, imponiéndosele; poco le importaba. Se encontraba en ese estado de ánimo en que se desea un nuevo pesar para apurar la copa del dolor. Si la alegría que constituye la vida se ve amargada, ¡qué más da que todo desaparezca hecho trizas! Al volver á casa le dijeron que había estado Saint-Ives. Palideció, y exclamando: ¡ah! cogió friamente la carta que el cómico había dejado para ella. Suplicaba, imploraba, pedía una entrevista. Ella le encontró cobarde, rompió la carta y no le contestó. Por la tarde se fué á pie al teatro maquinalmente. Brecheux la acogió como una soberana, riendo, dando palmadas y diciendo, á título de galantería, que le iba á levantar un arco de triunfo. Alejo, con mucha timidez y bajando los ojos ante la belleza de la actriz, balbuceaba un cumplido que parecía estudiado y que no terminaba. En cuanto Claudina apercibió á Elena, corrió á su encuentro, diciéndole con alegría:

—¿Sabéis que es cosa resuelta? Ya no hay obstáculos. ¡Nos casamos! Pronto se harán las amonestaciones.

Aquel mismo ¡ah! profundo y doloroso que hacía poco se había escapado de labios de Elena, volvió á oírse. Sintió desfallecer su corazón. Quizá por la primera vez de su vida un mal pensamiento atravesó su mente. ¡Con espanto se preguntó si era capaz de envidiar la dicha de aquellos muchachos!

No. Aquella alegría le causaba placer. Por lo menos había seres que no sufrían. Cogió las manos de Claudina con efusión y la besó.

—Ahora tenemos que pedirnos un favor. ¿Seréis nuestra madrina, no es verdad?

—¿Yo?

—Os lo ruego. ¡Me sería tan grato! ¡Y además, esto nos traerá la felicidad!

—¿Así lo creéis?—dijo Elena tristemente.—Pues acepto.

Luis Duret, saltando de gozo, vino á darle las gracias. Elena subió á vestirse á su cuarto, y aquella noche representó su papel como si la vida y la inspiración del día anterior hubieran desaparecido.

—¡Bah!—decía el director.—Las segundas representaciones siempre son así, *flojas*. La energía se pierde, falta la voz, flaquean las piernas.... Pero todo volverá.

Al encontrarse Elena en las tablas, fijó sus grandes ojos tristes en aquel proscenio donde la noche anterior había visto á Saint-Ives sentado al lado de Clotilde. ¿Qué inconcebible tentación, qué desapiadada locura le había impulsado á presentarse en aquel sitio frente á frente de Elena, disparando sobre su corazón á boca de jarro? Sin

duda Clotilde Verrier lo había exigido. Su impetuosa actitud tenía implacablemente sometido á la obediencia á Saint-Ives. ¿Pero cómo no había tenido éste la fuerza necesaria para desligarse de tales lazos, para resistir la siniestra crueldad de un malvado capricho? ¿Cómo no se había encontrado con bastante valor y energía para negarse? ¿Tan vil era él? ¿Ella era tan poderosa? ¿Sabía hacerse amar tan extraordinariamente aquella mujer?

Y diciéndose que todo había concluido, que no le volvería á ver nunca, que no quería verle jamás, jamás (repetía la frase con rabia), Elena recordó que tenía prometido trabajar con él en aquella representación organizada en la sala Herd á beneficio de la casa-cuna de Saint-Clement. Se preguntó si le sería permitido negar su concurso y retirar la palabra empeñada, ya que él no había sostenido la suya. ¿Acaso aquellos niños sin pan que pedían socorros, habían de sufrir las decepciones de su amor? ¿Las pobres criaturas, aquellos inocentes que ella se imaginaba muertos de frío en sus camitas, habían nacido para sobrellevar la contrariedad de aquella traición? Lo había prometido, su nombre estaba impreso en el cartel. Trabajaría. Y trabajaría con él, si él no tenía el pudor de ceder su papel á otro cualquiera. Representaría el proverbio ensayado, reiría, le tendería su mano en el juguete que debían interpretar; en una palabra, cumpliría su deber; pero si él se atrevía á hacer la más ligera alusión á la terrible noche del día anterior, si pretendía disculparse, no le daría tiempo para ello. Por grande que

fuese el amor que aún tenía á aquel hombre, no podía perdonarle una bajeza semejante. Elena se había creído y se creía bastante fuerte para luchar contra los consejos de la pasión, las tentaciones y el halago; se sentía bastante noble y llena de dignidad para no perdonar tal villanía. La mentira, la bajeza, la falta repugnante de franqueza, todas estas cualidades despreciables la llenaban de indignación. ¡Y él había mentido! ¡Y él se había envilecido hasta el extremo de ostentar su traición ante el público, exhibiéndose vulgarmente en un proscenio del teatro!

En los mismos momentos que aquella conciencia sin mancha y aquella lealtad ultrajada se revolvían contra Saint-Ives, éste por su parte sentía el remordimiento de su debilidad, y por reparar, por borrar el recuerdo de aquella noche, hubiera dado diez años de su vida. Mientras no hubo despertado de su embriaguez, no se sintió tan profundamente humillado á sus propios ojos y abatido ante Elena. Después de tantas resistencias poniendo en juego su frialdad, había sucumbido al irresistible ascendiente de una mujer que le recordaba el suicidio de un amigo. Dominado por la pasión, se había dejado llevar á renegar de su amor, á faltar al juramento del día pasado, á consentir en aquella pública exhibición ante Elena ultrajada. Verdad era que la debilidad de Saint-Ives era culpable, y cobarde su obediencia; pero más que á él debía atribuirse á Clotilde Verrier capaz de todo cuando llegaba á considerarse la que mandaba. «*Lo que yo quiero, como yo lo quiero*», esta era la divisa insolente de la actriz. Dominaba á sus amantes en

absoluto y los arrastraba á su antojo con su poderosa é implacable voluntad.

Así, pues, Saint-Ives había sido sincero cuando había dicho á Elena: «¡os amo!» Si, era cierto; sí, él la amaba, la respetaba, le tenía la más profunda veneración y le hubiera querido hacer ver la adhesión más ardiente, pagando cada minuto de su traición con un año de su vida, con la sangre de sus venas. Pero su trastornada cabeza había hecho callar al corazón, y entonces, estrujado entre aquel casto amor, dulce como el consuelo, y aquella pasión incendiaria que parecía quemar su cuerpo como un ácido, Saint-Ives forcejeaba, descontento de sí mismo, por librarse de aquellas ligaduras que le apretaban hacia unas horas y de los repentinos desahientes que hacían imposible toda resolución.

¡Ah! por lo menos hubiera querido volver á ver á Elena, pedirle perdón, jurarle que era la más venerada y más querida.... Pero huía de él. No estaba visible en su casa. Y en el teatro no se atrevía á presentarse, porque en aquel lugar había cometido la infamia más vil; su aparición en aquel palco.

—Al menos la veré en la sala Herz cuando representemos juntos....

Y al pensar esto temía que la señorita Gervais hubiese devuelto su papel negándose á trabajar con él. Por eso fué grande su alegría cuando supo que ella continuaba en la idea de trabajar. Clotilde Verrier aconsejó irónicamente á Saint-Ives que aprovechase aquella ocasión para consolar á la pobre joven.

—Seréis dueño de vuestros pasos, querido mío, puesto que yo no pienso asistir al concierto.

El párroco de Saint-Clement había combinado perfectamente el espectáculo. Juana Michelin se terminaba á las once y media. Mlle. Gervais podía llegar á la sala Herz á las doce menos cuarto. El proverbio se representaría lo último, como coronamiento de la función, pues efectivamente era su principal atractivo.

Elena acudió á la sala Herz como el soldado que va á la batalla ó el hombre que va á un duelo. Lo exigía el deber. Descendía de su carruaje, sencillamente vestida, pero con un gusto elegante, cuando descubrió á Saint-Ives que evidentemente la estaba esperando. La luz del gas caía directamente sobre el descolorido rostro del actor. Ella á su vez se sintió también palidecer tanto como Saint-Ives.

Sin detenerse atravesó la escalera que conducía al saloncito que había tras el escenario. Él le había alargado la mano sin que ella pareciese notarlo.

El público estaba esperando, y era preciso bajar en seguida.

—¿Sabéis bien vuestro papel?—preguntó Saint-Ives con voz tímida.—Hace mucho que no lo hemos ensayado....

—¡Estad tranquilo, yo no olvido nada!

Elena había respondido secamente, en tono esquivo, muy distinto del que le era habitual. Saint-Ives se hallaba como un condenado escuchando su sentencia.

Salieron á escena y representaron en tono risueño y con envidiable jovialidad el duo mundano que estaba anunciado. Saint-Ives, de corbata blanca y traje negro ajustado, estaba elegante, es-

piritual, con desenvoltura, como si su imaginación se hallase libre de todo cuidado; su picaresca sonrisa levantaba como siempre su bigote, y Elena, de ordinario melancólica, interpretaba con una gracia fina y delicada la escogida prosa del juguete. Reían y aplaudían: la sala entera estaba encantada, y al llamarlos á escena la mano de Elena se apoyó en la de Saint-Ives; pero cuando—después de haber salido para dar las gracias al público—se hallaban en el saloncito que servía para descanso de los artistas, éste quiso deslizar al oído de Elena palabras suplicantes, ella volvió tranquilamente la cabeza, y su mano, que sostenía un abanico, tembló ligeramente.....

Como la noche de aquel ensayo general de *Juana Michelin*, cuando esperaba al extremo de la escalera, Elena había pedido que hicieran llegar su carruaje á la puerta. Pensaba cuán diferentes eran los días. Violentamente conmovida y con el corazón apretado, necesitaba toda la energía de su alma para desoir la voz entrecortada de Saint-Ives repitiendo frases que parecían impregnadas de lágrimas..... Luchaba consigo misma. Hubiera querido no oírle. Deseaba que llegara pronto el carruaje para que la llevase y la arrancara del lado de él. Temía que iba á perdonarle, y comprendía que esto era imposible. ¡Perdonar! Todo su ser se indignaba ante tal pensamiento. Sí, el perdón vulgar, el que se arroja al culpable como una limosna, podía concederle. Pero jamás olvidaría. La herida había sido demasiado profunda. La pobre joven, en el desencanto de su ilusión, había caído de muy alto.

Y sin embargo, Saint-Ives comprendía muy bien que si, en uno de aquellos arranques, no lograba ganarse el afecto de Elena y tomar posesión de su ternura, era fácil que ya nunca más se le presentara ocasión propicia..... Entonces su voz se hacía más humilde todavía; todo lo que en él había de malestar é indignación contra sí mismo, se trocaba en ardientes súplicas..... Elena cerraba los ojos como no queriendo ver, y le daban ganas de taparse los oídos para no oír. Su pobre corazón latía como al eco de un pasado querido que había muerto.

Y él, dejando escapar su pensamiento completo, mostrando el terror que le inspiraba su propia debilidad, la decía que si ella le abandonaba, si no le perdonaba, si no le concedía el olvido de todo, el olvido deseado, bienhechor como un bálsamo, su suerte estaba ya decidida; extraviado, desesperado, no teniendo nada que esperar en la vida, se impondría por sí mismo el castigo de su falta hundiéndose en ella, se abandonaría á la corriente que había querido contrarrestar, expondría su carne para que se clavaran en ella las uñas que la acariciaban, se complacería cruelmente sumiéndose por sí mismo en el vicio y—el actor byroniano aparecía sinceramente en el enamorado descompuesto y exaltado—procuraría hacerse el mayor daño, puesto que, habiendo entrevisto un ángel salvador, el destino le separaba ahora de él.

Elena se estremecía. Descubría la verdad sencilla, profunda y absoluta que se encerraba bajo aquella fraseología novelesca. Pero si entonces era sincero Saint-Ives, también sin duda lo había sido

cuando murmuraba palabras de amor al oído de Clotilde. Su débil corazón, maleable como la cera, estaba acaso dominado por todas las pasiones? Una vez la había hecho traición. ¿Por qué no había de hacérsela otras más? Y sin embargo, la piedad iba apoderándose de Elena. Se sentía desfallecer también á causa del invencible horror que le inspiraba la mentira; quería huir, encontrarse sola, lejos de él, lejos de aquel hombre, para juzgarle mejor, para verle nuevamente pálido y frío en aquel proscenio en que había aparecido.... para calcular entonces el valor de aquellas protestas, de aquellas súplicas y juramentos de Saint-Ives....

Pero allí, escuchándole, adivinando sollozos ahogados en las palabras que confusamente llegaban á sus oídos, experimentaba indecible angustia y á su vez tenía miedo de sí misma....

Aquel duo doloroso, lleno de violencia y sufrimiento, tan diferente del sutil proverbio que hacía un momento habían *bordado* los dos cómicos, fué interrumpido bruscamente por una voz resonante:

—¡El coche ha llegado!

Elena bajó rápidamente los peldaños de aquella escalera como para librarse de aquel Saint-Ives que, como un insensato, fué tras de ella dirigiéndola, cuando ésta se hubo dejado caer en el asiento del carruaje, estas palabras que eran como la última amenaza, la postrer queja de un ser decidido á morir:

—¡Adiós, pues, Elena! ¡Podréis decir que habéis empujado á un hombre hacia el abismo!...

Tentada estaba ya de llamarle, de hablarle. Le estaba viendo aún en la puerta, de pie, con la ca-

beza descubierta, inmóvil.... Su último grito parecía un reto doloroso.

¿Si se perdería verdaderamente para siempre por no haberle ella perdonado?

—¡Bah!—pensó—¡ya le consolará Clotilde Verrier!

Todo el disgusto que le causaba la mentira, todo el horror que le producía la falta del cumplimiento de una palabra, se apoderaba de su corazón, como si la ahogara un espasmo.

Saint-Ives continuaba en su sitio petrificado, anonadado, viendo á su alrededor abierta una sima, en tanto que el coche se llevaba á Elena por aquellas calles medio desiertas.

Después de esta escena Elena ansiaba más la soledad. Se pasaba el día casi entero en su cuarto. Las visitas de Enrique no la consolaban. Más de una vez le cerró la puerta ella misma, sin hacer caso al timbre de la campanilla. Hundida en una butaca, con la mirada fija, permanecía allí como anonadada por una gran desgracia. ¿No era esto llevar luto por su amor? Por la noche, la presencia del público la galvanizaba. Olvidándose de sí misma, era la verdadera Juana Michelin, y sufría los dolores de aquel ser imaginario. Todavía seguía la obra haciendo efecto, dando buenas entradas, que, no obstante, parecían cada día más flojillas. El grueso Brecheux empezaba á notar que la obra era «un poco demasiado literaria».

—¡El estilo, el estilo! ¿Qué le importa el estilo al caballero que viene á dejarme sus dos escudos? Cuando yo iba al teatro, me burlaba del estilo. Digo más, cuando la obra era en verso, no iba.

Así iban pasando los días. Poco durarían las hermosas tardes de otoño. Luis Duret, cuyo casamiento con Claudina estaba ya fijado, deseaba aprovechar uno de aquellos últimos días en que el sol brillaba hermoso. Se había acordado, siguiendo los consejos de Gardonne, que después de la ceremonia irían á almorzar al campo, un almuerzo de caza que se prolongaría hasta la hora de levantar el telón. Toda la compañía estaba convidada. No se quería que los gastos corriesen por cuenta de los novios, y menos aún por cuenta de los Duret, los fabricantes de objetos de azabache. Serían á escote. Sólo así podrían divertirse. Gardonne, haziendo de los paisajes de bastidores y de los árboles pintados, respiraba ya, dilatando todos sus pulmones, los ricos aromas del campo. ¡Cuánto se iban á divertir! La pequeña Esther Levy, contratada en el Odeón, era de los de la partida. Miss Vaughan se había excusado: un gran almuerzo «diplomático» en el pabellón de Enrique IV la retenía en Saint-Germain. ¡Bah! ¡se pasarían muy bien sin la inglesa! Lo importante era que no faltase Elena Gervais.

Bien hubiera querido ésta rehusar, pero disgustaría á Luis y á Claudina. ¡Y se amaban tanto! ¡parecían tan felices! Luis tenía las lágrimas en los ojos, y Claudina reía alegremente ante la idea de que en lo sucesivo la llamarían ¡señora! «Por su desgracia», murmuraba la madre Hard.

Elena, como todas, acudió puntualmente á la alcaldía. Todo el personal del Teatro del Boulevard esperaba; Brecheux á la cabeza, sirviendo de testigo al pequeño Duret. El padre del desposado,

ostentando corbata blanca, y la señora Duret, ambos mostrando cierto ceño, miraban de soslayo á la madre Hard, no menos tiesa. Mientras los muchachos conversaban alegremente, los padres cambiaban en tono agrio y malhumorado reverenciosos *señor y señora*, dejando ver á las claras su mutuo disgusto por el casamiento.

Pepezat, hermosote como una flor, buscaba entre los parientes de Luis Duret—pobres gentes vestidas de domingo, tenderos compuestos como si estuviesen en escaparate—la viuda ideal que debía aportar en dote el producto de la venta de una tienda junto con una casita en Vincennes ó en Bel-Aire.

Todo sofocado, impaciente y rabioso, Brecheux se secaba el sudor, siguiendo su costumbre, y haciendo sonar la lengua contra su paladar, repetía:

—¡Vaya, vaya! ¡Parece que se burlan de nosotros! ¡Ese alcalde no llega! ¡está almorzando! ¡Estas gentes no quieren molestarse! ¡Y yo que estoy citado para tratar de una obra nueva! ¡Iré á reunirme con vosotros en Joinville!

¡Una obra nueva!

Esta palabra hizo palidecer á Guerard ¡Brecheux pensaba ya en reemplazar á Juana Michelin! El autor preguntó tímidamente á Alejo, que andaba muy obsequioso con Elena, «si no daba ya dinero».

—¡Menos!

—Pero puede cambiar y mejorar—replicaba Roblot, hombre que tenía experiencia en todo.

En medio de toda aquella gente, Elena sentía un aislamiento absoluto. Respondía sin fijarse á las gracias de Esther Levy, que charlaba como un

papagayo. No atendía á la ceremonia; distraída, parecía no oír siquiera. El sí del pequeño Duret, pronunciado con firmeza, y el de Claudina, que parecía como escapado en una risotada, la llamaron la atención. Estaban casados. Iban á ser felices, á establecer una morada donde descansar de las tormentas humanas. ¡El matrimonio! ¡Un hogar! ¡Los hijos! Esto era lo que ella, la pobre joven, había deseado — y en verdad que no era una aspiración ambiciosa — ante su amarga soledad y el trágico desenlace de sus esperanzas, las quejas de *Ifigenia* (su papel de otro tiempo) acudían á su mente como el eco de una voz y de un pensamiento lejano:

¡Ayl de inspiración demostraciones tales
Me elevan sobre todos los mortales.

Y mientras ella escuchaba en cierto modo aquellos versos que murmuraba su memoria, la ceremonia terminaba, bajaban la escalera, subían á los carruajes é iban á la iglesia. Elena seguía maquinalmente, se sentaba, miraba al cura y oía losacentos del órgano con ganas de llorar, y luego, casi sin saber adónde, iba hacia el tren, subía en el vagón, descendía con toda aquella alegre boda de cómicos célebres, atravesaba la pendiente calle que desde la estación de Joinville conduce al Marne, y se detenía allí en un restaurant en el que Pepezat estaba ya dando disposiciones, para lo cual había ido en el tren anterior, con el fin de ver si habían preparado la comida en la terraza á lo largo del Marne, como tenían dispuesto. Y en

tanto que Pepezat dirigía la palabra á la taberna, que le miraba algún tanto estupefacta hacer contorsiones, Gardonne se entretenía en cortar una rama de árbol y en pulirla, para hacer, según decía, un bastón de teatro, pero en realidad para tener entre sus dedos la fresca y viva savia de la madera.

En cuanto llegó la boda — llamando la atención de los marmitones del hotel que curiosos salían á verla — se pusieron á la mesa. El padre Duret, para distraerse, dirigía la vista á su alrededor, admirado de la vulgaridad de aquel restaurant campesino, y Pepezat para *animar* repetía: «¡Qué bien se está aquí! ¡qué bien, hijos míos!»; el viejo Jove-lin marmoteaba su habitual monólogo, y Elena observaba el mantel, los anchos platos en los que humeaba la sopa de hierbas, y el antiguo piano de nogal, con su etiqueta del tiempo de Luis Felipe, *Roller y Blanchet, proveedores de la Real Casa, calle Hauteville*. También miraba las virolas de cobre que indicaban el sitio de los candelabros, el papel de la pared, donde se veían dibujos borrosos representando palmeras color verde col creciendo en Alhambras amarillas, y un sultán con capa encarnada, de pie delante de una sultana blanca, sentada y tocando la bandurria. En aquellos dibujos repetidos, el zócalo de la pared, cortando el papel precisamente por las cabezas de las sultanas, hacía que en la parte inferior apareciese como una larga fila de decapitados.

Sentada en aquel sitio, en una silla de juncos amarilla, y para librarse en parte del molesto ruido de aquella animada reunión que le ponía triste, Elena

al menos podía, desde la terraza que daba al río, recrear la vista mirando el verdor bronceado de los árboles que aparecía iluminado por un rayo de sol caliente y esplendoroso.

Y en efecto, silenciosa tendía la mirada á lo lejos. El puente aparecía en completa claridad, el agua haciendo remolinos bajo sus arcos, las cimas de los árboles cubiertas de polvo, los álamos deshojados, los tejados de pizarra, las casitas rojas, los pabellones campestres sucios ya con la tierra del invierno, los botes encallados, las cuerdas con la ropa blanca tendida, las muestras de restaurantes con sus títulos «de los Pescadores» ó «de la Marina»; y cuando por casualidad la mesa quedaba en silencio, á lo lejos oía el canto de un gallo ó el cloqueo de alguna gallina, oscurecido de pronto por el silbido de la locomotora. Contemplaba aquel paisaje de otoño, los emparrados, bajo los cuales se extienden sobre el verde suelo los limpios manteles, favorecido por un cielo azul, suave como una perla, ó el polvo de pizarra, las hojas de los árboles y los cerezos cubiertos en Abril con mechones como si fuesen de algodón, y entonces desnudos y casi calvos haciendo suspirar á Gardonne. Luego, mucho más allá, los campanarios de Nogent, las casas escalonadas, los humos rojizos de las fábricas juntándose en el fondo del horizonte con las ligeras nubecillas, que por minutos iban cargándose de un color de tempestad, como si en aquel fin de estación se hubiera sentido brotar la vida del cálido verano.

Poco á poco iba aumentando la algazara alrededor de la mesa. Devoraban atrozmente; los di-

latados pulmones respiraban con entera libertad. Un exceso de vida animaba aquellos semblantes pálidos, en los que se descubría una anemia especial, la anemia del teatro. La luz del día daba á aquellos rostros, hechiceros á la luz de la rampa, tonos lívidos desconocidos. Pero en los ojos lucía la llama de la alegría y en los labios no faltaba la risa del placer. Gardonne daba con el puño en la mesa, lamentándose de no poder vivir siempre así en la verdadera vida natural, respirando el aire libre cargado de ricos aromas. Pepezat miraba de lejos á algunas parientes del pequeño Duret, y Claudina enviaba á través de la mesa graciosas sonrisitas á su marido, que estaba encarnado de gozo. La madre Hard no marmuraba ya, comía; pero el señor y la señora Duret no cambiaban su aspecto melancólico. Toda aquella turba de actores fuera del teatro les tenía estupefactos.

A los postres, apareció Brecheux, que venía de París expresamente para pagar el champagne. Su presencia fué saludada con atronadores hurras. Roblot brindó por la felicidad de los recién casados y por la prosperidad del nuevo teatro; Duret dedicó el brindis á su director y á la primera obra de Mr. Alejo Brecheux, allí presente, y que modestamente se ocultaba tras de su copa. En seguida quisieron ensayar un baile improvisado, y al momento se puso Alejo al piano de los *præcedores de la Real casa*, y ejecutó medianamente un bailable. Un apetito de idilio y de campo se apoderó de aquellos pobres diablos, encerrados siempre entre bastidores, y unos apoyados en los brazos de los otros, echaron á andar, conversando, can-

tando ó riendo, á lo largo del Marne. A la cabeza iban los pequeños recién casados corriendo como locos, Pepezat refiriendo su vida á la Duret, madre, y los abuelos, andando maquinalmente unos al lado de otros y dirigiéndose miradas recelosas á investigadoras. El padre Duret, que había concluido por humanizarse, iba contando su juventud á la gruesa dueña que se apoyaba en su brazo.

Elena iba del brazo de Gardonne, á quien estimaba mucho. El le manifestaba hasta qué punto aquel día de campo hacía más penosa todavía la perspectiva de su vida ordinaria. Su mayor deseo sería morir obscurecido, ignorado, en alguna casita de la ribera, en una cabaña de aquellas que se veían en la isla que tenían ante ellos. Todo le entusiasmaba, le divertía; los mulos de labor pasando sobre la surcada tierra, el castillo de Poulangis que se distinguía á lo lejos, todas aquellas muestras, los carteles con anuncios que hacían latir su corazón: «Se vende», «Se alquila, informarán calle de....»

—¡Qué felices son los que tienen un rincón, lejos del teatro!....—suspiraba el cómico.

Luego, esperando á que la boda se adelantara, dejando oír sus carcajadas, parándose delante de todos los objetos, de una pared, de un kiosco, de un recodo del río surcado por lanchas blancas y azules, de una canoa enarbolando cualquiera bandera reflejada en las aguas, de una elevación en la que ondeaba la tela tricolor del alquilador de embarcaciones, de aquellas casitas ocultas entre los árboles, blancas, rojas ó negras, de un campa-

nario de iglesia que descollaba entre ellas, de los ribazos de Champigny que distinguía á lo lejos, el cómico repetía:

—¿Verdad que esto es hermoso? ¿Hay delicia mayor que el no separarse jamás de estos sitios?

Disfrutaba un encanto parecido á los que todos los años le permitía gozar en el mes de Abril la libertad en que quedaba durante las vacaciones de Semana Santa, el fresco perfume de la primavera subía á su cerebro confundido con el sonido de las campanas que llegaba de lejos, y el pobre actor no podía dejar de detenerse ante los sauces, con sus ramas en la corriente de las aguas, como cabelleras de gigantes bañándose, y todavía, cual si estuviesen en Abril ó Mayo, buscaba florecitas en las cereas y creía oír la campanilla de algún chotillo corriendo tras de la madre, que se ponía de manos para alcanzar con los dientes la hojarasca de los vallados.

Elena no podía menos de decirse que los sueños se ven pocas veces realizados, y que lo mismo sería ella amada que Gardonne rico. Y sin embargo, era muy poca cosa una cabaña en la orilla del río, un refugio en aquellas breñas, lo mismo que era muy natural aspirar á que un afecto leal respondiese á una ternura profunda, á un pensamiento consagrado á todas horas, pagando la deuda de un amor casto. ¡Sí! pobres gentes, ¡qué menos podían ambicionar! y sin embargo, ¡qué imposible se les presentaba, puesto que la suerte había torcido la realización de sus sueños como un niño destroza su juguete!

Así transcurría el día: Elena cavilando, sintiéndose tanto más aislada, abandonada, desconsolada y engañada, cuanto que se veía rodeada de una multitud alegre y ruidosa que quería obligarla á correr, á distraerse, á emborracharse de hierba.

—¡Vamos, Elena!—le decía la pequeña Esther con su buen humor;—que éstos son ya los últimos días buenos. ¡Ya caen las hojas!

Y sobre aquellas alegrías de esclavos en libertad, parecidos á estudiantes en vacaciones, Elena estaba viendo formarse la tempestad y le parecía que siempre amenazan cielos como aquél las alegrías humanas. Se aproximaba la noche. Bajo una nube grande como un enorme bloque de color obscuro, proyectando reflejos rojizos, el sol descendía en el horizonte, deslumbrador, blanco y luminoso, uno de esos soles de los días tempestuosos, haciendo destacarse las ramitas con una perfección singular. Las amarillentas hojas de otoño se agitaban con el viento precursor de la lluvia, y por minutos aquella enorme masa negruzca, la espesa nube opaca iba haciéndose mayor, se presentaba amenazadora, temible, siniestra, un cielo de esos que nos obliga á alargar el paso, y ya en el horizonte incendiado por el poniente, se veían cruzar por el espacio gotitas de lluvia, brillantes como lentejuelas.

—¡Marchémonos!—decía Brecheux riendo.—¡Pronto será hora! ¡Y vamos á tener un tiempo á propósito para que haya buena entrada!

—¡Viva la lluvia!—dijo Pepezat, que estaba alegre.

Y como, en efecto, llovía, echaron á correr hacia la estación del ferrocarril, los novios delante, Claudina levantándose la falda blanca y echándola sobre su corona de azahar, como *Virginia*, según decía Luis; la pequeña Esther Levy, sujetándose el corsé y reventando de risa; Pepezat siempre digno, Tovelín sin dejar su aire tosco.... Era una verdadera algarabía cuando aquella turba de galopines en libertad, asaltó los vagones, trasladándose á París, donde debía terminar aquel día de boda, representando en el teatro *Juana Michelin*, viéndose obligados Claudina y Duret á desempeñar sus papeles antes de encontrarse solos completamente en ese íntimo *tête-à-tête* de los que se han casado por amor....

Aquella loca excursión en plena libertad dejó á Elena todavía más triste. Realmente había sufrido durante aquel interminable día de placer. Aquellos transportes de gozo herían sus perdidas esperanzas. ¡Qué dichosa hubiera sido si aquel Saint-Ives la hubiese amado! ¡Y él había extinguido su vida entera en una noche, en una hora, y para siempre!

En todo estaba pensando Elena al día siguiente, cuando oyó llamar á la puerta. Suponiendo que sería Enrique Roquevert fué á abrir. Era Marcy.

Encerrada en su amarga soledad con una especie de voluptuosidad insaciable, experimentó no obstante una sensación inesperada de placer al ver á Felipe. Se encontraba muy á gusto ante aquella honradez sencilla y aquel corazón recto. Además hacía mucho tiempo que no le había visto. ¿Qué había pasado por aquella exis-

tencia? Parecía triste. ¿Estaba enfermo Andresito? No, á Dios gracias; el niño crecía con sus inclinaciones de hombrecillo y sus caricias de niño. ¿Y Mme. Marcy, la madre? Estaba bien, viviendo siempre sola, pero muy feliz y satisfecha con las visitas de Felipe y las meriendas que Andresito hacía en su cuarto. ¿Y Mr. Charrière? Marey movió la cabeza. Elena debía tener noticia de que la pasión dominante, terriblemente violenta que sentía por miss Vaughan le tenía fuera de sí; ¡á Charrière, aquel burlón, aquel prudente! Como un cordero se dejaba llevar de la inglesa, trabajando como un desesperado para poder pagar su lujo, haciendo de su arte su constante ocupación, á fin de poder retener cerca de él aquel modelo de una *Venus* que, según él decía, había de inmortalizarle, y que, por de pronto, engañándole y burlándose de él, le estaba arruinando moral y materialmente.

—Ya no es el mismo—decía Felipe con tristeza.—¿No habéis vuelto á verle?

—A lo lejos creo haberle visto. Pero parece que huye de mí.

—Huye de todo el mundo, como los que están en el camino de la perdición.

Elena notó con espanto que el pintor había dicho aquello en voz muy baja, muy triste y con una expresión de fatiga y como de agitación en su dulce mirada. Entonces se fijó en él con atención. Había envejecido mucho. Estaba más delgado, más abatido. Había un nombre que instintivamente la joven no se atrevía á pronunciar, el de Sabina.

Mientras él preguntaba á Elena por su vida, sus proyectos, sus triunfos, ella se decía, adivinando con su instinto de bondad las penas del artista, que un dolor oculto consumía á aquel hombre y que éste experimentaba mayor alegría viendo de nuevo á su *Caridad* de otra época—á su modelo—que ella al encontrarlo.

¡La *Caridad*! Aquella *Caridad* que tan admirablemente había pintado; aquel cuadro en el cual había querido revelar todas sus cualidades de pintor y pensador—no contentándose con la forma, sino comunicando á aquella tranquila y consoladora figura una expresión de humana y profunda piedad—lo había expuesto no hacía mucho en el salón de una de esas exposiciones de los círculos artísticos, donde los aficionados entran cuando por allí pasan. Una vez expuesto, parecía que sus rivales, sus enemigos (los tenía sin conocerlos), estaban acechando la ocasión propicia, el primer momento para ridiculizarlo, y si por casualidad tenía un deseuído, para pisotearlo en el suelo.

Una exposición rival, la de los Independientes, se abrió al mismo tiempo, escandalosa, exagerada con el reclamo. Baloché había desembolsado generosamente para los primeros gastos, y había ido más lejos, adelantando los fondos necesarios para fundar un periódico especial, destinado á sostener la exposición del Trivialismo. La dirección había sido confiada al propio Foubertaille, y el *Trivialista*, periódico de los intereses del arte, que salía los sábados y se vendía en la plaza Clichy y en todos los kioscos, publicaba retratos y biografías de pintores, pero de verdaderos pintores,

de *trivialistas*, de *emborronadores*. Entonces, con jovialidad indecible y ardor extremado, el *Trivialista* había emprendido, en beneficio de sus adeptos, una satírica campaña contra la exposición rival, la de los «pintores mundanos, elegantes y correctos»—de los *señores*, como decía Foubertaille—que enviaban sus pastas, sus dulces y sus merengues á los salones anuales. Aquella guerra baja divertía á los charlatanes. Como un pasatiempo, los periódicos serios reproducían las graciosidades del *Trivialista* y daban una publicidad extraordinaria á las ruindades de Baloché ó de Lemenil. En quien se cebaba en primer término, con una especie de cólera encarnizada, la improvisada redacción del *Trivialista*, era con Marey. A éste se dirigían todos sus ataques, nacidos en una atmósfera de alcohol y de nicotina y que parecían impregnados en algún veneno. Aquellos epigramas semanales se remitían por el correo á la avenida Villiers, y en ellos Felipe, espíritu liberal y animoso, luchando siempre en favor de aquellos de sus camaradas que necesitaban vivir, Felipe, que era opuesto á las postergaciones inicuas, á las severidades irritantes del jurado, á los pintores que se erigían en jueces de sus compañeros; Felipe, amigo de toda manifestación nueva, de toda investigación, de toda novedad, de toda verdad; Felipe, el alma más grande y agradecida, en ellos aparecía representado como un sér envidioso de todo lo que nace y dispuesto á cerrar el camino al porvenir.

Parecía que de pronto se había echado sobre él una jauría de aulladores. No es posible formarse

idea de la hiel que encierran ciertas medianías, impotentes contra todo lo que lucha y animadas por un odio feroz. A estos perezosos, á estos fakires artísticos, absortos en su propia admiración, les parecía que Felipe quitaba la parte de éxito que debía á su laboriosidad y talento. Los *trivialistas* calculaban, agitados por la cólera de los celos, el dinero que podía ganar, el número de cuadros que vendía; hubieran querido morder la bienhechora mano que les tendía aquel joven maestro para ayudarles; y no atreviéndose á arañar en su carne, destruían el talento, y á ser posible hubieran destruido las obras.

Todos esos descarriados, esos causados llenos de rabia, toda esa bohemia envidiosa que mide al prójimo por lo que ellos son y se venga de su impotencia con la injuria, constituyen la verdadera plaga del que vive del arte ó del pensamiento.

Cerca de Felipe pululaban estos envidiosos como los reptiles después de una lluvia abundante. La *Caridad* era ridiculizada todas las semanas con una violencia desenfrenada, y como todo lo que hace ruido llama la atención, y como toda zambra tiene su público, los aficionados causados de oír elogiar á Marey compraban el *Trivialista* y les divertían los epigramas que lanzaban contra el autor de la *Caridad*, Baloché ó el mismo Cordier.

Sí, Cordier, que frecuentaba el estudio del maestro tendiéndole la mano y llamándole su amigo, y que había hallado el medio de hacer daño á Felipe de dos maneras, hiriéndole á él y aconsejando á

Mme. Marcy que enviase á la exposición del *Trivialista* sus bocetos, flores, frutas, naturalezas muertas que el *Trivialista* elogiaba á rabiar, repitiendo con insistencia que reconocía el mérito allí donde existía, aunque se hallara fuera del grupo de los trivialistas. Y en prueba de ello, que todo lo que la *Caridad* de Marcy tenía de vulgar, de inferior, de falta de expresión y de insoportable, podían decir que tenían de sabrosos y llenos de luz los *Pimientos* y los *Peces* de Mme. Marcy. ¡Qué ejecución tan pobre la del marido! ¡Qué vigor de paleta en la mujer! Y continuaban así el paralelo pérfido, dañino que atacaba á Felipe hasta en el sagrado del hogar, hasta en la paz de su dicha.

¡Ah! su dicha, las ilusiones de sus primeros tiempos, su alegría de esposo, los ensueños que acariciaba de trabajo y de gloria, ¡qué lejos los veía! Ahora, si consultaba á Sabina, si de su pecho dejaba escapar algún angustioso suspiro, si dejaba adivinar la herida oculta, si los ataques necios y viles de un Baloche, tomándolos en serio le hacían contener difícilmente las lágrimas, Sabina, mirándole friamente, le decía que, después de todo, en la crítica más injusta hay siempre un fondo de verdad que el artista animoso debe mirar frente á frente sin abatirse. No había querido decirse nunca; pero (había que confesarlo) su pintura era fría, poco original y como anémica, y al hablar así empleaba los términos que había recogido del *argot* trivialista. La *Caridad* era tosca, poco cepillada. Era preciso, según la marcha del progreso, desterrar el pasado y vivir de lo moderno.

—Convemido—respondía Marcy—lo moderno

tiene una gran fuerza. Pero ¿y lo que es eterno, inimitable?

—¡Eterno! ¡ah, hermosa palabra!

Y Sabina se echaba á reír.

Marcy se quedaba atontado como si le hubiesen echado un jarro de agua fría por la cabeza. ¡Qué! ¿Era esto lo que Sabina, lo que aquella Sabina, su apoyo y consejera de otro tiempo, pensaba de él? Preocupado, con inquietud, llegó á preguntarse si habría equivocado el camino. Sin embargo, Charrière lo había elogiado, y Charrière no conocía la lisonja. Y Enrique.... Pero Enrique y Charrière le estimaban y pudieran ser que no mirasen su obra con imparcialidad. Y dudando tenía miedo de sí mismo. Perezoso y lleno de angustia se encerraba en su cuarto para contemplar, para interrogar sus bocetos, los cuadros empezados, todo lo que no há mucho le parecía digno de verse, y se preguntaba si su mirada era clara, si su mano respondía al pensamiento, si sus ideales eran sólo sueños de debilidad ó desvaríos de enfermo.

El *Trivialista* publicaba semanalmente su acostumbrada sátira grotesca y torpe, que, no obstante (Felipe lo conocía), debía circular por los cafés y los estudios. Baloche publicaba en verso la *Lejenda de Marcy*, con música de Foubertaille:

Y Marcy muy resuelto
Quiere ir al Instituto....

Canción de cervecería, necia y agria como la levadura de cerveza; pero que se quedaba en la me-

moria y traspasaba la piel de Felipe llegando hasta su carne.

Viéndose solo en su casa, sin atreverse siquiera á enseñar á Sabina aquellos ataques estúpidos por miedo de ver en sus labios la sonrisa, el desgraciado, en su desconsuelo, llamaba á su hijo, á quien abrazaba con efusión, besando el cuello y los finos cabellos de oro del pequeñito, que al sentir en su piel el contacto de una lágrima, decía:

—¡Esto me quema! ¡Lloras, papá?

—¡Sí—respondía—lloro porque te abrazo y porque te quiero! ¿Y tú, me quieres?

—¡Oh! ¡tan grande como la casa es mi cariño, tan grande como mi corazón, papá!

Al oír esto Felipe se secaba los ojos: por lo menos le quedaba aquel hijo y la abuela Valeria.

Una mañana se presentó en su casa un americano rubio, delgado, de ojos azules y nariz afilada, vestido de gabán claro y pantalón azul celeste, que después de haber hecho pasar su tarjeta *J. N. W. Hornby*, fué recibido en el estudio del pintor.

—Señor—dijo Hornby—deseo comprar un cuadro vuestro. Debéis conocerme de nombre.

En efecto, Marcy le conocía.

Aquel Hornby tenía su historia. Como cosa corriente se refería que había empezado por vender cajas de fósforos en los portales de New-York. El miserable vendedor de entonces contaba hoy millones de dollars. Este yankee, como si fuese un griego de Atenas, se había hecho edificar una casa de mármol, de poco gusto artístico, pero enorme y con un lujo extremado. Le gustaba ver su gruesa silueta al pasar frente á los espejos que profusa-

mente había colocado en las paredes. Sólo por admirar los dorados se podía ir á los almacenes de la Cuarta Avenida. Allí se vendía de todo, al por mayor y menor, desde las servilletas por gruesas, hasta una aguja, una pastilla de jabón ó una madejita de hilo. Se podía tomar un *lunch* en la forma que se quisiera. Había correo y gabinete de lectura con los periódicos de todo el mundo. Los dependientes del establecimiento se comunicaban á través de galerías inmensas, por medio de hilos telegráficos.

A este formidable alarde de la industria, mister Hornby quiso añadir el brillo del arte. Cada vez que venía á Francia para surtir sus almacenes—una vez por año—compraba sedas en Lyon, porcelanas en Limoges, alfileres en Laigle y cuadros en París. Entraba en el estudio de un artista como pudiera hacerlo en una fábrica, y fría-mente anotaba el título del cuadro en una hoja de papel azul que tenía grabado su nombre *J. N. W. Hornby* y las siguientes indicaciones comerciales: *Remítase una factura para cada envío, é indíquese el número.—Se paga todos los sábados de doce á cuatro de la tarde.—Esta nota debe acompañarse al entregar la remesa.*

Mr. Hornby no tenía todavía ningún cuadro de Marcy, y quería uno. ¿Cuál? Lo mismo daba.

—Señor—dijo á Felipe—quiero un cuadro caro. Si es caro, será bueno. He acudido á vos porque ya conozco vuestros precios. Exceden de lo ordinario. ¿Cuál es el cuadro más caro de los que tenéis en el estudio?

Felipe, sorprendido, no sabía qué responder. Le

enseñó los que tenía empezados, sus idilios, sus estudios de mujeres, sus poéticas visiones.

—¡Oh!—decía Mr. Hornby—¡todo esto está demasiado desnudo! Yo quisiera una escena parisién, un paseo, un rincón del bosque de Boulogne, la plaza de la Bolsa, el patio del Grand Hotel, lo que os parezca, con tal que se vean en los cuadros muchas señoras.

A pesar de su tristeza, Felipe no pudo menos de sonreírse.

—No me comprendéis—dijo tranquilamente Mr. Hornby.—Deseo que haya muchas señoras para que á la vez lleven sus vestidos (fijaos bien) con muchos adornos de azabache.

—¿De azabache?

—De azabache.

—Eso no se usa ya.

—Precisamente. Para que se use, es por lo que deseo que hagáis que lo lleven vuestras paseantes, ó una señora cualquiera, un modelo cuyo retrato haréis, porque, según veo, vuestro género es el retrato. ¡Me propongo intentar con vuestro cuadro un negocio!

—¿Un negocio?

—Considerable—dijo Mr. Hornby.—En cuanto llegue vuestro cuadro á New-York, lo expongo, haciendo notar á mis compatriotas que el azabache predomina en los adornos de las señoras de París. El precio de este artículo subirá en seguida, y de todas partes se harán grandes pedidos. Y como de antemano tendré yo una gran cantidad, realizaré, gracias á vuestro cuadro, con un beneficio considerable. ¿Lo habéis comprendido?.... De

modo que es cosa convenida ¿no es cierto? Os encargo dos retratos de señora—retratos á vuestro antojo. ¡Pero con mucho azabache!

Felipe estaba por rehusar desde luego. ¿Qué hombre era aquel que de tal manera trataba á un artista? Pero por otra parte, ¿no era esta ocasión propicia de demostrar con aquellos dos retratos de mujer, que la *novedad* le era tan familiar como á aquellos mismos que pretendían haberla inventado?

Mr. Hornby tomó de su cartera una hoja de *comisión* y escribió con lápiz muy rápidamente:

«Comisión núm. 2.730. Comisionado, monsieur Marey con obligación de hacer la entrega el.... (¿cuánto tiempo queréis para terminar la obra?) *En caso de retardo, las mercancías no serán admitidas.* Un cuadro representando dos señoras de París, tamaño *natural* y con adornos de azabache. Francos 25.000.»—Pagadero á la vista—añadió Hornby;—pero ya sabéis que en este caso retengo el 2 por 100 de descuento.

Y preguntaba de nuevo:

—Para terminarlo ¿cuánto tiempo me pedís?....

¿Cuánto? Tened en cuenta que el cuadro ha de estar en New-York para el principio de la primavera.

¡Qué repugnante le era esto á Felipe! Aceptar una *comisión* en aquella forma, le parecía una abdicación de su dignidad; era rebajar el arte hasta la mercancía, hacer de la inspiración un oficio.

—Necesito dos días para reflexionar—contestó al americano.

Mr. Hornby se marchó muy admirado, y á la

mañana del día siguiente Felipe recibió una tarjeta postal del negociante diciéndole «que habiendo entrado en casa de un tal Vidalis, un pintor vulgar que le prometía sus *parisienses guarnecidas de azabache* para fin de Noviembre, había dado la comisión al indicado Vidalis.

Felipe experimentó una violenta contrariedad, no porque apeteciese la oferta de Mr. Hornby, sino por verse considerado por un necio como un obrero cualquiera. La anécdota fué, por otra parte, muy pronto conocida, y el *Trivialista* la refería con toda clase de detalles ofensivos para Felipe y para Vidalis. Con toda intención, los *trivialistas* colocaban á Marey en la misma categoría que á Vidalis, pintor religioso y chavacante, cuyos trabajos le pagaban en misas que él revenía. «Vidalis ó Marey, decía el artículo, es gorro blanco ó blanco gorro, color gris ó gris color.» La lectura de este artículo causó á Marey una feroz indignación. Vidalis se fué á la redacción del *Trivialista* confundiéndose en agradecimiento.

Esta última aventura, esta nueva ofensa vino á aclarar más cruelmente su situación, que iba haciéndose insoportable. El desgraciado sentía como una especie de ahogo. No veía á su alrededor nadie con quien pudiera desahogarse; ni siquiera le estaba permitida la amarga satisfacción de dejar desbordar sus confidencias como se deja correr el pus de algunas llagas. Sabina cada día estaba más indiferente, si es que no se burlaba. Encontraba en ella la sorda hostilidad de sus enemigos, pues se consideraba inteligente y capaz de juzgar las obras de su marido, sobre todo desde que

los elogios hiperbólicos de los estéticos del periódico el *Trivialista* habían lisonjeado su vanidad, adulaciones á las que daba crédito, tomando como homenaje á su talento lo que sólo eran cumplimientos á la hermosura de mujer, y golpes cobardemente asestados á la reputación de Marey. Aislado en su hotel de la avenida Villiers, que le parecía tan grande y tan vacío, Marey, sin trabajar casi, pasando los días en la inquietud del artista que no sabe qué camino tomar, abatido y fuera de sí, se preguntaba si el desacuerdo artístico que notaba en Sabina interesaría también su afecto de esposa. Hacía tiempo que no se sentía ya amado, él que tan ansioso estaba de todo afecto. La frialdad latente de Sabina era cada día más visible y hasta irónica. Anonadado, veía desaparecer lentamente su felicidad. Finalmente, sin los cariñosos besos de su hijo hubiera aborrecido la vida; pero el amor del niño, que iba creciendo, y el de su anciana madre que le quedaba aún, le consolaban; además, todavía confiaba, estaba seguro de que Sabina, ya que no amor, le conservaba respeto. No sospechaba la perversidad que se albergaba en aquella cabeza loca, y si veía que el viento se llevaba sus alegrías, al menos, se decía, que le quedaban en el hogar dos consuelos; la paternidad y el honor.

En este estado de ánimo, cuando la suerte se ensañaba con él y cuando más vivo era su dolor, todavía encontró Felipe en su corazón el sentimiento de una profunda amistad hacia Elena, que le daba derecho para preguntarle si seguía sufriendo la pena de la traición, que á él le era cono-

cida, y para prodigarla el consuelo de su más sincera adhesión, ¿cómo se había enterado Felipe de la amargura que ella experimentaba? Por Enrique, indudablemente. A los ojos de Marcy, el actor Saint-Ives era el marido que convenía á Elena. Esto lo había repetido distintas veces con mal disimulada melancolía. Bien se descubría que Felipe profesaba á Elena un cariño intenso, amortiguado intencionadamente, y que se consolaba de no poder consagrar su vida á aquella joven, diciéndose que otro, que la amaba y era digno de ella, le proporcionaría una existencia digna y la haría seguramente dichosa. Mas he aquí que de pronto aquel Saint-Ives, arrebatado por otro amor funesto, sacrificaba á Elena por aquel capricho, sumiéndola en una triste soledad, después que había sido su esperanza. Pensando en esto, Marcy olvidaba sus propios sufrimientos para acordarse sólo de los de Elena, y de aquí que, lleno de emoción, mostrando á la mujer engañada toda la ardiente efusión de su alma, corriese á consolarla, él, que estaba inconsolable, y á desterrar, á aligerar, si era posible, su dolor; él, que desgraciadamente no ignoraba lo que el dolor pesa.

Elena estaba profundamente afectada ante un arranque de esta naturaleza y ante una amistad tan profunda. Verdaderamente se sentía menos abandonada, y acogiéndose á aquella lealtad afectuosa, no se avergonzaba de confiar el secreto cruel de su dolor á aquel hombre, cuya bondad (que ella conocía á fondo) igualaba á su talento, y que sin ocuparse de sí, no nombrando á Sabina y dejando ver, sin embargo, por las huellas de su rostro, la

palidez de sus mejillas y la fiebre de su mirada, lo mucho que él sufría también, se callaba para hablar sólo de Elena.....

Y aquellos dos afligidos por el dolor se confortaban con aquella conversación íntima en la que se hacían trágicas revelaciones que terminaban por una melancólica sonrisa. A pesar de su arraigado deseo de estar sola, Elena hizo prometer á Marcy que volvería. La dejaba más tranquila y él se iba menos triste. Al bajar la escalera de la casa de Elena se sentía más tranquilo, pareciéndole que había respirado aquella atmósfera de paz y honesta tranquilidad que era su sueño—¡ambicioso!—y que en algún tiempo creyó encontrar al lado de Sabina.

Para regresar á la avenida de Villiers signió por los boulevares exteriores, viendo las hojas caídas de los árboles, arrastradas por el torbellino, mirando maquinalmente los kioscos donde se vendían los periódicos, cuando de pronto llamó su atención el nombre de Elena Gervais, impreso en grandes caracteres en una hoja satírica. Era una gaceta de teatros, un periódico chavacano que se dedicaba á publicar biografías de autores y actores dramáticos. Aquel número estaba todo él dedicado á la creadora de *Juana Michelin*. Y con una impaciencia que no hubiese tenido si á él se refiriese el artículo, Felipe Marcy devoraba aquellas líneas en que se hablaba de Elena, y por grados iba palideciendo y la cólera agitaba sus labios. Al marcharse extrujo entre sus manos aquel grosero periódico, luego le desdobló para leerlo de nuevo.....

Parecía que con la misma tinta con que se escribían las injurias del *Trivialista* se había impreso

aquella biografía de Elena; con la mayor indignación, el pintor encontró su propio nombre mezclado en la vida de la actriz. A propósito del debut de la señorita Gervais se referían ciertos detalles falsos y ruines. Se la representaba como una niña abandonada yendo de teatro en teatro, medio de comparsa y medio de actriz de la legua. Se hacía de su pobreza un crimen. Se aprobaba la negativa del jurado. Se la presentaba sirviendo de *modelo*, por cien sueldos cada sesión, á los pintores afamados—á ella que habia accedido sólo á los ruegos de Marey—añadiendo que aquella *Caridad* expuesta en el Círculo parisiense, y á la que la crítica calificaba llamándola *la caída* de Felipe Marey, *el error de un pintor ya antiguo que no sintiendo ya la inspiración de sus primeras obras, no se levantaría en lo sucesivo* aquella *Caridad* vulgar, mal concebida, habria sido ejecutada ante la señorita Gervais en los tiempos que audaba por los estudios sirviendo de *modelo*.

—¡Cobardes, embusteros!—murmuraba Marey, que resignado, por lo que á él tocaba, ante los insultos del *Trivialista*, se indignaba por Elena y le daban ganas de abofetear con su mismo periódico á los autores de aquella biografía.

Pero se detuvo. ¿Con qué derecho podía salir á la defensa de Elena? ¿Quería perderla, dando un pretexto á la calumnia? Tales infamias, nacidas en las redacciones sospechosas, formadas por gentes sin delicadeza en la literatura, se despreciaban, dejándolas pasar y caer en el olvido. El inspirador de aquellas líneas no era un hombre. Marey creía ver en Clotilde Verrier al anónimo redac-

tor de tales infamias. ¡Qué más! en el mismo artículo aparecía el nombre de Clotilde, á quien iban dirigidos toda clase de elogios. Pero la actriz habia rechazado tales calumnias contra una rival, que alguno de sus adoradores habia exagerado sin sin duda por ganarse sus simpatías, con la satisfacción de un criado que espera la propina ó de un perro devorando su presa.

Felipe volvió á su casa muy pálido. Sabina estaba muy contenta y alegre. La redacción del *Trivialista* publicaba un album de caricaturas con sonetos explicativos compuestos por los poetas impresionistas, y á Sabina le habían encargado de ilustrar el *Soneto del Burgués*.

Hacia un momento que acababa de recibir aquella agradable noticia. El mismo Cordier la habia traído el soneto. El *album* haría sensación. Toda la *Antigua Esparta* contribuiría. El arte y la poesía unidos. Verían lo que la nueva escuela sabia inventar. Aquella ocurrencia entusiasmaba á Sabina. No se habia dedicado al *dibujo de figura*, pero la divertía empezar por una caricatura de *burgués*. Además, Cordier habia tenido una idea magnífica que le agradaba infinito. En aquel *album* quería que apareciese un grabado con el retrato de Sabina, un retrato que él ejecutaría en cobre. Sabina estaba encantada. Solamente imponía la condición de que su retrato *no tuviese fecha* y que Cordier la retratara en traje de *cursi* de la época del Directorio. El ancho sombrero á la Gainsborough y el *spencer* ajustado á la cintura le sentaban muy bien. Encargaría los vestidos á un sastre de teatro y la serviría de distracción en su vida aburrida, en la

monotonía de su existencia, aquella especie de mascarada. Cordier la acompañaría al teatro, elegiría las telas y daría su opinión. Si le parecía demasiado mezquino el traje á la inglesa, ella se atrevería á ponerse el traje descotado de la pétrimetra.

— ¡Marcey dirá lo que quiera! ¡También Mme. Recamier lo lleva!

Y riéndose mucho, enseñando sus dientecillos blancos y saltándole los ojos grises, refería todo esto á Felipe. Este quería hacerle algunas observaciones, pero ella se reía, encontrándole, como al héroe del soneto, decididamente burgués, y confundíendole con bromitas mordaces, á las que no se atrevía á replicar por no aparecer un necio ó un celoso.

— Vamos, reflexionad amigo mío. ¡Yo no me casé con M. Prudhomme!

Sabina tenía además un medio seguro de triunfar de toda resistencia, haciendo recaer la conversación sobre la pintura. Entonces, con una crueldad estudiada, hacía ver á Marcey que, dadas sus ideas estrechas, su puritanismo por el hogar y el trabajo asiduo en el estudio, no conocía bastante la vida que todo el mundo hacía, no seguía la corriente, contentándose con la antigüedad artificial, mientras que hoy dominaba lo moderno, la impresión rápida, el efecto....

Y Felipe se callaba, lamentando que mister Hornby no le hubiese dado ocasión para demostrar con qué toques tan enérgicos sabría pintar él la vida moderna.... Entonces ideaba réplicas victoriosas, cuadros de género, por ejemplo, rápidamente ejecutados y presentados con un pseudónimo, á fin de poder decir:— Cuando se sabe expresar

lo eterno, más fácil es apoderarse de lo pasajero.

Pero ya no trabajaba ni siquiera en obras de poca importancia. La acogida de su *Caridad* le había abatido. ¡Había puesto tantas esperanzas en aquella figura! Decididamente era preciso que fuese muy malo para que todo el mundo lo criticase ¡por ser de género! Tenía intenciones de retirarlo de la Exposición. Quizá esto le librara de nuevos ataques y no habría quien fuese á verlo para convencerse de si la señorita Gervais había servido realmente de modelo. Si ella llegaba á leer aquella indigna biografía, lamentaría sin duda alguna amargamente el haber accedido á las súplicas de Marcey. A él, pues, tendría que achacarle un nuevo dolor. Decididamente parecía que llevaba consigo el frío aliento de la desgracia.

Pensando en esto, se encerraba, se ocultaba más y más en su soledad. Mandaba, sin embargo, frecuentemente á pedir noticias de Santiago Roquevert, y hacía propósitos de ir á ver al enfermo á la vez que á Enrique; pero los días pasaban y no salía de su casa, sonriendo sólo con la sonrisa de Andrés. Sabina parecía que se aprovechaba de aquel estado para lanzarse desatinadamente, con rara fruición, en una vida activa, agitada, nerviosa y perjudicial. Todo en ella era movimiento y exaltación. Cuando pensaba en la indómita resistencia de Enrique, se apoderaba de ella un furor concentrado que, de pronto, se desbordaba. Su juego de amor se resentía. Toda su coquetería exasperada le hacía traducir por odio contra aquel puritano lo que, en buena ley, era una herida inferida á su vanidad, un desdén á su amor propio. Si

bien le había visto varias veces, no había podido conseguir que aquel descubriese su creciente pasión y dejase de ser dueño de su cabeza, á pesar de lo mucho que la adoraba, porque conocía que aquella mujer podía llevarle á cometer toda clase de infamias y que la obedecería como un insensato si un día se mostraba débil. Le había visto, y todo su encanto seductor, toda la agudeza de su ingenio, la gracia que atesoraba, todo lo que constituía su irresistible poder—¡qué rareza y qué rabia!—se estrellaba contra la máscara de frialdad con que Enrique se ocultaba, apareciendo como si fuese de mármol.

Sabina era una de esas mujeres que, ante una voluntad firme, experimenta cóleras nerviosas, queriendo triunfar á toda costa ó vengarse con alguna locura. De nada le servía aquel constante movimiento, para olvidar á Enrique, que en otro tiempo huía de ella y con quien ahora se tropezaba por todas partes, en el Bois, en el Hotel Drouot, en las funciones de moda. En aquellos encuentros casi fatales, en aquellas irritantes casualidades, los dos cambiaban sonrisas provocadoras, casi cargadas de amenazas. Parecía que Enrique era el encargado de velar por el honor de Marcy, porque cuando descubría á Sabina escoltada por aquellos adúladores amigos de Cordier, Lemenil ó Baloché, ó por el mismo Cordier, una llama de indignación pasaba por sus ojos negros, y ella, volviendo la cara, oponía mirada á mirada, aproximándose á Cordier como para hacer sufrir más al apasionado joven.

En efecto, dominado por una rabia sorda, su-

fría y se irritaba contra ella, desesperado de verla confundida con aquella turba desencadenada contra Marcy, y con el corazón desgarrado también por los celos crecientes, que le impulsaban, sin que él quisiera, no ya á evitar el encuentro con Sabina, sino á espiarla, á indagar, á saber si era simplemente imprudente ó si era culpable y si aquel Cordier.... ¡Ah! ¡con qué placer hubiera abofeteado á aquel bellaco si le hubiese sido permitido defender el honor ajeno! Y siguiéndola de aquel modo, espiando sus menores acciones, dejando la morada de la plaza Daucourt, para convertirse en la sombra y como en los remordimientos vivos de Sabina, supo que Cordier iba diariamente á la avenida Villiers, donde había empezado el retrato de Mme. Marcy en traje de petimetra, «una obra de arte comparable y hasta superior á las Manolas de Goya», como de antemano anunciaba el *Trivialista*.

Sabina se propuso que el mismo atrevista del *Teatro del Boulevard*, muy hábil, según decían, le hiciese el traje de los tiempos del Directorio. Cordier había hecho el diseño. El mismo la acompañaba y la joven se reía, gozosa de encontrarse en los corredores de un teatro, de atravesar las galerías en las que, sobre las puertas de los cuartos de los actores, leía nombres conocidos; y como si hubiese nacido para aquella vida farsante, para aquella atmósfera vaporosa, experimentaba una alegría nerviosa, histérica, de bohemio á la vista de la tierra ¡rometida, yendo y viniendo en aquella semiobscuridad, probándose los vestidos en el cuarto de una actriz, respirando el olor de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RIVERO"

1625 MONTERREY, MEXICO

los polvos de arroz que parecían cernerse en aquellos lugares, tocando los tarros de rojo y blanquete de la toilette, las pomadas empleadas para dar color á los labios, los lápices para los ojos, la ve-loutine y el opoponax, haciendo muecas al leer en las etiquetas de los frascos de tocador los nombres de perfumistas desconocidos y al curiosear la forma de los trajes colgados en la pared y deteriorados ya por el uso..... Este reverso de los bastidores le encantaba. Sus azulados ojos adquirían más brillo y las ventanas de su nariz se dilataban como si respirase un aire cargado de aromas delicados.

—No hay duda—decía—de que yo he nacido para actriz. Un día representaremos una comedia en vuestro estudio. ¿No es verdad, Cordier?

Habiendo manifestado deseos de entrar en el cuarto de la señorita Gervais, el sastre llamó á un muchacho que abrió la puerta..... Entonces examinó la toilette de la actriz, cogió los zapatos de ésta y midiéndolos con los suyos exclamó, con despecho y admiración:

—¡Toma, esta joven tan alta resulta que tiene el pie pequeño!

Mirando á su alrededor, preguntó, riendo, al sastre:

—¿Y no usa cabellos postizos?

En aquel momento pasaba un criado, llevando unas grandes botas del tiempo de Luis XV y un sombrero con galón de oro que por lo visto había de servir para los trajes de la obra nueva que se estaba ensayando. Sabina gritó como un niño contemplando el sombrero. Al espejo de Elena Gervais se lo plantó sobre sus rubios cabellos,

mirándose y haciendo gestos con mucha coquetería. Hubiera querido también ponerse las botas; se paseaba por el cuarto riendo, encontrando todo aquello admirable, muy divertido y muy gracioso. De sus visitas al teatro sacaba un vivo deseo de locura, de risa, de libertad, como si toda aquella ficción hubiese sido su vida.

Un día, al salir, frente á la portería, tropezó con una joven que subía tranquilamente, como preocupada por tristes pensamientos. Habiéndose mirado mutuamente, Sabina reconoció á la señorita Gervais, encontrándola algo pálida. Elena saludó, causándole así como una extrañeza llena de aflicción el ver á Mme. Marcy corriendo de aquella manera y con aquel traje tan chillón, en tanto que ésta seguía con los ojos á la cómica, que subía á su cuarto, como si la envidiara.

Así se encontraron nuevamente, por casualidad, aquellas dos mujeres que tan distinto porvenir pedían á la suerte; la cómica soñando en la tranquilidad del hogar honrado, y la hija del sabio lanzando caprichosamente al viento las cenizas, todavía calientes de aquel rincón de fuego que ayer aún era su abrigo.....

No teniendo ya Felipe cerca de sí ni á Charrière, que parecía haber desaparecido resueltamente, ni á Enrique, ni á nadie, muchas veces hizo el propósito de confiar sus penas al viejo Tournier. Hizo la prueba. El sabio le oyó distraído, pensando únicamente en una traducción que iba á publicar sobre los Vedás, hecha directamente del sanscrito. Cuando Felipe acabó su relación, el buen hombre se puso á hablar del carácter de Sabina con un can-

dor inocente, encontrando á su hija adorable, como la mejor de las criaturas, de una inteligencia superior y un corazón bueno y recto; luego la conversación había recaído en el *Ta-Heo* ó en el *Gran Estudio*, obra de Thong-Tsen y de su discípulo Tseng-Tsen, que los parisienses cometían la injusticia de ignorar completamente. No había nada más seductor. En toda la literatura contemporánea no existía un escrito tan entretenido como aquella obra china.

— ¡Y apuesto á que vos, mi querido amigo, tampoco le conocéis!—decía el viejo Tournier á su yerno.— ¡De seguro que no habéis leído el comentario de Tchou-He?... Es admirable. Conocéis una porción de cosas inútiles, pero todo es letra muerta.... ¡Ah, qué lástima!

Instintivamente, Felipe había querido renovar aquellas tentativas, pero M. Tournier se iba debilitando de una manera considerable física y moralmente. El trabajo cerebral aniquilaba paulatinamente aquella existencia, que sólo tenía honradas aspiraciones. Le habían obligado á trasladarse á Fontainebleau para que respirase el aire del campo, de los bosques. Sabina hablaba muchas veces de ir allá para ver á su padre que estaba cuidado por un criado, y que diariamente, partiendo de Fontainebleau, daba un paseo en coche por el bosque de encinas, hasta Barbizon ó Marlotte. No disgustaba á Sabina ver de cerca aquel Barbizon de que tanto le habían hablado. Iría sola, no queriendo, según decía, molestar á Felipe, haciéndole pasar dos ó tres días al lado de un enfermo.

A decir verdad, Felipe sentía como una alegría

amarga al encontrarse solo con Andrés en el hotel medio desierto. ¡Comería solo con su hijo, y esto sería una fiesta extraordinaria! Hizo más, llevó el niño á casa de mamá Valeria, y allí, ante la gran alegría de la abuela y las canciones limosinas que ésta tarareaba y el niño repetía, Felipe creyó durante algunas horas estar en un sueño tranquilo.

—Mañana me enviarás noticias de M. Tournier—le dijo su madre al despedirse.—Supongo que esta noche te escribirá tu mujer.

—Sí, sin duda.

Sabina había marchado por la mañana, con el propósito de regresar al día siguiente por la noche. Ella también con la alegría de verse sola, libre, independiente, aunque sólo fuese unas horas, había sentido así como si se quitase una carga al dejar el hotel de la avenida Villiers. Una vez ya en su carruaje para ir á la estación de Lyon, con la satisfacción del que ha obtenido su rescate, se entregó á sus fantasías, y con la cabeza medio echada hacia atrás, dejando asomar á sus labios una sonrisa indefinible, iba cruzando el camino sin ver nada de aquellas calles que quedaban detrás, sin fijarse en los transeúntes que su carruaje descubierta podía atropellar, sin oír el ruido incesante de su alrededor....

Como la berlina caminaba á lo largo del boulevard Clichy, por el que tantas veces pasaba Enrique, el joven percibió á Sabina precisamente cuando ésta se hallaba en el éxtasis de su sueño fantástico, sosteniendo con sus enguantadas manos sobre las rodillas un saco de piel de Rusia, y vestida en traje de viaje.

La casualidad sólo aquel día puso á Enrique en el camino de Sabina. Aunque no la buscaba, no pudo menos de sorprenderse al ver que sin duda se marchaba fuera, é instintivamente pensó en algún peligro. ¿A dónde iría? Seguramente no era á una cita oculta, puesto que se iba á la luz del día y á la vista de todos. ¿Pero acaso esto era una razón? La mayor habilidad de los que engañan consiste en su gran audacia. ¿Podía ser que Sabina faltase tan abiertamente á Felipe? Impudencia ó imprudencia, de ambas faltas era capaz. ¡Bien! la seguiría y sabría la verdad. A juzgar por su equipaje y su vestido no podía ir muy lejos.

Se metió en un carruaje de alquiler, diciendo al cochero:

—¡Seguid á aquel coche que va allá, pero de lejos!

En su casa lo esperaban para almorzar. Pero hacía algún tiempo que la vieja Susana, consternada, y Genoveva, inquieta, se habían acostumbrado á que no fuese puntual y á que no pareciera en todo el día.

Sabina se detuvo en la estación de Lyon. Enrique se bajó sin perderla de vista, pero de manera que ella no se apercibiera. En aquel barullo de una sala de espera, mientras Sabina se aproximó al despacho de billetes en que estaban escritos los nombres de Melun, Fontainebleau, Bois-le-Roi.... Enrique dió de manos á boca con un sacerdote á quien no había visto y que le saludó. Era el abate Rouchat.

Preguntó á Enrique, con su voz gruñona, si M. Roquevert estaba mejor.

—Un poco mejor; muchas gracias.

Extraña expresión se vió en los ojos del sacerdote.

—¡El alma—dijo casi severamente á Enrique, —el alma es la que hay que cuidar!

Enrique no contestó y se dirigió al despacho confundido entre la multitud. Se inclinó sobre la barandilla en el momento en que Sabina pedía el billete:

—*Melun, primera.*

Entonces Enrique se acordó de pronto de que Mr. Tournier estaba enfermo en Fontainebleau. Lo había leído en un periódico. ¿Mas por qué se detenía en Melun? La dejó pasar sin que ella le viese, tomó billete para Melun, esperó antes de entrar en la sala á que hubiesen abierto la puerta del andén, y cuando ya calculó que estaría metida en el vagón, se precipitó en el suyo sin dejar de seguirla con los ojos, á la vez que el abate Rouchat se fijaba en él, lleno de viva curiosidad.

El abate iba á visitar á sus antiguos feligreses de Dammarie-les-Lys, donde estuvo algún tiempo antes de pasar á las cercanías de Etampes.

—¡Yo sabré donde va!—pensaba Enrique mientras el tren se ponía en marcha.

En Melun se bajó, y vió que ella descendía ágilmente del vagón dando las gracias con amabilidad á un viajero que le alargaba su saquito de viaje. Todavía estaba Enrique en el estribo de su compartimiento, cuando al dirigir la vista al frente descubrió á corta distancia de la reja donde se abre la puerta de salida, sin poder contener un movimiento de rabia, á Cordier que estaba allí

medio oculto en un carruaje, y que sacando la cabeza miraba con atención el tren que venía, buscando entre los viajeros, indudablemente á una mujer:—¡Sabina!

—¡Ah, desgraciados!—murmuró Enrique.—¡Miserable!—añadió, permaneciendo inmóvil.

Se lanzó rápidamente al suelo, no queriendo que aquel carruaje se le perdiese de vista, y sin notar que el abate Rouchat no quitaba ojo de sus movimientos, esperó á que Sabina hubiera franqueado la puerta; luego, metiéndose en una de aquellas empolvadas diligencias, permaneció allí sentado, alargando el cuello hacia el coche donde Cordier aguardaba.

—¿Adónde vamos, paisano?—preguntó el cochero.—¿A Chailli? ¿A Barbizon?

—No lo sé—dijo Enrique.

Esperaba á que Sabina, á quien estaba viendo parada, mirando á su alrededor como buscando á alguno, resolviese. ¿Quién sabe? ¡Pudiera ser que Cordier no la estuviera esperando! Acaso estaría Mr. Tournier en Melun, Sabina.... Pero no, ya no era posible dudar. Cordier había hecho adelantar su carruaje, y ella, al percibirlo, corrió al momento hacia él, y con un movimiento de alegría y una risita que Enrique creyó interpretar acertadamente, se subió con agilidad al lado del pintor desapareciendo ambos de la vista de Enrique tras la capota del carruaje....

—¿Veis aquel coche? ¡Vamos donde él vaya!—dijo al cochero.

—¿Es preciso que lo pasemos?

—No, no, seguidlo.

En medio de su rabia dolorosa, Enrique sentía una especie de placer al no saber á donde le llevaba Sabina. Aquella persecución misteriosa le agradaba. Hubiera querido equivocarse, y que Sabina, aun acompañada de Cordier, fuese á encontrar á su padre enfermo en algún hotel de Melun. ¡Enrique se reía luego de su credulidad! ¡Era una inocentada creer que aquel hombre estaba esperando allí á aquella mujer para conducirla á la cabecera de un moribundo! ¿Adónde iban? Lejos, quizá á un rincón apartado del bosque, á una quinta desconocida.... Y en sus sienes sentía fuertes latidos, la piel le quemaba....

El coche de Cordier no tomó el camino del bosque. Atravesó el puente y la plaza del Mercado, dió vuelta á la iglesia y se detuvo delante de un antiguo hotel al que daba entrada una ancha puerta del siglo XVII. Enrique hizo parar al cochero. Vió á Cordier saltar del carruaje, presentar su mano á Sabina, y mientras un mozo cogía el abrigo y el saco de viaje, los dos penetraron en el ancho portal, y desaparecieron, atravesando una escalera de madera, mientras el fondista pagaba al cochero.

Enrique se bajó también. Estuvo pensando si entraría allí. Dió algunos pasos por la calle con la vista fija en el hotel, y temiendo ser descubierto, penetró resueltamente en él pidiendo un cuarto. Dijo que se marcharía aquella tarde misma; sólo quería detenerse algunas horas.

Y mientras buscaban entre las llaves colgadas en la tabla las que pertenecían á los cuartos que estaban vacíos, Enrique preguntaba así como con

indiferencia:—¿No ha venido esta mañana ó ayer á esperar á alguno un señorón, alto, con el pelo rizado?

—Sí por cierto, sí—respondió el fondista.—¿El señor Verdier, queréis decir? La señora acaba de llegar ahora precisamente.

¡El señor Verdier! ¡La señora! En aquel nombre falso, en aquellas dos palabras, un drama repugnante y cobarde, el drama de la traición, de la infamia, aparecía indudable esta vez, patente, horrible y vil.

¡Ah, miserables! Enrique estaba por presentarse á ellos, abofetear á aquel hombre, arrojar al rostro de aquella mujer su falta y ser el vengador de la honra de otro. ¿El vengador? ¿Pues qué, acaso tenía algún derecho para esto? ¿Era la amistad que profesaba á Marcy ó el amor á Sabina lo que de aquel modo le hacía pensar con la sangre encendida por la fiebre? Ciertamente, sí, eran unos viles, mentían, se parecían á los ladrones que para hacer perder la pista adoptan nombres supuestos. ¡Bien! ¿y qué? ¡Aquello era el adulterio! ¡Aquello era la afrenta, la mentira, la bajeza y la infamia! ¡Sí, aquello era lo que Cordier había practicado al amar á Sabina, al deslizarse y ocultarse en las posadas no dando su nombre ni la cara, como si fuese un salteador de caminos.

¡Qué orgulloso y feliz se consideraba él por haber resistido las sonrisas de aquella mujer! ¡Con qué altivez podía entrar y ser casi el justiciero en vez de haber sido el ladrón! Todo lo que él sufría de celos y de atroces torturas no equivalía á la inmensa alegría de poder decirse que todavía tenía el

derecho de despreciar, y, si quería, de castigar.

Pero al menos no quería alejarse de aquel maldito y como apestado hotel, sin aprovechar una ocasión para interponerse en el camino de Sabina y de aquel hombre, presentándose como su vivo remordimiento. Los esperaba, pensando que ellos saldrían y que, al hacerlo, retrocederían ante su mirada poseídos de un terror súbito. Y mientras Sabina, alegre, loca de verse en libertad, arrebatada por su capricho, se encerraba con Cordier en un cuarto, en el que hizo encender fuego divirtiéndose con el chisporroteo de los sarmientos, y haciéndose servir allí la comida, en aquella intimidad retirada y casi temblorosa de dos fugitivos, Enrique esperaba sintiendo en el fondo de su alma la más violenta y atroz de las torturas, y apretando su mano contra el corazón, cuyos fuertes latidos parecía que iban á romperle el pecho.

A la caída de la tarde, en la penumbra ya casi fría de una noche de Octubre, bajo un cielo rojo púrpura de otoño, Sabina y Cordier salieron fugitivos, felices de poder aprovechar aquel crepúsculo para andar errantes, sin temor de ser reconocidos, por las oscuras calles del pueblo, deteniéndose delante de las tiendas, atravesando la desierta y sombría plaza del Mercado, con sus bancos vacíos y los aleros de los tejados llenos de misterio, mirando en el cielo sin luz el triste espectro de la catedral, cuyas negras siluetas se destacan en el espacio.... Sabina respiraba con frenesí aquel aire más libre, aquella atmósfera de locura, bebía aquella profunda paz que rodeaba su huida, y de-

teniéndose ante la sombría corriente del río que producía ruidos suaves como las caricias:

— ¡Hay horas—decía—en que es tan agradable la vida, que quisiera uno, como se pone la señal en las hojas de un libro, detenerla en ellas y.... morir!

Marchaban tranquilamente, á paso lento, silenciosos, Cordier encontrando la noche en Melun, «algun negro», Sabina, encantada, ebria de placer por encontrarse tan cerca y tan lejos de París, en un pueblo desconocido, meciéndose en aquel profundo silencio, frío como un sudario, de las calles dormidas tan temprano....

Pero en el momento que traspasaban el pórtico del antiguo hotel, Sabina lanzó un gran grito involuntario, y como fuera de sí se arrojó sobre Cordier, que instintivamente hizo un movimiento como para defenderla, y con el rostro convulso retrocedió ante la arrogante figura de Enrique Roquevert, que, pálido y de pie, la miraba fríamente....

Al pronto Sabina tuvo miedo y retrocedió. Luego, con audacia inusitada, desafiando y arrollando á aquel hombre inmóvil en su sitio, y como escudado en su honradez, pasó por delante de él hundiéndose en los ojos de Enrique los suyos grises, sin decir palabra, desafiando á aquel enemigo que había despreciado su amor, provocando, altanera, resuelta, con la mirada desafiadora, á Enrique, que palideció bajo aquella mirada con la que parecía decirle: «¿Quién tiene la culpa? ¡Vos lo habéis querido!» Entonces él huyó como un loco, al través de las calles gritando, llorando, bebiendo sus

lágrimas, pero repitiéndose que le quedaba el amigo, sí, el más digno de los amigos, y triturando, pulverizando, insultando en voz alta aquel amor que le había tentado, y que era la ignominia, el fango, la infamia y el hastío.

Enrique regresó á media noche á la plaza Dancourt. Su madre no se había acostado todavía. Sin dirigirle una palabra de reproche, le dijo únicamente:

— Hoy ha estado mal tu padre.

El rostro de Enrique adquirió una expresión tan trágica, que la madre añadió en seguida:

— Pero no es nada. Está mejor. Duerme.

Enrique quiso pasar una parte de la noche velando á su padre. Era inútil. La crisis había durado poco y por la noche, Santiago se había encontrado mucho mejor.

— Á la hora del almuerzo te ha echado de menos—dijo Genoveva secamente.

Al día siguiente la madre de Enrique recibió confidencialmente al abate Ronchart, permaneciendo encerrada con el sacerdote un gran rato, en tanto que el viejo Roquevert, que se sentía mejor, conversaba con su hijo visiblemente preocupado. Aquella tristeza, aquella expresión de angustia que hacía mucho tiempo llevaba Enrique impresa en el rostro, era la preocupación y la inquietud de Genoveva. Esta sentía profundos temores, pensando que su hijo se perdía siendo el juguete de alguna miserable mujer. ¿Quién, pues, podría arrancar á Enrique de aquella existencia que la devota veía terroríficamente como una condenación? Aquella Genoveva que pasaba los días en la mo-

rada de la plaza de Dancourt, con el silencio y la lentitud con que cae la nieve, pensando en su hijo, experimentaba la necesidad de pedir consejo, de buscar un apoyo en cualquier parte, alguien que *desembarazase* á Enrique de su pasión dominante, según ella decía.

Era indudable que el joven andaba extraviado. Ya no trabajaba. Apenas respondía cuando le hablaban. Tenía el aspecto de un loco. ¡Ah! ¡aquellas mujeres, aquellas mujeres!.... Y Genoveva, en su aislamiento, buscaba á quien poder dirigirse para pedirle que trabajara con ella para devolver la salud al joven. ¿Mr. Poparel? No había que pensar en ello: El cura era demasiado indulgente. Castigaba el pecado con sonrisas y hubiese flagelado á sus penitentes con gavillas de flores. El abate Ronchart no tenía ninguna influencia sobre Enrique, y por otra parte, éste no admitía que un sacerdote, siendo juez, se hiciese consejero. Una ráfaga de alegría se retrató en los apagados ojos de Genoveva cuando creyó haber encontrado el hombre que seguramente tendría sobre el «desgraciado que malgastaba su vida» toda la influencia deseada.

Era Marcy. ¿Cómo no se le había ocurrido antes reclamar el auxilio de Marcy? Enrique le quería, y Marcy conservaba sobre el joven la autoridad de la edad y del talento. No podía encontrar mejor apoyo. Antes Marcy venía muchas veces á casa de los padres de Enrique. Esta costumbre parecía haberla dejado. Pero era de creer que conservaba á Roquevert y á su hijo la misma íntima amistad.

Entonces Genoveva pensó ir á ver á Felipe, pero ella salía poco. Había adquirido el hábito de aquella vida casi solitaria. Una visita le parecía cosa extraordinaria y difícil, y además no quería separarse de Roquevert, á quien la enfermedad retenía cada día más en su cuarto, no permitiéndole sino muy raras veces dar su acostumbrado paseo por los boulevares.

Genoveva prefirió escribirle. Cuando Marcy recibió la carta pensó que el padre de Enrique había empeorado. Por más que estaba inquieto y preocupado, se trasladó al momento á casa de Roquevert. Por el camino iba cavilando lo que significaría cierto despacho telegráfico que había recibido de Vicente Tournier, mientras Sabina debía hallarse al lado del anciano. Sintiéndose peor de su enfermedad ó más fastiado, Mr. Tournier había teleografiado desde Fontainebleau el mismo día que Sabina se detenía en Melun. Pedía noticias de la avenida de Villiers, y el que tan alejado de su yerno y de su hija vivía, suplicaba que fuesen á verle. De modo que á la hora misma en que Mr. Tournier teleografiaba expresando aquel deseo, Sabina, se decía Felipe, debía hallarse cerca de su padre.

El despacho estaba fechado por la tarde. Sabina debía haber llegado á Fontainebleau por la mañana. Al pronto Marcy pensó si habría ocurrido algún accidente. Inquieto, corrió á la estación del ferrocarril, se informó, telegrafió á su vez, y pasó lo que restaba del día en una angustia mortal. En la estación le aseguraron que nada había ocurrido en la vía. Al mediodía del siguiente, recibió un telegrama que se lo explicaba todo; la misma Sa-

biña le respondía que Tournier había redactado su despacho antes de la llegada de su hija, y que un criado lo había llevado equivocadamente al telégrafo. Debía, pues, tranquilizarse. Sabina regresaría aquella misma noche.

A su vuelta se burló un poco de lo nervioso que era Maréy, que por una cosa tal se imaginaba en seguida una desgracia. «Por el contrario, la vida es demasiado uniforme y las desgracias que arrebatan la tranquilidad no ocurren así tan inopinadamente.» En efecto, Felipe se tranquilizó, no pensando ya en aquel despacho que de nuevo acudía á su memoria, sin saber por qué.... En la plaza Dancourt se alegró mucho de saber que Roquevert no estaba peor. Genoveva le indicó que podía ver al actor, pero le rogaba no olvidase que ella tenía que pedirle un servicio; Felipe no permaneció mucho rato con el viejo Santiago, pero bastante sin embargo para que reviviese en él aquella llama que se iba apagando. Hablarón de Enrique, de Andrés, de los hijos, de la vida, de todo lo que constituía su común existencia: ¡el arte! Y el pintor, entristecido, encontraba en el artista enfermo el eco de sus tristezas, y también así como un apoyo de su mismo pensamiento, de su culto, del ideal.

—¡Bah!—decía Roquevert á Felipe, cuando éste le aseguraba que tenía buena cara y que lo había encontrado mejor—¡qué me importa! Me es indiferente morir. He tenido mi último reflejo: mi noche de revancha. ¡Ahora que Marchenoir representa mis papeles, si quiere; ya he demostrado lo que yo era á los que no me han conocido en mis

tiempos! Además, si queréis que os diga mi opinión, creo que la decrepitud se va marcando en todo. Nosotros habremos sido unos locos y exaltados, unas cabezas vacías, lo que quieran, allá por el año 1830; pero hemos cultivado el ideal y consagrado nuestra vida á las obras grandes. ¡Teníamos la aspiración á la gloria y la locura de lo bello! En los tiempos que corremos, todo es materialismo. Tratándose del arte, ¿os habéis fijado? la música es lo que priva, un arte sensual y casi físico. Vuestros amigos proscriben el pensamiento como cosa inútil, molesta, perjudicial, y se ocupan sólo del empaste, del color, de la forma. En vez de calentarse el cerebro, como vos, ideando el cuadro ó la estatua, contemplan sus dedos y se dicen: «*El arte es esto!*» ¡Destreza en los dedos, habilidad en el *empaste*, inercia del cerebro! ¿Y los literatos? Persiguiendo la forma. Más descripciones que caracteres, una trasposición de géneros, los pintores á la pluma reemplazan las situaciones y los caracteres. Prefiero, pues, una lágrima, el sentimiento, á esos cuadros. Soy un machacón, desatino, pero estoy seguro de lo que digo. Esa «verdad en el arte» de la que tanto se habla hoy en día, no consiste en lo que es bajo é indigno, sino en lo que hay de eterno en el corazón del hombre. Las costumbres pasan como las modas. ¡La desnudez eterna del alma durará tanto como la inmortal naturaleza! Y esa desnudez casta, es el ideal; es (vos lo sabéis tan bien como yo, y por esto os quiero) lo que de grande, hermoso y bueno hay en el hombre: el amor, la piedad, la caridad, el agradecimiento, el acatamiento de

la patria, todo lo que haría que me tomaran por un predicador si me oyesen; pero todo lo que me permite, por lo menos, desaparecer contento, terminada mi jornada. ¡Porque todo esto lo he idolatrado, y siendo, como soy, un cómico, lo he practicado!

Felipe se despidió de Roquevert vivificado por un moribundo, él que era un hombre joven y en edad de batallar. Se sentía reanimado y consolado. ¡Cosa rara! Aquel consuelo que no encontraba á su alrededor, lo había recibido de un viejo enfermo y cansado. ¡La vida tiene sus ironías!

Genoveva parecía que estaba acechando el final de aquella conversación; esperó á Felipe y le suplicó que entrase en su especie de oratorio. Santiago no entraba nunca en él y además no era probable que se moviese de su cuarto. No había duda de que era un secreto — un gran secreto — lo que la madre de Enrique quería confiar á Felipe.

Se trataba (y esto lo dijo francamente, con viveza inusitada en aquella mujer fría y calmada) de arrancar á Enrique de unos lazos que perdían su porvenir. Y de buena gana hubiese añadido *y su alma*. Todas sus inquietudes, sus angustias de madre, sus quejas reflexivas, las fué confiando á Marcy.

El abate Ronchart, que participaba de ellas, había conseguido duplicarlas exagerándolas. La devota veía ya la existencia de su hijo comprometida, inutilizada.

—Porque, al fin, su talento..... porque tiene talento, ¿no es verdad, M. Marcy?

—Mucho, tanto más cuanto que él desconfía de sí mismo frecuentemente.

—Y bien, ¿qué hace de ese talento?..... Nada.

Y con su imaginación casi enferma, con la preocupación de un peligro que su desconocimiento de la vida y la rigidez de sus creencias agrandaban extraordinariamente, Genoveva presentaba á Enrique devorado por una pasión loca, dominado por una temible criatura á quien ella no conocía, pero que debía ser del teatro, y que le robaba á su hijo. En las mismas palabras de aquella madre se reflejaba el odio feroz que el abate Ronchart tenía á todo lo que afectaba al teatro. Habiendo replicado Felipe que de seguro Enrique no era, según ella lo creía, presa de una miserable criatura, la devota continuó exaltada, vaticinando la perdición del joven. Su casamiento era imposible. Le esperaba la ignominia de una vida desordenada y tal vez el lazo eterno con «aquella joven soltera» desconocida á la que por instinto aborrecía.

—¿Quién es, pues, una actriz que se llama Elena Gervais?—preguntó de pronto á Felipe.

—La más animosa y la más honrada de las mujeres—respondió Felipe.

Genoveva clavó en Marcy su pálida mirada. De modo que conocía á aquella Elena. ¡Una mujer honrada en las tablas! ¿Era posible? En hora buena; entonces no era aquella Elena Gervais la que perdía á su hijo, pero era otra, y terrible seguramente. Luego, como Marcy hablara tranquilamente del ardor juvenil y de *pecadillos*, como pudiera hacerlo el cura de Saint-Clement, Genoveva se irritaba más, y con una excitación desconocida en ella, con palabras breves y cortadas, suplicaba á Felipe que confesara á Enrique, obteniendo de

él la verdad y haciéndole comprender que su madre sufría, le arrancase de aquellos lazos, de aquella pasión que no le dejaba pensar en su porvenir.

Marcy veía brotar de ella un amor verdadero, ahogado quizá por una fría voluntad; pero que en presencia de un nuevo dolor, ante el espanto que sin duda causaba á Genoveva la enfermedad de Roquevert, se exaltaba y aparecía lleno de temores que, por su parte, Felipe creía exagerados.

Cuanto más trataba de calmar á aquella mujer, ponderándole el honrado corazón de Enrique, más se la veía, con extrañeza, salir de aquella especie de estupor glacial, en que de ordinario se encerraba.

Bueno, sí, Enrique era honrado. ¿Pero no se dan casos de que la honradez más acrisolada cometa la falta más terrible? ¡Las almas corrompidas sólo acometen á las almas generosas! Cuanto mayor es la confianza, más abierto está el corazón, mejor se cree en lo bello y en lo bueno, y mayor es el desengaño al encontrar la mentira y la traición astuta.

Felipe experimentaba una impresión extraña al oírle hablar dolorida, como si algún recuerdo cruel reviviese de pronto haciendo sangrar todavía su corazón. Manifestaba una cólera concentrada, brillos furtivos iluminaban sus pupilas, de ordinario apagadas. Y para probar que la mujer, cuya influencia sobre Enrique temía, era peligrosa y potente, presentaba al joven extraviado, febril, pasando los días en una exaltación que seguía á las noches de insomnio, dominado por una especie de embriaguez, olvidando á su padre para correr al

lado de su querida, signiéndola á todas partes, y —hace tres días, mirad—mientras que Roquevert, postrado, lo llamaba á su lado, Enrique, loco y olvidándolo todo, malgastaba los días con aquella criatura en Fontainebleau, en Melun, no sabía donde.....

—Os lo ruego—decía—vuestra amistad hará más que lo que mi afecto consiga. Enrique, que os venera, os obedecerá. ¡Averiguad el nombre de esa mujer y arrebatadle mi hijo!

¿El nombre de aquella mujer? Felipe tembló al oír á Mme. Marcy hablar de Fontainebleau. ¡Cómo! ¡Enrique había estado en Fontainebleau tres días antes, el mismo día que Sabina fué á aquel punto!

Mientras Genoveva continuó reclamando el auxilio de Marcy, éste se hallaba entregado á un trabajo mental. Ligeras observaciones que había olvidado acudir entonces á su imaginación; la actitud muchas veces embarazosa de Enrique delante de él, delante de Sabina, las sonrisas de su mujer y sus impaciencias de alguna vez cuando se ocupaba del joven. ¡Vaya, vaya! Marcy estaba loco! Pero el despacho de Tournier acudía de nuevo á su memoria. La duda, como una mancha de aceite que lentamente se ensancha, le desvanecía.

Enrique estuvo en Fontainebleau al mismo tiempo que Sabina; pero Sabina quizá se detuviese en el camino en vez de irse directamente á casa de Mr. Tournier. ¿Era esto posible? ¿Qué pensaría, pues, de ello? Le parecía que era casi un vil al acusar, al suponer.

Sí, vil é indigno de la amistad de Enrique, á

quien hacía un momento estaba elogiando como un modelo de inquebrantable lealtad. Pero alejando toda sospecha, preguntó á Genoveva, de la que obtuvo indicios que le provocaron un frío sudor por todo su cuerpo. Enrique había marchado por la mañana á la misma hora que partió Sabina. El abate Ronchart le había visto juntarse en la estación con una mujer que le esperaba. Ella se había detenido en Melun, Enrique la siguió. El abate los perdió de vista en la estación de Melun; sin embargo, estaba seguro de que allí se encontrarían de nuevo y se reunirían. La mujer parecía como si quisiera ocultarse. Genoveva decía que era una actriz, acusaba á Elena Gervais; quizá se engañaba, después de todo.

—¿Quién sabe?—repetía la madre.—También podía ser una mujer casada, y entonces el peligro era todavía peor para Enrique, y la falta y la pasión más grandes.

Marcy iba poniéndose pálido como un muerto. Tenía apretada la garganta como si le ahogase una angina. Escuchaba, temblando conocer la verdad y queriendo dudar. Aquella mujer que el abate había visto, ¿la podría reconocer? ¿Había dicho á Genoveva cómo iba vestida? ¿Llegó el sacerdote á verle la cara? Genoveva repetía entonces lo que el abate Ronchart le había referido. La mujer era rubia, vestía un traje oscuro, y sujetaba su talle un cinturón de cuero con hebilla de plata. En la mano llevaba un saco de piel de Rusia y un chal escocés.

¿Podía dudar Felipe? Así iba vestida Sabina. Sabina salió en el tren que tomó Enrique, Sa-

bina se detuvo en Melun á la misma hora que Vicente Tournier dirigía un telegrama á la avenida Villiers y no llegó á Fontainebleau hasta el día siguiente para contestar á la aclaración que con inquietud pedía Felipe. En conclusión, ¿era posible la duda? ¿Sabina mentía, le engañaba! ¿Se trataba de su dicha!

¿Su dicha? ¡Ya no se trataba de esto, era el honor lo que estaba en tela de juicio!

¡Y era Enrique!.... ¿Qué? Enrique, su hermano más joven, aquel amigo cuya mano no temblaba, cuyos ojos no se bajaban ante la mirada de Felipe; Enrique, el hijo de aquella mujer que allí estaba suplicando, implorando, y que repetía:

—¡Arrancadle de ese amor! ¡está perdido!

Marcy se preguntaba si se había vuelto loco. Experimentaba esa sensación indefinible de ciertas crisis nerviosas que se resuelven acudiendo la risa á los labios y las lágrimas á los ojos. Respondía vagamente á los ruegos de Genoveva. Tenía impaciencia de partir, de buscar á Enrique, de interrogar á Sabina, de saber.... Sin embargo, continuaba todavía preguntando á Genoveva algún detalle que pudiera servirle de indicio, probarle que no había comprendido bien, que aquella mujer no era Sabina, y siempre, con terrible exactitud, el nuevo detalle se refería invariablemente á Sabina. Era Sabina y siempre Sabina la que Genoveva describía, designaba y denunciaba.

No, cien veces no, no había duda en manera alguna. Cada palabra, cada rasgo hacía penetrar más y más la certidumbre en Marcy; y como si su espíritu se iluminase repentinamente por la luz

del rayo de una tempestad, se le aparecían clara y cruelmente explicadas las vacilaciones, las ausencias y la turbación de Enrique. ¡Enrique le engañaba! Amaba á Sabina, que mintiendo y escapando cobardemente, había ido á unirse con él, aprovechando la enfermedad de su padre que la estaba esperando en su retiro.

Genoveva no se apercibía del repentino cambio operado en el rostro de Felipe. En sus rasgos terriblemente convulsos se notaba un brutal estrago. Tenía prisa de alejarse de allí. Sabía ya bastante y le daban tentaciones de gritar á aquella mujer: «¡Vuestro hijo es un miserable!»

¿Para qué? Aquella frase quería lanzarla al rostro de Enrique. ¿Dónde está Enrique?

—¿Dónde podré verle?—preguntó á Genoveva.

Su misma voz estaba cambiada. Difícil y apretada, pasaba al través de sus dientes como una amenaza contenida. Aquel Felipe, tan confiado, de una amabilidad enérgica, de ordinario resignado, ocultando sus desolaciones y sus amarguras como si fuesen una vergüenza, se sentía en aquel momento dominado por una rabia sorda, y con la sangre afluyendo á su cerebro con la impetuosa fuerza de una cólera insaciable.

Enrique no se encontraba en su estudio, ni en su cuarto, pero Genoveva sabía que aquella mañana almorzaba en casa del padre Antonio. Así lo había dicho al marcharse. Felipe dió las gracias, prometió á la madre, haciendo un espantoso esfuerzo para dominarse, que arrancaría, si podía, á Enrique de «aquella mujer», y se marchó, corrien-

do como un loco, impaciente por decir á Enrique que era un ladrón y un cobarde.

El camino de la frutería donde el tío Antonio esperaba á sus huéspedes, le era muy conocido, puesto que también él, en otro tiempo, había concurrido alguna vez. En poco rato se trasladó al comedor, entró bruscamente y preguntó al tío Antonio, que estaba en el mostrador, si se encontraba allí M. Roquevert.

—Sí, señor Marcy—respondió el viejo.

El almuerzo terminaba. Felipe empujó la puerta, distinguió á Enrique que discurría con Lemenil, y Baloché, á quienes la presencia de Marcy produjo cierta inquietud. Con una señal, Felipe llamó á Enrique. El joven tuvo el presentimiento de que algo grave ocurría. El maestro seguía de pie, serio, inmóvil en la puerta del comedor, resaltando la palidez del color mate de su rostro en medio de su barba negra. Había en su actitud una calma aparente, un sufrimiento violento y como una tempestad pronta á estallar. Enrique, que le conocía perfectamente, lo adivinó todo á primera mirada. Se levantó en medio del silencio de la mesa, y cogiendo su sombrero se fué hacia Felipe, al que maquinalmente tendió la mano. El brazo de Felipe permaneció pegado á su cuerpo.

—¡Necesito hablaros, venid!—exclamó el pintor dando á sus palabras el tono breve de una orden.

Saludó, salió, y ya en la calle, andando al lado de Enrique, mirándole alguna vez de frente, hablándole bajo, ocultando fríamente á los transeúntes con quienes se iba codeando el furor de que estaba poseído.

—Oid bien lo que voy á deciros—le dijo—y no hagáis ningún movimiento, que nadie nos oiga ni sospeche.... ¡Entremos aquí!

Y designó un café, cuyas mesas de mármol se veían todavía vacías. Una especie de terraza con una grada á la calle les separaba del salón en el que se oía en la obscuridad el ruido confuso de las conversaciones, de la risa y de las bolas de billar como un murmullo, mientras que por otro lado llegaba la confusión y movimiento de la calle como una especie de arrullo. Solos, frente á frente uno de otro, no habiendo entre ellos más que la estrecha piedra de mármol, Felipe y Enrique podían, sin que sorprendieran una palabra de su interesante conversación, estar sentados, con la mirada en la mirada, bajando la voz, ocultando su cólera ó su dolor á la curiosidad de la multitud—de todo aquel mundo anónimo que durante un día cualquiera, ignorándolas, sin apercibirse de ellas, pasa rozando con tantas escenas trágicas.

El mozo preguntó qué deseaban.

—¡Cualquier cosa!—respondió Enrique.

En cuanto el mozo, después de dejar ante ellos dos bocks de cerveza y recoger la moneda con que le pagaron, se alejó de la mesa, Felipe, con las pupilas clavadas en las de Enrique, los labios temblorosos, dejando pasar, como otras tantas amenazas, las palabras contenidas, las manos cogidas al mármol de la mesa para que no se le fueran á las muñecas de Enrique y las torcieran con rabia, mirando al hijo de Roquevert con un desprecio en el que parecía correr la sangre de una amistad moribunda:

—Vuestra madre—le dijo—acaba de hacerme una súplica que sin duda os parecerá extraña. Me ha rogado que procure arrancaros de una mujer que pierde vuestro porvenir, de una querida que emponzoña vuestra existencia....

—¿Mi madre?—balbuceó Enrique.—¿Mi madre?

Aunque nada comprendía, estaba seguro de que iba á ocurrir una desgracia. Miró á Felipe con terror creciente, como si algún peligro, imposible de conjurar, hubiera surgido de pronto.

—Era una tarea que me pertenecía antes que á otro—continuó Felipe en voz baja, silbando terriblemente sus palabras aceradas como hojas de puñal.—Vuestra madre sabía que os apreciaba bastante para aceptar este papel de moralista. Pero lo que ella no sabía era el nombre de la mujer que causaba sus temores. Y sin conocerla me la ha descrito.

—¡Ah!—dijo Enrique aterrorizado.

Una cosa vagamente terrible le rodeaba. Escuchaba y seguía mirando, esperando que la nube descargara.

—Esa mujer es Sabina. ¡Sabina y vos sois unos miserables!

—¿Yo?—replicó Enrique.

Este grito se escapó de sus labios, claro y brillante, con el acento de franqueza indignada.

Instintivamente había dado un salto en su asiento como para levantarse, incapaz de permanecer inmóvil bajo aquella odiosa acusación.

—Por mi honor....—dijo.

—¡Ah! hablad bajo—respondió Felipe en tono colérico.—No quiero que nos oigan, porque no se

trata de vuestro honor; ¡pienso que ahora se trata del mío!

Enrique volvió á sentarse, anonadado por un repentino espanto, y queriendo, sin embargo, seguir escuchando hasta saberlo todo.

—Os digo que me habéis engañado, baja y cobardemente—prosiguió Marcy con su implacable frialdad. Además, no hay dos maneras de cometer una villanía. Sabina es querida vuestra. Y vuestra madre tiene razón, la mujer que sabe mentir como ella me ha mentido, es el peligro continuo.

—Os juro que mi madre os ha manifestado una suposición insensata, absurda y falsa—dijo Enrique, cuyo rostro estaba más blanco que el mármol sobre el que se reflejaba su silueta.

Las palabras se cruzaban entre los dos como los floretes en un desafío. Apoyados sobre la mesita, con las caras casi tocándose, en un terrible duelo de miradas indignadas por una parte, extrañadas por la otra, confundíanse sus alientos como sus gritos ahogados y sus silenciosas y trágicas iras.

—Vuestra madre os ha hecho seguir, os ha hecho espiar. Vuestra madre temía lo que yo ¡estúpido de mí! no había sospechado.

—¿Espiar? ¿A mí? ¿Por qué?

—Sabina salió para Fontainebleau; vos la seguisteis. Sabina se detuvo en Melun; vos os reunisteis con Sabina. Ahora podría deciros las horas de vuestras citas y de vuestras traiciones, buscando en mi memoria y recordando vuestras turbaciones, vuestras inquietudes..... ¿Me han engañado también diciéndome que ella os esperaba allí?.... Que

allí, mientras su padre enfermo en Fontainebleau preguntaba por su hija.....

Marcy pasó su mano con fuerza por su cara; luego mirando sin cesar á Enrique, livido, retrocediendo ante aquella realidad, aterrado ante la idea, de que para justificarse era preciso confesar el secreto de Sabina, enterar de todo á Marcy, á aquel esposo ultrajado, que, quizá ante su palabra dudara todavía.....

—¡Respondedme, pues! ¡decidme!—continuó, y la sonrisa dolorosa de Felipe se hacía cruelmente dolorosa—¡decidme que han mentido!

—Mi madre no ha mentido—dijo Enrique;—pero pudiera ser que la hubiesen engañado. ¿Me han visto? ¿Quién me ha seguido?

—Un sacerdote ha sido quién os ha visto.

¡Un sacerdote! La cara dura del abate Ronchart apareció ante Enrique como sobre el fondo de un estereóscopo; después todo desapareció y sólo quedaron visibles las mejillas pálidas, los labios trémulos y el atroz dolor de Felipe.

Enrique hubiera querido cogerle las manos, estrechar contra su pecho á aquel hermano mayor, á aquel gran artista desgraciado, á quien quería y admiraba. Sufría su mismo dolor y tenía su misma herida abierta. Con sólo que dijese una palabra, Felipe dejaría de acusarle y sabría quién era el ladrón de la honra de su hogar. Pero si pronunciaba aquella palabra, ¡qué espina clavaba en su corazón! ¡Qué certeza tan espantosa en vez de la duda que todavía confiaba poder llevar al ánimo de Felipe! ¿Tenía él derecho de entregar á Sabina, de denunciar á Cordier, de dar á Felipe aque-

lla extraña prueba de su adhesión, de quitarle para siempre toda esperanza? El pobre Enrique esperaba aún que le sería posible desengañar á Marcy, arrancarle toda sospecha, devolverle la fe y la confianza perdidas.

¿De qué manera? No lo sabía. Pero un instinto profundo le decía que debía callarse, ganar tiempo, negar, no sólo por Sabina, sino por Felipe, por aquel pobre y animoso corazón que una declaración suya desgarraría y aniquilaría seguramente para siempre.

Oponía pues á cada prueba que Felipe presentaba una negación atrevida, sin sospechar, el desgraciado, que así creía Marcy más cierta aún la traición, puesto que Mme. Roquevert había dicho que Enrique estaba en Melun á la misma hora que allí se encontraba Sabina, en vez de haber ido á Fontainebleau.

—¿Entonces han mentido? ¿Sabina no os esperaba?

—Os lo juro.

—¿No sois el amante de mi mujer?

—¡No, por mi vida!

Felipe se volvió repentinamente, cubrió su cara mortal palidez, y dejando caer lentamente cada palabra con un desprecio que parecía abofetear á Enrique:

—¡Pues bien, mentís! ¡mentís lo mismo que me habéis engañado cobardemente, y no tenéis el valor de mirar de frente la acción que habéis cometido ni al hombre que quiere castigaros!

Enrique bajó, en efecto, los ojos ante el desprecio injurioso; hacía esfuerzos por parecer sordo, por

dejar correr aquel desprecio sobre su frente como una lluvia que después se secaría. Se limitó á no responder, gritándose á sí mismo: «¡Cállate! ¡Tu deber es no decir nada!» Pero ante aquella amenaza de castigo, levantó su mirada ardiente y la dirigió á Marcy de frente:

—¿Castigarme?

—¡Sí, ciertamente; porque vuestra vida me pertenece, y os mataré!

—Bueno—dijo Enrique.—¿Cuando queráis!

Extraviado miró á Felipe, que, bruscamente, le dejó, alejándose de pronto, como vacilando, pero andando no obstante de prisa, huyendo desatinado para ocultar sus lágrimas quizá.... ¡Ah desgraciado!.... Enrique quiso correr detrás de él, detenerle, desengañarle, impedir que se encontrara con Sabina. Quería precipitarse en un carruaje, é ir volando á advertir á aquella mujer, á aconsejarle que dijese á su vez que todo era falso.... Encontraría de seguro un medio para hacer creer á Felipe.... Pero al hacerlo así venía á ser el cómplice voluntario de aquellos dos seres. ¡Los servía y los defendía en su traición! Además, ¡qué locura! ¿Quién pensaba en aparecer por la avenida Villiers? Felipe le encontraría y le arrojaría de su casa.

—¡Bah!—pensaba.—Ella sabe mentir perfectamente. ¡Negará!

Enrique perdía la cabeza. Tal vez hubiese hecho mejor diciéndolo todo.

¡Y bien, no! porque aunque se viera precisado á dejarse herir por Felipe, jamás, no, jamás sería él quien confesara á su amigo, á su vivo respeto y veneración, la traición de aquella mujer.

A su vez Enrique se levantó, mirando á su alrededor, con los ojos inyectados como los de un borracho.

Una sola idea le dominaba: ¡interrogar! ¡saber! ¡irse derecho á la que habia sido causa de todo y pedir cuenta de tanto dolor á la que habia hecho que se desencadenase:—¡A su madre!

XII.

La vieja Susana quedó asustada cuando vió entrar á Enrique. Estaba horrorosamente pálido. La criada juntaba las manos preguntando en voz alta *lo que allí ocurría*. Aquel hombre, «aquel hombre tan mal encarado» — Enrique conocía perfectamente á quién se refería — se había presentado nuevamente en la plaza Dancourt. Había manifestado deseos de ver al señor. El señor dormía, descansando de una crisis nerviosa que había tenido después de la visita de Marcy. Y como el hombre insistía, alzando la voz, la señora había intervenido, asustada y procurando calmar á aquel miserable. A Susana le parecía que la señora era demasiado buena, recibiendo á un vagabundo como aquel. Le había permitido llegar hasta el comedor y al momento se había subido á su cuarto, sin duda en busca de dinero para aquel perdido. ¿A quién se le ocurría dejar solo á un hombre de aquella calaña? Susana respondía de los cubiertos. Acababa de contarlos y recontarlos en seguida que aquel individuo se había marchado, y, cosa rara,

no había faltado ninguno. Pero otra vez, si la señora cometía igual imprudencia....

Enrique interrumpió á Susana. Sin duda le había sorprendido y hasta inquietado violentamente aquella reaparición casi amenazadora, aquellas instancias de Monerol; pero la emoción que le embargaba era demasiado intensa para que se detuviera mucho pensando en por qué el cómico se había presentado nuevamente. Quería ver, quería interrogar. El mismo estupor que había experimentado, cuando después de la primera visita de Monerol había encontrado á la devota como asustada y como desgarrada por un sufrimiento inesperado, iba á sentir ahora, pero esta vez aumentado, efecto de la exaltación dolorosa en que él se hallaba y del azoramiento nervioso de su madre.

No necesitó Enrique llamar á la puerta de la austera habitación en la que, hundida en una butaca, con las manos cruzadas sobre su pecho, Genoveva se encontraba anonadada, como en la contemplación de algún hecho irreparable.

Ni se movía, ni rezaba. Parecía sin vida en el fondo de aquel cuarto oscuro, al que llegaba el sol por rayos geoméricamente cortados, como á través de los cristales de una iglesia.

La puerta se hallaba abierta de par en par, y Enrique, instintivamente, se detuvo en el dintel, como si temiese alguna catástrofe. La postración de Genoveva le causó miedo. Se le ocurrió si Roquevert estaría en peligro inminente.

—¿Cómo está mi padre?—dijo al momento.

Un temblor se apoderó de la madre, que parecía salir de un sueño profundo y quiso dar á su

cara, en la que estaba impreso el terror, la fría impassibilidad que no le abandonaba jamás.

—Tu padre parece que se encuentra ahora mejor. Descansa.

Enrique sintió un gran alivio. Veía que Genoveva caía en una especie de silencio estupefacto, casi salvaje. Pero no se trataba del padre ya. Podía ir derecho á la cuestión enojosa que le llevaba al lado de su madre como hacía un enemigo.

—Acabo de ver á Marcey—exclamó de pronto.

—¡Ah!—replicó ella, con un tono raro, casi indiferente.

Ni siquiera se preocupó, en aquellos momentos, de lo que Enrique podía pensar de la intervención de Felipe, ni de lo que entre ambos podía haber habido. Dominada, cuando de este asunto había tratado con Marcey, por el ardor de saber de qué manera podría arrancar á su hijo de aquella mujer desconocida, al presente aquella preocupación parecía haberse alejado y aún desaparecido. Su espíritu, acobardado, estaba fijo en otra cosa. El *jahl* que se le había escapado cayó para ella como en el vacío. Otra inquietud absorbía visiblemente su pensamiento.

—¿Sabéis lo que habéis hecho, madre mía?—añadió Enrique.

Aquella vez, el timbre vigoroso de su voz era casi amenazador y tan extrañamente irónico, que Genoveva miró más detenidamente al joven, é instintivamente balbuceó:

—¡Qué pálido estás!

—Vos habéis dicho—continuó el hijo—habéis dicho á Marcey que una mujer esperaba á un hom-

bre en Melun, y que este hombre era yo. Pues bien; si pretendáis que dos amigos empuñasen la espada para matarse, lo habéis conseguido. ¡Felipe y yo debemos batirnos!

—¿Batirte?—exclamó Genoveva irguiéndose bruscamente y permaneciendo así medio levantada, con la mano apoyada en la butaca y la angustia en la mirada:—¿Por qué te has de batir?

—Porque la mujer á quien vos denunciasteis es Mme. Marcey y porque M. Marcey me pide á mí cuenta de su honor.

—¿Á tí?

—¿Quién le ha dicho que yo estuve en Melun? ¡El abate Ronchart me vió! Y lo que éste vió, gracias á vos, lo sabe ahora Marcey. Y Marcey no es de los que reciben un ultraje sin vengarlo. Cree que yo soy el amante de su mujer y quiere castigarme. Sea. Sois vos, madre, quien ha hecho este duelo inevitable, y por librar á Felipe del llanto que va á costarle, quisiera yo dar, y os juro que daré, una parte de mi sangre.

—¡Un duelo! ¿Qué has dicho? ¿Un duelo?—repetía Genoveva puesta de pie y yendo hacia su hijo con movimientos automáticos, reprimidos y penosos. ¡Pero el duelo es un crimen!

—No hay otro medio de pagar las deudas de este género. El cree que yo le he sido infiel, ¡pues bien! no iba yo á Melun á reunirme con Sabina, sino á seguir al hombre á quien ella ama para espiarlo, como vuestro abate Ronchart me espiaba á mí. Pero ya que por vos se ha enterado Marcey de todo, yo seré el que se ponga delante de él respondiendo de ese dolor, yo que, jurándole y repi-

tiéndole que nunca he faltado á la amistad, le dejaré creer, no obstante, ¿ois? que mi juramento es una nueva mentira, y me batiré con él, antes que descubrirle las indignidades y cobardías que hay en su hogar. ¡Y vos lo habréis querido! Y quien habrá hecho desaparecer la felicidad de un hombre seréis vos! No hablo de mí. La vida me pesa; está llena de infamias. ¡Si muero, mucho mejor!

— Enrique! — exclamó Genoveva.

Dijo aquel *Enrique* con un acento tan desgarrador que jamás se había escuchado en sus labios, con una angustia que casi hizo estremecer al joven, tan poco acostumbrado á tales arranques.

Se había llevado las manos á la frente para contener en ella los pensamientos que parecía querer huir; volvía la cabeza mirando á su alrededor con ojos fijos, llenos de pálidos fulgores.

— Veamos, veamos; no te comprendo. Tú quieres morir y ¡morir porque yo he hablado!.... Yo quería salvarte.... En tu vida hay una mujer.... Esa ú otra....

— Esa — dijo Enrique con energía.

— ¡Ah, ves! Y bien, ¿ves?.... Yo lo había adivinado.... Esa mujer es peligrosa, puesto que hablas de batirte por ella, de morir.... ¿acaso sabes?.... ¡Y tú la has seguido! ¡Y dices que engaña á Felipe!.... ¡Miserable mujer! ¡Oh! la traición cobarde, la villanía oculta, ¿no sabe, pues, que esto ocasiona la muerte?.... Pero que ella muera, bueno, ¡pero tú, no!.... ¿Dices que por mí lo ha sabido todo Marcy?.... Es verdad, antes de confiar á alguien.... ¡ah! debía haber reflexionado.... Sin em-

bargo, le he recomendado el silencio.... Y si he dicho todo lo que he dicho ha sido por tí.... ¿Crees acaso que no te quiero?.... He tenido miedo de que perdieras tu vida.... ¡No importa! Si, soy una loca, una miserable imprudente. ¡Pues bien, lo que yo he hecho puedo deshacerlo! Te he acusado á los ojos de Marcy, pero puedo probarle que tú no eres. ¿Tú la espías me has dicho? Esto es.... sí.... esto es.... Yo quiero repetírselo.... Yo le enteraré.... ¿El nombre del otro?.... ¿Su nombre? ¡Ah! ¡crees que no le diré su nombre! ¡Vamos, tú, Enrique, tú, nómbramelo!

— ¡Ni á vos ni á Marcy diré ese nombre!

— Entonces yo buscaré.... yo sabré....

— Vos no sabréis nada. Marcy tiene delante de él á uno. A mí. Quizá le probaré que sus sospechas son falsas. ¡Si lo consigo, bien, si no, me matará!

— ¡Ah! pero te has vuelto loco — dijo la madre con un acento terrible, en el que toda su frialdad desaparecía con la rapidez del deshielo. ¿Crees que te voy á dejar morir? ¿Qué falta me hace el nombre que te pido? ¡Guárdalo! ¡Yo iré á decir á Marcy que no podéis batiros, que no eres tú, que es otro! ¡Ah! ¿crees que vacilaré en dar este paso por mí misma?

— Y Marcy no os creerá, Marcy sólo verá en vos á una madre atemorizada que quiere impedir que su hijo se bata, y que acusa y que miente, y me creerá cobarde después de haberme creído traidor.... Sólo os pido una cosa para perdonaros el dolor que le desgarró, y es el silencio.... El silencio, ¿entendéis? Y puesto que tenéis una deuda con Marcy quiero yo pagarla.

Había en Enrique como un deseo exigente de sacrificio, una necesidad imperiosa de sufrimiento, una locura de heroico silencio. Genoveva se encontraba estupefacta por aquella resolución tan generosa como insensata. ¿Pero no había dicho Enrique que si llegaban al terreno ni siquiera se defendería? Ella recordaba ahora que su hijo le había hablado muchas veces de asaltos, ejecutados en otro tiempo en el estudio de Marey. Felipe era temible. Esto la asustaba. Y ella era quien había lanzado á su hijo, á aquel hijo á quien amaba, á pesar de su aparente insensibilidad y su fría máscara de devota, ante el florete de un marido que se vengaba. ¡Que Sabina fuese ó no la querida del joven, aquella era la realidad! Enrique quería batirse, Enrique quería morir.

Genoveva dirigía sus ojos extremadamente abiertos en su alrededor, buscando, implorando un apoyo, deteniéndolos con fervor trágico en el Cristo de marfil, cuya amarilla palidez se destacaba en el fondo negro; en aquellos ojos, enrojecidos y dolorosos por el llanto, sin pestañas y sin brillo, se dibujó un terrible miedo, que agitó los débiles miembros de aquella anciana mujer, en tanto que Enrique contemplaba aquella madre abatida, desconsolada, acogiendo á su fe, á la oración, al Dios implorado con un ardor sin límites y haciendo esfuerzos que le causaban sollozos ahogados.

Se arrojó al suelo, retorciéndose las manos, con el pelo gris desordenado, y gritando fuera de sí, como en una crisis de histerismo trágico, suplicando, llamando, rogando, pidiendo perdón, luego se volvía hacia su hijo, mirándole con el azoramiento

de la locura, viéndolo ya muerto, conducido á su casa herido, muerto, muerto por ella, maldita para su hijo, como lo había sido en su vida. Entonces se levantaba, se echaba á los pies de Enrique, le cogía las manos, las besaba, las llevaba á sus ardientes labios, repitiéndole con la horrible agitación de un sufrimiento que laceraba el corazón de su hijo:

— ¡Perdóname! ¡Soy una miserable! ¡Tú no te batirás! ¡Te defenderás! ¡Le dirás que no has sido tú! ¡No querrás que sea yo misma la que te haya llevado á semejante muerte! ¡Dí, dí, dime algo, Enrique!...

Y era ella—la madre—la que ahora suplicaba ante su hijo impasible! ¡Ah! ¿Luego estaba decididamente condenada? Hacía un momento, aquel Monerol á quién hubiera querido arrojar de la casa, le dirigía palabras terribles que le hacían agitarse febrilmente, y en aquel momento, su hijo, su propio hijo se presentaba como un justiciero, diciéndole con voz imponente é irónica:

— ¡Vos habéis denunciado, habéis matado á un hombre! Si yo muero será por vos.

¿Por ella? Esta era la verdad, no obstante.

— ¿Por mí? ¿por mí? ¡Desgraciado!

Repentinamente, bajo la presión de aquel horrible sufrimiento, todo un dolor contenido, ó mejor, una suma de dolores, se desbordaba por la herida abierta. Los secretos ahogados, las lágrimas contenidas, los suspiros silenciosos, los sollozos que la almohada de su cama en las noches de insomnios, ó el confesonario del sacerdote habían escuchado, todo se escapaba, como en una explosión

sinistra. Entences Enrique retrocedió, con el cabello erizado, lleno de terror y de piedad, en tanto que, como hablando consigo mismo, ó más bien dirigiéndose á aquel Cristo en cruz, en el delirio de una confesión desesperada.

—¡Estoy maldita, maldita!—repetía la madre.—Yo lo he pedido, yo lo he reclamado, he llamado la expiación, pero sobre mí, sobre mi alma de pecadora, no sobre tí, Enrique, no sobre tu padre..... ¡Ah! ¡miserable! ¿El crimen es, pues, imperdonable? ¿No es posible obtener el perdón después de tantas súplicas y tantas lágrimas? ¿Vos, Señor, Dios mío, os mostráis sordo y sois tan implacable conmigo? ¡Él, él, él está aquí, él ha vuelto. Me ha amenazado como en otro tiempo, como siempre, si no le daba dinero, con revelarlo todo, con decirlo todo á tu padre..... ¡A tu padre, oyes Enrique! ¡A tu padre que se muere! ¡Y yo no podía arrojarle de casa! ¡Y yo tenía miedo en su presencia, yo temblaba, yo temblaba..... yo temblaba.

Un gran grito, un grito de cólera feroz, un grito de Enrique, respondió á aquella terrible confesión:

—¡Madre mía! ¿Es de Monerol de quien hablais?

Al oírlo, como vuelta en sí, de pronto, como curada de la locura que la había exaltado, desfigurado todavía su rostro, y trémulos los labios, Genoveva quedó delante de su hijo fría, inmóvil, como muda, mirando frente á frente á Enrique, con su frialdad impasible.

—¿Es Monerol el que ha estado aquí? ¿Os

amenazaba? ¿A vos? ¿Con qué derecho? Pero responded, respondedme enseguida.

—Monerol..... Sí, Monerol.

Los labios de la madre se agitaban balbuceando:

—¿Qué es lo que he dicho?..... ¿Quién te ha hablado de Monerol?..... No he visto á Monerol, no conozco á ese Monerol.

La idea de la mentira, causándole una repentina indignación, un súbito disgusto, hizo que se volviera hacia su Dios como hacia un juez; sus afligidos ojos imploraban como desde el fondo de la desesperación, alguna piedad. Hubiera querido callarse porque tenía miedo que sus palabras fuesen como las declaraciones casi completas que acababan de escaparse de sus labios. Ella temblaba delante de Enrique, y él, aterrado, presintiendo que una gran desgracia se cernía sobre ellos, alguna cosa sombría, en la que Monerol tenía participación, interrogaba y estrechaba á su madre, la suplicaba, como dando órdenes, viendo que cuanto él más insistía más ella temblaba de espanto, y diciéndola por lo bajo, repitiéndola que si un peligro la amenazaba, él estaba allí; él, su hijo, para defenderla.....

Quería saber, lo quería á toda costa, y, sin embargo, temía alguna revelación aterradora. Estrechada y apurada—habiendo dicho Monerol que volvería al día siguiente—Genoveva, instintivamente, se dejaba ir á refugiarse en aquel apoyo que le ofrecía su hijo. Además iba perdiendo fuerza en ella el secreto que se había impuesto. Sus labios, habitualmente sellados, querían lanzar gritos de confesión, con el deseo de la humillación y

de la penitencia. Juzgaba que aquella nueva prueba—su hijo amenazado de muerte y queriendo morir—surgiendo de pronto, más atroz que ninguna otra, no era más que el castigo [de una falta oculta, de una mentira sostenida mucho tiempo, la expiación de un pasado imperdonable. Arrojándose delante de su hijo, suplicándole que no muriese, mirando unas veces á Enrique, vivo retrato de Roquevert, y otras la imagen del Dios sacrificado, como poniendo á Cristo por testigo de su humillación y sacrificio, la anciana mujer se acusaba, se golpeaba el pecho, se mesaba sus grises cabellos, se llamaba miserable, y aterrada de ver que la suerte le trataba como pecadora culpable y sin perdón, condenada á sufrir la expiación, no obstante sus manchas flagelaciones morales y sus lágrimas ardientes, quería, anhelaba, que el perdón viniese de Enrique como el auxilio que iba á prestarle.

Entonces, como si la tierra se moviese bajo sus pies, Enrique sintió que vacilaba al oír brotar, entre suspiros dolorosamente lanzados, una confesión trágica, interrumpida por roncós sollozos en la que toda fina existencia llena de espanto, afligida por los remordimientos, desgarrada por el continuo temor, se ponía al descubierto, haciendo retroceder atemorizado á aquel hijo que, como si clavasen un puñal en su corazón, recibía la terrible declaración de su madre.

¡Monerol! ¡aquel repugnante Monerol, aquel ser envilecido y siniestro! ¡Monerol había sido amado por Genoveva! Peor que esto, en otra época, cuando el tío Pesquidoux se trajo á su sobrina á París,

Monerol, insinuándose con la profunda habilidad del corrompido y la audacia del canalla, acostumbrado á triunfar fácilmente, en la amistad, en la ignorancia de la pobre muchacha, arrojada en pleno París como en un mundo desconocido en absoluto, había conseguido interesar á aquella niña, á quien un cumplimento, una sencilla galantería hacía ruborizar, y á quien una mirada sostenida del cómico, fija en sus ojos azules, hacía estremecer como influida por un encanto penoso. Ella no tenía á su lado persona alguna que la protegiese, ni siquiera que la advirtiese. Todavía estaba dolorosamente aturdida por la desgracia que la había dejado huérfana. No sabía nada de la vida, y sobre todo de lo que en ella se encierra de indigno. Sólo conocía el llanto que causan las separaciones eternas. En aquellos momentos Monerol, rodeándola con galanterías de teatro, con la dorada miel de sus palabras, de una especie de atmósfera trastornadora que daba miedo á la joven, hizo que se sintiese como arrastrada por una seducción rara y dañosa, cuyo atractivo quería sacudir, ávida de recobrar la paz de su corazón y la tranquila honradez de sus pensamientos.

¡Ah, si cerca de ella hubiese tenido un amigo, un guía! Con el tío Pesquidoux no contaba. Ni se hubiese atrevido á confesarle sus secretos.

¿Por qué no conoció entonces á Roquevert? Roquevert era el honor, la sinceridad, todo lo que ella había soñado, venerado y querido.... Y Roquevert no había de mezclarse en su vida hasta más tarde, ¡demasiado tarde, por desgracia!..... Monerol se le imponía ya. Monerol, cansado ya de

un sitio que se prolongaba mucho, quería precipitar el desenlace.

En último caso, entraba en sus cálculos casarse con la sobrina de Pesquidoux y ponerse al frente del *Café Pericles*. En parte por la seducción y en parte por la violencia se hizo dueño de Genoveva. Ella se entregó; pero para sentir en seguida el más terrible de los despechos y la ira más cruel. Ella que le amaba casi el día anterior, al siguiente le aborrecía para siempre, con un odio profundo, hijo de su desprecio y de su tortura indignada. No se daba cuenta de la infamia de aquel hombre; hasta se juzgó tan infame como él, caída, envilecida, perdida. Su primer impulso fué buscar la muerte. Pero era ya creyente y se detuvo ante el suicidio. Aquello era un crimen. Además, la expiación, aquella expiación continuada evidentemente desde la hora triste de la caída hasta entonces mismo, sólo podría conseguirla viviendo. Si, su vida entera la dedicaría a castigarse. Si hubiese sido libre, hubiera entrado en un convento para entregarse á sus mortificaciones, desapareciendo del mundo, sepultando sus remordimientos en la tumba de un claustro. Pero el tío Pesquidoux estaba allí.

Y además....

Como esos mártires que se clavan afilados guijarros en el pecho y martirizan sus carnes durmiendo sobre las piedras del camino, así ella, relatando sus ocultos sufrimientos, aquella existencia retraída, sellada hasta entonces como el testamento moral de un ser que no existe ya, experimentaba una intensa y punzante voluptuosidad,

cuyo horrible dolor parecía el reflejo de una amarga alegría.

¡Y además llevaba en su seno una criatura próxima á nacer!... ¡Un hijo, una niña!

Enrique se estremeció.

¡Una inocente! ¿Cómo nació? ¿De qué manera, con que voluntad tan enérgica, aquella tímida joven, venida de Perigueux hacía poco, logró ocultar á todo el mundo el nacimiento de su hija? Para esto tuvo un valor desesperado, dominando todas sus torturas. Después de nacer la niña, Monerol se la llevó, la depositó en una casa de campo en las cercanías de la Villette. Genoveva iba pocas veces á ver á su hija. Por la noche, en el silencio apacible de su cuartito, se entretenía en coserla gorritos y abrigos, y su consuelo era llevarle esto á la pequeñita que, desde su cuna, miraba sin conocerla á aquella mujer pálida y fatigada que era su madre. Por entonces era cuando el tío Pesquidoux, viéndola marchita y fatigada, la comparaba á «un sol que palidecía.» Un día, Monerol, cansado de la vida de París y lleno de deudas, según decía, sintió la tentación de ir al Nuevo Mundo en busca de fortuna. La atmósfera de París le asfixiaba. Su destino en el teatro se lo usurpaban gentes *inútiles* que echaban á perder los papeles que representaban. Quería marcharse. ¿Sólo? No. Llevaría á su hija, decía. Era dueño de ella. La declaración extendida en la alcaldía del Faubourg Saint-Martin le daba todos los derechos sobre ella. A decir verdad, se preocupaba poca cosa de la niña, pero sabía que por ella tenía sujeta á Genoveva, y lo que él quería de Genoveva era el

dinero. ¡Oh! el importe de su pasaje y el de los gastos de instalación para los primeros días de permanencia en New-York era únicamente lo que pedía. No era ambicioso. Pero esto lo pedía, lo exigía. Tenía una manera de hablar á Genoveva que la hacía temblar de vergüenza. Sentirse dominada por aquel hombre, forzada á obedecerle, á merced de una palabra, de una confidencia de Monerol, era ya un castigo.

Marchándose solo Monerol, Genoveva podía, sin embargo (¿quién sabe? algunas veces las mujeres saben rebelarse), negarle lo que él pidiese. Pero si se llevaba á la pequeña, la madre no rehusaría nada á su hija. Hé aquí por qué el cómico quería llevarse consigo á la niña. Al pronto hubo una resistencia enérgica por parte de la madre; pero luego le pareció que así hasta desaparecía la prueba misma de la caída, y sobre todo que la niña tendría con su padre una vida menos furtiva y menos miserable.... Además, Monerol mandaba.

El se proponía, según decía, que su hija fuese «su consuelo en el destierro.» El trabajaría para ella, la daría educación, y puesto que Genoveva le aborrecía y le despreciaba, ya no oiría hablar más de él. La idea de que Monerol iba á desaparecer, á desaparecer quizá para siempre, la aliviaba de un gran peso. Cara compraba aquella partida, puesto que la pagaba con la separación de su hija, pero por lo menos la espantosa realidad huía con aquel hombre. El amor repugnante de Monerol no era ya para ella más que un sueño molesto. Ella accedió á todo; cogió de un cofrecillo los cuatro mil francos que le dejara su padre y

se los entregó al cómico gozosa de verse libre de él. ¡Cuatro mil francos! ¡Qué diablo, con aquello Monerol encontraría allá una fortuna! Desapareció, pero sin llevar consigo á su hija (Genoveva ignoraba esto), depositándola furtivamente, sin dar el nombre, conservando sólo las señas necesarias para poderla encontrar un día si le pasaba por la imaginación, en casa de los Cauchois.

Luego desapareció como si hubiese caído en una sima.

Genoveva no volvió á oír hablar de él. Experimentaba una sensación rara. Le parecía que nada de lo que había sido causa de su vergüenza era verdad. Se creía tan pura como lo era cuando salió de Periguenx, donde yacía Pesquidoux. Sólo pensaba en la aparición de Monerol como en una pesadilla pasada, en la niña de la cuna como en una visión fugaz de color de rosa. Ya no temblaba humillada y con el corazón oprimido, más que cuando, por casualidad, en un oculto rincón de su cuarto de soltera, encontraba las últimas almillas, el gorrito á medio hacer que ella bordaba para la niña y que conservaba como un rico tesoro depositando en él sus besos y llorando cuando se encontraba á solas.

Estas humildes reliquias no se separaron nunca de ella. ¡Era todo lo que le quedaba de aquella que Monerol se había llevado tan lejos, tan lejos!....

Después, en medio de aquella existencia triste y abatida, en la melancólica soledad de Genoveva que si conocía la vida era por haber sufrido en ella, apareció Santiago. Roquevert se le había pre-

sentado como un justiciero que persigue á un cobarde; y en el antipático personaje del drama á quien castigaba el gran artista en el «Almivar», de Dumas, cuando mataba á «Enrique Muller» por salvar á «Ángela». Genoveva le parecía ver nuevamente á Monerol, el seductor vil y cobarde, aplastado por un hombre digno. Y en esta ocasión el amor, el amor verdadero se apoderó del corazón de la joven, atraída hacia Santiago por corrientes poderosas, pero detenida por aquel espantoso recuerdo de Monerol. ¡Ah, cómo corrían entonces sus lágrimas! ¡Qué crisis tan siniestras, qué amargas y qué sufrimientos ocultos para todos en la soledad de su cuartel! ¡Cuánto hubiera dado por borrar su pasado, por hacerlo desaparecer! Bien conocía que Roquevert la amaba; pero cuanto más digno lo consideraba de ser amado, menos se creía ella digna de él. ¡Miserable mujer cuya vida estaba para siempre lacerada! ¡Más miserable aún aquel Monerol que había hecho de ella, inconsciente y en la inocencia todavía, una criatura perdida sin que en su falta hubiera sentido más que la indignación y el odio!

Enrique sabía que Roquevert se había casado con Genoveva por puro amor. Pero ella quería, suplicante, hacer comprender á su hijo el por qué había consentido ella en ser la mujer de Santiago. Porque le amaba entrañablemente. Ella era para él el porvenir risueño; se consideraba bastante fuerte, bastante segura de sí misma para proporcionarle aquella apacible y eterna dicha que él ambicionaba, los consuelos que diariamente le eran precisos en la más enervante de las existencias. Una negativa rotunda y sin explicaciones le hubiese

llenado de pesadumbre ¡Desgraciadamente, ¡ay! ella no tenía ni la fuerza necesaria para sacrificarse diciendo *no*, ni el valor de herirle para siempre, mortalmente quizá, revelándole el pasado. Se preguntaba si tenía derecho para mentir, y si no sería más cruel todavía diciendo la verdad. Se pagaba también de sofismas, de los sofismas de aquellos á quienes la pasión arrastra y que pretenden hallar razones para sus debilidades y sus silencios. Además amaba á Roquevert, le amaba tan vivamente y tan santamente como él mismo la pudiese querer. Cuando él la decía: «Vos sois para mí la dicha completa», por lo bajo pensaba ella: «¡Lo sé y lo siento!» Ella se juraba pagarle con su sumisión de esclava el afecto que él la consagraba. ¡Pero por qué ante un amor como aquel, ante una pasión tan enérgica y tan sincera como la que sentía Santiago, Genoveva no había tenido la lealtad y el valor de hacer entonces la confesión que hoy hacía después de tantos años? ¡Ah! es que tenía miedo al desprecio y la retirada de Roquevert. Si él hubiera perdonado.... ¿Pero si en vez de esto hubiese desaparecido? ¿Si, caído su ídolo del pedestal, le hubiera abandonado al verlo en el suelo? Esta idea había hecho estremecer de miedo á la pobre Genoveva, y repitiéndose que pagaría su deuda con un amor sin límites que le consagraría por entero, que borraría su mentira por la adhesión inquebrantable de toda la vida, había accedido á escuchar á aquel hombre que suplicaba, que ofrecía su glorioso nombre como si solicitara una gracia, y no habiéndose atrevido á hablar cuando de ello era tiempo, había dejado acumular

sobre su silencio la larga sucesión de los años, viendo en toda desgracia una pena que se le imponía, pidiendo perdón á Dios de su callado crimen, y redoblando la austeridad de su piedad severa á medida que sus remordimientos aumentaban, porque el pecado parecía crecer al alejarse de aquella juventud, de la que ella deseara borrar la atroz mancha aun á costa de los más inhumanos sacrificios.

Y nada se había borrado, puesto que el miedo de una catástrofe se presentaba ante ella, puesto que el Cielo había querido que ella misma, imprudente y locamente, entregara á Felipe Marcy el secreto de Sabina, poniendo así á su hijo ante la espada de un amigo ultrajado. Con el espíritu abatido y la imaginación preocupada por una sola idea, Genoveva se exaltaba con terror creciente. ¡Maldita! ¡estaba maldita! ¡Y aquel Monerol, que nuevamente había venido ya como en otro tiempo á pedir, á reclamar dinero, amenazando promover un escándalo si Genoveva lo rehusaba!... Monerol, que volvería mañana, tal vez aquella tarde, y que no teniendo Genoveva que darle—trataría de llegar si era preciso hasta el mismo Roquevert moribundo... Monerol la castigaría, no descargando sobre ella el golpe, sino hiriendo con él á Santiago en lo profundo del alma con la revelación de aquel vergonzoso pasado....

Enrique, anonadado por las brutales y siniestras revelaciones que había escuchado hasta aquel momento, se levantó bruscamente al oír las últimas palabras de Genoveva.

—¿Ha dicho eso, ese bandido?

La madre miró á su hijo y la pareció que entre Monerol y ella iba á interponerse entonces una inquebrantable fortaleza.

—¿El lo ha dicho? ¡Pues bien, que venga, yo le esperaré!

—Enrique, Enrique, tú me defenderás, ¿no es verdad?—dijo Genoveva con el temblor de una mujer que se ve aislada y que tiene miedo.

Enrique cogió entre sus robustas manos las temblorosas y frías de Mme. Roquevert.

—Soy vuestro hijo, madre mía—exclamó con dolorosa efusión, exaltada por aquel sufrimiento ante el cual procuraba mantenerse tranquilo.

—Mi hijo!

Ella esperaba su cólera, temía un silencio cruel, y se aproximó á su hijo, como arrodillándose ante él. Enrique la levantó rápidamente, la atrajo hacia sí con fuerza, estrechando contra su pecho á aquella mujer impasible hacia poco y á quien el dolor destrozaba ahora y hacía débil como un niño. Y sosteniendo aquella cabeza pálida que ocultaba la mirada temiendo la de Enrique, depositó en ella un beso ardiente, reteniendo sus lágrimas, reteniendo sus gritos, ahogando sus lamentos, pero torturado como jamás lo había estado en su vida.

Y ella, suplicante, en voz baja, asustada:

—¿Luego, tú me perdonas, tú me perdonas?—preguntó.

—¿Acaso tengo el derecho de juzgaros? ¡Yo os venero, madre mía! ¡Yo os amo!

—¡Ah, Enrique!—dijo ella en un grito desgarrador—¡dime que no te batirás! ¡Dímelo!....

¡Yo seré maldita, mira, maldita y condenada, si tú te bates! ¿No te batarás, verdad? ¡Te dejarías matar! Júrame....

Enrique no contestaba.

—¿Qué importa ese duelo?—dijo al fin.—Vos y yo sólo debemos pensar en mi padre. ¡Es preciso que ese hombre no llegue hasta él! Hay que arreglarse de modo que mi padre no sepa nada.

Miró casi severamente á Genoveva repitiendo, como quien da órdenes:

—¡Nada, nada, nada se le dirá!

—Que muera como ha vivido: confiado—añadió Enrique.

La frente de su madre se inclinó como bajo el peso de una sentencia.

Genoveva no se atrevió á seguir hablando de aquel duelo, de aquel error que, coincidiendo con el miedo que le habían causado las amenazas de Monerol, la llevaron, enloquecida de aquel modo, á confiar á Enrique el secreto de tantos años.

Monerol, después de haber desaparecido, se presentaba de nuevo, con cínica audacia, y verdaderamente peligroso. Había devorado lo que Genoveva le había arrojado la primera vez que aquél se presentó en la plaza Daucourt, como se echa un hueso á un perro que amenaza. En tanto que Monerol pudo derrochar á través de París aquel dinero que sacaba de los bolsillos de su viejo y sucio traje, mientras pudo pasear, en el *far niente* de su orgullo, sus grandes actitudes histrionicas, no queriendo matar, como él decía, una de sus *gallinas de los huevos de oro* (Elena era la otra), había dejado á Genoveva en la soledad de su te-

rror, temblando de ver reaparecer aquel espectro con la mano extendida, tanto más temblorosa cuanto que, de una sola vez, había dado todas sus economías, todo lo que destinaba para los cubrealtres y los cálices de Saint-Clement y para los cirios que alumbraban al gran Cristo gótico de Nôtre-Dame. Pero el tiempo pasaba y el dinero se escurría fácilmente por los dedos de Monerol. No habiendo encontrado ajuste, el cómico de la legua se pasaba los días en el café, jugando cantidades considerables con sus camaradas ó con los negociantes del barrio, echándose las de personaje por las tardes, é invitando á comer á sus antiguos compañeros, á quienes contaba sus amores. Luego, conociendo que sus fondos se iban acabando, Monerol se propuso recurrir al filón, á aquel filón más seguro que el de las Californias: á Genoveva asustada.

En dos palabras, había dicho hacía poco, á ésta que su hija no existía, sin que en el rostro de Genoveva se notase la más ligera contracción, como si desde mucho tiempo antes hubiera ofrecido á Dios este dolor en castigo de sus culpas. Entonces se proponía producir *otro efecto*. Revelaría á Genoveva que Elena vivía.

—Espero que ésta no se quejará de mis importunidades—decía refiriéndose á su hija.—No he vuelto á poner los pies en su casa. Esto vendrá después.

El conocía el Código, el Código que, en este caso estaba en su favor. Artículo 341 del Código civil: «*Se admite la reclamación de la maternidad!*» Y se sonreía, pasándose los dedos por los labios, que

despedían el olor del ajeno. «El hijo que reclame á su madre necesita probar que es el mismo que aquella dió á luz. No se admitirá esta prueba por testigos hasta que exista por escrito un principio de prueba.» Libro I, tit. III.

—Qué elocuentes son estos diablos de artículos —decía riendo Monerol.— Mucha prosa he recitado en mi vida, pero la mejor era burda al lado de ésta. ¿Pruebas? ¡Las hay preciosas! Los documentos antiguos, los Cauchois, la pequeña y el testimonio de Monerol. Si la señora Roquevert no se aviene, tanto peor para ella, ¡está cogida!

Verdaderamente en el fondo de aquel hombre había una perversidad terrible. Otro cualquiera hubiese temido irse derecho á Roquevert, como á meterse en la boca del lobo. Él especulaba con aquella audacia. No temía la cólera del marido, al contrario, la llamaba. Sacaba partido de los medios de que disponía para intimidar á Genoveva. Monerol sabía además que Roquevert estaba enfermo, muy enfermo, según se decía en los círculos de actores. ¡Tanto mejor! Genoveva temería más. Mayor sería su interés en evitar que él llegara hasta su marido. Y en cuanto á Enrique, que podía ser un peligro para Monerol, la desgraciada tenía evidentemente tanto interés en ocultarle el pasado como al mismo Roquevert.

—¡Vamos, vamos! —se decía— ¡el filón de la madre todavía puede sostener á un hombre!

La acción vil, la táctica de Monerol tenía también un nombre repugnante como la misma cobardía: *explotación del secreto*. Esta frase le hizo reír mucho.

Tenía anunciado á Genoveva que volvería al día siguiente de aquel en que Enrique escuchó aterrado las crueles confidencias de su madre. Hombre de palabra, Monerol preguntaba al día siguiente por la señora Roquevert á Susana, que no se movía de la entrada de la casita de la plaza Dancourt — alrededor de la cual tenía Enrique, desde la víspera, organizado como un cordón sanitario, para que á su padre no llegase una palabra, una carta, un periódico, nada que pudiese enterarle de lo que pasaba.

—Mme. Roquevert ó M. Roquevert —dijo bruscamente Monerol.

Susana, que desde un principio le había mirado con repulsión, le dirigió una mirada afligida en la que él no reparó.

—¿M. Roquevert? —dijo la vieja. — Está muy grave desde anoche.

—¡Ah, bah!

—Una crisis terrible.... de pronto.... El médico acaba de salir.... Ha prohibido el menor ruido y la más ligera emoción.

—¡Ah! —replicó Monerol. — Bueno, ¡veré á la señora!

—Dudo que la señora....

—Anunciad á Monerol —dijo él con altanería.

Susana hizo que esperase en una habitación que precedía al comedor. Murmurando contra aquel sospechoso, que tan frecuentemente se presentaba, la criada fué á prevenir á la señora.

Monerol, con el sombrero puesto, apoyado en el bastón, examinaba los bronceos, las porcelanas, todo lo que le rodeaba, moviendo sus ojos vidriosos, alterados por un principio ó más bien por una

continúa borrachera y despidiendo de todo su cuerpo un olor insufrible de alcohol.

No esperó mucho tiempo.

Apareció un hombre, extremadamente pálido, que se fué hacia él con viveza, aproximándose y preguntándole con tono seco:

—¿Queréis hablar á mi madre?

Monerol, á pesar de los vapores del vino que tenía subidos á la cabeza, comprendió muy distintamente, desde la primera palabra, por el tono en que le había dirigido la pregunta, que el joven que estaba delante era un enemigo.

Pero poco acostumbrado á que nada le asustase, quiso sonreír.

—Sí, señor—dijo levantando su cara abotagada y surcada de líneas rojizas.

—Mi madre está arriba. Pero vos no la veréis ya—dijo Enrique con voz de acero.—Mi madre os ha recibido por piedad, y según me ha dicho, os ha dado una limosna. Pero mi madre no os conoce, no sabe quién sois—y recalca estas palabras—y debéis volveros al momento por la puerta que habéis entrado. Aquí ya no hay entrada para vos.

Monerol dejó caer una mirada fría, poniendo de relieve el rictus de sus gruesos y húmedos labios.

El cómico de la lengua pasó su mano derecha, atusándose el cabello, por encima de la oreja, y adoptando el tono fiero de un Duque de Guisa cuando responde á la provocación de Saint-Megrin:

—¡Dispensad, dispensad! No he entendido bien.... ¿La señora, vuestra madre, no conoce á Monerol?

Dando un paso atrás, naturalmente, Monerol

había hecho pasar su grueso bastón de la mano izquierda á la derecha y se quedó en guardia descaradamente.

—¿Es así?—dijo.—En hora buena. Lo comprendo todo. ¡Se hacen los orgullosos! Pero por más que Monerol sea tan pobre, todavía tiene en su mano vuestra reputación, y si le obligáis....

Pero aquella amenaza, que como una baba envenenada encerraba todo el odio del cómico sin talento y envidioso, aquel insulto no acabó de salir de sus labios. Enrique puso sus dos manos sobre las de aquel vago, sujetándole y apretándole como con unas tenazas, mientras en voz baja, con la mirada encendida de cólera penetrando en los injectados ojos de Monerol, le decía:

—Vais á salir de aquí al momento. Vais á callaros, á desaparecer, á desaparecer para siempre si no queréis que os arrastre y os estrangule como á un perro.

Monerol estaba horriblemente lívido.

Todavía quiso balbucear y gritar.

—Nada de ruido—dijo Enrique, que mostraba una cólera implacable.—¡Ni una palabra! ¡Mi padre se muere! ¡Ya sé que es á él á quien buscabais! ¡Sois tan infame y cobarde que lo mataríais con una palabra. ¡Marchaos, canalla!

Y de un empujón brusco, irresistible, haciendo retroceder á Monerol que se mantenía tieso, pretendiendo luchar contra los dedos de hierro del joven, clavados en su carne fofa, Enrique arrojó hacia el comedor al cómico, que quería protestar y dar gritos, aunque la voz no salía de su garganta. Lo empujó hasta la puerta de la calle, que abrió

con un violento esfuerzo, sin dejarlo de la mano, despreciando los juramentos de cólera y amenaza que profería, lo hizo rodar por la escalera del jardinillo, cerrando con fuerza la puerta tras de él como quien arroja á un vagabundo. Al levantarse, magullado de la arena del jardín, Monerol miró á la puerta enseñando sus puños en són de amenaza.

Hubo un momento en que tuvo la idea de volver á la casa y asaltarla, de dar golpes sobre aquella puerta cerrada, de llamar, de promover un escándalo. Humillado en su orgullo, en su fuerza, insultado, abofeteado moralmente y dominado físicamente, aquel bribón tenía conatos de venganza inmediata. Pero, á decir verdad, la aparición de Enrique le había intimidado. La policía además no estaba muy lejos. Toda aquella escena había sido tan corta, su caída tan repentina, que nadie se había apercibido desde la plaza. Nadie había visto caer á Monerol. Todavía sobrellevó aquel ultraje. Volvió á tomar su camino levantando la cabeza con orgullo, y en el contorno majestuoso de aquel granuja, que se alejaba amenazando, había algo de siniestro y resuelto que quizá hubiese asustado al mismo Enrique.

Pero Enrique no temía al tal Monerol. Lo aplastaría como á una víbora. Y después de arrojado de casa, ¿que le importaba aquel Monerol? Lo que le inquietaba era Roquevert. Enrique temía que el ligero ruido que hubiese habido en aquella breve ejecución, lo hubiese oído el enfermo—más bien el moribundo, porque la enfermedad del corazón había adquirido repentinamente un carác-

ter funesto.—Era preciso el silencio y la tranquilidad al enfermo. Enrique fué en seguida al cuarto de su padre.

En la puerta aguardaba su madre.

Suavemente, sin decir palabra, cogió la mano de su hijo y la besó.

Enrique sintió un estremecimiento.

Luego entró solo en el cuarto de Santiago.

Aquel cuarto de cómico envejecido conservaba el aspecto de las antiguas casas de la clase media cuyos relojes parecían, después de veinte años, detenerse y marcar las horas de las antiguas modas. En aquella habitación se creía uno transportado á otra época. Cuadros de pintores, ya difuntos, representaban á Roquevert en papeles ya olvidados. Estos cuadros habían figurado en otro tiempo en los salones del Louvre, y la multitud se había detenido á contemplar á Roquevert, unas veces en traje de la Edad Media, de calzón corto y botas altas; otras con justillo de terciopelo, arrogante como un titán, destacándose de un fondo oscuro, con aspecto de aventurero de epopeya ó en traje de Dux de Venecia. Algunas telas de aquéllas, rubricadas por hombres célebres, habían envejecido más que el mismo moribundo, y, retocadas torpemente, hacían el efecto de adornos ordinarios ó de esas modas que los años hacen aparecer ridículas. Otras por el contrario, doradas por la acción del tiempo, como uvas maduras por el sol, adquirían aspecto de pinturas maestras. Había allí un lienzo de Luis Boulanger, representando á Roquevert con levita abrochada, ajustada al talle, el cabello al aire, destacándose su alta silueta sobre

un cielo tempestuoso. Aquel retrato byroniano hacía sonreír todavía á aquel viejo seco y flaco cuando pasaba por delante de él y que hoy postrado en cama por su enfermedad parecía tener menos arrugas.

Coronas de oro, puestas en cuadros, aparecían aquí y allá con sus anchas cintas de color púrpura y franjas de oro. A través del cristal que defendía aquellos vestigios de gloria contra el polvo y las moscas, se leían en letras de oro nombres de ciudades, fechas é inscripciones de elogio, en las que parecía ver arder todavía el entusiasmo de los espectadores de aquel tiempo. Aquellas coronas hablaban á Roquevert de un pasado que ya no existía. Tal se llamaba Marcella, tal otra Rouces, una Lion, aquella Amiens, esta Limoges. Una se la habían echado á Jenaro, la de aquí á Marino Faliero, la de allá á don Sebastián de Portugal, otra á Rienzi, á Miguel Angel, ó á Masaniello, porque todo esto había sido Roquevert. En sus noches animadas había vivido de la vida de aquellos grandes hombres. Durante el día era Roquevert, por la noche se transformaba. Aquellas coronas de oro, aquellas hojas de roble, aquellas cintas de seda que perdían el color, era todo lo que quedaba al antiguo actor moribundo de lo que había sido su doble vida. Desde el fondo de su cama lo miraba, como un soldado retirado, inútil y conmovido, contempla los amarillos papeles que le indican el número de sus campañas y las heridas recibidas.

Desde los últimos días de su enfermedad, podía decirse que Roquevert, acostado, vivía en cierto

modo sin separar los ojos de aquellas coronas que brillaban frente á su cama, colgadas en la pared. Por la noche, durante las largas horas de insomnio, creía, alucinado, distinguir los reflejos que despedían. Se agrandaban, brillaban, tomaban la forma de una aureola de grandes dimensiones.

Seguía contemplándolas en el momento que su hijo entraba de puntillas, suponiendo que su padre dormía.

Santiago volvió hacia él la cabeza.

—Iba á mandarte llamar, Enrique—dijo gravemente.

Enrique quedó helado.

—Sí, quiero hablarte, y hablarte seriamente. Aproxímate.

Los ojos del enfermo se clavaron en las pupilas de su hijo.

—Esto ha concluído—dijo Roquevert.—He conocido esta noche que esto se acaba y necesito tener contigo una conversación de hombre á hombre. Escúchame bien, Enrique. Lo que voy á pedirte es la súplica más encarecida que un padre—y un padre moribundo—puede hacer á su hijo. Tú habías nacido pintor y vas á perder tontamente tu vida. Tú estás pensando siempre, bien lo veo, en salir á las tablas. ¡Y bien! dímelo francamente. ¿Quieres renunciar al teatro?

Y miró al joven, que estaba pálido y con los labios trémulos.

Enrique quiso dejar la conversación; su padre necesitaba reposo. Nada de ruido ni de palabras.

—¡Oh!—dijo Roquevert—no me fatigaré, no tengas miedo. Y además, te lo repito, es preciso que

te hable. Yo te estudio, yo trato de saber cuál es tu verdadera vocación. Tú dudas, tú buscas. Tú desconsuelas á tu madre, á esa pobre Genoveva, que seguramente es la mejor, la más honrada y añadió el anciano con efusión profunda, mientras invenciblemente Enrique temblaba—la más amada de las mujeres..... Sí, muy amada..... Ella me ha hecho feliz, á pesar de sus devociones, pobre criatura consagrada por entero á la paz del hogar, á tí, mi buen Enrique, á tí cuando niño, y á tí cuando has sido hombre..... Yo quisiera que cuando yo desaparezca no haya para ella ninguna inquietud, ninguna lágrima..... Ninguna. ¿No es verdad, Enrique?

—Ninguna—balbuceó el hijo, cuyo corazón se desgarraba.

—Su temor—y quizá también el mío—es tu afición al teatro, que te hace abandonar la pintura y malgastar el tiempo..... Tú eres joven, pero los años pasan..... Yo me explico, por otra parte, el estado de tu espíritu..... Yo también, y todos nosotros hemos tenido crisis en que la vacilación absorbe nuestra vida. Todo artista que se pregunte se hallará, en una hora determinada de su existencia, atraído y disgustado como tú..... Pero tú no arrojarás al viento tus aptitudes, tu vida, ¿verdad que no, Enrique?

—Yo te lo juro—dijo el joven en un arranque impetuoso.—Sí, entre dos vidas que me tientan he vacilado, entre dos deberes, he dudado y aún dudo. Quisiera y tiemblo. Lo que ayer me atraía, hoy me disgusta; pero, por tu vida, sabe, mi querido padre, que yo por la mía te juro ser digno

de tí, de tu nombre, de tu afecto, de tu gloria.

—¿Mi gloria?—dijo el moribundo.—Es cosa que vale poco. ¡Es eso, mira!—y señalaba con su flaca mano las coronas marchitas!—¡Solamente eso te tienta, eso! ¡Bah, también á mí me ha halagado! La vida del teatro es una vida de loco; pero después de todo, si esta es tu vocación, sufrirás más de no poder vivir de ella, que viviendo con ella. Respóndeme, pues. Finalmente, ¿quieres renunciar á ese sueño? Reflexiona y responde—dijo Roquevert con un acento en el que la súplica de que había hablado se hacía imperativa y pesaba como una orden.

Enrique, puesto de repente enfrente de su quimera, de su tentación, de su esperanza, *el teatro*, conocía el golpe tremendo que iba á dar á aquel moribundo, y todo en él, el instinto, la ola de sangre que subía á su cerebro, le inclinaba á decir: «¡Bien! sí, renuncio»; pero otra voz le decía también que prometer de aquel modo, era mentir. La tentación del arte, la fuerza del deseo, un poder irresistible, tan enérgico como el amor, le gritaba que no debía engañar á aquel que preguntaba, pidiendo y exigiendo la verdad. Decir sí, era cruel. Decir no, hubiera sido una cobardía, porque no abdicaba en lo más mínimo de su ideal.

—El teatro ha sido tu vida, ¿no permitirás que sea también la mía?

—¿Con que es cierto!—dijo Roquevert con tristeza.—¿Esto es lo que tú quieres resueltamente? Después de tantos consejos y tantas súplicas, ¿es esto lo que deseas, Enrique?

—Te lo suplico.....

—¿Quieres ser actor?

—Pues bien, sí—contestó Enrique con firmeza.

—¿No te hace temblar esta existencia de loco que me ha dominado durante veinte años de mi vida?

—¡No, no.... me seduce!

—¿Has consultado el fondo de tu corazón?

—Es la esperanza de toda mi juventud. Desde que te ví representar, te ví aplaudir, desde que me hiciste llorar ó temblar, tú, padre mío, yo ansío, como tú lo has hecho, tener un público pendiente de mi palabra y de mis actitudes.... ¡Yo siento ese ardor, esa fiebre, lo que tú quieras llamar! ¡Pero quiero vivir de ella! ¡Tú has tenido tu parte, yo reclamo la mía!

—Pues bien—exclamó Roquevert;—¡ya que pretendes ser cómico, sé al menos un buen actor!

Y apoyando sus manos en la cama, haciendo un violento esfuerzo, se medio incorporó y pidió unas almohadas para estar así sentado. Luego se dirigió á Enrique.

—No tengo fuerzas casi para levantarme; pero me queda todavía la fuerza necesaria para darte la lección que Roquevert debe á su hijo. Yo no he tenido discípulos. Siempre he repetido: «Preguntad á vuestro corazón; en él está el verdadero maestro.» Tú podrás decir, cuando tu padre haya muerto, que te ha legado su último aliento. ¡Abrazame!

Enrique, temblando, se abalanzó á su padre y permaneció un rato con la cabeza escondida entre las febriles manos del agonizante.

Quería impedir que Roquevert siguiese hablando y se excitase más.

¡La más ligera emoción podía acelerar su muerte!

—Yo no quiero, padre....

—¿Tienes miedo que muera de lo que ha constituido mi vida? ¡Vamos! ¡Sería capaz de levantarme de la tumba para representar una vez más! Veamos, tú has estudiado, aprendido, observado.... De todos los papeles, ¿cuál es el que sabes?

—Yo.... el de Arnolfo—respondió Enrique embargado por una emoción terrible.

El demacrado rostro de Roquevert se animó con un raro resplandor, y con la cabeza hizo un movimiento como desafiando á alguna cosa terrible que amenazaba.

—Sé el papel—dijo el viejo actor.—Contéstame tú.

—¿Yo?—balbuceó Enrique.

—¡Eh! ¡sí, tú! Que la única lección que te haya dado Roquevert valga por lo menos tanto como todas las que puedas recibir de tus profesores.

Y Enrique, aterrado, Enrique, que momentos antes arrojaba de la casa á Monerol y ahora estaba escuchando á aquel moribundo, se preguntaba si todo aquello no era una pesadilla.

Y entonces, aquel cuerpo viejo, minado por la enfermedad, amenazado ya por la agonía, por un brusco impulso, por un esfuerzo insensato de la voluntad, encontró la última energía, un supremo vigor. La tensión de los nervios fué terrible. Roquevert se levantó de su cama, deslizó sus demacrados brazos y su tronco que aparecía por el cue-

llo abierto de la camisa, en una ancha bata, envolvió en sus pliegues las enflaquecidas piernas, cuyos huesos sobresalían cubiertos sólo por la amarillenta piel, y allí, en pie, erguido, apoyándose alguna vez en la cama, cogiéndose á un cortinaje para no caer, gesticulando, gritando, riendo, empezó á recitar el papel de Arnolfo, para detenerse pronto diciendo á su hijo, que estaba estupefacto.

—Vaya, ¿te admira que el repertorio me sea familiar? Tú me has visto trabajar sólo en el drama y te enseño la comedia. Pues qué, ¿acaso hay géneros en la vida? Sólo hay hombres y pasiones; esto es todo.

Y aquel moribundo, que alguna vez se detenía con la voz ahogada en su seca garganta, aquel anciano medio muerto, representaba, accionaba, con un poder sorprendente, la gran escena en que Arnolfo suplica á Inés, llorando, suspirando, cobarde, con el corazón desgarrado ante la implacable joven.

Todo lo olvidaba el viejo actor: su sufrimiento y su debilidad. Ya no era Roquevert. Era Arnolfo. Tenía delante de él una Inés ideal, sonriente, inflexible, y sus huesudos dedos parecían acariciar un fantasma; golpeaba con las manos su encorvado pecho, haciendo que su hijo, trastornado por el entusiasmo y el miedo al ver á aquel anciano que reía ó gemía, á aquel moribundo que á sus dolores reales añadía los imaginarios, hijos de la fantasía de un poeta, temblara, helado por el terror y mudo de admiración. Nunca el papel de Arnolfo se representó con aquel irónico sufrimien-

to. Las quejas de Roquevert adquirían un acento de trágica realidad, penetrante, que nadie había oído, que ninguna voz de actor había hecho vibrar todavía. Con la cara crispada y los blancos cabellos entre sus manos, decía:

¿Hasta dónde la pasión puede llegar?

¿Qué prueba de ello quieres te dé, ingrata?

¿Quieres verme llorar? ¿quieres me bata?

.....

¿Quieres que me mate?.....

Era siniestro y soberbio ver á aquel moribundo hablando de matarse, á aquel enfermo gesticulando y ocultando las lágrimas delante de su hijo que lloraba. Luego, cuando el esfuerzo fué demasiado, cuando la materia torturada recobró violentamente su dominio sobre el genio de Roquevert, cuando el anciano cayó en su cama sin aliento, estertoroso, balbuceando todavía: «Así es como se debe representar; con los nervios, con el corazón, con la sangre, con su vida..... La paradoja de Diderot es una paradoja. Muere de tu arte, Enrique; muere como me habrás visto morir á mí.» Enrique permaneció en aquel sitio anonadado, queriendo descubrir en el rostro de su padre, abatido y como desmayado, la menor señal de sufrimiento, un movimiento, una contracción, llamando, esperando algún estremecimiento de dolor; ¡porque el dolor es la vida!

Roquevert había conocido perfectamente que estaba perdido. Acababa de reunir para aquella suprema lección, que él esperaba que sería inolvidable, y de gastar en algunos minutos todo lo que

le quedaba de resistencia, sobreviviendo casi en él el artista al hombre.

A la mañana del siguiente día, el médico encontró al enfermo más abatido todavía. Llamando aparte á Enrique, le dijo:

— Consolad á vuestra madre.

El joven se estremeció. ¡Su padre! Aquella noche su padre ya no existiría. Como todos los seres felices, se había acostumbrado á creer que no podía haber separación entre los que se quieren. Y entonces....

Parecía que el abate Ronchart había presentado aquella agonía. Por la tarde vino á preguntar á Genoveva si Santiago Roquevert necesitaba los auxilios de la religión. Enrique suplicó á su madre que dejaran á Roquevert en el reposo de aquella muerte que tan tranquila y dulcemente venía, una muerte de trabajador al sentarse tranquilo en la declinación del día.

M. Poparel era de este parecer:

— ¡Pocos hombres habrá tan honrados como el gran artista! — había dicho.

Genoveva no se creía con bastante autoridad para mandar á Enrique, y suplicó al abate que no insistiera.

El abate salió, dejando tras él como un rastro de cólera.

— ¡Vos responderéis de ese alma ante Dios!

Genoveva tembló al oír aquello.

Entonces, aterrada, se encerró en su cuarto; luego fué á arrodillarse á los pies de la cama de Santiago, y silenciosamente, en una plegaria más dolorosa que el mismo estertor de la agonía, llo-

raba é imploraba, alterando aquel silencio con sus contenidos sollozos.

Enrique pensaba únicamente en aquella realidad aplastadora. Santiago se moría.

Aquella noche Roquevert dejó de existir. Genoveva, traspasada de dolor, se abalanzó á su cadáver, llamándolo, abrazando su demacrada cabeza, en la que la muerte había puesto una majestad sublime. Besaba sus rasgos inmóviles, cien veces más bellos en su rigidez marmórea que en aquellos cuadros en que aparecían con el brillo de la juventud, y en voz baja, muy baja, afligida por la pena, murmuraba:

— ¡Yo hubiera querido tu perdón, Santiago! ¡Porque sí, tú también me habrías perdonado!

— Ha muerto dichoso — dijo Enrique al oído de su madre. — Nada ha sabido.

Con un cielo gris, cubierto, de un día triste de otoño, en medio de la lluvia y el barro, desfiló lentamente el entierro de Roquevert desde la plaza Dancourt á la iglesia de Saint-Clement, donde el mismo M. Poparel dijo el responso, y desde ésta al cementerio. Iba muy poca gente. El tiempo era malísimo. Se avanzaba difícilmente por entre los lodazales de los boulevares exteriores. Los paraguas abiertos que seguían al coche fúnebre iban siendo cada vez menos. En cada esquina desaparecía alguno, escurriéndose por la tangente. Los compañeros que sostenían las cintas, cuidadosos en medio de su dolor, se levantaban los pantalones para que no se les llenaran de barro. Enrique seguía sin ver nada, nada más que aquel paño negro que cubría á su padre. ¡Qué lluvia! Azotaba

lúgubre el ancho paño mortuorio, mojaba las coronas depositadas sobre el féretro en las que se veía escrito el nombre de Roquevert....

Al borde de la tumba no hubo ningún discurso. Había habido una mala inteligencia. La sociedad de Artistas dramáticos no había designado orador. Aquella ruidosa y denodada existencia de gran artista terminaba en el silencio y en el barro. Y Enrique contemplaba taciturno descender el ataúd, la chapa de cobre que había sobre la tapa, y se extrañaba de que nadie enviara á Santiago Roquevert el último adiós.

Buscaba con la mirada alguno de entre aquellos actores que todavía seguían allí, y que conversaban ó se guarecían bajo los paraguas sin atreverse á hablar.

—¡Pobre padre!—decía Enrique.—Ni un adiós. Ni una voz.....

—¡Enrique!.....—dijo alguien detrás de él muy despacio.

Se volvió.

La cara de Marcy se le apareció descolorida é inundada de lágrimas.

Y Felipe, con los brazos abiertos, presentó á Enrique su pecho.

Enrique no comprendió nada, no preguntó nada, sólo vió una cosa, que su amigo, su maestro, su hermano estaba allí, con los ojos enrojecidos y el corazón abierto; y lanzando un grito desgarrador, se arrojó en los brazos de aquel hombre y permaneció entre ellos apretando como un loco y llorando como un niño.

XIII.

Difícil era que Enrique adivinara lo que había ocurrido en casa de Felipe.

Al separarse de él, después de aquella entrevista en la que furioso habló de desafío y de castigo á su joven amigo á quien creía traidor, Marcy entró en la avenida Villiers queriendo confundir á Sabina, habiendo ya desenmascarado al hijo de Roquevert. Se había contenido delante de Genoveva; á Enrique manifestó más desprecio que rabia; pero ante Sabina su dolor se desbordó con una explosión de cólera. En cuanto ella se encontró enfrente de Felipe conoció que había un peligro. La voz ronca de este hombre á quien parecía que los sollozos le ahogaban, indicaba que algo grave ocurría. Sabina, sorprendida al principio fingió que no comprendía nada. Quiso sonreír, preguntando á Felipe con su habitual tono burlón «que qué era lo que le había dado.» Pero al momento comprendió que no valían aquellas armas y que sus estudiadas coquetías no tenían fuerza alguna. Una firmísima resolución comunicaba al rostro de Felipe, de ordinario apacible, un aspecto terrible. Adivinó que Marcy lo sabía todo. ¿Pero qué sabía? ¿Quién se lo había contado? Enrique, sin duda alguna. ¡Ah, miserable!

¡Eh! ¿no podía ella sostener que aquél había mentado?

El nombre de Melun que salía de labios de

Marcey la hizo temblar. Una ráfaga de trágica maldad se retrató en su mirada. Se lo habían dicho todo. Felipe tenía espías. Y aquel Enrique.....

Pero de pronto se agitó todo su cuerpo bajo una impresión inesperada que la hizo palidecer de cólera humillante. Felipe le refirió palabra por palabra, con una rabia que aumentaba á cada momento, la manera cómo se había enterado de aquella traición, cómo la misma madre de Roquevert había denunciado, sin querer, á aquél de quién jamás podía sospecharse, del mismo modo que no sospechó nunca de Sabina, y cómo la casualidad había hecho saltar la confianza desde un sacerdote hasta un marido, hasta mi, decía Marcey sin apartar sus ojos, que ardían por la fiebre, de las azules pupilas de Sabina.

Entonces Sabina comprendía ya. Marcey no acusaba á Enrique; pero éste, al ver que Marcey sospechaba de él, se lo había contado todo á su amigo. Ella le odiaba casi tanto por haberla entregado de aquel modo, como si le hubiese espiado para llevar el secreto á Felipe.

—Ante este cúmulo de pruebas no negaréis—dijo Marcey.—¡Sois la más vil de las mujeres porque habéis sido la más amada! ¿Pero qué os he hecho yo, Sabina?

En aquella pregunta dolorosa creyó ella encontrar todavía amor, y esto dulcificó el miedo lleno de rabia que sentía. ¡Él sufría! Esto era un consuelo para aquella mujer cuyo goce mayor consistía en clavar sus uñas. No respondió, ¡esperaba! Y entonces Marcey, unas veces lanzando al rostro de

aquella infiel el desprecio que sentía cada vez más, otras con frases de reproche, último eco de su amor agonizante, le refería, gozándose en su sufrimiento, desgarrándose con su propia mano, que después de la madre había visto al hijo, á Enrique, á aquel cobarde, á aquel ladrón de amor, á aquel hombre que á los veinte años sabía también mentir, á quien él mataría ¡oh, sin piedad!

¿Quién? ¿él? ¿Enrique? ¿Enrique interrogado por Marcey, Enrique amenazado por aquél no había dicho nada ni una palabra? ¿Había tenido la fuerza de alma de pasar por sospechoso sin defenderse? Ante aquella revelación retrocedió estupefacto. Y á medida que Felipe hablaba, insultando á Enrique con la ira del que se cree víctima de una traición, Sabina sufría una extraña indignación contra aquel Roquevert que con su silencio pretendía ponerla á salvo. Le parecía que en aquella fuerza de voluntad por parte de Enrique, dejándose injuriar sin defenderse, resultaba un nuevo desdén para ella, puesto que para defenderse se hubiera visto precisado á acusarla á ella, y la humillaba, tener que reconocer la superioridad detestable de aquel joven, cuya leal mirada la había anonadado allá en el hotel en Melun con su desprecio. ¡Aquel Enrique! ¡No se contentaba con no haber sido vendido por ella, la irresistible, y llevaba su puritanismo hasta parecer confirmar con su silencio las indiscreciones de su madre! Con su despejada inteligencia, Sabina, que era incapaz del bien, descubría pronto la generosidad de los demás. Pero esta generosidad taladraba su corazón como la injuria más cruel y despreciable. ¿Qué derecho tenía

aquel hombre para interponerse entre Marcey y Cordier? ¿Es que se figuraba que el hombre que había sido preferido por Sabina no era capaz de sostener la cólera de Felipe? ¿Acaso Cordier, ó ella misma, pedían al tal Roquevert, escudado con su virtud insoportable, la limosna de su silencio.

Y—sentimiento raro—cuanto más Felipe acusaba al hijo de Genoveva, más se irritaba Sabina contra aquel Enrique que parecía llevar su abnegación hasta el insulto. Si, su silencio, su valor, su resolución, aquella firmeza de voluntad, todo parecía que le saltaba á la cara como un nuevo desprecio que la exasperaba. Al fin se había cansado de sentir aquella superioridad del joven, y después de haber sido desdenada por aquel Enrique á pesar de amarla, ¡sólo le quedaba ya ser protegida por él!

¡Ah, en verdad que esto era demasiado! Entonces en un arranque de coraje, sacudiendo con una especie de furia trágica aquella humillante protección, lanzó con un cinismo sin igual la declaración de su crimen á aquel marido que tal vez hubiera llegado á dudar—¡quién sabe, la fe tiene tales raíces!—sí, que hubiera dudado si, á la negativa de Enrique, se hubiese unido el silencio de Sabina.

La insensata experimentó una especie de alegría atrozmente cruel, delirante de satisfacción, al rechazar la protección de Enrique, diciendo á Felipe:

—¡Pues bien, sí, ese virtuoso y despreciable Enrique dice la verdad! ¡No, no os ha engañado! ¡No, no le amo! ¡No es mi amante! ¡Mi amante es Cordier!

Estaba loca de cólera.

Aquella declaración la acompañó de risas nerviosas, que parecían dirigirse, como desatinadas baladronadas, á algún ser invisible. Felipe, bajo el peso de aquellas revelaciones, la miraba sin comprender nada, no teniendo ya por entre la bruma que se extendía delante de sus ojos más que una percepción clara: el hundimiento de su dicha, la destrucción de su confianza, el deshonor de su hogar.

—¿Qué decía Sabina? ¡Cordier, Cordier!

—Sí, ¡Cordier, Cordier!

Repetía el nombre con rabia como si lo denunciase á un juez. ¡Ah! ¡acaso Enrique había creído que Cordier no era valiente! ¡Quería hacer á Sabina la limosna de su sangre, de la sangre que Felipe le haría derramar! ¡Pues no! ¡Cordier estaba allí; Cordier sabría pagar su deuda; menos que ella necesitaba de la protección de Enrique.

Y Sabina, torturada y humillada, sentía una depravada voluptuosidad en hacer sufrir, en ver sufrir á Felipe. El desgraciado reunía toda su fuerza para soportar, sin desplomarse, la ferocidad de aquella confesión. De pie, erguido, gracias á su enérgica voluntad, era un autómatas, una especie de cadáver andando. Sólo sus ojos, irradiando cólera, daban señales de vida.

Apretando entre sus dedos las muñecas de Sabina:

—¿No mentís? ¿no mentís?—le decía con voz ronca.

Y Sabina, retorciéndose bajo el martirio de aquella presión de acero:

— ¡Ah! — decía — ¡me haceis mal! ¡Dejadme! ¡os lo suplico!

Marcy la rechazó, repugnándole aquella cobardía.

Sabina se parecía á esos niños á los que complace el dolor físico de los demás, y, sin embargo, temblaba por la tortura que involuntariamente le causaba Felipe, atezando entre sus manos las suyas delicadas.

Conociendo que no tenía sangre fría para ser dueño de sí mismo, se separó de aquella miserable, porque temía que si descargaba su furor ocurriese alguna escena trágica.

Luego, dirigiéndose á la puerta y abriéndola de un puntapié, le dijo:

— ¡Vete de aquí!

Se llevó las manos á los cabellos, como si sintiera la necesidad de coger algo entre ellos, para saciar el deseo de descargarlo sobre alguno.

— ¡Marchaos! — dijo. — ¡Os he de matar!

Sabina, llena de miedo, livida ante la palidez de aquel hombre, salía andando de espaldas. Sentía el temblor de la fiera ante el domador. La tranquilidad de Marcy trocada en tal furor terriblemente frío, la tenía estupefacta, haciendo experimentar, á aquella mujer ávida de sensaciones, cierta cosa deliciosamente espantosa. De buena gana se hubiera puesto á los pies de Marcy ó se le hubiera arrojado al cuello, gritando: «¡Perdóname, te amo!» Diciendo verdad, la miserable, en aquel minuto de terror.

Pero tenía el presentimiento de que Marcy no perdonaría. Corriendo se fué á su cuarto, á su toca-

dor, meditando la resolución que tomaría, mientras Marcy se dejaba caer, destrozado, con la sangre que subía á borbotones á su cabeza, con las lágrimas que ahogaban su pecho, pero resuelto y sin llorar.

Tenía un hombre delante de él, y en medio de este dolor, un consuelo fortalecía su alma: aquel hombre no era Enrique. Fuése derecho en busca de Cordier decidido á escupirle al rostro antes de matarle. Aquel bellaco, elegantemente vestido con cierto abandono, se hallaba precisamente en su estudio dando algunos toques al retrato de Sabina. Al oír el primer campañazo volvió el lienzo del revés y se quedó sin color en presencia de aquel marido irritado que en su mirada y en su voz aparecía implacable. Después que Marcy se hubo marchado, Cordier dió rienda á su mal humor. ¡Vaya una aventura estúpida! Necesito ver á Genoveva. El capricho tomaba un aspecto trágico. ¡Hasta entonces sus amorcillos fáciles habían tenido más gracia! Y no había medio de retroceder. ¡Se había visto obligado á ir á Melun! Ella lo había querido. ¡No obstante, se está tan oculto y tan libre en París! Afortunadamente no tiraba mal, y no en vano había concurrido diez años á una sala de armas. ¡Pero no dejaba de ser graciosa aquella historietal

Todo esto se lo decía Cordier mientras peinaba su rizada cabellera y se vestía para salir. Era preciso buscar testigos. Los de Marcy no se harían esperar. Cordier no pensó ni un momento en Lemenil ni en Baloché. Dos bohemios, se decía. No sería en casa Pulcherie donde buscara los testigos, sino en el Círculo, entre la gente conocida.

Cordier contaba ya de antemano con el ruido que harían los periódicos. No preveía que los padrinos de Marcy exigirían, antes que nada, el que no se diera publicidad á la conferencia en que trataron del asunto.

Al día siguiente los padrinos debían reunirse en casa de uno de ellos. Marcy no encontró á Charrière en la calle Lepie. Hacia ocho días que Francisco no aparecía. Felipe pensó también en Enrique; pero por una conversación que había escuchado, no sabía dónde, en un estudio á donde fué en busca de un testigo, se enteró que Roquevert estaba en la agonía. Dos de sus compañeros de otro tiempo, un escultor y un arquitecto, fueron los que llenaron aquella misión. Felipe exigía un duelo á muerte. El combate debía continuar mientras uno de los dos adversarios pudiera tenerse en pie.

Cuando al anocheecer regresó á su casa, maquinalmente se informó de lo que Sabina había hecho. Le contestaron que la señora había salido para Fontainebleau, para casa de su padre. ¿Sola? Con Elisa, la doncella. Hubo un momento que Felipe se asustó pensando que se hubiese llevado con ella á Andresito. Pero no le había llevado; la doncella había arreglado los baules de prisa, amontonando en ellos los objetos de toilette. El desorden, indicando la precipitación de la marcha, daba un aspecto lúgubre á la habitación de Sabina, en la que Felipe penetró, como para empaparse del amargo perfume de los recuerdos. Luego se alejó de aquella especie de tumba donde yacía el fantasma de su amor, y preguntó por su hijo.

Era la hora del baño del señorito Andrés. La niñera, sin cuidarse del drama que visiblemente se desarrollaba en el hotel, asistía al niño como de costumbre. Felipe se deslizó con cuidado en el cuarto de Andrés, evitando que le entrara ninguna corriente de aire.

En la pequeña bañera de zinc, de color gris, llena de agua, á la que el salvado daba aspecto sucio, apareció la rizada cabeza de Andrés, sonriente, al que Marcy, sentado allí cerca, contemplaba sus gorditos y bien torneados brazos, su aterciopelada espalda, por la que se deslizaban las gotas de agua como por la seda y los sonrosados pliegues de su cuerpo. El niño, diciendo *papá, papá!* se cogía los piecitos con las manos, y curioso y admirado de las arrugas que le producía el agua en la piel, las enseñaba á su padre y le decía:—*¿Qué es esto?*

Allí continuó, pensativo, Felipe, á quien por toda alegría quedaba aquel niño, en un silencio triste, contemplando á Andrés que se divertía haciendo pasar por debajo del termómetro, convertido en puente, las lanchitas de papel que flotaban en el agua. Su pequeño cuerpo, sus sonrosadas mejillas, su boca del color de la flor del granado, todo sonreía á aquel hombre que se decía, sin temor alguno, pero como el que piensa y quiere:

—*¿Y si ese miserable me matara mañana? ¿qué sería de este pequeño sér?*

Mas esto sólo fué un relámpago. No sería Felipe el que sucumbiese; sería Cordier. Entretanto la niñera presentaba al niño la taza de leche que le servía de merienda, y Andrés, adelantando

su boca, como un pájaro el pico, hacia la cucharita, deglutía con apetito el pan mojado en ella, diciendo: «¡Qué rico está!»

Felipe hubiera querido absorber á su hijo en un solo beso. Puso sus labios sobre los cabellos de la nuca del niño, relucientes y pegados por el agua, y luego aquel pobre padre siguió con la vista á su hijo saliendo del baño como una estatua, mientras le secaban con toallas inglesas y le vestían de franela.

¡Bah! mientras aquel niño, aquel hijo querido le quedara, habría aún alegrías para aquel desgraciado, cuyo herido corazón dejaba brotar una ola de amargura. Comió solo enfrente de su hijo, que de cuando en cuando, y con esa insistencia propia de los niños, le preguntaba: «¿Dónde está mamá? ¿Por qué no está mamá aquí? ¿Ya no vendrá mamá?—En cuanto Andresito quedó dormido en su cama de blancos cortinajes, Marcy se encerró en su cuarto, escribió algunas cartas en las que con mano firme trazó sus últimas voluntades, y una vez firmadas y cerradas—dirigidas á Valeria, su madre, á Charrière y á Enrique Roquevert—se acostó esperando el día siguiente.

Al mismo tiempo Cordier estaba comiendo en la *Maison Dorée*, con la cabeza de beato antiguo erguida para que no pudiera conocerse su profundo descontento. No era cobardía, sino fastidio. ¡Que el diablo lleve á las mujeres novelescas! La corista más insignificante de los bufos es preferible!

Se batieron en un bosque cerca del Visinet. El duelo duró poco. Cordier, que tiraba admirablemente, creyó dar cuenta de Marcy con una terrible

estocada que le tiró recta. Marcy la paró, contestándole con otra que penetró en el costado derecho de Cordier, atravesándole de parte á parte. El herido se mantuvo unos segundos en pie, luego, haciendo girar sus ojos, cayó en brazos de sus padrinos. Se le creyó mortal, por que tenía el pulmón atravesado. El médico que asistía al acto hizo trasladar el herido con todas las precauciones á una venta próxima, donde lo acostaron después de hacerle la primera cura.

Felipe, impasible, frío como un justiciero, tomó de nuevo el camino de París.

Allí supo la defunción de Santiago Roquevert, y al día siguiente fué—era un muerto en vida—siguiendo un féretro—al cementerio, tendiendo á Enrique sus brazos, al borde de la tumba de su padre, que era la manera de decirle que había sabido toda la verdad, y pidiéndole al mismo tiempo perdón de sus injurias y sospechas.

Y entretanto Felipe Marcy estaba solo, desesperadamente solo. Sabina había desaparecido para siempre. Aunque ella quisiera volver á la casa, el esposo no la perdonaría ni aun teniendo presente que su hijo iba á educarse sin madre. Felipe había juzgado y condenado en un día. Además sabía que había venido desde Fontainebleau, con transportes de cariño y lágrimas de dolor, á desempeñar junto á Cordier moribundo el papel de hermana de la caridad. Allí encontró ella lo que buscaba, una aventura, un drama, una emoción que sacudiese su fastidio y agitase su sangre. Ahora, dueña absoluta de sus actos, desatinada y locamente, pudo lanzarse á la vida desordenada de los inde-

pendientes. El, fiel al hogar desierto, siguió constante al lado de su hijo.

La amistad de Enrique (era un oasis en medio de sus sufrimientos) seguía inalterable. Su dolor iba á consolar el dolor de aquel hijo, y á dar ánimo á la madre afligida, más imponente aun con su majestad marmorea. Al día siguiente de la muerte de Santiago, Genoveva volvió á su antiguo ser. Se hubiera dicho que la misma piedra sepulcral había caído sobre ella. El secreto que en medio de su terror confesó á Enrique le parecía haberlo recogido fríamente después; era cual siempre la estatua silenciosa que bajaba sin ruido las escaleras de su cuarto, y, con su mutismo habitual, iba á sentarse en frente de Enrique en aquella mesa en la cual estaba vacío el sitio del padre.

Le parecía á la devota que todavía zumbaban en sus oídos las últimas palabras del abate Ronchart. ¡Roquevert había muerto sin confesar su vida!.... Aquella idea cruel sumía á Genoveva en el terror y el colmo de las angustias. ¡Estaba, pues, condenada á expiar y á expiar siempre! No había podido ofrecer al Señor, como un rescate de su pasado, la suprema conversión del cómico! Y la culpable era ella—el abate Ronchart se lo había repetido—ella, que había tenido la debilidad de permitir que Santiago se fuera sin recibir el Viático. Se admiraba de que en castigo de sus culpas, Dios no la hubiera afligido en la persona de su hijo. Daba las gracias al Señor, con efusión ardiente, de haber impedido aquel duelo, de haber apartado el acero del pecho de Enrique. ¡Misericordia del Cielo! sólo le hubiera

faltado ser víctima de tal prueba: ¡la muerte del hijo á continuación de la del padre!

Felipe se propuso dominar la excitación nerviosa de su dolor por medio del trabajo, y comenzó un nuevo cuadro: cualquier cosa en que se mostrara la desesperación, el abatimiento, la desgarradora pena encarnada en una figura de mujer, una de esas creaciones ideadas de pronto en que el poeta pone su grito más desconsolado, el músico sus sollozos, el pintor su vida. De buena gana hubiera suplicado á la *Caridad* de otro tiempo que le permitiese tomarle por modelo. Pero el recuerdo de la infamia cometida por aquel periódico en que apareció la biografía de Elena calumniada, le impedía hacer tal ruego, no se atrevía. Y sin embargo, la imagen de Elena acudía con frecuencia á su imaginación; eternamente la encontraba interpuesta entre él y el lienzo. ¡La amaba, pues, decididamente la amaba! ¿Entonces cómo podía decirse que Sabina había sido infiel á la fe jurada, si él también se dejaba arrastrar por otro amor?

No, él no amaba á Elena como había amado á Sabina. Por entero se había entregado á su primer amor, y lo que ahora sentía por Elena, y lo que atraía hacia ella, era más bien piedad. Que Sabina le hubiese amado, y jamás, en ningún momento de su vida, hubiese forjado un sueño que traspasara el muro en el que, con su deber, encerraba su felicidad. Pero ella había hecho del amante honrado y fiel un sér afligido, lacerado, que tenía sed de afecto. Necesitaba á quien confiar el secreto de sus penas. Entonces acariciaba el ideal de que la vida

contrariada por disgustos puede sustituirse, que nada es irreparable en la existencia humana, y que la suerte ha puesto un bálsamo al lado de cada herida.

¿La traición de Sabina no había sido causa de que estrechara su amistad hacia Elena? ¿Sin aquella mujer, adorada y maldita, hubiera él conocido todo lo que se ocultaba de tranquila bondad, de generosa ternura, de abnegación y lealtad en Elena Gervais, de quien él solamente había entrevisto ó más bien adivinado el mérito? La misma Sabina le había impulsado hacia aquel creciente amor por Elena del mismo modo que la imperdonable villanía de Saint-Ives había contribuido á que la pobre joven, mortificada en su amor, depositara su confianza en Felipe.

La misma actriz se extrañaba de las raíces que poco á poco iba echando Marcy en su imaginación: le compadecía, y hubiera querido arrancarle de aquella melancolía invasora que le tenía sometido como un niño. Llegaba á olvidar sus propias penas al pensar en la de Felipe, y la traición de Sabina le parecía más indigna que la de Saint-Ives.

—¿Después de todo, él qué me debía?—pensaba la joven;—¡pero ella, ella llevaba su nombre!

Pero una mañana, la repentina aparición de Monerol la puso de pronto enfrente de una realidad más lúgubre todavía que la de una traición. Se había acostumbrado ya á no acordarse de aquel hombre siniestro que era su padre. El mismo Enrique, desde el día aquel en que Monerol se había atrevido á amenazar á Genoveva, huía de toda alusión referente á aquel miserable cuando hablaba

con Elena. La presentación de Monerol en el pasaje Cofin fué, pues, un nuevo golpe descargado sobre aquella infeliz. Sin ambages ni rodeos explicó á Elena lo que pretendía de ella y lo que de él podía esperar.

—Soy una niña abandonada—la dijo—y os exponéis á morir en un hospital como otras muchas, porque en nuestra profesión el talento no da siempre ni aun para el pan. Yo soy un ejemplo de ello. ¡Pues bien! yo os traigo la fortuna, así sencillamente.

—¿La fortuna?

Elena le oía como se mira un sueño irrealizable.

—Sí, la fortuna encerrada en esos viejos papeles, ¡tomad!

De un bolsillo de su gabán sacó una cartera vieja llena de grasa, y desdoblando con sus dedos aquellos papeluchos manchados, rozados y cortados ya por los dobleces, enseñó á Elena, que apenas se fijaba en ellos, unas líneas medio impresas, medio manuscritas, con timbres azules, y palabras que la leía haciendo vibrar las erres: «Alcaldía del X distrito..... 17 Septiembre de 1853..... una niña»....

Elena, contemplando á aquel hombre pálido, abotagado y con los ojos hinchados, lívido, con el color enfermizo del cómico hambriento, y luego fijando la mirada en aquellos amarillentos papeles manoseados y sucios, mostrando las señales de los dedos, se preguntaba si verdaderamente era posible que aquel hombre fuese su padre, y que allí, oficialmente escrita, estuviese la prueba.

Aquel sér le hacía sufrir una especie de repug-

nancia llena de indignación, y hasta los mismos papeles la asustaban, temblando que encerrasen alguna nueva revelación vergonzosa, que viniese á aumentar su malestar.

— ¡Simplemente la fortuna está aquí, Elenita mía! — dijo Monerol con una sonrisa que hizo estremecer á la joven. — Con esto, con esta declaración y estas cartas, nos es tan fácil obligar á vuestra madre á que os abraze, como me es fácil el beberme un bock.

¿Su madre? Elena sentía al oírle una violenta sacudida que agitaba todo su ser. ¿Su madre era la mamá Gervais! Quería seguir siendo lo que había sido: una niña sin nombre, recogida y educada por la vieja mujer. Se imaginaba que la mujer que Monerol le iba á designar por madre debía de ser tan despreciable como él.

— «Artículo 341. Se admite la reclamación de la maternidad» — recitaba el cómico. — ¿Hacen falta pruebas escritas? Aquí tengo cartas de vuestra madre dirigidas á mí, en las que aparece vuestro nombre expresado con todas sus letras. ¿Pruebas de testigos? Las habrá. ¡Héme aquí! — dijo golpeando su pecho con la mano — ¡todavía vivo!

¿Pruebas? ¿Qué era eso de pruebas? ¿La mujer á quien Monerol se refería, aquella madre no quería, pues, ver á su hija? ¿Se la obligaría! había dicho él. ¡Por lo visto éste creía que Elena iba á forzar á que la llamase *hija mía* á una desconocida que Monerol le indicara como madre, así, sin más ni más!

— No comprendo lo que de mí pretendéis — replicó Elena muy pálida pero muy resuelta.

— ¡Cómo! ¿Lo que yo quiero? ¡Quiero sencillamente devolveros las caricias de una madre! — dijo Monerol con un acento en el que parecía morarse de aquellas palabras de melodrama: *una madre, las caricias maternas*.

— ¿Y acaso sabe ella siquiera que yo existo?... ¿Por qué no se ha ocupado de mí?...

— ¡Oh, es muy largo de contar! Solamente hace al caso saber que es rica, y que es inútil vegetar y comer pan seco, cuando tiene uno en su mano el comer sabrosos bollos.

— ¡Es rica! — dijo Elena. — ¡Ah! ¡ya! Ahora lo comprendo todo. No es un afecto lo que yo voy á reclamar, sino su dinero. ¿No es verdad? ¿No es esto lo que queréis proponerme? ¿Y este paso quién lo ha de dar, vos ó yo?

— Vos. ¡La hija puede reclamar á su madre! — dijo.

— La hija olvidada no reclama más que el olvido. Llevaos esos papeles y marchaos. ¡No quiero nada, nada, nada!

— ¡Necedades! — contestó Monerol. — Os aseguro que vuestra reclamación sería grata á esa madre. Mi palabra. Os ha llorado y esto sería un consuelo para ella.

— ¿Me cree muerta?

— ¡Le habíais dicho que lo estabais!

— ¿Quién?

— ¡Yo!

— ¿Por qué?

— Esos son secretos míos que no atañen al asunto. Ella se considerará dichosa. Y vos la conocéis, ¡voto á...! Al menos de nombre....

—¿Yo?—preguntó Elena que ya temblaba de angustia.

—Perfectamente. Su hijo es vuestro amigo; porque os anuncio también que tenéis un hermano.

—¡Enrique!—gritó Elena en un transporte de alegría.

—¡El grito del corazón! ¡La voz de la sangre!—decía Monerol en tono de burla.

Elena le miraba agitada, sin atreverse á creer lo que decía, interrogándole bajo una repentina y extraña impresión de contento al no verse ya sola y abandonada, al saber que aquel Enrique estaba unido á ella por vínculos sagrados, y que aquella afeción, nacida por casualidad, tenía sobrado fundamento para existir. Y su madre, cuyo nombre estaba sin duda en los papeles á que Monerol se refería, era aquella Genoveva de quien Enrique le hablaba con tanta frecuencia. ¡Ella su madre! Elena no acababa de comprender, pero la embargaba la alegría. Sin perder tiempo hubiera querido ver á aquella Genoveva, correr á encontrar á Enrique y decirle.... ¿Pero en qué pensaba? ¿No había expresado Monerol hacia momentos con gráfica palabra lo extraño de aquella situación? «¡Obligado!» Armado de un artículo de la ley, quería él obligar á aquella mujer á que reconociera á su hija. Lo que Monerol venía á buscar al lado de su hija era un auxiliar para cualquier cosa trágica, para alguna empresa vil: á llevar la intranquilidad á un hogar que estaba de luto, ¡el reconocimiento de la maternidad exigido como una amenaza! ¡la vergüenza del pasado arrojada á una desgraciada!.... Y con el maravilloso instinto

de honradez, con la profunda piedad de la mujer, Elena adivinó un no sé qué de repugnante en el drama de otro tiempo, que le daba por madre á Genoveva y por padre á Monerol. Había allí alguna infamia. ¿Cuál? ¿podía ella saberlo? Un crimen quizá, un crimen del que ella era inocente, y del que sin embargo era víctima, ella, pobre niña abandonada, y del que, si escuchaba á Monerol, se hacía cómplice, recogiendo el lodo amasado por el infame para arrojarlo al rostro de aquella mujer....

¡Ah! ¡por Enrique, por aquella madre, por ella misma y por su propia conciencia, Elena callaría! No serviría nunca de instrumento á semejante hombre. Haría más: lo combatiría, lo desarmaría si era posible, porque presentía que en todo aquello había un peligro para la casa que cobijaba á Enrique, un peligro y una amenaza para M^{me}. Roquevert, en las palabras y en el gesto lleno de odio de Monerol.

—Vos no haréis uso de esos papeles—dijo entonces al cómico.—Yo os lo prohibo. Alterar en su reposo, más aún, en su dolor á una viuda, sería impío y cobarde. ¡Vos no lo haréis!

—¡Oh, oh!—dijo Monerol.—¿De modo que estáis enamorada de la miseria, mi Elena? ¿Se os tiende la mano y la rechazáis! ¿Con qué contáis, pues, para vivir dichosa?

—Yo no cuento con nada. Únicamente pretendo vivir honrada, y hacer lo que me aconsejáis sería una infamia.

—¡Una infamia decir á su madre «¡aquí me tenéis, abrazadme!» Vamos, niñerías. Ya reflexionaréis. ¡Y que vos se lo digáis ó no, con la ley

en la mano, os aseguro que ha de saberse que la señora Roquevert es vuestra madre. ¡Yo me encargo de ello!

—Os suplico—dijo Elena—que no hagáis nada, que no digáis una palabra. Cuando yo gane, todo lo que queráis será para vos. Pero dejad en paz á esa mujer, á Enrique.... Os conjuro á ello.... Es la única súplica que os habré dirigido.... Y si la atendéis.... todo lo que he sufrido, todo os lo perdonaré....

—¿Si, eh? Generosidad se llama eso. Pero yo sería un tonto desarmándome. ¡Tener una posición conquistada y arrojarlo todo al agua, sería una ridiculez! La señora Roquevert enriquecería á una porción de curas, y mientras el padre de su hija y su hija andarían con los pies descalzos, ¡de ninguna manera! Artículo 341. Nosotros no hemos hecho la ley, pero la sabemos. ¡Aprovechémosla, pues!

Estaba terrible y grotesco á la vez con sus altanerías amenazas, lanzadas gesticulando á la federica. Elena comprendía que era inútil querer vencer ni apiadar á aquel hombre. En el momento que iba á salir tuvo un ligero desvanecimiento—desde hacía algún tiempo bebía con exceso, rociando sus esperanzas con aguardiente.—Asustado se detuvo, pidió de beber, humedeció sus gruesos labios en el agua que le ofrecía la joven, y se despidió diciendo:—«¡Puf! ¡como resecan la garganta estas palabras insulsas!»—Luego, salió muy despacio, como si esperase de sus últimas palabras un efecto de *claqué*:

—¡Volveré! ¡Os dejo que resolváis vos misma!

De aquí á dos días ya habréis reflexionado, Elena.

La dejó como anonadada y se fué descontento y tratándola por lo bajo de *pécora*. ¿A dónde diablos contará refugiarse esta honradez estúpida? ¡Esta Elena es una tonta; nunca llegará á ser nada! En cuanto hubo desaparecido, Elena escribió á Enrique. Quería hablarle. Amenazaba á su madre un peligro. Al escribir aquellas palabras *vuestra madre*, temblaba de un modo desconocido. ¡Qué cosa tan admirable! ¡Era posible! ¡También ella podía pronunciar aquel nombre! ¡Aquella Genoveva era su madre lo mismo que lo era de Enrique!

Desde que Enrique conoció el fondo de aquella alma desgarrada, con fiel abnegación redobló las consideraciones y respeto á Genoveva. Aquel fanatismo religioso que en otro tiempo le irritaba, le enternecía ahora que sabía los dolores que le ocasionaban. Por lo demás, nunca, ni con una palabra ni con un gesto hizo la menor alusión al secreto que saliera del corazón maternal como un torrente de lágrimas. Genoveva pudo llegar á creer que su hijo lo ignoraba todo. Y sin embargo, aquella revelación interrumpía dolorosamente sus sueños y era el tormento de su vida. ¡Qué extrañeza! Una mañana despertó sorprendido de no haber caído—tal estupor le había causado la revelación—en que aquella Elena, aquella á quien llamaba Elena Gervais era su hermana. Esta idea le producía una impresión acariciadora. ¿Afecto fraternal, era, pues, el sentimiento íntimo que le unía ya á Elena? Desde el primer día que había visto á la joven, se despertó en él una simpatía y un cariño hacia ella, que no tenía mezcla de otro afecto. Ahora se ex-

plicaba aquella bienhechora influencia que Elena había ejercido sobre él. ¿No era, pues, á su amistad, á su encantadora honradez, á lo que se debía el que Enrique se hubiese sentido más fuerte contra el poderoso amor de Sabina? Sin ella, sin aquella antítesis viva de la otra, ¡quien sabe si, á pesar de su inquebrantable amistad hacia Felipe, hubiese resistido la seducción de Sabina, que se infiltraba en él como un veneno!

¡Elena era su hermana! En esta palabra encontraba armonías desconocidas. Ahora ya tenía derecho á amarla, á aconsejarla, á defenderla. ¡Ah, cómo ansiaba hacerla feliz! Sin decirle nada, había vuelto á verla después que ya conocía el secreto, consolándola con las atenciones más afectuosas. Se reservaba aprovechar una oportunidad para llevarla cerca de Genoveva y decir á aquella madre: «¡Vuestra hija no ha muerto!» Una atmósfera de cariño rodeaba por todas partes á la pobre Elena. Con frecuencia iba á verla Felipe, Felipe, pálido, envejecido, triste, pero siempre bueno, y dejando ver su profundo afecto á la actriz. A la vez también sufría sus contrariedades. *Juana Michelin*, que parecía iba á tener un éxito duradero, sólo estuvo en el cartel algunas semanas. Brecheux suspendió las representaciones de esta obra, y pasó en escena un drama de la época Luis XV, un drama en que Elena no tenía papel. En la actualidad estaban ensayando en el *Teatro del Boulevard* una obra popular de Alejo Brecheux, con historias de asesinatos ó incidentes tomados de los tribunales de justicia. Elena estaba encargada en ella de un personaje antipático, una envenenadora odiosa, que

repugnaba á su carácter. Estaba ya casi arrepentida de haber firmado su ajuste con Brecheux, aferrado siempre á la idea de que sólo los dramas antiliterarios daban dinero.

En sus conversaciones con Felipe, que cada día eran más frecuentes, uno y otra cambiaban sus confidencias y descubrían el secreto de sus decepciones. Habían llegado á un período de la vida en que después de haberlos sometido á duras pruebas, la suerte les ponía en frente uno de otro como para consolarse mutuamente, aliviando sus dolores por la parte que cada uno tomaba en los del otro. Con los restos de sus esperanzas podían aún constituir una alegría. Elena, engañada y maltratada por aquel débil y cobarde Saint-Ives, y Felipe, ofendido por Sabina, se encontraban en el momento en que la piedad, la ternura y la amistad podían tomar otro nombre y trocarse en amor. Aquel amor, triste y como regado de lágrimas, nació parecido á ciertas hierbas que crecen sobre las tumbas. Lentamente dió alguna vida á sus muertas ilusiones. Un dolor le hacía germinar, una confianza le hacía crecer. Se deslizaba por el sufrimiento y no por la sonrisa, corriendo como un bálsamo en el corazón del hombre, y cual esos niños miserables engendrados en el llanto, aquel sería un tímido amor, un amor sin entusiasmo, un amor melancólico y dulce como un luto consolado que toma furtivamente el lugar del amor, y que ofrece en sus bodas, no una corona de rosas, sino una de siemprevivas.

Y poco á poco, en las entrevistas de aquellos dos seres igualmente lacerados, iba creciendo

aquel amor, apasionado en Marcy, más frío en Elena. Una honrada y profunda afección extendía su dulzura sobre aquellas dos pálidas frentes. Una ternura creciente inundaba aquellos corazones medio destrozados, y Felipe, al pensar en el error de su juventud, en aquella pasión consagrada á Sabina, en su precipitado casamiento, se decía que si la ley no hiciera indisolubles las uniones entre dos seres, no sujetase á sus brazos la cadena de la esclavitud, él podría casarse con Elena, aquella buena, honrada, dulce y animosa Elena, que era la mujer soñada por él, la consejera, la amiga sometida á todos los deberes, mientras que Sabina, dominada por toda clase de caprichos, había nacido para vivir en completa libertad, para ser una horizontal.

La idea del rescate, del divorcio posible, de una vida nueva, se estrellaba ante la inflexible ley. ¿Por qué habían de ser indisolubles aquellos lazos que materialmente parecían clavarse en sus carnes? La ley habla muchas veces de los hijos. ¿Pero acaso podía llamarse madre á aquella mujer que abandonaba á su hijo para ir á representar junto al lecho de un herido la comedia del dolor? ¿Qué significaba la herida material de Cordier al lado del sufrimiento moral del esposo aislado, del niño abandonado á manos mercenarias y huérfano de madre en vida de ésta? Cien veces más que la tal madre le quería Elena. Un día que había estado enfermo, la joven suplicó á su padre que la permitiese correr á su lado.

—No—le había contestado Marcy.—Vos no podéis ir adonde *ella* no está ya.

Enrique acudió á la cita de Elena, presintiendo que Monerol había aparecido. ¿Había hablado? ¿Se lo había confesado todo á la pobre joven? Al pronto ésta quiso negar, pero con sus lágrimas salió su secreto, y Enrique, en un arranque profundo, la estrechó contra su pecho, posando sus labios sobre aquella frente pálida, aquellos cabellos morenos, aquella cara de estatua, y repitiendo al oído de la desgraciada la dulce frase *hermana!* que entraba en su corazón, causándole una dicha inefable.

Después de aquel primer beso, de aquella efusión y aquellas lágrimas, les parecía que siempre se habían llamado con aquel nombre, que aquella intimidad de alegrías y dolores la habían participado desde la infancia y que ellos no podían ser más que un hermano para el otro.

Pero se encontraban en aquel momento expuestos á una desgracia. Tenían el peligro encima; Monerol provocaría á toda costa un escándalo. Por evitarlo Elena daría su vida. Ella adivinaba, sin que Enrique le hubiera dicho una palabra, la fría impasibilidad de Genoveva, abandonando, odiando á su hija, por ser la hija de Monerol, y además creyéndola muerta. Y no queriendo ser nada en la vida de aquella madre, nada más que una extraña, hasta hayendo para no inquietarla, pasando desapercibida é ignorada en su sombra, no habiéndola visto nunca, ni pensando verla jamás, y amándola en su hijo, en aquel Enrique que era el hijo único y el hermano, Elena quería seguir para siempre siendo la olvidada y pasando por muerta.

Lo que precisaba era luchar contra Monerol.

En su poder seguían aquellos papeles que podían asesinar moralmente á una mujer honrada. El infame no había podido herir en el corazón á Santiago Roquevert, pero podía atacar á Genoveva, podía hacer empalmar el nombre de Enrique con el pasado deshonor de su madre.

¿Y qué hacer contra aquel miserable? Penetrar en su casa como en un antro, arraucarle aquellas cartas de Genoveva, aquellos certificados de la alcaldía y amenazarle con la muerte si se atrevía.... ¡Ah, todo esto era una locura, un imposible! ¡Esto era dar gusto á aquel bandido, era amotinar á la multitud, con el pretexto de evitar el ruido! ¡Pero qué bribón y cobarde era el tal hombre!

Enrique procuraría hallar algún medio de arreglar aquel desagradable asunto y se prometía conseguirlo. Elena quedó inquieta y con miedo, y no obstante bendiciendo la suerte. Pasaron algunos días, y Elena, automáticamente, seguía concurriendo á sus ensayos, preocupada con sus propios dolores y preguntándose muy asustada si Monerol estaría trabajando en la sombra, ó, lo que era más temible, en pleno día, con el propósito de armar un escándalo, y por otro lado temiendo de sí misma y tratando de indagar si el afecto que sentía por Felipe Marcy estaba demasiado arraigado. Insensiblemente se dejaba seducir por el consuelo que Felipe la prodigaba. El sufrimiento que había encarnado en ella la infamia ó la traición de Saint-Ives se adormecía escuchando las palabras de Marcy. No era amor lo que ella sentía por aquel amigo de las horas dolorosas, era una simpatía profunda que se infiltraba en ella cada día más, y

que por momentos adquiría más fuerza, hasta tal punto que Elena se preguntaba á dónde le conduciría aquella afección nacida entre la amargura del llanto.

Su amistad se parecía á un lago tranquilo, pero en el fondo se agitaba el amor.

Y tanto le inquietaba esta preocupación á la joven, que en una nueva entrevista, cuando Felipe dejó escapar, ó más bien adivinar, entre sus penas, entre la nueva vida que arrastraba desconsolado y maltrecho, así como una declaración amorosa, ella quiso decirle que leía claramente en su corazón, que antes de confesarse á sí mismo el sentimiento que experimentaba, ella lo había comprendido, lo había visto crecer en el silencio mismo de aquel marido, que buscaba en la amistad el calor tibio del hogar desierto.

—Sé que me amáis—le decía ella con aquella leal franqueza que era el encanto de su dulce belleza;—lo sé, y yo también os amaría si tuviera el derecho de amaros. ¿Pero á qué, tanto uno como otro, hemos de acariciar tan hermoso sueño? Yo llegué á creer que mi vida estaba para siempre trazada. En este mismo mundo en que vivo había encontrado un hombre que me prometió su apellido. Con él hubiera podido llegar á ser, aun continuando de actriz, una madre de familia y una mujer honrada, cosa difícil, según dicen. No lo quiso así la suerte, y esto me ha dado ocasión de aprender en pocas horas lo que es la alegría inmensa de un corazón que se abre y el dolor profundo de un corazón que destrozan. Aquella traición vive siempre en mí como si fuese una espina

clavada en mi cuerpo. La herida no sangra, pero está abierta. Jamás hubiera sido la querida de aquel hombre, jamás seré la vuestra, y sin embargo, á esto vendría á parar si nosotros nos amáramos.... Lo que Saint-Ives me prometía vos no podéis ofrecérmelo: sois casado. ¡Tampoco sé si aceptando el nombre de un actor aceptaría el de un hombre de vuestra fama! Aunque yo fuese libre, no era fácil que se casara con una actriz quien se llama Felipe Marey, como no puede ser la querida de nadie la que se llama Elena Gervais. ¡Oh! mi orgullo no es dominante—dijo con triste sonrisa;—recuerdo sólo que la pobre mujer que me educó me enseñó á ser, antes que todo, una mujer honrada.

Hablaba Elena con una dulzura resuelta, en tono bajo, pero enérgico y lentamente. Melancólico y con los ojos cerrados, Felipe escuchaba aquellas palabras como si fuesen acompañadas de una lúgubre armonía. Estaban dichas con una sencillez demasiado verdadera para no conmoverle hasta lo profundo de su ser, pareciéndole al oír las que escuchaba la lectura del decreto de muerte de una esperanza, como si un viento frío y seco de invierno arrastrara las últimas hojas del árbol. El melancólico cielo gris de las tardes de otoño parecía rodear aquella fría sentencia de Elena, en la que sin embargo hubiera podido verse el esfuerzo de un ser que lucha por detenerse en el camino por el que le podría impulsar su amor. En el pobre corazón de Felipe parecía que se deslizaba un no sé qué triste y sepulcral. ¡Aquel nuevo amor moría al nacer! En el camino que le había trazado Elena, no había salida. La palabra *querida*, enérgica-

mente pronunciada por los castos labios de la joven, le irritaba á él mismo como un ultraje inferido á aquella honradez. Sí, ciertamente; Elena tenía razón. Aquellos dos seres á quienes el amor había martirizado no podían ya amarse. No podían amarse con dignidad, y demasiado orgullosos para descender, demasiado seguros de sí mismos también para perderse el uno con el otro, estaban obligados á sobrellevar el peso cruel de sus sufrimientos inconsolables y de su amistad, la cual no podía, sin mengua de su honra, trocarse en amor.

Entonces, bajando la cabeza bajo aquella especie de sentencia dictada por Elena, creía Marey que envejecía por minutos y que ante sus ojos y ante sus esperanzas se extendía un negro velo. Todo parecía acabar y hundirse á su alrededor. Poco á poco se iba sintiendo en la sombra como el hombre que después de una ascensión por el infinito descende á tierra, tocando las tristes realidades. Mientras Elena hablaba, él inclinó la cabeza como el que buscando lo imposible se encuentra la nada al fin de sus trabajos. ¡Vaya, la cosa estaba resuelta! ¡Elena tenía razón! ¡No podían, en conclusión, amarse! La fría amistad se imponía á aquellas dos víctimas desconsoladas, á quienes la traición de los otros ni siquiera les había libertado. No había que pensar ya en ser esposo, ni soñar en ser el amante de aquella mujer; únicamente podía ser su padre; y en aquella confusa y triste sombra que le rodeaba, entreveía como su solo consuelo, la alegre sonrisa, y la carita de rosa de su hijo.....

En aquellos momentos, mientras Elena estaba meditando en los dos peligros que le amenazaban, el amor creciente de Felipe Marcy, amor triste y que con firmeza acababa de desterrar á lo imposible, y el odio de Monerol desencadenado contra Enrique y su madre, la suerte se interpuso entre los proyectos del cómico y los desgraciados á quienes quería atacar.

Una tarde, cuando Enrique volvía á su casa, la vieja Susana puso en sus manos una carta cuya letra temblorosa, como la de un anciano, le era desconocida. Antes de abrirla, Enrique pensó que sería una de esas peticiones de dinero que á todas partes dirigen los pobres y los vagos. Aquel sucio papel parecía que transcendía á alcohol, y de pronto el joven se acordó de la cara embotada y como infiltrada de ajeno de Monerol. Aquella carta era una amenaza, una indicación para que en un plazo dado depositaran una cantidad que más adelante fijaría Monerol, á menos que no prefiriesen el ruido de un proceso público. Enrique palideció de ira, y más al ver que el miserable decía preferir lo que en aquel papelucho se atrevía á llamar «un arreglo amistoso». La idea de ceder ante tal hombre, de obedecer las intimaciones de tan despreciable ser, indignaba á Enrique. Tenía ante su vista la carta, leyéndola con rabia, cuando entró Genoveva y fijó en él su fría mirada, apercibiéndose de su cólera. Con la mayor calma preguntó á Enrique qué era lo que aquella carta contenía. Al pronto vaciló pensando en romper aquel papel que estrujaba entre sus dedos; pero luego, como si obedeciese una orden, lo entregó á su madre. Ni

un músculo del rostro exangüe de aquella mujer se contrajo mientras descifraba las líneas escritas por aquel miserable. Con un gesto frío, devolvió la carta á Enrique diciéndole tranquilamente:

—Quizá es la expiación.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! —murmuraron sus labios por lo bajo.

¡La expiación! Ella se resignaba á todo, á la humillación, al sufrimiento, á todo, para borrar su pasado y ganar el cielo.

—Pero en este castigo —le decía Enrique— va incluido el nombre de Roquevert, y sobre aquella tumba, que acababa de cerrarse, caería el escándalo. A cualquier precio, sí, á toda costa se hacía preciso desarmar á Monerol, obligarle á que callara. ¿Y cómo?

El actor no hablaba en aquella carta de su hija. Enrique estaba tentado de revelar á Genoveva la existencia de Elena; pero ésta quería permanecer ignorada; le había hecho prometer á Enrique que nada diría, y por otra parte, el hijo temía que á la madre se le ocurriera ver en aquella hija un instrumento dócil de Monerol. Nada dijo, dejando á Genoveva en su impasible resignación; pero sintiendo crecer el peligro pasó una noche de insomnio, buscando un medio para desviar la amenaza de Monerol.

¿Pagar? ¿Comprar la huida de aquel hombre? Sí, sin duda. ¿Pero era una cobardía! Además, ceder era inútil. Monerol, engolosinado con aquello, volvería á pordiosear. ¿Y aunque se decidiese á ello consentiría Genoveva, aquella Genoveva que presentaba su frente á la amenaza como un martir

tiende su cuello bajo la cuchilla del verdugo? La inquietud de Enrique se hacía mayor por momentos. ¿Y por qué no había de tratar al tal infame como si fuese un perro rabioso? En la amenaza de aquel hombre se veía una resolución feroz: pues bien; había un medio, oponer la fuerza á la fuerza.

Efectivamente, Monerol estaba resuelto á todo. Publicidad, polémica, escándalo, cuantos medios se le ofrecieran, por tucios que fuesen, los aprovecharía para sus fines. Necesitaba antes de un mes poder comprar un establecimiento, mitad teatro y mitad barraca, que le ofrecían en condiciones ventajosas. Y lo conseguiría. Genoveva facilitaría el dinero. Amenazaría á la viuda y al hijo con la opinión pública—esa jauría aulladora:—el prójimo, el vecino, el amigo. Había encontrado una ocasión y se proponía afrontar el problema de frente. En su carta lo anunciaba descaradamente. O recibía los cuartos ó enviaba papeles timbrados. ¡Y adelante con el proceso! El comprometería á aquella mojigata de Elena aunque rehusara. Entre la turba de arruinados no le faltaría un abogado poco escrupuloso que se encargara del asunto y rompiese el fuego de la batalla.

Estaba decidido, convenido, resuelto. Monerol tenía un mes—¡y era sobrado tiempo un mes!—para combinar con éste alguna infamia. Cualquier procurador, cualquier ruina de algún bufete podía servirle de colaborador. No conocía ninguno, pero ya buscaría. ¡En un mes, en treinta días, hay tiempo para todo!

Los Roquevert tenían un mes para considerarse en salvo.

Por otra parte, Monerol no dejaría pasar los días en balde.

Se dedicaría con actividad á recorrer todos los garitos desde los cafés á que él acostumbraba á ir hasta casa Pulcherie.

—¡Ah, los tales Roquevert! ¡Ya verían, ya verían! Lo sensible era que no viviese aquel famoso pillo de Santiago!

Una tarde, sintiendo su estómago cargado, las piernas flojas y la cabeza pesada después de un almuerzo abundante, que no había pagado, el cómico se fué á su casa, pasaje Brady, á esperar la noche.

Necesitaba descansar.

Monerol encendió su pipa, se tendió sobre su cama, y allí, entregado á la moliciosa de aquella especie de siesta habitual, viendo subir el humo del tabaco, se distraía en pensar lo que iba á hacer, en calcular la cantidad redonda que obtendría de Genoveva después de aquella última exigencia brutal, y en el empleo que la daría.

Mientras así se entretenía haciendo planes, una sonrisa infernal se dibujaba en sus labios, y ya se veía comprando—esto sería una nueva industria—un café, ¡ah! un café soberbio, ó un teatrillo de las afueras, mandando á su antojo y ordenando á su alrededor con una tiranía brutal. La vida le parecía ofrecerle aún un encanto inesperado. Habiendo heredado de Roquevert, Genoveva dispondría de sumas considerables. Eurique estaba al lado de su madre; pero á despecho de este Monerol, conseguiría de ella lo que quisiera. En cuanto Genoveva recibiese su amenaza era indudable

que obedecería. Sólo necesitaba esperar. Si por otra parte ella resistiera, el proceso que Monerol se proponía entablar la haría entrar en razón. Dicen que la ley hace temblar á los bribones. ¡Ah! ¿y á las gentes honradas?

—¡Vaya—se decía Monerol—preveo un buen desenlace! ¡No desempeñaré mal el último acto!

Y lleno de vanidad se hinchaba, tranquilo y acariciado por la perspectiva de una vida materialmente asegurada.

Sonando en el porvenir sentía un calor agradable. Aquel tabaco que al irse á casa había comprado en el boulevard Sebastopol á una vendedora gruesa á quien galanteaba, era muy bueno, superior; con aquel tabaco Monerol se encontraba satisfecho. ¡Qué tenía de extraño aquel calor que se sentía en su habitación que era estrecha y baja de techo!

Sí, decididamente, allí hacía un calor insoporable.

Lentamente y con dificultad, como congestionando, dió algunos pasos para abrir los cristales de la ventana y respirar.

Mas de repente, asustado, dió un grito, como un aullido ronco, espantoso. Su mano, aquella mano con la que sostenía la pipa, le quemaba tanto, que tuvo que dejarla caer en el suelo, donde se hizo pedazos.

Luego se miró la palma de la mano como si buscara la señal de algún mordisco.

Nada.

Nada; pero el dolor era terrible é iba en aumento.

—¿Qué es lo que tengo?—se dijo Monerol.

Era una angustia extraña que de pronto le acometía como si le ahogase, causándole un miedo atroz.

Se volvió á mirar la mano. ¿Estaría alucinado? Aquella mano echaba humo como un objeto que se consume. Por todos sus poros parecía salir una especie de vapor caliente, y pronto Monerol vió con espanto y erizándosele el cabello, llamas—sí, una llama comparable á las de un ponche ardiendo—que cubría aquella mano que parecía hincharse.

¡Fuego! ¡Era fuego! ¿Podía ser? Penetrante olor de azufre se desprendía, y Monerol asustado se dirigió al lavabo, donde, después de echar todo el jarro del agua, sumergió su mano, sintiendo con aquella frescura un alivio que le hizo sonreír.

Contemplaba esta sonrisa reflejada en el espejito roto y con marco de caoba que tenía delante, cuando de pronto se asustó nuevamente al ver que la sonrisa aparecía en una cara rojiza y como tumefacta.

—¡Pero bah! ¡Aquello no era nada! Una quemadura en la mano y la cara congestionada. Esto era todo. A lo que creía, la pipa había como penetrado en su carne, y seguía con la mano derecha sumergida en el agua fresca. ¡Le parecía que aquella agua estaba caliente! Sorprendido la tocaba con la mano izquierda. ¡Sí, el agua quemaba, ardía!

Y el vapor sulfuroso que de ella y de todo su ser se desprendía, continuaba en aumento.

—¡Vamos, vamos!—se dijo Monerol con una angustia espantosa.—¿Estoy borracho ó estoy loco?

Miró su mano izquierda. Como la otra mano, como la derecha, también ardía, rodeada de aquel olor sulfuroso, de aquella llama azul.

Todo azorado y gritando, Monerol quiso correr á la puerta pidiendo socorro.

—¡Socorro, socorro! ¡que me quemó!

Pero ¡oh terror! las fuerzas le faltaron. No podía avanzar y le parecía que aquel cuartito era inmenso, infranqueable. Veía con horror que sus piernas no le obedecían, que sus pies estaban como adheridos á los rojizos ladrillos del suelo.

—¡Socorro, socorro, socorro!

Nadie le oía.

En aquella hora el hotel estaba sin gente y los criados subían pocas veces á los pisos altos. Aterrado, el infeliz sintió los horrores de una muerte infernal, allí en la soledad de su habitación, producida por un rápido incendio que ya le llegaba desde la cabeza á los pies.

Se golpeaba el pecho; sus vestidos, como impregnados de alcohol, ardían con una llama móvil, morenuzca, corriendo como un reguero de petróleo.

—¡Socorro! ¡Pero socorro, animales! ¡Ah, brutos! ¡Son capaces de dejarme morir!

Y junto al lavabo, apoyado en él para no caer, sumergía la frente, las manos, los labios en aquella agua que abrasaba y que—cosa horrible—parecía activar la llama. Por sus brazos, por su cuello, por sus mejillas, sentía correr con dolor tremendo, una grasa caliente. Se volvía loco, se arrojaba al suelo, desatinado, aullando, arrastrándose por el rojo pavimento; su epidermis se iba carbonizando, de-

jando al descubierto el dermis; de todo su cuerpo salía una serosidad rojiza, se desprendían las uñas de sus dedos. ¡Y nada! ¡Nadie le auxiliaba! ¡No había remedio! ¡La muerte, una muerte horrorosa! Se ponía furioso, quería levantarse y correr hacia la puerta, que ya no distinguía, siempre rodeado de aquella especie de fuego fatuo, y concluyó por caer dando alaridos crueles, retorciéndose y en medio de las convulsiones de la más atroz de las agonías.

Y aquella combustión activa é implacable iba devorando su cuerpo minado por los espirituosos. La ignición se infiltraba en todas las fibras. De aquel montón de carne y harapos ardiendo, entre los gritos salvajes y guturales, gritos trágicos y angustiosos que no llegaban al exterior, se desprendió una llama lenta, azulada y siniestra que llenaba el cuartito de un humo espeso, negro, nauseabundo y que como una lluvia fétida caía sobre la cama, las sillas de paja y demás objetos.

A los ronquidos estertorosos, sucedió un silencio profundo, el silencio de la muerte, y el ser humano desapareció quedando convertido en una masa informe carbonizada.

En aquel sitio, de agonía lenta, no debían penetrar hasta el día siguiente, á la hora en que el mozo acostumbraba á hacer la limpieza del cuarto; al entrar retrocedió ante el olor nauseabundo que se escapaba de aquella cámara de incineración.

Pronto acudieron la policía y un médico, procediendo á recoger los restos medio quemados, una especie de carbón ligero, porciones de sustancia cerebral, restos de vértebras, como los que se

dica que se encontraron en Madrid en el Quemadero de la Cruz.

El médico movió la cabeza y pronunció algunas palabras que parecieron raras á los que las escuchaban.

—Estado idio-eléctrico, desarrollo de un gas inflamable en el cuerpo humano, exceso de materia grasa.—Fenómeno exclusivo de la especie humana, puesto que los animales no absorben espíritus.—Someteré el caso á mis colegas que no admiten la existencia del hecho....

—De modo, doctor—dijo el comisario—que la causa de la muerte es....

—La combustión espontánea.

Después de muchas vacilaciones Enrique se decidió por fin á presentarse á Monerol con objeto de intimidarle. Esperaba que la audacia de aquel miserable no resistiría su cólera. Monerol había sentido ya el peso de su mano y se había visto medio dominado. Su amenazadora carta indicaba las señas de su casa. El portero del hotel del pasaje Brady miró con sorpresa á Enrique; preguntaba en qué piso habitaba Monerol, y se mostró muy contento de que se le presentase una nueva ocasión para referir la historia de la *combustión* del huésped. ¿Cómo! ¿No conocía ya todo el mundo el hecho relatado por un periódico? Desde que aconteció habían acudido para verlo muchos curiosos y médicos y hasta gentes de posición elevada, pues, según decían, el caso era muy raro. El portero se mostraba verdaderamente orgulloso. Al oír aquello Enrique experimentó cierto pavor, como si retro-

cediese ante una fatalidad inesperada. ¿Ni una invención dramática le hubiese producido el efecto que aquella espantosa realidad! Era horrible aquella supresión brutal de un ser, ardiendo como las ropas de un infeccioso rociadas de petróleo. Ante aquella espantosa revelación quedó como aplastado. Después preguntó con ansiedad si Monerol había dejado alguna cosa, si se habían hallado papeles ó algún indicio de su vida anterior. Nada habían encontrado. Los cajones estaban vacíos, los bolsillos de su ropa también. Monerol lo llevaba todo encima.—«Y en el caso de que llevase muchos billetes de Banco, era una desgracia, porque todo había ardiendo con su persona.»—En tono burlón, añadió: «Lo que es dudoso es que llevase muchos valores en su cartera.»—De modo que no quedaba nada de Monerol, nada de lo que atestiguaba el pasado de Genoveva. En realidad, aquella trágica desaparición era un golpe de la fortuna. Enrique quería obligar á aquel hombre á que callase, á que se fuera. Lo imprevisto había hecho más: suprimirlo. Había bastado un poco de humo para que de aquella amenaza viva, de aquel peligro de carne y hueso sólo quedaran restos informes. Dominado por el estupor, el mismo Enrique temblaba. Le parecía que sus deseos de muerte, mentalmente lanzados contra aquel miserable, habían sido oídos por el destino, y que por este hecho tomaba él alguna participación en aquella tragedia innoble. ¿Era posible? ¿Acaso lo que las imaginaciones novelescas fantasean se convierte en realidades de la vida? El portero le ofreció enseñarle el cuarto donde Monerol se ha-

bía quemado: Enrique rehusó alegando que le repugnaba.

—Después de todo, tenéis razón—dijo el otro.—A pesar del cloro y del ácido fénico, el olor de grasa se sube á la garganta. ¡No deja de tener gracia que uno pueda freirse así como un pescado!

Enrique se alejó como perseguido por una pesadilla. Y sin embargo, ya no tenía que temer nada de aquel hombre. Pero le parecía que sus ropas estaban impregnadas de aquel olor de que el portero había hablado. Si Enrique hubiera sido testigo de aquella horrorosa escena no la tendría más presente en su imaginación. La veía tan bien con sus detalles terribles que la hubiera podido pintar.

—Ese hombre ha muerto—dijo á su madre, bruscamente, en cuanto la vió.

—¿Quién?

—Monerol.

Ella fijó en su hijo sus ojos mortecinos, que en aquel momento centelleaban.

—Enrique—le dijo lentamente—el duelo es un crimen espantoso.

—¡Oh!—replicó—¡no soy yo quien le ha matado!

En pocas palabras refirió lo sucedido, y Genoveva, dominada por un terror instantáneo, que puso convulso su descolorido rostro:

—¡La muerte de un condenado!—dijo.

Luego, con paso débil, fué á encerrarse y á postrarse para rezar ante el Cristo de marfil.

Elena tuvo noticia de la agonía siniestra del antiguo actor por las conversaciones que oyó en el

teatro. Poco le faltó para desmayarse, siéndole preciso toda la energía de su corazón para soportar la idea de que aquel miserable, de quien allí estaban hablando con toda clase de burlas y de denuestos, era su padre. ¡Su padre, aquel bruto humano, aquella carne alcoholizada, aquel ser que de tal modo había terminado!—«Era lo que se llama un *grog* ambulante»—había dicho el pequeño Duret entusiasmado con aquella frase. Pepezat recordaba haber conocido en otro tiempo á Monerol. Era un hombre malo, celoso, pependenciero, insolente. Y á todo esto sin nada de talento. Ni el terror de aquella muerte hacia que se olvidasen los rencores que el cómico se había conquistado. Un suplicio como el que sufrió no borró su vida. Elena escuchaba y temblaba pensando lo que había debido sufrir Genoveva, á la que dedicaba por lo bajo palabras de piedad.

Al presente la postración y la tristeza no dejaban á la pobre joven. Al decir á Marcy la verdad, había estado muy resuelta, mas aquella especie de ruptura impuesta le había arrebatado así como una esperanza inconsciente. Felipe aparecía menos en su vida. También él temía á aquél amor sin término favorable á sus deseos. ¿Para qué verse con tanta frecuencia si cada nueva entrevista resultaba triste como el pesar? Voluntariamente él se encerraba, se enclaustraba en una especie de misantropía salvaje, no leyendo nada, sin inquietarse por ninguna cosa, y quizá hasta ignorando que Cordier había curado de su herida, y que trasladado al Mediodía, para restablecerse de la anemia consiguiente á la gran pérdida de

sangre sufrida en el duelo, le había seguido Sabina. ¿Qué le importaba esto á Felipe? Para él aquella mujer había muerto. Así lo decía y se lo repetía al menos, pero en el fondo la llaga no cicatrizaba. ¡No olvidaba á aquella Sabina, recuerdo de su juventud y de sus esperanzas que se encarnaron en aquella seducción! Además, la presencia de Andrés se la recordaba. Conforme crecía el niño presentaba más visibles los rasgos de la madre. Mamá Valeriana estaba celosa y triste de esta semejanza.

—¿Con tal que no se le parezca en el corazón! No, el niño era bondadoso, de inteligencia despejada, y ante él Felipe se esforzaba por sonreír contestándole cuando alguna vez le preguntaba si mamá volvería pronto del viaje:

—Sí, pronto, pronto.

Transcurría el tiempo; Felipe no se complacía ya tanto en aquellos *tête à tête* con su hijo. Hasta huía de las conversaciones con la abuela, que sufría mucho viendo sufrir á su hijo. ¡Ah, si aquella afección consagrada á Elena no hubiese sido (con razón lo había dicho la joven) un amor imposible, quizá Marcy hubiese podido renacer. Pero no, estaba condenado á vivir en la soledad. Un hastío profundo se apoderaba de él, su brazo caía como cansado ante el lienzo. Trabajando casi maquinalmente, acabó aquella figura comenzada en la que parecía darse á conocer su misma desolación. Nadie la había visto, nadie quizás vería aquella figura, que ni siquiera terminaría completamente. No lamentaba la ausencia de Charrière, sólo ansiaba su desesperado aislamiento. Y así, solo, encerrado

con su pasado, sentía en cierto modo correr materialmente por sus venas la amargura de los recuerdos, experimentando intensa alegría al recordar sus esperanzas defraudadas, sus ideales por el suelo llenos de polvo, las estatuas que había soñado de mármol y que resultaban de yeso.

Un día se presentó Francisco en su casa. Observando el escultor á Felipe le pareció verse por el estrago del dolor que en él se reflejaba. La cara llena y picaresca de Charrière se había desfigurado de un modo raro y como si estuviera enfermo. Aquel excelente compañero de otras veces, irónico, ocurrente siempre, parecía víctima de los contratiempos, estaba flaco, viejo y triste, sin saber siquiera compadecerse de Felipe. Si había ido á verle era por casualidad, andando errante de uno á otro lado, abatido, descorazonado y dominado por el fastidio.

—¿En qué te ocupas?—le preguntó Felipe.

—En nada.

—¿Y tu Venus?

—¡Pasó á la historia! Empiezo á creer que tu amigo es un *Tortempion*. Recuerda lo que antes te decía. ¡Yo no conocía mi capacidad!

Todavía conservaba su genio chancero, pero de sus labios salían las frases con cierta fatiga y amargura. La ironía resultaba sin expresión como el sonido de una campana rota.

—¿Y tú?—preguntó á su vez.

—¿Yo? Me contentaría con poder vivir lo bastante para educar á mi pequeño Andrés y hacerle hombre. Después de haber soñado con Alhambras, me daré por satisfecho con el pan de cada día.

—En rigor, esto es todo lo que el hombre necesita —respondió Charrière. — Si uno discurriera mejor, se limitaría á ser un modesto aldeano viviendo allá en un apartado rincón, en la seguridad de llegar á viejo, lo que, en verdad, no es muy envidiable. Pero hemos tenido aspiraciones; ¡como ha de ser! Y después de haber sido joven y batallador, y haberse forjado muchas ilusiones, llega uno á tocar los desencantos, aplastado, debilitado y con aspecto de duelo.... ¡Ah! ¡las mujeres! ¡Bonita invención! ¡Parecen creadas para inspiraros las grandes obras ó impedirlos luego el realizarlas!

Al hablar así, dejando desbordar su cólera acumulada, presentaba á la mujer, querida ó esposa, como un obstáculo muy frecuente, que destroza con su manecita á su presa, al hombre, al enemigo, al dueño aborrecido aun en medio de su amor. Hablando de aquel modo se echaba de ver la injusticia del vencido. Olvidaba el honrado hogar del amor en el que las madres, las hermanas, las esposas, alimentan la eterna llama como un fuego sagrado. Él se había entregado por entero á aquella fría muchacha, Lucy Vaughan, la imperturbable inglesa, que seguía su camino tras la fortuna con la regularidad de una máquina, sin que de sus frescos labios desapareciera la sonrisa eterna, ni de sus dulces ojos la impassibilidad sin igual. Había creído encontrar en ella lo que perseguía en su pasión, como Felipe lo buscaba en la calma: la inspiración, el espolazo, el afán dichoso por el trabajo activo, todo lo que constituye la alegría de la vida, el placer de sentir y de crear. Y ella, to-

mando á Charrière como un medio, como un escalón, se dejaba amar, lo atraía y lo encadenaba con la fría y poderosa seducción de su belleza marmórea. Y cuando ya lo consideró dominado, satisfecha de verse la más fuerte en aquel incesante duelo que quería continuar con el hombre, Lucy Vaughan lo abandonó, se dedicó á otras conquistas, buscando otro porvenir, encontrando extraordinariamente sencillo á aquel mocetón que se entregaba sin reserva, mientras ella lo hacía á medias, y cansada ya de aquella especie de admiración en la que el artista confundía, trastornado por un culto excesivo, la pasión por su querida y la fe que tenía en su obra. En esta situación, perdida su independencia por aquel amor, Charrière se dejaba arrastrar cada día más por aquella corriente llevado por un vértigo delicioso. Trabajaba con ahínco, con febriles sobresaltos, destruyendo al día siguiente lo que había hecho la víspera, comparando asustado la desproporción que observaba entre su sueño y la realidad, entre la Venus escultural y la Venus viva, entre la tierra amasada y el admirable esplendor de Lucy Vaughan. Y de tal modo estaba apasionado por la inglesa, tal sed tenía de sus caricias, que, traficando con su talento, vendía á los comerciantes de objetos de arte figuras improvisadas, ejecutadas de prisa para la venta y que le servían para poder colgar un adorno al redondeado cuello de la inglesa, ó una esmeralda en el satinado dedo, pretendiendo de aquel modo, él, que era un artista pobre, rivalizar con los que le disputaban aquella mujer. Y la fe en su primera inspiración, la con-

fianza en sí mismo desaparecía con aquella producción insensata, con aquel trabajo de bestia de carga, con aquel derroche y aquella postración de sus fuerzas. De tanto como amaba á aquella Lucy casi llegaba á aborrecerla. Maldecía aquel amor de casualidad que hacía de él una especie de caballo de tiro enganchado á aquella otra especie de carretón, la escultura, desempeñando con desesperados esfuerzos su tarea de jornalero. Lo que sentía era que Lucy se le escapaba, que había ya quien estaba dispuesto á arrebatársela, como un objeto de arte, pujándolo, aquella hermosa joven que su inactivo cincel había de immortalizar. ¡Ah! ¡cómo habían fracasado tan hermosos proyectos! ¡Qué inútiles ambiciones! Le quedaba á Charrière la habilidad de su mano, el ardor febril del hombre que trabaja por terminar una obra y recoger el salario, la facilidad en la ejecución en fuerza de la costumbre; pero su estatua ideal la había destrozado como á sí mismo, renunciando á aquella Venus de la que en otro tiempo decía: «Yo no haré más que esto, pero si lo hago, habré dejado un nombre.»

En vano pugnaba y hacía bruscos esfuerzos por reponerse de su caída. El recuerdo picante del amor de Lucy se le introducía como un hierro candente. Desprenderse de él era imposible. La dulce, la deliciosa y mortal visión le perseguía. Se alejaba de ella y volvía suplicante, abriendo el maldito *boudoir* con un puñado de aquella plata que el sudor de su frente y la sangre de sus venas acaparaban.

Por otra parte, hasta le agradaba aquello, ser

un simple obrero y un artesano, como un reto al frenesí por los goces materiales de su tiempo. La pobreza de aquel mundo de artistas con quienes diariamente alternaba le había contagiado. Arrastrado por la corriente, parroquiano de la *Antigua Esparta*, de los restaurantes en que con la estética corría el ajeno, todo le daba náuseas. Disgustado y solitario, pasaba por aquellas asociaciones de mutua admiración, cuya consigna era *Ver como bueno lo nuestro y despreciar lo de los demás*. Despreciaba aquellas adulaciones impudentes y llenas de envidia; le indignaban aquellas hipócritas palmaditas en el hombro que ocultaban arañazos, aquel falso compañerismo, y á los cuarenta y cinco años, tratado ya de *burgrave* por los novicios, sintiendo que se hundía y que cada día le llegaba más arriba el agua, el pobre Charrière recordaba, como el naufrago que á lo lejos divisa su barco, los años de su juventud, sus amorcillos primeros, sus paseos por las calles admirándose de todo, las rivalidades de estudio, los de Drolling yendo á la calle Duparré para burlarse de los de Picot....

¡Todo el pasado, compañeros muertos, costumbres olvidadas, esperanzas frustradas, sueños convertidos en humo! Y en vez de esto el aislamiento, la impotencia enervadora, la miseria casi en medio de una generación de pintores elegantes, dueños de hoteles, caballos, coches y criados de corbata blanca, haciendo la vida de la *high life*, preocupándose más del triunfo de la Bolsa que de la apoteosis del Panteón, y mirando como un tonto á aquel premiado de Roma descen-

diendo desde la villa de los Médicis hasta las cervecerías, desde las cuales, situándose en las inmediaciones del *Teatro del Boulevard*, podía ver de lejos á Lucy Vaughan bajar de su carruaje y luego precipitarse para hablarla.....

¡Sí, un tonto! este era el calificativo que se daba también Charrière. Pero con amarga satisfacción se decía que ya era tarde y que era preciso ir hasta el fin una vez que su vida iba desmoronándose. ¡Bah! siempre le quedaba la habilidad de sus dedos que le permitiría trabajar para el comercio. Después de todo, haría lo que los demás, y Lucy Vaughan, en sus horas perdidas, podría seguir acendiendo para hacerle la limosna de su belleza. De aquella manera llegaba á las más degradantes concesiones. Él, que ante la burla más insignificante hubiera saltado á la garganta de un hércules, ante aquella mujer era un cobarde. Se le veía rondando por las cercanías del teatro, andar de un lado para otro durante el espectáculo, y no sabían que, pegado allí contra la pared como una sombra, se retorció los dedos de rabia cuando notaba que Lucy Vaughan era esperada por otro y que con éste se marchaba al galope en su carruaje, descubriéndola á medias cuando pasaba bajo alguna farola por el brillo de los diamantes que adornaban sus orejas.

Entonces, ciego de cólera, Francisco se pasaba la noche en la calle devorando sus rabias y su agonía y rondando sin ir á su casa. Se iba á los antros que permanecían abiertos y á los restaurantes, donde mataba las noches en medio del escándalo y del olvido. Iba de los boulevares á los mer-

cados, encontrando una poesía especial en aquellas calles desiertas, en aquel viento frío que circulaba por París dormido, y como un sonámbulo, cual guiado por una mano fatal, se situaba bajo las ventanas de la casa de Lucy, boulevard Malesherbes, y permanecía allí, agitado por pensamientos feroces de venganza y asesinato; luego huía, alejándose de aquella fachada, de aquellos balcones cerrados, para sacudirse estas terribles ideas, y después enfangándose en aquel cieno que le alegraba, amasaba barro ó dibujaba en las tabernas llenas de miseria donde se albergaba la turba de holgazanes y de gente ociosa junta con los barrenderos, traperos, saltimbanquis, tocadores de organillos, desechos de artistas, vendedores de chucherías baratas, pobres desvergonzados, todas esas variedades de parias que en las simas sociales son lo que los moluscos en el bajo fondo del mar, y que más que vivir vegetan.

Luego el escultor terminaba por volver al *Teatro del Boulevard*, atraído por Lucy como por un imán. Había trabado amistad con el grueso Brecheux, que también sentía bajo sus pies el ruido sordo de la catástrofe. La desgracia se ensañaba con aquel pobre diablo de buen hombre, arrojado en plena vida de teatro como en una corriente que no puede remontarse. Dutilleul, el sucesor de Brecheux, había sufrido un terrible contratiempo en sus negocios, y como en ellos llevaba una gran parte Justo, azorado ante aquella pérdida el hoy empresario se preguntaba cómo Dutilleul había podido en tan poco tiempo comprometer un establecimiento de tanto crédito. ¡Ah! el antiguo ca-

jero de la casa, cajero después del teatro, había, sin embargo, hecho cuanto había estado de su parte para hacer ver al principal..... Si había dejado la caja en el boulevard Sebastopol, era porque, como él decía después, se había apercebido de que allí iba á pasar algo gordo. Pero Brecheux no se daba por entendido, y no era cosa de que el cajero fuese traidor á uno de los dueños para favorecer al otro.

A Brecheux le tocaba «abrir el ojo.» ¡Abrir el ojo! ¡Si no le quedaba tiempo al desgraciado engolfado en el infernal negocio del teatro! No comía, ni dormía, sudaba, se ahogaba y se veía enflaquecer y que la cabeza le daba vueltas continuamente. Nada prosperaba. Las obras no producían dinero.

El drama *Luis XV*, puesto en escena después de *Juana Michelin*, había hecho fiasco, y la desgraciada producción de Alejo Brecheux, el debut del hijo prodigioso había sido recibido con risas y carcajadas en los pasajes más patéticos. Con todo su talento no le había sido posible á Elena Gervais salvar la obra de la ironía de los espectadores. El estilo sobre todo divertía grandemente al público.

A la salida se repetían las frases del drama nuevo que más sensación habían hecho: «Una mujer no tiene miedo de bajar á la tumba cuando no teme perder la vida.—Si todos los hombres fuesen hermanos la humanidad sería una gran familia.» ¡Cuánto se habían reído! ¡Y cómo habían marcado algunas simplezas épicas del pobre Alejo! El infeliz, todo afligido, estaba en un rincón secándose las lágrimas, mientras que rojo

de cólera, mostrando el puño cerrado desde los bastidores, el padre decía á todo aquel público:

—¡Son unos imbéciles, envidiosos! ¡Pero todavía no hemos concluido! ¡Envíame mañana otra obra tuya para darla á copiar! ¡Yo la represento en contra del parecer de esa gente, del de la Sociedad de Artistas, del tuyo, del de todo el mundo!

Y entre las mismas risas, el segundo drama se hundió también, dejando aplastado á Alejo y á Justo furioso. Ya se iba sólo al *Teatro del Boulevard* para tomar las obras á guasa, para patearlas. Después de comer se iban á este teatro para pasar alegremente el rato, como podían haber ido á un café cantante. Era la moda. El buen tono exigía ridiculizar como entretenimiento durante las comidas las frases de las obras de Alejo que se habían hecho más célebres: «El crimen no tiene nada de común con la virtud, ni siquiera el nombre.»

Justo Brecheux no comprendía nada de aquello. Sin embargo, le sonaban bien aquellas frases atrevidas. Pero comenzaba á creer lo que Roblot. El público no era partidario del drama.

—¿Lo estáis viendo?—decía el director.—Sólo las operetas dejan dinero.

¡Las operetas! Al grueso Brecheux no le gustaban. Este espectáculo no era de su tiempo. Hubiera preferido los antiguos vaudevilles con sus complets y su música interesante. Pero sin embargo, ¡si la opereta era la diversión de moda!.... Alejo haría operetas, y esta vez por lo menos si el público se desternillaba de risa en sus asientos se sabría

por qué. La actual compañía podía en todo caso convertirse fácilmente en una de opereta. Claudina Hard tenía voz, el pequeño Duret era buen músico, Gardonne *diría* los rondós en lugar de cantarlos, y en cuanto á Pepezat.... ¡eh, caramba! Pepezat había empezado su carrera por la ópera cómica, y de este modo volvería de nuevo á su elemento. Pepezat encontraba también que el drama no privaba ya. No había recibido ningún billete amoroso. Las mujeres no acudían. Tenían razón. ¿A qué llorar? Esto pone los ojos encarnados.

Quedaba la señorita Gervais.... pero á las primeras palabras que le dirigió Brecheux respecto al asunto, Elena pidió rescindir su contrato. En aquel teatro se ahogaba y se aniquilaba. Después de su gran triunfo en *Juana Michelin*, no le habían señalado ningún papel en el que pudiera lucir su talento. Notaba claramente que en el teatro de Brecheux pasaba desapercibida. Sólo de paso la dedicaba la crítica algunas palabras. El público no se preocupaba ya de ella. Verdaderamente lo que ella prefería era dejar París, ir á provincias, á cualquier parte antes que seguir allí inutilizada en aquel teatro cuya caída se veía próxima.

Pablo Guerard, el autor de *Juana Michelin*, tenía admitido un drama en el Odeon, y como agradecimiento á la admirable intérprete de su primera producción le tenía prometido «el papel» de su próxima obra.

—¡Pues bien, nuestro Guerard es un farsante— dijo una tarde Brecheux á la actriz.— El papel está ya repartido, así lo anuncian los periódicos.

—¿Y quién lo representa?

—¡Clotilde Verrier!

En el teatro, como en la vida, tropezaba, pues, siempre con aquella mujer.

—Poco importa—replicó la joven— yo encontraré otro.

El ajuste quedó roto, y el *Teatro del Boulevard* se transformó en teatro de operetas. Brecheux jugaba en aquella transformación su última carta, porque Dutilleul se hundía decididamente y le arrastraba en su caída. La casa Brecheux desapareció dejando un pasivo considerable.

¡Pero con una opereta que tuviera éxito podía pagar todo! Era bastante extraño que aquel condenado teatro hubiese de servir para sostener el establecimiento de hojalatería. El pobre Brecheux razonaba como un jugador comprometido en una partida de baccarat. Contaba para salvarse con la casualidad, con un golpe de la suerte.

La primera opereta, una parodia de *Guillermo Tell*, en la que se veía al Guillermo de la leyenda transformado en hostelero suizo tiranizando á Gessler convertido en un turista austriaco era una bufonada y no fué bien recibida. Brecheux comenzaba á temblar.

Después probó á dar funciones de magia, contrató muchachas bonitas, adquirió trajes á propósito y todo cuanto era necesario, y con el corazón oprimido y lleno de angustia se lanzó á correr este nuevo albur. Las decoraciones, los trajes, todo le costaba caro. Como le censuraron su economía, el hombre grueso, para demostrar que no era avaro, bajó la cabeza y se lanzó á derrochar.

¡Qué Dios nos asista! Era preciso á toda costa salvar á Dutilleul.

En la nueva obra trabajaba Lucy Vaughan, que debía aparecer en traje de hada de las aguas, reluciente de pedrería. Charrière lo sabía y pidió á Brecheux que le permitiese entrar en el escenario. Brecheux, absorto, pálido y ansioso como quien espera una sentencia, accedía á todo, y él mismo sirvió de guía al escultor maquinalmente y como para no pensar en nada aturdiéndose. Los bastidores estaban llenos de comparsas con trajes centelleantes, y de bailarinas disfrazadas de escarabajos y de otras especies de animales, pareciendo aquello una inmensa colmena. El director hacía sus advertencias con muy mal humor: — «¡Menos escándalo los escarabajos! ¡las legumbres á la derecha!»

— Pero todo aquel movimiento parecía operarse en una atmósfera de ruina. De todo aquel lujo, Charrière no veía más que las lentejuelas y las gasas. Roblot, nervioso, y Pepezat, sin voz, se cruzaban con el viejo Jovelin, invariable en su monólogo: — «¡Ah, miserable! ¡Ah, canallas!»

En lo alto, apoyados en los travesaños y con enormes paquetes de cuerdas, los maquinistas estaban dispuestos. Se veían los lienzos pintados de azul colgados para servir de cielos. Y más arriba, en la bóveda, medio desnudos, sin camisa, como los panaderos amasando el pan cotidiano, otros maquinistas, invisibles para el público, arreglaban la inmensa maquinaria del teatro.

Escurriéndose y evitando los encontros, tan tímido como si fuese un intruso en aquel teatro, en que él pensó hacer una revolución artística, aquel

mocetón de Alejo andaba saludando á todo el mundo y sufriendo los empujones de aquella multitud abigarrada.

Los autores de la magia (eran cuatro) recomendaban gravemente á los actores, á Gardonne, á Pepezat, que *respetaran su prosa*.

¡Ellos habían calculado ya el verdadero sentido de sus palabras!

Y Gardonne murmuraba en voz baja:

— ¡Vamos, se creen otros Corneille!

El cómico movía la cabeza tristemente, adivinando, con su olfato de viejo marinero dramático, que la mar estaba mala y que se iba á trabajar sin entusiasmo, ante un público escaso y donde todo era triste: la orquesta, la música y aun la misma elaque, hacían el efecto de una ducha ó de la paletada de tierra sobre un muerto.

Entre aquel multicolor hormigueo, Charrière buscaba á Lucy. Preguntó en el corredor dónde estaban los cuartos de los artistas, y por puertas entreabiertas podían verse trajes colgados, ropas por el suelo, el principio de una espalda empolvada, cabelleras sueltas, brazos desnudos.... Lucy Vaughan no estaba en su cuarto, en aquel cuarto que todavía tenía en la puerta el nombre de la *señorita Gervais*, y del que ahora se había apoderado la inglesa, del mismo modo que la magia había desposeído al drama.

— ¡Está en la trampa, caramba!... — contestó Roblot.

— ¡Es verdad! me olvidaba — dijo Brecheux — que no sabía dónde estaba.

Hizo seña á Charrière, y por una escalerilla lle-

na de polvo bajaron á una cueva llena de maderos cruzados en distintas direcciones y que al escultor le hizo el efecto de la bodega de un buque. En aquel sótano obscuro, lleno de postes, de ganchos y cabrias donde apenas se veía, le parecía hallarse como en una sima húmeda. Para Charrière era un mundo nuevo, sin nada de la vida real, una especie de *pandemonium* negro con los olores de una cueva.

—Pronto soy con vos—le había dicho Brecheux;—es preciso que examine todo este *tinglado*.... ¡Necesito examinarlo todo! ¡Qué oficio!... Seguid bajando.

Charrière descendió solo y de pronto en aquel fondo sucio y húmedo; en aquella semiobscuridad distinguió á Lucy Vaughan medio vestida con su traje verde, brillante, aprisionada entre aquellos postes grises, como una mosca de tornasolados colores presa en una tela de araña. El escultor experimentó en grado extremo aquella emoción profunda de enamorado loco, que le trastornaba cuando la inglesa le dirigía su fría mirada. Se aproximó á ella, contando al menos que se sorprendería de aquella aparición en tal sitio; pero sólo obtuvo una sonrisa casi desdénosa al percibirlo, mientras que con su voz británica que ya iba tomando el acento parisién, le decía:

—¡Ah! ¿sois vos? ¡Toma!... ¿Hasta aquí?

Aquel «hasta aquí» le hizo el efecto de una puñalada. En aquellas dos simples palabras había un reproche, un hastío, un bostezo de aburrimiento incomparable.

—Quería veros.... quería deciros....

—Sí, la frase de siempre: *I love you!* ¡Sois muy gracioso, muy gracioso, Charrière! ¡*Thank you!*

Con aquel traje ligero estaba soberbia; por entre la seda se veían las blancas carnes de su pecho, su brazo divinamente modelado, sus redondeadas piernas; calzaba botinas altas en las que cada botón era una esmeralda soportando aquel arrogante cuerpo, que medio al desnudo, en el traje de *hada de las aguas*, iba á servir dentro de poco de pasto á la bestial admiración de una multitud. En la garganta, en las orejas y en el cabello de la inglesa despedían un brillo deslumbrador el sinnúmero de diamantes que la adornaban. Llevaba guantes de piel verde, de diez y ocho botones, y entre sus manos sostenía una varilla de caña. La hermosa figura de aquella joven que debía subir por la trampa, tenía así como cierto aspecto amenazador. Su cabellera suelta caía flotante por la espalda. Una expresión de orgullo animaba aquella estatua conocedora de su invencible belleza, y Charrière estaba loco contemplando aquellos grandes y limpidos ojos, aquella boca fresca y pequeña, aquellos cabellos que había acariciado entre sus dedos, aquella mujer escultural que le miraba dulcemente, ensayando en aquel sér dominado la seducción que luego iba á ejercer sobre todo un público.

Débil y cobarde bajo la fascinación poderosa de la inglesa, Francisco, en tono suplicante, le preguntaba por qué huía de él, por qué olvidaba el camino de aquel estudio en el que con ella parecían entrar al mismo tiempo la luz y la alegría. Lucy se reía.—Ponerse de modelo era muy fastidioso.—Y luego que la famosa estatua no adelan-

taba nada. No le gustaban, decía, ni las pasiones que duraban demasiado ni las estatuas demasiado lentas. Y continuaba sonriendo dulcemente, dejando ver su fría languidez.

—Iré al estudio—decía—si queréis prometerme hacer mi estatua, para mí, de plata maciza....

La fina y delicada risa de la inglesa se tornaba seca y burlona.

A Charrière le asaltaba la indignación y la cólera.

—¿De modo que ya no iréis?

—¿Quién os ha dicho tal cosa? ¡Ya veré! ¡Tengo tan poco tiempo!

Y continuaba riendo.

—¡Ahora soy una artista! *Darling*.

Una voz venida de lo alto interrumpió á Lucy Vaughan. El maquinista, desatando la cuerda que había sujeta á un poste, estaba pronto para hacer subir la trampa, sobre la cual, en un sitio señalado con tiza, la inglesa se colocó erguida y firme como un soldado recibiendo una orden.

Charrière meditaba en la esclavitud á que se prestan esas muchachas del teatro por aparecer, por brillar, por seducir delante del público, esperando ver realizados sus sueños de oro.

El maquinista, dejando correr de pronto la cuerda que sostenía la trampa, gritó á Charrière:—«Retiraos!»—Puesta de pie, soberbia y deslumbrando con su belleza, Lucy subió lentamente hacia el escenario como en una apoteosis. Por la abertura del suelo del escenario, Charrière percibió la luz en la cual se destacaba la viva silueta verde y blanca, la seda y la carne de Lucy como

rodeada de una roja aureola. Luego, al llegar arriba la trampa y quedar al nivel del suelo, todo había desaparecido. Sólo le quedaba á Francisco la visión desaparecida y ese velo que queda en la vista después de haber sufrido la impresión de una luz muy viva. Entonces, mientras los operarios seguían manejando la maquinaria, Charrière, ávido de soledad, continuó andando hacia dentro de aquel subterráneo, oyendo por encima de su cabeza una música alegre y retozona que parecía burlarse de sus amarguras y que acompañaba los couplets cantados por el *hada de las aguas*, Lucy Vaughan, con un acento inglés marcado que hacía reír y que en aquella criatura, prodigiosamente hermosa, resultaba muy gracioso.

Charrière sentía una angustia algún tanto voluptuosa, meditando que en muchas cosas de la vida ocurre lo que en aquel momento pasaba. Por encima de la obscuridad, del silencio, de la humedad penetrante, reinaba la luz, la alegría, la música bailable excitando los nerviosos apetitos y la trepidación de la bacanal.

En aquel momento un pensamiento raro, trágicamente picaresco, agitaba los labios del escultor, dibujándose una sonrisa desafiadora en su barba rubia en otro tiempo y que ya iba encaneciendo.

Brecheux, que venía sofocado y limpiándose el sudor de su frente, le dijo:

—Supongo que no vais á seguir aquí, mientras dure la representación, en el *último foso*.

—Sí, estaré en él mucho más tiempo del que pensáis—replicó Charrière riendo nerviosamente.—Probablemente toda mi vida. Yo y muchos

otros. *El último foso* es el distrito subterráneo de París y el más poblado de todos: una cosa parecida á las catacumbas de los griegos, pero el que yo he de ocupar, señor Brecheux, es todavía más negro que este vuestro.

Y añadió, mostrando á Justo los travesaños y las vigas, y señalando el sitio por donde se oía la orquesta invisible para ellos:

— ¡Sería muy gracioso ahorcarse aquí cualquier noche con música!

Pero á pesar de lo atormentado que estaba por aquella pasión ardiente, invencible, y por el recuerdo de aquella mujer, Charrière no pudo menos de temblar al ver la animada expresión que repentinamente adquirió el rostro de Brecheux. El escultor hablaba de ahorcarse.... Una tentación feroz encendió la mirada del pobre hombre, y en voz baja, mirando cara á cara á Charrière:

— Ya he pensado yo en ello — dijo sencillamente.

Al oír esto, el escultor entrevió en el desesperado broncista todo un mundo de dolores ocultos, de inquietudes siniestras, un terrible abatimiento, como una agonía sin ruido, y se llevó consigo á Brecheux, arrastrándolo de aquel sitio y diciéndole, sin fijarse en sus propias palabras:

— ¡Vaya, vaya! ¡Los millonarios no se matan nunca! Y vos vais á ganar un dineral con el busto de Lucy Vaughan.

El escultor abandonó aquel foso con cierta alegría, respirando más fácilmente al oír al pobre Brecheux que á cada escalera que subían le preguntaba:

— ¿De modo que vos creéis que esto saldrá ade-

lante? Por mi parte os confieso que así lo espero. Solamente que, ya sabéis, uno se equivoca muchas veces. En fin, puesto que quieren magia, tendrán magia. ¡Pero, gran Dios, los trajes, las decoraciones, la música, todo cuesta tan caro!

Hacía mucho tiempo que Justo Brecheux no conocía el sueño tranquilo de otra época. El peso y la responsabilidad de aquel teatro le abrumbaban. ¡Y aquel desgraciado Dutilleul, que estaba perdido, sin recursos! Maquinalmente luchaba como un ahogado; pero si Brecheux no le salvaba, no había remedio: Dutilleul se iba á pique. ¡Con tal que aquella magia diese dinero! ¡A Brecheux le daban ganas de abrazar á Charrière! ¡A aquel desesperado que le daba esperanzas!

La primera representación había estado bien, la prensa la juzgaba benévolamente. Encontraban la obra entretenida. Los trajes eran elegantes y las mujeres bonitas. «Tenemos *probabilidades*», decía Roblot. Pero el pobre Brecheux tenía un humor de los diablos: no era parisién. El no *estaba en la cosa*, como decían los iniciados en estos negocios. No sabía visitar á los periodistas, concurrir á los restaurantes de moda; su habilidad de comisionista de casa de comercio no tenía nada de aquella inteligencia especial, insinuante, fina y dispuesta á prescindir de preocupaciones y que el *argot* de estos tiempos ha descrito con una frase que pinta el siglo: el *negocio*. Se habían burlado mucho de él, se *habían hecho varias frases* á propósito de su ignorancia, de sus moldes de hoja de lata, de su tienda de zinc. El desgraciado *Teatro del Boulevard* no daba juego. Aconsejaron á Bre-

cheux que en las primeras representaciones añadiese dinero de su bolsillo al producto de la entrada para publicar luego la cantidad así aumentada en los periódicos. Vaciló. Pero el dinero le iba faltando ya. Dutilleul tragaba y tragaba.... ¡Y él, Brecheux, que había invertido tan confiado cuatro años, con objeto de aumentar los intereses y elevar la cifra de las rentas y del capital de Alejo, una gran parte de su fortuna en fondos turcos!.... ¡Sentía que se ahogaba cuando pensaba en todo lo que se le venía encima, en la quiebra, en su capital naufragado, en su nombre comprometido, en el porvenir de su hijo perdido!

Y trabajaba, minaba la tierra, pasaba las noches en claro, iba de su despacho a la contaduría, aumentaba el ingreso de la taquilla, viendo con espanto sobre él la contribución para la beneficencia, llevándole el diez por ciento del dinero que entraba en caja. Lo que había sucedido con el drama ocurrió con la magia. El *Teatro del Boulevard* murió al nacer. Los días pasaban y las angustias aumentaban en aquel desventurado Brecheux que veía con terror todo aquel personal de actores, músicos, maquinistas, á quienes debía pagarse el 5 de cada mes y á los cuales temía tener que despedir sin darles el dinero; él, que antes, en los buenos tiempos de la casa Brecheux, pagaba al día hasta el último céntimo.

Otro más audaz hubiese levantado la frente, desafiando á la muerte y encogiéndose de hombros. Brecheux, honrado, y temblando de miedo, no se atrevía ya á dar una orden; hablaba con amabilidad, se ocultaba, se encerraba en su cuarto,

y todos los días preguntaba á Alejo en voz baja:

—¡Y bien! ¿qué entrada hay?

—Setecientos francos.

—¡Para mil ochocientos de gastos, que importa el levantar el telón!....

Y el pobre hombre se golpeaba la cabeza con las manos. Su cerebro hervía. Tenía desvanecimientos, insomnios y pesadillas. ¡La quiebra, el hundimiento! ¡La ruina! ¡Ah! ¡si él supiera moverse, embrollar, intrigar, saldría del apuro! Pero no se atrevía. Sabía trabajar, matarse de fatiga, pagar con su persona, desempeñar valientemente su oficio de obrero. Pero nada más. Y, sin embargo, esto le había bastado en la calle Gravilliers para hacer fortuna. ¡Cómo echaba de menos el infeliz su humilde tienda! ¡Qué daría por estar allí todavía con el delantal de tela y la herramienta en la mano! ¡Entonces cantaba! ¡Sabía de memoria todos los couplets que se oían por París! ¡Pero el teatro!.... ¡Ah! ¡el maldito teatro! Hubiera preferido desempeñar la tarea del presidiario en vez de aquel oficio de *gitano*, en el cual los asuntos no se tratan sino que se *chalan*. No había mentido Charrière al decir que en aquella atmósfera extraña, enloquecedora del último foso, se podía morir sin temor de ser sorprendido, lejos del ruido, en la obscuridad....

¡Morir él, aquel bonachón de Brecheux, y dejar á Alejo enfangado en aquella confusión de negocios! El pobre muchacho todavía sabría desenredarse menos que él. ¡Ah, qué desgracia! Haber sido acreditado comerciante, haber soñado en formar parte del Tribunal de Comercio, y verse ahora con

la cuerda al cuello, con la lúgubre fatalidad del balancel. ¡Porque así estaba Brecheux, sin dinero, ni de donde sacarlo! ¡Siendo la mofa de sus antiguos parroquianos, que se reían de ver convertido en director al buen tendero! ¡Deudas por la parte de Dutilleul! ¡Deudas por el teatro! ¡Deudas por todas partes! El porvenir era siniestro. Un arruinado más.

Y nadie le compadecía. Cuanto más fiasco hacían sus representaciones, más se burlaban de él. Los periódicos se reían de sus *minas*, le creían millonario y encontraban graciosa aquella sangría que diariamente hacían en el bolsillo del buen hombre. Sólo los actores se apiadaban y le daban ánimos, sin atreverse á darle á entender que habían notado su azoramiento, sabiendo consolarle y diciéndole «que nadie hacía dinero, que la temporada era mala, que más tarde.... bastaba una obra.... nadie sabe.... el teatro es un juego....» ¡Si, un juego, pensaba Brecheux, y yo he perdido! ¡Imbecil, bestia, estúpido! ¿Acaso estos negocios están hechos para nosotros?

—Y si todavía hallase una mujer apropósito—decía Pepezat—tengo una idea: proponer á Brecheux que nos asociemos. ¡Apuesto á que yo le salvaría.

¿Salvarle? La cosa no tenía arreglo. Dutilleul se hundía. La casa Brecheux se venía abajo. ¡Pobre padre mío!—decía Justo.—¿Qué diría de esto el pobre viejo? Después de la casa de bronce, el teatro. Se cerró, sí, aquel *Teatro del Boulevard*, que meses antes había abierto sus puertas con tanto ruido. La obscuridad llenó de nuevo la sala

dorada. La sarga verde cubrió otra vez las butacas á manera de sudario. En los carteles desgarrados se veía aún anunciada irónicamente una obra nueva que no llegó á ponerse en escena por falta de fondos. Brecheux reunió á sus acreedores, les explicó, esforzándose para no llorar, que había hecho cuanto en su mano estaba, que en vano había luchado y que con el tiempo pagaría sus deudas. Él, tan buenamente orgulloso en los tiempos bonancibles, suplicaba y recibía en su casa las insolencias de proveedores que no hacía mucho le explotaban sin compasión. Contenía su cólera y sus lágrimas. Se ahogaba. Por fin llegaron á un acuerdo. Aquel viejo Brecheux trabajaría. A su edad todavía no había motivo para arrinconarse como cosa inútil. Entonces algo de siniestro y bufo ocurrió á su alrededor. Aquella turba de gentes que poco antes especulaban con su credulidad, con su ignorancia, con su estupidez, no podían comprender que un hombre honrado metiera toda su fortuna en aquel teatro como quien la arroja á un pozo. Le suponían un pillo que se había desprendido de su casa de comercio echando el muerto á su sucesor y que había formalizado el balance al mismo tiempo que Dutilleul, para encubrir la operación.

¡Que bien ha debido ponerse las botas el grueso Brecheux! Con su aire de patán, no hay un normando que le llegue á la suela del zapato. ¡Como ha sabido adoptar un aspecto conmovido á la vista de sus acreedores y arrancarles un convenio! Le creían un Macario con apariencias de Prudhomme. Con un hombre como aquel, se podían emprender negocios. Y pensando esto, de todos los sitios non

los sollozos.—Todos los que de tí se han reído, todos esos señoritos espirituales no son dignos de desatar los cordones de tus zapatos.

Y con la efusión de una desgracia consolada, acariciaba, besaba y mojaba con sus lágrimas la pálida cabeza de aquel muchacho que valerosamente, ridículo ayer, hoy sublime, quemaba su quimera á los pies de su padre, con santo ardor juvenil y entusiasmo por el trabajo, con el deseo de entregarse á él con afán y vencerlo todo....

XIV.

Después de haber roto su ajuste, Elena se sentía libre, pero sin saber qué hacer. Encontraba ya las puertas cerradas, no veía para ella ninguna colocación en París. La situación era difícil, todas las vías estaban obstruidas. Cada teatro tenía su estrella. París no guardaba, después de todo, muchas alegrías á la pobre actriz para que tuviera empeño de permanecer en él. Sólo pensaba ya en Saint-Ives, con el desagradable recuerdo de su falsedad; en Felipe con una especie de terror instintivo, como si le hubiera amado más de lo que quería decirle y aquel amor la diese miedo; en Enrique y en Genoveva con el vivo deseo de desaparecer, para dejar en paz á aquella mujer desconocida que era su madre. No aborrecía aquella fría soledad en que le dejaba la suerte. Tan sólo deseaba estar más lejos, y como perdida en otra cualquiera ciudad, separada de todo lo que á la vida de París se refería. Enfer-

ma además, sintiéndose extremadamente débil, con una fiebre continua y una tosecilla seca que la consumía, Elena sentía instintivamente la necesidad de irse donde disfrutara del sol, del aire libre, de una atmósfera más pura y vivificadora.

Estaba resuelta, y ya que en París todo se le ponía en contra, no vacilaba. Se marcharía. En provincias no faltaban teatros donde ganarse la vida; ya formado este propósito se presentó en una agencia de teatros, casa de comisión donde se encargan de colocar á toda clase de actores. Se fué á ver á un judío alemán que dirigía una *Gran agencia teatral*, de la cual le habían hablado, y que en sus prospectos indicaba las diversas especialidades á que se dedicaba: «*José Kriegelstein. — Contratos de artistas dramáticos, líricos, músicos y coreográficos. — Declamación, canto, lecciones, mise en scène. — Correspondencia con los directores de teatros, de conciertos y de casinos de los baños de mar, de sociedades filarmónicas y de orfeones. — Completo surtido de trajes de punto de primera calidad á precios moderados; trajes de punto de seda, trajes de punto de hilo de Escocia, imitando seda, blancos y color de carne; trajes de punto de algodón, desde 3,50 francos hasta 15, calidades superiores.*»

Kriegelstein conocía á Elena. Le prometió proporcionarle pronto un ajuste en condiciones excelentes. ¿Necesitaba Elena guardarropa? Él se lo facilitaría, pagando un tanto al mes, con un veinte por ciento de recargo. ¿Artículos de tocador? Kriegelstein vendía de todo esto. Era un bazar de cosas de teatro. Elena salía triste de aquella extraña oficina, en la que se confeccionaban los

contratos de tantos infelices pelafustanes, cuando en la escalera tropezó con el pequeño Duret que subía despacio y como abatido.

Al mirarla y reconocerla se sonrió. A Elena le pareció encontrarle muy pálido. Había motivo para ello.

¿De modo que la señorita Gervais no sabía nada?.... Tanto y tanto había hecho la madre Hard, gruñendo, lloriqueando, irritando al uo, llevando la cabeza de viento á la otra, que un día, sin poder sufrir más, se separaron brusca y tontamente, yéndose Claudina por un lado, á casa de su madre, y él por otro, solo completamente.... Lo más triste era que él no había dejado de amar á Claudina. Sí, á pesar de su miqilla de egoísmo y de su ligereza, de sus caprichos y de la debilidad que demostraba escuchando á la madre Hard, él la amaba. Y sin embargo, ¡cuántos reproches podía hacerle! ¡Cuántos disgustos le había ocasionado! ¿Cómo era que Elena ignoraba todo esto? Sabía sólo que Luis había estado enfermo, muy grave, después que se suspendió *Juana Michelin* y que poco había faltado para que se muriese de una fiebre tifoidea, tanto que una noche Claudina pidió á Brecheux que la reemplazasen en el teatro á fin de poder ir al lado de su marido, y Duret quedó contento de tenerla allí, y de poder mirarla cuando no tenía delirio. No notó que, mientras él se quedó adormecido, Claudina se había escapado, desaparecido con su madre, y encaramada allá en lo alto del teatro, donde no la viesan, se había puesto á escuchar para saber si la que la reemplazaba hasta que ella volviera á tra-

bajar, era buena ó mala. Si, sí, la celosa actriz aparecía acechando aun en medio de su inquietud de mujer. Y cuando Luis, que la había llamado al despertar de su sopor, viéndola volver, le dijo con tristeza.—¿Me has dejado solo? ¿de dónde vienes?—He querido ver, respondió, cómo la Anita hacía la gran escena del *tercero*. ¡Bien! ¿sabes? ella me ignala.—Había que convenir en que no era mala, no. Pero la afición á las tablas, la vanidad de la actriz la dominaba, mordía su corazón. ¡Qué más! y esto era peor, ¿no estaba celosa de Duret, de su marido, porque cantaba bien y alguna vez le aplaudían más que á ella, por más que la madre Hard dijese que tenía una voz *cascada*? ¿No era bien triste é injusto lo que le pasaba?

Luis refería todo esto sencillamente y en tono cansado. Quería dejar á París. Sus compañeros del *Teatro del Boulevard* hablaban de explotar por su cuenta aquel maldito teatro que acababa de cerrarse. Pero Luis tenía empeño en marcharse de París. Sus parientes se burlaban de él, repitiéndole:—¡Bien! ¿y tu Claudina? Buen casamiento, ¿eh? ¿Quieres que hablemos de él?—Temía encontrarla una noche del brazo de otro al pasar por el boulevard. No quería ver esto. Se iría.... Declamaría ó cantaría, según quisieran, en Carpentras ó en Bayona, lo más lejos posible.

A Elena le daba compasión aquel pobre muchacho, á quien había visto lleno de alegría en otro tiempo, en el Conservatorio, ganándose su premio. El rostro malicioso del pequeño Duret parecía abatido, enflaquecido, y ya viejo. Hasta parecía encorvado.

—¡Ah qué vida!—decía.—¿Y vos también venís á casa de Kriegelstein? ¿vos también queréis marcharos?.... Yo sé de alguno que se entristecería si volviese á la razón.

—¿Quién?—preguntó Elena.

Ella presentía una desgracia terrible. ¿Si recordara la razón?.... ¿A quién se refería Duret?

—¿Cómo no sabéis nada? ¿No tenéis ninguna noticia?—dijo Luis.

—No, no sé nada....

—Pues los periódicos....

—¿Acaso leo yo periódicos?

Duret sacó del bolsillo un papel impreso y se lo presentó á la joven.

—Pues bien, ahí veréis los detalles.

—Detalles! ¿de qué?

—De Saint-Ives. Está loco.

—¡Loco!—exclamó Elena retrocediendo asustada y teniendo que apoyarse en el pasamanos de la escalera para no caer.

—¡Oh! cuando la señorita Verrier se empeña en alguna cosa, es un gusano de seda en la morera. Se ha vuelto loco durante la función, estando en escena.... Se le vió llevarse las manos á la cabeza.... así.... lanzando una carcajada. Al salir del acto aquel se vió que.... ¡paff!.... ¡no había remedio!.... ¡He aquí lo que es la razón, el talento.... todo!

—¡Saint-Ives!—murmuraba Elena.

¡Aquel Saint-Ives á quien ella había amado! ¡Saint-Ives, su fé y su admiración vivas! ¡Saint-Ives loco!

—Lo chocante es que alguna vez os llama, si,

á vos—dijo Luis al ver la palidez de Elena.—¡Oh! y si queréis ir á verle podéis atreveros, no es peligroso....

El pobre Duret equivocaba el miedo de Elena. No era el terror la causa de su palidez, sino una profunda emoción que helaba su sangre y la dejaba sin fuerzas ¡Saint-Ives estaba loco! Aquella clara inteligencia, aquel talento elevado, aquella mirada penetrante, aquel viril encanto se sepultaba en aquella sima: ¡la locura! ¡Y la llamaba, preguntaba por ella! ¡Quizá sufría por el implacable silencio de Elena! Creía oír su último grito, el adiós lastimero y á la vez amenazador de aquel hombre. ¿Quién sabe? Tal vez ella podía salvarle. ¡Ella que le había entregado atado de pies y manos á Clotilde! ¿La debilidad de Saint-Ives merecía un castigo de aquella naturaleza?

Cuando se vió en la calle, Elena desdobló el periódico y buscó el nombre de Saint-Ives sin dar con él, hasta que al fin, fijándose en los pseudónimos de una crónica de París, le pareció descubrir la historia de aquella catástrofe. Allí se refería, en la primera plana del periódico, que un actor de raro talento, un seductor de princesas exóticas, había encontrado quien le esclavizara, en la persona de una bella artista de perfil árabe, cuyo retrato, según se decía, figuraría en la próxima exposición. «Esta encantadora y terrible mujer, como para hacer pagar á nuestros compatriotas las conquistas de Africa, se mostraba, decía el cronista, tan caprichosamente feroz en amor, como incomparable y apasionada en el teatro. Literalmente había jugado con el actor, de-

masiado cándido, lo mismo que el gato con el ratón.» Y el periodista hacía resaltar la extrañeza de esos amores de teatro en los que la ilusión es tanta, que aquellos seres acostumbrados á fingir todos los sentimientos, se dejan sin embargo, dominar por la pasión tan fácilmente como unos colegiales. «Por lo demás, esta es la historia diaria, continuaba el cronista. La novela y el teatro han abusado demasiado de esas Dalilas que sólo cortan el cabello y liman las uñas á los tontos. Las *buseonas* cumplen su oficio. Tanto peor para el insecto que cae en la trampa del *formica leo*.»

El artículo continuaba así, vulgar á su vez como la historia referida; pero en la sección de *Noticias de teatros*, Elena encontró algunas líneas en las que el público hallaría alguna luz sobre la significación de aquel montón de palabras inútiles.

«Entre la gente de bastidores se dice que uno de nuestros actores más distinguidos acaba de ser trasladado á Passy. Temeríamos pecar de indiscretos extendiéndonos más sobre este particular.»

Y á continuación, en el suelto inmediato, decía:

«Mr. Saint-Ives se ha visto obligado por motivos de salud á dejar el papel que desempeñaba en la obra de Mr. Guerard. Se teme que Mr. Saint-Ives tenga que continuar para siempre alejado del teatro.»

Luego, como si sobre aquel vivo cayese ya la tierra de la tumba, ponían la biografía de Saint-Ives. Se daba á conocer su verdadero nombre: Carlos de Fresnes; se relataba la lista completa de los papeles que había representado; Don Juan, Hamlet, Lovelace, Desgrieux..... Y los elogios

que le prodigaban, le parecían á Elena lúgubres como un discurso fúnebre.

No vaciló ya, y puesto que Saint-Ives la llamaba, ella quería ir á verle; se metió en un coche y dió la dirección del manicomio de Passy. Se fué sola sin saber si la dejarían llegar hasta donde estuviese Saint-Ives, y en el camino recordaba con qué alegría le había oído murmurar su primera galantería; con qué emoción contemplaba su retrato que tenía sobre la chimenea, sus conversaciones en pleno silencio, aquella declaración amorosa, la noche del ensayo, tan llena de esperanzas, y aquella repentina aparición, aquella horrible visión en el proscenio..... Y poco á poco todo aquello se le figuraba un sueño, pero un sueño desagradable. Iba á encontrarle tal cual era en otro tiempo, sin la terrible enfermedad que le había acometido, sonriente, cariñoso, con su voz vibrante, que jamás diría á nadie más que á ella lo que él tan bien sabía decir.

Entonces Elena, en una extraña alucinación, al borde de la locura, se veía del brazo de Saint-Ives llevando su nombre, y yendo con él al teatro, vestida de color rosa, todo rosa, rejuvenecida, feliz, ¡ah! feliz.....

Paró el coche. El cochero abrió la puerta. Estaban en el manicomio. Elena entró pálida como un cadáver y preguntó si podía hablar al director, á un médico, á cualquiera. Hizo pasar su tarjeta, un portero la llevó al médico jefe, al cual explicó, sintiendo que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, el objeto de su visita.

—¿Ver á Saint-Ives?—replicó el doctor.—Si

podeis. Ahora está paseando. Sí, en efecto, pregunta por vos muchas veces, señorita, y vuestra presencia, si llega á conoceros, le calmará algo quizá. Pero dudo que os reconozca....

—¡Ah!—dijo Elena.

—Timidamente preguntó:

—¿Es.... peligroso?

—Tiene el delirio de la persecución. Manía tenaz.

Elena bajó la cabeza. El médico mismo la llevó hacia una pequeña terraza, desde la que los enfermos, paseando por los jardincitos, teniendo ante su vista el Sena, el Campo de Marte, la acumulación prodigiosa de casas, el círculo inmenso de colinas, abarcaban de un vistazo todo París. Allí apercibió la joven un hombre flaco, sin barba, con la cabeza rapada, vestido con una especie de hopalanda gris, y que dirigía su vista á la populosa ciudad, sobre la que caían los rayos de un sol pálido.

—¿Quién es ése?—dijo Elena.

—Es él.

No le había reconocido. No le reconocía todavía. Aquellos labios sin bigote, aquel cráneo rapado, toda aquella cabeza redondeada y como de cadáver la asustaban. Él se volvió hacia ella lentamente, y entonces, en su vaga mirada, en la fijeza de sus ojos, encontró, sin embargo, algo de lo que había sido en otro tiempo aquel hombre que cautivaba á la multitud y que entonces, con la frente encogida, la mirada lacia, se arrastraba por aquel jardín como un viejo incurable.

—Salud, señor Saint-Ives—dijo el doctor;—os

traigo una visita.... una amiga.... Mirad bien.... ¿No la reconocéis?

El se levantó, saludando á Elena con una dignidad todavía de buen tono y queriendo reír, contrayendo su labio, que la falta de la barba hacía parecer azulados.

—No—dijo,—no.... no conozco.... ¡Dispensad, señora! ¡Pero hé visto tanta gente, he visto tanta!

—La señorita Gervais—dijo el médico,—¡Elena Gervais!

Ella oyó un grito, un relámpago, un recuerdo.

—¡Ah! Elena Gervais.... Sí, sí—replicó Saint-Ives.... Me acuerdo.... Bonita mujer.... Honrada mujer.... ¡Ha muerto!

Elena, lívida, oía todo esto con angustia creciente, apretando los dientes para no dejar escapar los sollozos. Él continuaba mirándola con aire indiferente, con su sonrisa penosa, cuando un silbido lejano atravesó los aires é hizo temblar, y luego saltar, al desgraciado, que echó á correr hacia adelante, clavando la mirada llena de amenaza en el Sena por donde pasaba, con el ruido natural un vaporcito de los que van á Bellevue.

—¿Sabéis qué es eso?—dijo entonces el loco con siniestra expresión.—¿Creéis que es un barco? ¡Oh, sí, buen barco! ¡Es alguno que Clotilde Verrier manda aquí para silbarme; sí, á mí, á Saint-Ives, me ha hecho silbar! Ella me ha hecho silbar porque la he dejado, ¡miserable! y porque Marchenoir.... ya sabéis.... Marchenoir.... Marchenoir, el de la Porte-Saint-Martin.... Marchenoir, su nuevo amante, está celoso de mí. Y todo el día silban, silban, silban esos miserables. ¡Me

han hecho silbar! ¡Se me silba! ¡Abajo las maquinaciones! ¡A la calle los silbantes! ¡A la calle, á la calle! —¿Quién está ahí?— dijo saltando hacia Elena. —¿Una mujer? ¿Es la señorita Verrier quien te envía? Tú vienes también á silbarme, infame? ¡A la calle, á la calle!

—¡Sacadme, sacadme de aquí! ¡Tengo miedo!— dijo Elena apretándose contra el doctor.

Pero el médico, dulcemente, calmando al enfermo:

—Vamos, señor Saint-Ives, —le decía,— ¿es que vos sois de aquellos á quienes se silba, vos, un hombre de vuestro talento? Esos son barcos, os lo juro. Ya sabéis que hay un servicio de vapores por el Sena.

Y el loco, persiguiendo su idea fija, movía la cabeza y se alejaba murmurando: —«¡ Vos no la conocéis! ¡ No sabéis de lo que ella es capaz! » — Y volvió á sentarse inmóvil, fija la vista en París, de donde salían por distintos puntos las columnas de humo que indicaban la vida de aquel pueblo.

Elena salió de aquella mansión de la desgracia como si saliese del infierno. Era presa de un temblor nervioso. Cuando la puerta exterior se cerró tras ella creyó haber oído caer sobre Saint-Ives muerto la piedra del sepulcro.

¡Ah, ahora más que nunca quería partir, desaparecer! Aquel París la causaba horror. No podría ya ver de lejos, sin temblar, las alturas de Passy. A cada esquina temía ver aparecer, rapado y siniestro, el terrible espectro de Saint-Ives. Corrió á casa de Kriegelstein, firmó todo lo que éste quiso, aceptando las condiciones impuestas, aquellas

cláusulas feroces, según las cuales los sueldos se retenían en caso de enfermedad, *aunque ésta fuese sólo de un día*, ansiosa de huir, de hallar quizá una especie de paz en alguna soledad.

Kriegelstein la envió á Italia en una compañía ambulante, en la que había figurado la Desclée.

—Vos quizá no volveréis como ella— dijo el agente sonriendo con amabilidad.

—Yo no pretendo volver—respondió Elena.

Una vez que hubo firmado el contrato y que la suerte estaba trazada, la joven creyó que estaba más tranquila. Sólo le quedaban diez ó doce días de permanencia en París. Debía partir á fin de Septiembre. Tenía sed de espacio, de movimiento, de olvido. Subía hacia el pasaje Cofin, cuando al llegar á la calle Dronot, llamó su atención en un cartel el nombre de la *señorita Eshter L...., artista dramática*. Se trataba de una venta pública de alhajas, de vestidos y de objetos de arte en el Hotel de los tasadores. Los muebles con escudos é iniciales eran objeto de la curiosidad de los visitantes. ¿Esther L....? Era *Esther Leoy*, sin duda. Y sin darse cuenta, Elena entró en el local.

La multitud se agolpaba en aquella inmensa sala, ávida de ver y tocar, atraída su curiosidad glotona é indiscreta por el atractivo que ofrece una venta de actriz. Parece que el misterio de aquellas existencias de lujo va á ponerse á la vista de todos, que van á penetrar en la intimidad—prohibida para los pobres—de una de esas mujeres en quienes París fija sus ojos ávidos. Cada mueble dejará ver el secreto que encierra. La alcoba desmontada permitirá adivinar lo que abri-

ga. Y el público andaba por allí de un lado á otro, ávido, empujándose, parándose ante los collares, los brazaletes, los trajes, la plata, los pequeños bronceos.....

¿Cómo, todo aquello había pertenecido ó pertenecía á la pequeña Levy?

Elena lo contemplaba todo sin disgusto ni envidia, más bien sorprendida y comparando con sonrisa tranquila su existencia con la de Esther.

Cuando bajaba, se encontró precisamente con aquella muchacha, alegre como siempre, gordita, fresca, amable, que subía ágilmente á su berlina. Al mismo tiempo, Esther, que había aperebido á Elena, alargó la mano por la portezuela, tendiéndola á su compañera de otra época.

—Y bien—le dijo—¿habeis visto..... allá arriba? ¡Cuánta gente, eh!

Y se echó á reír.

—Bien se ve que no trabajo.

—Es mi primera venta—insistió ella.—La hago por exponerme. Esto pone de relieve..... Si después de ésta me sale otra bien, lo dejo todo y me voy, no se á dónde, á sembrar coles y criar pollos. ¿Creeis que me río? Palabra de honor. Vos no sabeis nada de esto porque no queréis. ¡Ah! ¡y hacéis bien! ¡Si supiérais qué caro cuesta todo esto!

Rápidamente se ocultó en su carruaje, porque ya empezaba á llamar la atención y la gente se agolpaba.

—Adios, Elena! Hasta la vista. ¿Estáis enferma? Os encuentro desmejorada. ¡Vaya, hasta que nos veamos! ¡Buena suerte! ¡A casa, Juan!

El cochero arreó á los caballos. Elena continuó

al pasaje Cofin. Su pobre cuarto de costurera le parecía muy agradable. Y sin embargo, no esperaba dejar en él ningún recuerdo alegre. Cuantas esperanzas nacieron en él, naufragaron como plantas marchitas prematuramente. A medida que se acercaba el ansiado momento de partir, el corazón de Elena se apretaba. Todos los días, veía á Enrique. Le había referido, con elocuente impresión de espanto, su visita á Passy. Le confesaba, con el cariño de hermano, todos sus secretos sufrimientos, pero le ocultaba, como á todos, la resolución que había tomado: su contrato para Italia, aquella desaparición parecida á la huida. Quería librarse de la desesperación novelesca, de las súplicas, de los obstáculos. Todo lo sabrían cuando se hubiese ausentado. Escribiría. Hasta aquel momento no diría nada, habiendo exigido á Kriegelstein que no publicase el contrato. Internándose en lo desconocido, sentía así como algo parecido á la voluptuosidad que experimentan los suicidas arrojándose de noche al agua, que los rodea y ahoga sin ruido. Anhelaba, pues, aquella sumersión moral que la imponía el destino. A su imaginación acudían reflexiones sobre la trágica bastarda, sobre aquella Erifiles, ofreciéndose como víctima expiatoria, y como ésta, quería desaparecer. Este era el lado novelesco de los pensamientos de aquella pobre joven, que, sin embargo, sólo había tenido la más sencilla de todas las aspiraciones: la de toda mujer honrada: el hogar, la maternidad, el deber hasta en medio de aquella vida de bastidores, en la que, según opinan muchos, es imposible.

¡Sí, desaparecer! ¡Sí, partir! ¡Ah! ¿pero cuándo

llegaría aquel día?.... París, que todo se lo había arrebatado, le parecía una inmensa máquina que trituraba todos los esfuerzos y aplastaba á los vivientes. Y dejándolo, no pensaría ya en los desquites ruidosos, en la vuelta á casa victoriosa, en las mañanas llenos de triunfo. Aquellos triunfos le parecían hechos para las Clotildes Verrier, para aquella actriz cuyo nombre, cada día más ponderado, crecía y se imponía con el escándalo y la seducción de una fama á la que todo contribuía; su tipo raro de mujer, su encanto mórbido, su talento audaz, la resistencia de aquella naturaleza árabe gastada en vida con la avidez de una tísica; todo, hasta la historia misma de Saint-Ives, que era la leyenda de entre bastidores.

—¡Estas son las que llegan!—decía Elena.

Y se comparaba ella, pobre y tímida joven, extraña en aquel mundo del cual poseía el ardor artístico sin tener el charlatanismo con sus rivales victoriosas. Ella no tenía ni la falta de conciencia de la pequeña Levy, ni la aspereza de Clotilde. Clotilde Verrier la había juzgado con una frase: «Elena Gervais es una costurera.»

Además de esto, Elena se sentía enferma. Toda aquella agitación, sus pruebas, sus decepciones y sus tristezas la habían quebrantado. No se cuidaba nada. ¿Para qué? Si por casualidad venía la muerte, tanto mejor. Siendo como era inútil, moriría sin proferir una queja. En la completa prostración, en el desfallecimiento que la dominaba, no tenía ni un solo deseo. Una profunda inapetencia se apoderó de ella. Recordaba que la mamá Gervais se había puesto así en los últimos meses de

su vida. Podía sospecharse que una lenta enfermedad anidaba en aquel cuerpo consumido por la insistencia de tristes pensamientos. No pidió á Enrique otra gracia más que que la permitiera ir á ver á su madre.

—¿Verla?—le dijo Enrique—la abrazaréis y os llamará su hija. Quiero contárselo todo.

—¡No—repuso Elena,—yo quiero sencillamete verla.... una vez!

La fecha de su marcha estaba próxima. Llevar consigo, como el recuerdo de una visión, la imagen de la que era su madre, era todo lo que Elena pedía. Quería ver aquella viva adoración, que para ella encarnaba el afecto que había guardado á la pobre mujer cuyo apellido conservaba. Y cuando ella estuviese allí en el alejamiento de su voluntario destierro, se acordaría de aquella señora Roquevert, á quien no quería turbar en su paz y cuyo recuerdo veneraría. De aquella manera (no era muy ambiciosa), de todo lo que había constituido la vida de la joven, esto sería cuanto Elena conservara. ¡Fantasmas!

Todos los días, Genoveva salía de su casa á misa de ocho, despacio, con paso silencioso y se iba á la iglesia de Saint-Clement, vestida de riguroso luto, que hacía resaltar su cara de cera y sus enrojecidos ojos. Subía con paso firme la escalinata de la nueva iglesia, empujaba la mampara, entraba en la fría nave y se iba directa al sitio de costumbre, un oscuro rincón tras de uno de los pilares. Allí, como si desapareciera su cuerpo entre los pliegues de sus sombríos vestidos, permanecía abismada con la frente entre sus huesudas manos,

en la postura abatida de la penitente celebrada por su piedad....

Empezaba la misa, las campanillas tocaban el *Sanctus* y á la *Elección*, los fieles se levantaban, se arrodillaban, se inclinaban, el sacerdote se volvía hacia el altar para coger el cáliz ó al público para bendecir. Genoveva no se movía; seguía en su actitud como sorda y petrificada en su dolor, impasible y ocultando con aquella inmovilidad el terror más ardiente y las más crueles angustias.

Luego, levantándose siempre con calma, dejando caer su vestido á lo largo del flaco cuerpo, se inclinaba ante el altar donde relucía el oro, se santiguaba y humedeciendo sus dedos en el agua bendita que contenía la pililla de mármol, desaparecía por la puertecita que traspasaba todos los días.

Enrique condujo á Elena á la iglesia de Saint-Clement, y á la vez que el corazón de la joven latía impetuoso bajo aquel negro vestido del que tampoco ella se desprendía ya, él le señaló aquella mujer encorvada, cuyas formas se ocultaban bajo los pliegues de su chal, diciéndola con voz temblorosa:

— ¡Esa es!

Luego, oculto detrás de un pilar, para evitar ser visto por el abate Ronchart, que andaba por allí mientras oficiaba el cura, esperó el fin de aquella misa tan larga para su deseo. Elena observaba aquel fantasma negro, como aplastado contra el suelo. ¡Qué dolor en aquel siniestro recogimiento! ¡Pobre mujer, cuyo pecho le parecía ver levantado por los sollozos! ¡Y si Genoveva lloraba, era ella,

su nacimiento execrable, lo que hacía correr sus lágrimas! No, no quería que Enrique hablase. Deseaba que desapareciese con ella aquel secreto que la horrible muerte de Monerol había borrado.

Enrique observó con profundo sentimiento que la joven tosía mucho, con una tosecilla alarmante, en particular bajo la impresión del frío que se sentía en aquella iglesia nueva.

Terminada la misa, Genoveva se levantó. Hizo la reverencia delante del altar santiguándose á la vez, y automáticamente y con el paso lento de siempre se fué hacia la pila del agua bendita. La luz entraba de lleno por la puerta grande abierta, y Elena, temblorosa, con el corazón oprimido, tan pálida como Genoveva, la vió venir hacia ella y abarcó con una mirada ardiente, que parecía una caricia, á aquella anciana mujer cuya frente amarilla, párpados caídos y aspecto triste é insensible, hacían creer que salía de una tumba. Aquella aparición la llenó á la vez de terror y de piedad. Era el vivo sufrimiento, el dolor andando lo que venía. Se adelantó Elena muy despacio, tendiendo á la devota sus dedos mojados en el agua bendita, y Genoveva, tocando aquella mano sin observar que temblaba, dejó caer sobre aquella joven hermosa, delgada, de aspecto triste y bastante emocionada, una mirada indiferente, acompañándola fríamente de esta palabra, dicha en voz muy baja:

— ¡Gracias!

Elena se estremeció al sentir en los suyos el contacto de los dedos de su madre, y retrocedió para verla desaparecer, siguiéndola con la mirada,

yendo tras ella y viéndola descender las gradas de piedra, tiesa como una estatua de mármol.

Todo había ya terminado. Podía marcharse. Antes fué al cementerio donde reposaban los restos de mamá Gervais, y por primera vez, al hablar á la vieja mujer dormida, no la llamó: «madre mía.»

Enrique se censuraba por no haber dicho antes toda la verdad á Genoveva. ¿Conociendo un secreto como aquel, tenía derecho á mantenerlo sepultado? Elena reclamaba el silencio; pero con esto no hacía más que probar su carácter resignado para todo y su deseo de permanecer en el olvido. Ella creía cumplir su deber no pidiendo nada. Enrique cumpliría con el suyo restituyéndola al lado de su madre en el lugar que le correspondía. No vaciló. ¿Y por qué había de vacilar ya? Él solo quedaba frente á frente de Genoveva. Ni Roquevert, á quien tal revelación podría ocasionar la muerte, ni Monerol, que pretendía vivir de ella, estaban ya en el mundo. La suerte sólo deja presentes aquellos tres seres: la madre, el hijo y la niña abandonada.

Aquel Enrique, que deseaba arrojar á Elena en los brazos de Genoveva, tenía solamente un temor. Olvidando todo lo que constituía su ideal ayer, viendo además continuamente á su padre agonizante y representando, momentos antes de morir, aquella terrible escena de comedia, desesperando poder nunca llegar á un grado tal de verdad interesante, sólo tenía una preocupación, pero que, como toda idea fija le inquietaba. ¿Genoveva consentiría en acoger, en abrazar á la abandonada? En el

espíritu de la devota parecía haberse operado una nueva cristalización; más que nunca se presentaba fría, silenciosa é inflexible en apariencia. La influencia del abate Ronchart sobre aquel espíritu débil aumentaba intransigente, y el rudo sacerdote del campo, irritado de haber visto escapársele á Roquevert, azotaba literalmente con su ira á aquella penitente que no había tenido el valor de arrancar al moribundo una palabra de remordimiento. Y eso que él ignoraba que Roquevert, pocas horas antes de espirar, se había dedicado á recitar versos de Molière.

Y ante la cólera del abate Ronchart, Genoveva se encorbaba y se asustaba. Aquel furor piadoso le causaba á Enrique una vaga inquietud. ¡Pero no! ¡Una madre siempre es una madre! Genoveva creía á su hija muerta; ¡con qué alegría, á pesar de su frialdad, saludaría su resurrección! Una mañana, cuando volvía de oír misa, Enrique le indicó que quería decirle algo importante. Genoveva, levantando sus apagados ojos hasta él, notó, en efecto, que estaba muy pálido. Subió á su cuarto deslizándose, más bien que apoyándose sus pies en la escalera, y ya allí manifestó que le escuchaba. Enrique se fué derecho al asunto, sin buscar rodeos, y declaró á su madre que su hija, á quien ella creía muerta, vivía, y él sabía dónde vivía.

—¿Ella?—respondía Genoveva únicamente con una emoción contenida, ahogada, que hacía su voz ronca.

Enrique miró atentamente á su madre, estudiándola sin que ella se apercibiese de ello, á pesar de la emoción que también á él le dominaba. Estaba

cruelmente agitada con una sorda violencia. En sus ojos sin vida, se veía, allá en el fondo de sus pupilas, una llama fugitiva. ¡Ah! ¡seguro estaba él de que aquella revelación, que había temido hacer, reanimaría á la pobre mujer y la produciría verdadera alegría! ¡Su hija vivía! Ella no se daba cuenta de la realidad de tal confidencia; pero le parecía que algo cariñoso y dolorido á la vez invadía su ser. ¡Su hija! ¡aquella niña que él se había llevado tan lejos, vivía!

—Vive, y la conocéis—dijo Enrique.

—¿Yo la conozco?

Su voz continuaba fría y como torpe; pero sus labios trémulos delataban su emoción.

—El otro día la habéis visto..... sí, la has visto..... en Saint-Clement el lunes último.....

—¿En Saint-Clement?

—Aquella joven alta que te alargó el agua bendita cuando salías.....

—¡Ah!—dijo Genoveva, cuyos torpes párpados caían sobre sus ojos, y que descolorida, inmóvil, veía sin duda ó quería recordar á aquella desconocida que justamente le había llamado su atención y que era su hija.

—Sí, alta, elegante, aspecto triste. ¿Aquella era su hija? ¿Era posible?

Abrió los ojos y mirando fijamente á su hijo:

—¿Quién te ha dicho que sea ella?

—Él—respondió en voz baja Enrique, con profundo disgusto, no atreviéndose en presencia de aquella infeliz que era su madre, á pronunciar un nombre maldito.

—Él ha podido mentir—replicó ella irritada.

—No..... no..... allí estaban las pruebas..... Él las mostró como una amenaza..... Elena las ha visto.

—¿Elena?.....—repitió su madre.

Este nombre adquirió en sus labios una dulce y triste expresión armoniosa. Sí, Elena, así era como había llamado á la pobre criaturita que había venido al mundo furtivamente. ¡Elena! En aquel nombre revivía todo un pasado amargo y terrible, y no obstante, Genoveva lo pronunciaba y lo oía con un placer doloroso, admirado.

—Debí haber hablado hace mucho tiempo—añadió Enrique.—Esperaba. Pero tenía la esperanza de que el día que supierais que no había muerto, no vacilaríais en llamar hija vuestra á la que yo he llamado ya mi hermana.

—¡La hermana de Enrique! Tenía razón. Aquella niña que le habían arrebatado era hermana de aquel arrogante joven educado por ella y de quien nunca se separó. ¡Cómo se aclaraba todo á su alrededor con una luz rara, repentina y violenta!

—¿Elena!..... ¿Y cómo había vivido aquella Elena? ¿Cómo había escapado de la perniciosa influencia de Monerol? Enrique, que conocía casi día por día la vida de la joven, podía decir las miserias que había soportado, la homaje y el valor de que había dado ejemplo. La presentaba á Genoveva, al principio viviendo de su oficio, después arrastrada por aquella vocación que la mamá Gervais había alimentado, y á medida que Enrique hablaba, un frío glacial se apoderaba del corazón de la madre; todo lo que hacía un minuto era esperanza y casi alegría se transformaba en una

cosa sombría y detestable; la devota caía en su sombrío retraimiento y se preguntaba con terror si estaría marcada con el sello de los réprobos, puesto que siempre y por todos lados tropezaba con aquella obra satánica, con aquella cosa repugnante, el teatro, puesto que una especie de fatalidad parecía tenerla encerrada, arrojándola de Monerol á Santiago y de Enrique á Elena. ¡Cómo! Después de Santiago era su hijo á quien tentaba el demonio de las tablas, y hasta aquella hija encontrada estaba también en aquel antro del teatro, también respiraba su impura atmósfera, absorbiendo con los miasmas de bastidores el aire infestado por el vicio, y también en cierto modo la maldición de la Iglesia.

¡Elena! ¡Elena Gervais! Enrique la había nombrado. Y aquella mujer, de la que Genoveva había oído hablar tantas veces y á quien poco ha temía, era su hija. ¡Su hija! una cómica, una niña bohemia, con la sangre de Monerol en las venas, una hija abandonada, arrastrada hacia aquella maldita vida por la herencia del padre.

En vano quería Enrique demostrar á su madre que la desgraciada niña no había conocido otra cosa de la vida que sus duras pruebas; cada una de sus palabras venía á ser como un clavo más sobre la tapa de un ataúd.

La piedad un momento despertada en Genoveva, quedábase oculta en el fondo de aquel corazón helado, como en una tumba. Todo el horror inspirado á la devota por el abate Ronchart se acumuló sobre aquella maldita criatura que no parecía ya á la madre una niña recuperada, sino una nue-

va encarnación de Monerol. Hija del histrión, la actriz no podía tener, por más que dijese Enrique, otros sentimientos que los del miserable. No, no era su hija, era la hija de Monerol. Hubiera preferido no saber nada. Muerta podía llorarla; viva y sabiendo que salía á las tablas, ostentando su belleza tras la rampa, encarnando la mentira, parodiando el dolor, derramando lágrimas fingidas, la despreciaba, renegaba de ella. No, no, no era su hija.

Enrique retrocedió asustado, y poco á poco concluyó por callarse ante aquella inflexibilidad, casi irritada, de Genoveva. El sacerdote se había hecho dueño tan absoluto de aquella imaginación entregada á tan profundos terrores, que de aquella confianza empezada bajo un rayo de esperanza, Genoveva no quería conservar más que el sentimiento profundo de una expiación que el Señor le imponía por sus muchas culpas. Castigada en la persona de su marido, lo había sido también en su hija, y aun en su hijo á quien el demonio tentaba. Le parecía que la imponente voz del abate Ronchart la aterraba con sus reprensiones. Llevada de una superstición insensata se decía que el destino de Elena, era la pena que sufría por aquella imperdonable debilidad: la de no haber suplicado á Roquevert que renegase de su vida de actor y que pidiera la absolución de su pasado.

Siempre con su inflexibilidad absoluta, terminó aquella conversación, que dejó á Enrique abatido, sin atreverse, ante aquella impasible resolución y aquella fe intransigente, á demostrar la indignación que sentía, la cólera y el dolor que le oprimía.

Genoveva volvió á su reclinatorio, á sus fervientes oraciones, y á los impenetrables silencios que el mismo Roquevert en otro tiempo no podía romper. Enrique estaba desconsolado. Se preguntaba con ansiedad si habría estado desacertado en su confianza, no atreviéndose á ver de nuevo á Elena, porque temía que se le escapara el secreto de la frialdad de Genoveva, con lo cual inferiría á la pobre joven nueva herida. Confaba en el tiempo, en un nuevo arranque de piedad para vencer aquella devoción estrecha, feroz é intransigente. Pero cada vez que intentó hablar de nuevo á Genoveva de aquello que esperaba, de la pálida joven que se había aparecido á su madre junto á la pila de agua bendita, una contestación fría de la devota cortaba de un solo golpe toda discusión, toda esperanza.

—Siempre preferiré la muerte del cuerpo á la muerte del alma! Y en el teatro el alma se suicida. ¡No me hables más, no me digas nada y déjame rezar!

Rezaba por Santiago y también por Elena. No por aquella mujer vista en la iglesia de Saint-Clement, sino por aquella pequeña criatura abandonada hacía muchos años en las manos del que era su padre. ¿Qué le importaba aquella joven vestida de luto? Para ella era una extraña, menos que una extraña, puesto que añadía su condena cierta, al terror constante que Genoveva experimentaba. Pero la niña, la inocente niña desaparecida, la pequeña muerta, como todavía la llamaba su madre, tenía por lo ingrato del recuerdo casi seco el corazón de aquella mujer para la

que hoy era actriz. Ella no quería conocer á la tal Elena Gervais que estaba comprendida en la reprobación de una raza maldita, lanzada por el abate Ronchart. Pero la pequeña Elena que nació sin que sus gritos despertasen en la madre otra cosa más que el terror, aquella niña pálida, miserable é indigente, cuya imagen se le aparecía alguna vez, era su hija. Y de su hija no quería ver, no quería conocer más que aquellas horas angustiosas en que la pobre criatura lloraba con el llanto de la recién nacida. Enrique no esperaba ya nada de aquella mujer entregada de lleno á su estrecha devoción é inclinada bajo el miedo del eterno castigo. Le parecía que nada humano podía renacer en aquella alma impenetrable, para todo lo que era la vida de las demás criaturas. Elena había desaparecido. Se marchó como si se hubiera suicidado. Una carta larga depositada en el momento de partir puso á Enrique al corriente de su resolución. Y el joven pensaba que, después de todo, no teniendo la pobre sitio en el gran desierto de París, había hecho muy bien en buscárselo en otra vida nueva, en el alejamiento, en el destierro voluntario.

Por su parte se propuso no hablar nunca más de Elena. Recordaba con qué orgullo reclamaba ésta el derecho de continuar en el silencio.... Le parecía que se hubiera considerado humillada por la súplica y que hubiera rechazado, como una cobardía, el ruego más insignificante. No confiaba ya en nada que le diera ocasión para echar á aquella hija abandonada en los brazos que la madre parecía tener fuertemente apretados contra su pecho.

Dedicada al arreglo y clasificación de los papeles á que dolorosamente le obligaba la reciente muerte de Santiago—cartas de autores ilustres, manuscritos de obras representadas en noches románticas,—Genoveva, á quien aquellos nombres de poetas muertos, y aquellos títulos de obras, olvidadas la mayor parte, algunas inmortales, despertaban tantos recuerdos, iba reuniendo los amarillentos papeles para entregarlos á Enrique que era su dueño; luego andando por su cuarto de uno á otro lado, maquinalmente cerraba y abría cajones intactos hacía tiempo, y que guardaban, como sepulcros, los chales de otra época, los encajes, los cachemires que Genoveva no se ponía ya y que le recordaban los primeros años de su matrimonio, el amor intenso de Santiago, el nacimiento de Enrique ¡tantas cosas desvanecidas! Y como arrastrada por aquel ardor de investigar el pasado, que pone muchas veces al hombre en el camino recorrido, extendiendo sobre él, sobre lo que fué la aurora de su vida agonizante, una melancólica mirada, Genoveva interrogaba, en su silenciosa habitación, todos los objetos encerrados hacía ya más de veinte años en armarios que sólo ella podía abrir y que jamás abría, como si algo doloroso estuviese allí oculto con envoltura de plomo. Daba vuelta á la ropa blanca, examinaba á la luz de la lámpara algún encaje amarillento por la acción del tiempo, sacaba de un cofrecillo alhajas que ya no usaba y que eran antiguos regalos de Roquévert, todo el adorno de su juventud que entonces le parecía bien irónico, bien inútil y casi culpable.

De pronto tembló su mano al encontrar en aque-

lla tumba de su pasado algo dulce y muy grato, que miró con los ojos desmesuradamente abiertos; á su vista estaba un lienzo fino cuya blancura se había ensuciado por la falta de uso.

Genoveva, contemplando tranquila y dulcemente aquel hallazgo, recordando que había conservado aquellas reliquias con una especie de piedad terca, pero habiéndoles olvidado ya y dando inesperadamente con ellas en aquella como visita de ultratumba, Genoveva se sentía desvanecer por una extraña emoción, ligera al principio, poderosa luego, al ver ante sus ojos aquella materialización de sus dolores y de sus remordimientos. Eran tres gorritos de niño, uno de bordados y encajes, otro de crochet, el tercero de lienzo sencillamente adornado con una puntillita que ella había cosido en otro tiempo, temblando de miedo, angustiada, viendo apenas á través de sus lágrimas, en el cuartito que el tío Pesquidoux le tenía señalado en el quinto piso de la casa del *Café Periclé*s. Allí se veía también una almilla, una almillita de piqué blanco, adornada en el cuello con una puntilla muy mona hecha por ella misma—le parecía que esto había sucedido ayer—que había rozado el satinado cutis de la niña, de la pequeña Elena, débil y tiritando de frío. Y como en una visión que por momentos aumenta su intensidad la parecía que la niña estaba presente con sus gorritos, que la flaca mano de la devota le ponía agitada por estremecimientos desconocidos. La manga de la almilla parecía aún pasada por el brazo de la niña, y en medio de rara fantasmagoría, creía ver la madre que aquélla le tendía sus bracitos y que

entre los pliegues de sus pañales hallaba el recuerdo de sus alegrías llenas de vergüenza y de sus lágrimas trágicamente enjugadas.

Todo acudía entonces á su memoria. Tenía veinticuatro años menos. Aguardaba á la noche, y gracias á ella, podía estar sola en su cuarto, y á la luz de la lámpara, trabajar para la inocente. ¡Con qué coquetería llena de amor había adornado las bocamangas, cosido la puntilla de aquella almilla que había abrigado el aterido cuerpo de la niña!

La pequeña Elena, aquella débil criatura que ella había permitido llevarse al padre, aquella Elena, su hija, vivía no obstante. Era una mujer alta, hermosa, buena y simpática, según decía Enrique, una pobre muchacha que, á través de la vida, había también tenido que soportar después de su nacimiento el terrible peso de la expiación. Elena, la pobre Elenita que llamaba, gritaba, tendía sus bracitos y sus tiernas manecitas hacia su madre, se la había devuelto el destino y ella no la había ya abrazado! Y las gorritas de otra época, las gorritas amarillentas, la almilla que aún conservaba la felpilla, como el plumón de un pajarillo, todas aquellas cositas que Genoveva había conservado del naufragio de su juventud, aquellas pobres reliquias de una muerta resucitada, removían en el fondo de aquel seco corazón todo un cúmulo de mal apagados recuerdos. Lágrimas y lágrimas acudían á sus enrojecidos y severos ojos, y—cómo el agua que hacia florecer de nuevo las secas rosas de Jericó—bajo aquellas lágrimas asomaban sentimientos adormecidos, ideas consoladoras y amargas á la vez,

agitación y terror, remordimientos que tomaban un aspecto nuevo y que no eran ya los de la esposa sumida en su impenetrable silencio, sino los de la madre preguntándose, y hasta preguntando á su Dios si, al rechazar á Elena ahora que la había encontrado, no eran cien veces más culpable que al haberla dado la vida.

Era como un nuevo sentimiento de la maternidad el que la oprimía, mientras entre sus dedos tenía el lienzo, suave como la piel de un recién nacido. A sus fríos labios acudían confusas palabras de perdón y de piedad. De pronto sentía irresistibles impulsos de correr hacia aquella Elena, como en otro tiempo los había sentido de mecer su cuna. Su trémula boca acariciaba con ardientes besos aquella almilla, pareciéndole que á su contacto sentía el calor de los miembros de la pequeñita y cual si depositara aquellos besos en la mejilla de la inocente criatura. Lo mismo que si el viejo Santiago hubiese estado allí presente, como juez y consejero á la vez, le ponía por testigo de sus sufrimientos y de aquella amarga alegría, pareciéndola que de los grandes ojos del gran actor salía, confundida con el llanto, una absolución parecida á la del confesor.

Genoveva creía volverse loca al comprender que todavía podía tener una alegría ó más bien que sobre ella pesaba un imperioso deber: arrancar á aquella Elena de la espantosa vida del teatro, abrazarla por lo menos y llamarla su hija. ¡Su hija! ¡su hija! ¡Aquella palabra inundaba su corazón de un gozo inefable como si Elena acabara de nacer! Se esforzaba por traer á su mente la imagen de

aquella mujer joven, que se le había aparecido en Saint-Clement. Vagamente recordaba una cara pálida con grandes ojos llenos de dulzura. Tenía ansiedad de encontrar á Elena y de pedirla perdón, como se lo había pedido á Santiago, como se lo había pedido á Dios.

La entristecida cara de Enrique adquirió una expresión de alegría, de inmensa y ardiente alegría, cuando su madre le dijo sencilla y friamente, pero con resolución:

—Yo he estado soñando. ¿Dónde está mi hija? ¡Quiero ver á mi hija!

Enrique lanzó un grito de satisfacción, y abrazó con frenético entusiasmo á Genoveva, derramando copioso llanto.

Pero Elena no se encontraba ya en París; se había expatriado. Con gran ansiedad anduvo en busca de noticias suyas. Debía estar en Turin: se creía que ya habría trabajado en aquel teatro. Oyendo esto Genoveva, seguía diciéndose que ella arrancaría—sí, ciertamente, lo prometía al Señor—á su hija del maldito teatro. Pero no llegaba ninguna carta, ninguna noticia de Elena. Pues bien, en la agencia de casa de Kriegelstein, preguntaría, sabría. Ahora lo que más le urgía á Enrique era saber dónde se encontraba la joven para escribirle lo que de buena gana antes le hubiese gritado:—*¡Nuestra madre lo sabe todo!*

En la Agencia no pudieron facilitarle ningún dato. La señorita Gervais había marchado el día señalado. La temporada teatral no había comenzado todavía en Italia. Era probable que la señorita Gervais se hubiera detenido en el camino.

Enrique se acordó entonces de Felipe. No desconocía la profunda simpatía que unía á Marey con Elena. Se presentó en su casa. Marey, pálido, triste, y muy enfermo, no sabía otra cosa que la marcha de la joven. Tendió al joven una mano febril, abrasadora, y con voz débil y apocada, que impresionó á Enrique, le preguntó:

—¿Pero no corre ningún peligro al menos?

—Ninguno..... ninguno..... ¡Qué ideal!

Genoveva estaba esperando á Enrique, y vió que venía inquieto. ¿Qué significaba su silencio? Instintivamente el terror de su hijo se apoderó también de ella. En aquella firmísima resolución de Elena, condenándose á desaparecer de aquel modo, se encerraba algo trágico. Y la madre se preguntaba si acaso habría sido ella quien empujara á aquella desgraciada al destierro.

Pasaron algunos días en medio de la mayor ansiedad. Una tarde, allá á las seis, llegó á la plaza Danconrt un parte telegráfico lacónico, pero de una elocuencia terrible. La señorita Gervais, detenida en Lyon por enferma, se moría en un hotel. No era ella la que firmaba el despacho dirigido á Enrique; era el dueño del hotel. Al leer aquellas líneas, mecánicamente trazadas en aquel papel azul cargado de dolores, Enrique quedó como herido por el rayo.

—¿Y bien? ¡es preciso marchar!—dijo fría y resueltamente su madre.

Parecía que algún ser invisible mandaba y que ella obedecía.

Todavía era tiempo de coger el tren de aquella noche. Enrique metió rápidamente unos vestidos

de su madre en la maleta, sujetó las mantas en las correas, y dijo á la vieja Susana:

—¡Volveremos pronto!

El pobre perro *César*, triste desde que había muerto Roquevert y que se pegaba como un abandonado á las faldas de la criada, miraba con sus ojos los preparativos de aquella otra marcha, y silencioso, parecía oírse una nueva desgracia.

Durante la larga é impaciente noche del viaje, que una lluvia fría del mes de Septiembre hacía más triste, Genoveva rezaba. Suplicaba al Señor, en nombre de todo lo que ella había sufrido, que aplacase su cólera, que la librara de aquella prueba, de aquellos remordimientos, de la muerte de aquella hija que había crecido lejos de su lado y cuya voz no había escuchado nunca.

Enrique, afligido, no cesaba de pensar en los términos lacónicos del telegrama: *La señorita Gervais se muere*. ¿Por lo visto le había llamado? ¿Quería volver á ver á su hermano? ¡Pero no! ¡No era ella quien le suplicaba que acudiese!

—¡Señor, Señor!—repetía Genoveva, con la cabeza hundida en un rincón del vagón.—¡Señor! ¡que el labio de esa niña tenga, al menos, tiempo de pronunciar su perdón sobre la más culpable de las pecadoras!

Al amanecer llegaron á Lyon. Enrique, sosteniendo á Genoveva, á quien aquella noche cruel de ansiedad y dolor había debilitado, se lanzó en un carruaje y dió las señas del hotel. ¡Ah, qué despacio andaba aquel caballo! ¡Y qué torpe parecía el cochero!

—¡De prisa! ¡de prisa! ¡os lo suplico! ¡más de prisa!

En el hotel apenas daban señales de vida. Un mozo, bostezando, abrió algunos balcones cerrados. El gran edificio aparecía frío y dormido.

La primera palabra de Enrique fué aquel nombre que contenía un mundo de angustias:

—¿La señorita Gervais?

De pie, fría, envuelta en negro chal, Genoveva esperaba la respuesta con una atroz opresión de corazón.

El criado separó lentamente los brazos que tenía pegados al cuerpo, y en voz baja, como si se tratara de un secreto vergonzoso y el hotel se hubiera deshonrado:

—¡Ha muerto, señor!

—¡Muerta!

La mirada ardiente, febril y extraviada de Enrique se fijó en la palidez de Genoveva, cuya cara había adquirido de pronto una expresión de espanto.

—¡Esta noche—añadió siempre en voz baja el criado—á la una de la mañana! ¿Acaso seréis las personas que ella esperaba?

No respondieron.

—Venid—dijo el criado—yo os acompañaré....

Rápidamente subió una ancha escalera, mientras Enrique le seguía muy despacio, sosteniendo á Genoveva y diciéndole:

—¡Madre mía! ¡mi querida madre!

Tiesa y descolorida, envuelta en su eterno duelo, la madre parecía una estatua en movimiento.

Abrieron una puerta, luego atravesaron una an-

tecámara y se encontraron frente al lecho donde yacía la difunta, con los ojos cerrados y la boca ligeramente contraída como si estuviese durmiendo.

Estaba muy demacrada, pero bella, con su pelo negro haciendo resaltar su extremada palidez, y una sonrisa indefinible, una de esas sonrisas que saludan el infinito que se abre, una sonrisa de esclavo rescatado, levantaba ligeramente sus labios algún tanto violáceos ya. Sobre su pecho habían cruzado las alargadas manos de la joven y en su seno de virgen descansaba un crucifijo. Parecía como si durmiese un sueño de niño.

A los lados dos hachas ardían dando una luz pálida que entristecía la aurora que penetraba por una pequeña ventana que daba al corredor. Una hermana de la Caridad rezaba á los pies de la cama, ó más bien, después de la noche en vela, dormitaba dando con la nariz en el libro.

Enrique, permanecía inmóvil en la puerta, apretando sus labios para detener los sollozos y contemplando el cadáver á través de sus lágrimas. Genoveva, grave, silenciosa, se acercó al lecho de su hija, y dejándose caer de rodillas, siguió así abismada en el más terrible é insondable de los dolores.

Poco á poco fueron refiriendo á Enrique los pormenores de la agonía de Elena, á la vez que le preguntaban las disposiciones que habían de tomarse para los funerales. Tres semanas próximamente hacía que la señorita Gervais se había detenido en Lyon muy débil y demasiado enferma, según dijo, para continuar su viaje á Italia. Al principio sólo se quejaba de una gran fatiga, sin

tener enfermedad declarada; luego se quedó en cama, y desde el primer día, el médico pronosticó un desenlace fatal. Tenía una especie de anemia crónica complicada con tisis galopante. El doctor había aconsejado á Elena que escribiera á sus parientes, á sus amigos.

—Yo no tengo parientes, y no quiero entristecer á mis amigos. Si curo no los afligiré. Si desaparezco, los que me quieran lo sabrán pronto.

Parecía—según el doctor repetía todos los días—tener vivos deseos de estar sola y sin hablar. Ante la muerte que venía, conociéndolo ella seguramente, se sonreía de una manera extraña. La sonrisa de libertad, que todavía se dibujaba en sus labios, no la había dejado en toda su enfermedad. Cuando se le preguntaba si era preciso avisar á alguno, contestaba «no», con una insistencia rara. «Todavía no es tiempo. Me encuentro bien. ¡Más adelante!» Después, un día, dijo:—«¡Bien; ahora podéis escribir.» Era ayer. Había indicado un nombre, una dirección. La misma tarde, la señorita Gervais había querido levantarse, encontrándose notablemente mejor, según decía ella.

—«¡Mañana veré á Enrique!...»

Estas palabras las repetía con una alegría verdaderamente infantil, añadiendo también en voz baja, refiriéndose sin duda á la señora:

—«¡Y ella! ¿Quién sabe?»

Allí á las diez la acometió una gran fatiga. Se la acostó. Vino el médico y á poco se retiró diciendo que el caso no tenía ya remedio. La enferma se había quedado medio dormida, tranquilamente, repitiendo por dos veces:

—«Si viene—ó si *vienen*, eso se le había oído claramente—¡despertadme!»

Se le prometió hacerlo, bajando la cabeza, porque ya se conocía la verdad, y así la sorprendió el último sueño sin agonía, tranquila, con la sonrisa en los labios.

Mientras el dueño del hotel, sin gran emoción, refería aquellos detalles, como si contara la vida completa de la joven, Enrique contemplaba el hermoso perfil escultural de Elena, y Genoveva, que se había levantado y seguía en pie como aplastada por su mudo dolor, pronunciaba palabras sueltas, ó decía:

—Gracias..... gracias.....

No quería separarse de allí, deseaba estar hasta lo último junto al lecho mortuario. Preguntó á Enrique si se podría llevar el cadáver á París. El médico á quien, para consultar esto, hizo llamar, recordó entonces que la pobre joven, medio riendo, dijo un día que si sucumbía deseaba que la enterraran en Lyon, en un rincón solitario, como había vivido.

Aquello había sido como su postrera voluntad.

—Está bien..... Gracias..... Dejadme.

Ante aquella voluntad, triste como una sentencia, Genoveva inclinaba su frente. ¡Sí, había muerto sola, del mismo modo que había crecido, abandonada y bastarda! Dormiría lejos de Genoveva, en un cementerio desconocido, en una tumba vulgar, comparable al lecho de una posada como en la que acababa de dar el último suspiro. ¡Y era su madre, el mismo crimen de su nacimiento, la que la había condenado al destierro hasta la última hora de su

muerte! Apretaba entre sus manos las yertas de su hija, las acariciaba con sus ardientes besos, pobre madre que sólo encontraba á su hija para no verla ya jamás! Contemplaba aquella cara hermosa que la tierra iba á ocultar, tratando de fijar en su imaginación aquellos rasgos soberbios, descoloridos é inmóviles, sobre los cuales iba á caer la tapa del féretro.

—¡Yo quisiera—decía á su hijo—tener siempre, siempre, ante mis ojos su imagen!

Enrique quedó un momento parado, con la mirada fija en los ojos de su madre; luego salió de pronto, dió una orden rápida á uno de los criados y volvió á sentarse al lado de Genoveva, junto á la cama mortuoria. A poco rato entró el mozo, andando despacio, mirando con cierto temor el cadáver de Elena, y presentó á Enrique un gran álbum y dos lápices envueltos en papel. El hijo de Roquevert apeló á toda su sangre fría, secando sus ojos, conteniendo entre sus párpados las lágrimas que podían caer en el papel, y allí, animoso, voluntariamente sujeto á una obra trágica, á pesar de la pena que hacía temblar su mano, á pesar de la pena que tenía, como si fuese un puñal clavado en su pecho, dibujó en el papel del ancho álbum, con el dolor que cada mirada había de redoblar en él, el perfil de su hermana muerta, aquellos altivos y delicados rasgos, su recta nariz, su pura y despejada frente, aquella boca fría y sin embargo llena de vida, los contornos de aquella mejilla, de aquella barba, el principio de aquel cuello, que medio desaparecía bajo las ropas que la recubrían á manera de sudario. Dibujó aquella

cabeza de virgen dormida, aquel brazo de líneas ondulantes, naturalmente doblado, y como descansando sobre su pecho, que parecía elevar aún la respiración. En aquel dibujo puso todo su amor, toda su vida, todo su dolor; y con el frío y la escasa luz que señalaba la hora del crepúsculo de una triste tarde de otoño, Enrique seguía trabajando, intentando dar vida a aquella muerta para que la madre pudiese contemplar la imagen fiel de su hija.

Aquel dibujo, trágicamente terminado velando la muerte, era una obra acabada. A la hermosura virtuosa de Elena en vida se unía la sorprendente majestad que da el eterno reposo. Y, cosa extraña, mientras Enrique trabajaba sintiendo correr por sus mejillas un sudor glacial, tanta era la sobreexcitación de su sistema nervioso causada por la fatiga, por la vigilia y por la emoción, creyó oír una voz — la de otro muerto, la de su padre, de aquel gran artista que se levantaba para legarle su tradición y el vigor que Enrique desesperaba poder igualar — que le hablaba y que le decía que su verdadera creación estaba en aquel arte, en aquel arte que deja tras de sí la obra siempre visible, siempre fija y eterna, hasta el punto que puede serlo una obra humana, y que permite descubrir en una hoja cualquiera, ó en un trozo de tela, los rasgos de aquellos que existieron. Enrique sentía, bajo el influjo de una fuerza superior en que para nada entraba su voluntad, que todas sus resoluciones se fijaban, desaparecían sus dudas, sus sueños, sus aspiraciones del teatro, todos sus proyectos, todas sus ilusiones, que su espíritu,

todo su ser, su alma, á la vez que su mano, los dedicaba á aquel arte cuyo inmenso poder se le aparecía en aquel momento allí, sí, allí junto al lecho donde yacía el cadáver de su hermana, en medio de su dolor, en tanto que sus dedos, con una habilidad maquinal, con una admirable exactitud, dibujaban y trazaban, llenando de poesía el perfil de la difunta y daban á la sorprendente, á la fría realidad de aquel cadáver el brillo y como la aureola de una santa divinizada por la muerte.

Genoveva lanzó un grito cuando Enrique, dando al fin rienda á su dolor, mostrando en su cara las huellas del llanto y rendido de fatiga, le presentó aquel admirable dibujo.

¡Era Elena! era Elena, siempre visible y presente para aquella madre que nunca había oído una voz de aquella boca cerrada, que jamás había sentido de sus labios otra impresión que el inconsciente beso de la niñez.

Entonces Enrique se inclinó sobre la muerta y depositando un prolongado beso sobre su helada frente á manera de un adiós:

— Madre mía — dijo — ahora sé lo que he de hacer, «nuestra Elena» acaba de decirme lo. El teatro ha dado á mi padre un nombre que no se debe empañar; el teatro os ha arrebatado á vuestra hija. ¡Es bastante! ¡no seré actor, seré pintor!

Por el rostro devastado y martirizado de la anciana mujer una ráfaga de reconocimiento se hizo perceptible, y como si la bastarda, con su muerte, hubiese salvado su vida, marcando el porvenir del hijo de Roquevert, la desconsolada madre se arro-

dilló, con un fervor más profundo y un sufrimiento más desgarrador, delante de aquel cadáver, y dulcemente, en voz baja, extraviada y aniquilada por las continuadas sacudidas que habían agitado su cuerpo toda la noche y todo aquel día, Genoveva Roquevert, derramando lágrimas, habló suplicante al oído de la hija de Monerol.

Felipe ignoraba aquel fin resignado de Elena Gervais y su silenciosa sepultura en el cementerio de Lyon sin más acompañamiento que el de Enrique, Genoveva, un dependiente del hotel, algunos criados y otros desconocidos que habían seguido su entierro. Ella le había anunciado su marcha, pero nada más. Desde Italia escribiría. Prometió comunicarle noticias suyas. Le pareció á Marcy que en aquel adiós había algo más que amistad, y que aquellas líneas no expresaban todo lo que Elena hubiese querido confiar. Quizás Felipe se equivocaba, juzgando la simpatía de Elena por el afecto que él sentía hacia ella. Pero esta ilusión constituía su alegría y confiaba que la actriz no le olvidaría y que pensaría en él para hacerle partícipe del consuelo que le esperaba en sus triunfos.

Además él no leía ningún periódico, no preguntaba nada, experimentaba un placer amargo haciendo aquella vida animal, solitaria, sin otro fin que proporcionar algún placer á su Andresito, que le parecía triste, pálido y delicado desde la ausencia de Sabina. El niño no la nombraba jamás, pero á Marcy le parecía que estaba pensando siempre en ella.

Las imaginaciones de los pequeñuelos tienen también sus ideas fijas, y Felipe temía que esto

fuera causa de enfermedad en el niño; enfermo, agitado por una fiebre lenta que minaba cruelmente su existencia, que le condenaba al insomnio y le hacía perder el color y las fuerzas, solo tenía una inquietud y un temor: su hijo.

Valeriana, la abuela, observaba con angustia en el rostro de Felipe los crecientes estragos de aquella fiebre que nada podía vencer. Enrique, vuelto á Paris con su madre, más asustada que antes y con su trágico mutismo, Enrique, afligido al ver aquel continuo agotamiento de fuerzas de su maestro, le ocultó con mucho cuidado la muerte de Elena, y así Marcy pudo creer que el joven sólo llevaba un luto, mientras encerraba dos en su corazón, y no se preocupó más que del delicado estado de salud de su pequeño Andrés y de que éste podía morir.

Dominado por aquella idea, salía frecuentemente con el niño, «le bañaba de aire», como él decía, le paseaba; y mientras Andrés corría de acá para allá, su padre arrastraba penosamente su debilidad por aquellos jardines. Un domingo le llevó al Luxemburgo á pasear bajo los árboles, frente á un teatro infantil. El cielo, con sus tonos azules en medio de algunas nubes blancas y parecidas á grandes masas de algodón, formaba el techo de aquel teatro lleno de luz. Los rayos del sol de Abril daban vida á las hojas de los árboles, de un verde pálido todavía. Y bajo aquella frescura, bajo aquel cielo templado ya, en la tibia atmósfera de un hermoso día primaveral, los niños se amontonaban en los bancos, en las sillas, de pie, abriendo sus grandes ojos dirigidos á un mismo punto:

hacia aquella escena en la que, pendiente de un hilo, bailaba una figurita de madera que representaba ser el actor. En aquel público infantil eran dignos de verse y oírse los movimientos de entusiasmo, las exclamaciones ruidosas, los gritos chillones, los palmoteos ruidosos y las risotadas con que celebraban el menor movimiento del figurado actor.

Cuando Andresito, que había formado parte de aquel público, salió del teatro, le preguntó Felipe:

—¿Te has divertido?

—¡Oh, mucho, mucho! ¿Y tú?

—Yo me divierto siempre que tú estás contento.

Buscando un carruaje iban andando por las calles, cuando de pronto Marey palideció extraordinariamente, y por un movimiento natural atraído hacia sí el niño, diciéndole al mismo tiempo todo asustado:

—¡No mires!

¡No mires! La curiosidad del niño se despertó con aquella advertencia, y mirando á su alrededor vió pasar cerca de él el entierro de un niño.

Al punto acudió á sus labios la palabra que hacia un momento había acompañado el término de la lucha de los fanteches: *muerte*.

—¡No digas eso! ¡No pronuncies esa palabra! Ven, ven de prisa—repetía Felipe arrastrando al niño con él.

Pero un cruzamiento de carruajes obligaba al pobre padre á tenerlo que ver todo, casi á rozar con aquella lúgubre comitiva que, como si tuviera un raro atractivo, llamaba poderosamente la atención del niño y le hacía volver la vista, fijándola

en el pequeño ataúd, que era lo que más excitaba su admiración. Todas las supersticiones y las debilidades capaces de albergarse en un ser que quiere con delirio, torturaban á Felipe, pareciéndole que el niño del féretro llamaba al niño vivo, como si el esqueleto de la muerte tendiese sus descarnados dedos sobre la frente del pequeño.

—¡Ah!—se decía el padre—¡qué todo se derrumbe á mi alrededor, pero que me quede mi hijo! ¡Sólo me faltaría sufrir esta terrible desgracia!

Como consecuencia de estas excitaciones, su fiebre se exaltaba y debilitaba aquel cuerpo antes resistente y aquel espíritu enérgico. Felipe experimentaba profunda postración y así como hastío de la vida. No podía trabajar ni pensar. Tanto su cerebro como su mano sentían la misma fatiga. Cada día aminoraba su fuerza, su energía, y aquella fiebre fatal llegaba á vencer las últimas resistencias de su vigoroso temperamento. Por fin, una mañana ya no le fué posible levantarse. Notó que su cabeza daba vueltas, y tuvo que quedarse en la cama acometido por un violento escalofrío.

La postración de Felipe aumentaba atrozmente. En lo sucesivo ya no permitió que su madre se separara de su lado. Siguió acostado, acompañado de Valeriana, silenciosa allí en su cuarto, y contando los días, que pasaban lentos, uniformes, cargados de tristes pensamientos que procuraba alejar de su mente. Por el día el sol hacía aparecer transparentes los cortinajes de Persia á través de los que Felipe distinguía vagamente los árboles de la avenida que verdecían y despedían efu-

vios de la vida primaveral; luego venía la tarde, el sol desaparecía poco á poco y Felipe pensaba que era su propia vida, que se extinguía. Sucedió la sombra, reinaba el silencio en el exterior y sólo se oía el rodar de los coches y las pisadas de los caballos. Los cortinajes tomaban alternativamente un tinte ópalo ó azul obscuro, el cuarto quedaba obscuro, luego se iluminaba con la amarillenta luz de una lámpara, sirviendo de distracción al enfermo los círculos que la agitada sombra de esta luz formaba en el techo.

El pequeño Andrés entraba alguna vez saltando y haciendo un ruido que al enfermo causaba alegría; corría hacia la ventana, y desde allí veía á los chicos de la calle que se entretenían en tirarse á la cara puñados de paja de la que habían extendido delante de la casa de Marcy para amortiguar el ruido de los coches. Aquellos muchachos se revolcaban por el suelo llenándose la cabeza de paja. ¡Andresito hubiese querido correr y dar brincos como ellos y tirarse paja á la cara como ellos hacían!

—¡Mamá Valeriana, yo quiero hacer lo que hacen esos chicos! ¡También yo puedo hacerlo, puesto que es nuestra la paja!

—¡Chis! —le decía la abuela contestándole con amabilidad.

Después, por la tarde, el niño acudía á abrazar á su padre, y con ese aire misterioso que es frecuente en los niños:

—¡A ver, papá, si acabas de levantarte! ¡Qué bonita está la calle! ¡Alumbran las estrellas!

Y otras veces:

—¡Las han apagado!

Y el enfermo inclinaba la cabeza. ¡Demasiado sabía él, desgraciadamente, que las estrellas no alumbraban! Había una en el firmamento, que en otro tiempo brillaba y sobre la cual una boquita femenina había soplado ¡puff! y su luz había dejado de brillar.

Una mañana se presentó el pequeño sonriendo, y dirigiéndose á su padre, que despertaba amodorrado de una noche febril, le dijo con cierta formalidad con su vocecita de pájaro:

—¡Papá, tú estás siempre malo! ¿verdad? ¡Pues bien! ¡Yo soy quién te va á curar! ¡Toma!

Y al decir esto puso sobre la cama del padre un gran polichinela que había separado de entre sus juguetes, añadiendo con su vocecilla dulce y cariñosa:

—¡Diviértete, toma!

—¡Qué bueno es el pobrecito niño!

Acostado en la cama, el polichinela, separando sus piernas y levantando las manos hacia el techo, con su fino perfil volteriano, su nariz y su barba puntiaguda, en aquella actitud rara, parecía burlarse de aquel enfermo que le miraba con los ojos abiertos y entristecidos. Involuntariamente el pintor contemplaba aquel Juan de las Viñas que había salido medio destrozado de las manos de Andresito y que hacía remontar el pensamiento del enfermo hasta aquel día—tampoco lejano—en que, lleno de contento, había llevado á la casa el juguete, pareciéndole que ya estaba presenciando la alegre satisfacción del niño. ¡Cómo había subido la escalera! ¡Cómo había ordenado que inme-

diatamente llamaran al niño! ¡Y cómo al presentarse Andrés, Felipe había ocultado detrás de él aquel polichinela blanco y rosa mientras en el brillo de su mirada, dejaba comprender al pequeño, que le tenía preparada alguna sorpresa! ¡Qué alegría había puesto en movimiento aquella figurita infantil al tener á la vista el polichinela, aquel magnífico polichinela, que bailaba, levantaba los brazos, abría las piernas y se reía! ¡Qué feliz era el padre al ver al niño batir palmas de contento! También recordaba Felipe que Sabina, no comprendiendo nada de aquellas encantadoras puerilidades del amor paternal, miraba aquella escena con indiferencia, con su sonrisa de fastidio, con desprecio.

—Diviértete mucho, papá—repetía el niño depositando el juguete en las flacas manos del enfermo.—No te lo presto, te lo doy.

Charrière y Enrique iban con frecuencia á sentarse á la cabecera del enfermo.

Allí se veía siempre á su madre, la anciana señora Marcy, inmóvil, mirando cómo se iba aniquilando su hijo, aquel hijo del que ella había hecho un hombre—un grande hombre, decía ella—y que irremisiblemente se iba de día en día. Francisco trataba de dar á Felipe ánimos que él no tenía, y que, no obstante, parecía encontrar ante el aspecto de aquel moribundo, como se encuentran en presencia de un peligro. En presencia de Marcy el escultor se erguía para no dejar aparecer su infinita aflicción. Se limitaba á presentarse optimista delante de su amigo desesperado.

—Ahora, Felipe, es muy agradable la vida, ¿qué

diablo! ¡los premios de Roma con la pensión del Estado y la renta de Caen, que les espera en París á la vuelta de Roma, son bocados exquisitos! ¡En nuestro tiempo no había eso! pero ¡bah! ¡no por ello dejamos de salir adelante!

¡Salir adelante! ¡Cómo mentía el pobre diablo!

Además él había terminado por ser demasiado cobarde, demasiado necio y demasiado vil delante de la inglesa, y con feroz coraje, huyendo de aquel amor que se había apoderado de todo su ser, procuraba rechazar todo lo que le hablase de la Vaughan, y bendecía como si fuera su salud aquella necesidad que le apartaba de su ardiente pasión y le obligaba á ir á ver á Marcy.

Muchas veces iba acompañado de Enrique, el cual había anunciado á su profesor que resueltamente se dedicaba á la pintura, y por completo.

—¡Bravo!—dijo Felipe tranquilamente.—¡Lo contrario hubiera sido una lástima!..... ¡Vuestro camino está trazado, Enrique!..... ¡Llegaréis á tener nombre!..... ¡Y si..... y si algún obstáculo!..... ¡si encontráis una mujer inteligente que os comprenda!..... ¡Pero no!—murmuraba por lo bajo—¡todos los matrimonios no son suicidios! ¿Y qué dice vuestra madre?

—¿Mi madre? ¡El abate Ronchart la suplica que me haga dedicar á la pintura religiosa!

—¡Bah!—dijo Felipe—¡alguna vez basta hacer el retrato de un contemporáneo para representar al Crucificado!

Por aquel tiempo acababa de abrirse la Exposición. Desde el fondo de su cama Felipe veía las agitadas últimas horas del tiempo señalado para la

admisión de los trabajos: los cuadros que llevaban y que subían por la ancha escalera de piedra del Palacio de la Industria, saludados por las chirigotas de los graujas, por los mortificantes chistes de los bromistas que no reparan que muchas veces les está oyendo el autor á quien aquella mofa hace el mismo efecto que si le clavaran un puñal en el corazón; luego el barnizado, en el que figura todo París y se señalan los que tienen probabilidades de obtener el premio, y por fin, la apertura, con la apiñada multitud, las apreciaciones que se emiten, los saludos, las murmuraciones, las buenas palabras de todo aquel mundo de pintores, de aficionados, de críticos que se encuentran, se saludan, se complimentan, y se destrazan....

El enfermo hacía que le trajesen los periódicos para leer las noticias de artes, las críticas. En *Piedad*, que figuraba en la sala cuadrada, se consideró desde el primer día como el trabajo más notable.

Aunque desde lejos, el moribundo adivinaba que no estaba distante su desquite del poco éxito que había tenido el cuadro de la *Caridad*. Era feliz. ¡Se sentía fortalecido, consolado, salvado!.... ¡Por fin! ¡Volvió á ocupar su puesto, recobraba su rango!

Al leer uno de aquellos artículos lanzó un grito.

Acudió su madre.

—¿Luego ha muerto Elena Gervais?—dijo con voz ahogada.

En efecto, la crítica recordaba, á propósito de la *Piedad*, que aquella extraordinaria figura evo-

caba la imagen de la pobre señorita Gervais, que tan brillantemente había comenzado su artística carrera y tan prematuramente había desaparecido, enterrada allá en un cementerio de Lyon....

—¿Muerta?

—Sí—respondió tristemente Valeriana.—Te lo habíamos ocultado sabiendo que esta noticia había de impresionarte demasiado.

—¡Muerta!

Hasta la noche no volvió á pronunciar una palabra.

¡Elena había muerto!

¡Le parecía que aquella esperanza naciente se hundía, que despertaba de un sueño! ¡Elena muerta! No quiso ya coger un periódico, ni ocuparse siquiera de la *Piedad*, de la exposición, de nada. Cuando se presentó Enrique le habló de Elena.

Las personas que estaban cerca de él se alegraban de que no leyese nada. En efecto, los periódicos estaban llenos con su nombre; pero á éste se unía muchas veces el de Sabina. Sabina había concurrido á la Exposición, presentando lo de siempre, flores, frutas, naturalezas muertas. Ante aquellas maravillas se extasiaban. El *Trivialista* había conseguido poner de moda á Sabina. Esta había aceptado con descaro su nueva situación y la especie de notoriedad escandalosa que se había creado. Reunía en torno suyo á los amigos de Cordier, Baloché, Foubertaille y otros que la dedicaban sus sinfonías ó sus libros. Daba fiestas de las cuales se ocupaba el *Trivialista*. A Cordier no le hacían mucha gracia aquellas reuniones artísticas que contra su pesar presidía, protestando por

lo bajo de que «las encontraba fastidiosas como la lluvia.» En ellas se hablaba más que demasiado de Sabina y poco de él. La celebridad de la señora Marcy, que cada día era mayor, le ofuscaba y concluía por excitarle. Unido á aquella mujer como un presidiario á sus grillos desde aquella *herida tonta*, según él decía, se veía forzado á arrastrar por todas partes aquella pesada cadena que hacía que Baloché dijese, repitiéndolo en casa de Pulchérie:—«Por muy independiente que pretenda ser, al fin Cordier resulta una copia de David: es el autor del rapto de Sabina.»

He aquí por qué aquel trivialista huyó de París con aquella mujer, á la que de cuando en cuando, entre dos traducciones del sanscrito, su padre, el viejo Tournier enviaba unas líneas de tranquila moral. El parisién Cordier tenía *manía* á París. Allí era demasiado conocido; no podía dar un paso sin que le señalaran.—«Mirad, ese es Cordier, el que recibió una estocada de Marcy.....»—La estocada vino á ser su único título de gloria. ¡Ah! ¿y sus cuadros? No se hablaba de ellos; sólo las pinturas de Sabina llamaban la atención.

Mientras Felipe se estaba muriendo, los dos amantes se hallaban respirando las primeras brisas agradables en el Havre, yendo de Orcher á Montivilliers, á todas partes, sin detenerse en ninguna. Cordier se conceptuaba feliz viviendo de incógnito, gracias á lo cual no oía hablar de aquella estocada tan memorable y tan comentada.

—¡Bien!—decía Sabina—¡nos quedaremos para siempre en el Havre!

Sin fijarse en la mala cara que él ponía, Sabi-

bina, mostrando el puerto y los barcos anclados en él, añadía:

—¿No es verdad que esto es hermoso, y que da ganas de marchar, de ir más lejos, á donde van estos mares, hacia lo desconocido, hacia lo infinito? ¿Por qué no hemos de partir? ¿Por qué no hemos de desaparecer? ¡Qué agradable sería dejar á París por mucho tiempo, por años á lo menos!

Al oírlo, Cordier meneaba la cabeza, replicando muy vulgarmente:—«¡Bien! ¡Vaya una idea!»—y repitiéndose por la centésima vez, ciego de ira contra sí mismo, que había sido un tonto metiéndose en aquella aventura tan insulsa y soporífera, que carecía ya de todo atractivo. ¡Ah! palabra de honor; de buena gana se dejaría dar otra estocada por poderse sacudir de ella; pero el mundo le vería, no el de la *Vieja Esparta* abigarrado y sin importancia, sino el de los clubs que frecuentaba el pintor. ¿Qué diría su Círculo? Para esta sociedad especial era preciso conducirse como un *gentleman*, y retener, al menos por *un tiempo moral* (y el mismo Cordier se reía de la frase), á la comprometida mujer. ¿Qué fastidio, Santo Dios!

También Sabina estaba ya hastiada de aquel amor, hijo del capricho. Se iba acostumbrando á juzgar en lo que valía á aquel parisién cuyos chistes eran estereotipados, á aquel bellaco, cuyo busto, contemplado detenidamente, concluía por aparecer soberanamente pretencioso. No era, pues, de extrañar que sintiese vivísimos deseos de partir, de estar siempre en movimiento, que acariciase la idea de un viaje largo por las Indias y por el Ton-

kin, al centro mismo de aquel *japonismo* de que Emilio Cordier hacía casi uso religioso.

Un día, cuando se volvían al hotel por la calle de París, Sabina se fijó, á la puerta de un café por donde se oían ecos de una música, en un anuncio que la llamó la atención, obligando á Cordier á que le preguntase qué era lo que miraba. Ella le señaló con el dedo un anuncio manuscrito, rodeado de una orla pintada, en cuyo cartel figuraban los nombres de *Pepezat* y *Luis Duret*; *Luis Duret, primer premio del Conservatorio de París, ex-artista del Teatro del Boulevard, piezas de su repertorio.* ¡Luis Duret! Sabina recordaba perfectamente haberlo visto en el Conservatorio en el mismo concurso en que tomó parte Elena Gervais.... ¿Cómo el laureado había llegado tan á menos en tan poco tiempo? ¡Cosa rara! En seguida le entró curiosidad por ver aquello, y arrastrando á Cordier entraron en el establecimiento.

En el fondo del café, que era pequeño, se veía á *Pepezat*, siempre sonriente á pesar de su visible vejez, y á *Duret* que cantaba, acompañado al piano por un muchacho pálido de larga y rubia cabellera. Después del fracaso de Brecheux y del cierre del *Teatro del Boulevard*, *Duret* y *Peperat* habían buscado con qué vivir; *Duret* con deseos además de abandonar á París, «donde estaba *Claudina*.» Uno y otro habían aceptado la colocación que les proporcionaba la Agencia *Kriegelstein*, *Luis* sin vacilar y *Pepezat* con mala gana. Todas las compañías estaban completas. Sólo quedaban ya los teatros extranjeros y los pequeños establecimientos, como aquel café del Havre, donde necesitaban

artistas. Al pronto, eso de cantar en un café no era cosa seductora, pero allí eran libres. Pagaban por su cuenta al pianista—cuatro francos cada noche—y después de cada trozo que cantaban hacían la colecta entre los espectadores. ¡Qué caída! Pero al menos la clientela era buena, y se habían dado casos de cantantes como ellos que se habían hecho ricos. Por otra parte, ¿qué le importaba á *Duret*? A toda costa quería huir de *Claudina*, de la coqueta *Claudina*, que también quería hacerse mujer *de moda* y se exhibía en el *Bois* con *Clotilde Verrier*; así que cuanto más lejos se fuera, estaba menos expuesto á verla. Por lo que á *Pepezat* se refería, él pensaba igualmente una cosa muy sencilla, y era que cuanto más se aproximase al público, menos rampa había entre él y los espectadores y más probabilidades de que electrizase con una mirada á la mujer esperada. ¡Oh, una amiga! Ahora ya no pensaba en amores. Una amiga que le hiciera calditos de gallina y le diera abrigo para sus reumatismos. En unión del pianista que *Kriegelstein* les proporecionó, se presentaron en aquel café del Havre, sito en la calle de París, y allí el pequeño *Duret*, subido en un entarimado, cantaba con su voz gutural, sin método, pero con mucho sentimiento. El público lo componían marineros de los diferentes países, todos ellos curtidos, bronceados, ostentando en sus gorras el nombre del buque á que pertenecían, y que escuchaban el canto fumando su pipa y contemplando las pintarrajeadas paredes, en las que se veían paisajes, bosques, mares, tempestades, naufragios, combates.... Los cantares que *Duret*

dedicaba á aquellos marinos se referían todos á la partida del hogar, á la separación de sus novias, despertando en ellos sus dulces recuerdos. Con sus ojos azules, pensativos, los del Norte seguían y escuchaban al cantor, dejando correr su pensamiento hasta Copenhague y Stokolmo, mientras los italianos ó los españoles veían su golfo de Nápoles ó su linda y blanca Cádiz.

En aquella pesada atmósfera, en medio de aquel calor asfixiante producido por las luces, el humo de los cigarros y los vapores de la respiración, la voz del pequeño cantor vibraba y parecía tener una poesía especial. Para él, como para muchos de aquellos silenciosos marinos, las paredes del café no defendían su imaginación, de la cual no se apartaba la risa y la charla de Claudina.

¿Y quién sabe las risueñas esperanzas que aquel pobre cantor, el antiguo premio descendido á tal extremo, despertaría en los cerebros de aquellos muchachos grandes que salían para largos viajes! ¿Quién sabe todo lo que ellos llevaban de aquel café sofocante, cuántos estribillos recordarian en la mar, cuando el viento silbara azotando la arboladura del buque! ¿Quién sabe los gérmenes que, lanzados al azar, brotarían en aquellas almas sencillas, en aquellos cuerpos robustos, y á cuantos de aquellas pobres gentes, alejados de los suyos, batidos por el viento, amenazados por las tempestades, habría consolado, en su destierro intermitente, el infeliz cantante ignorado, el artista huido, el pobre humilde vencido en la gran batalla parisién, la ruina de París arrinconada en una covacha del Havre!

Y como los marinos, Sabina, meciéndose en sus recuerdos, mientras Cordier bostezaba echando de menos su alcázar de invierno, Sabina, escuchando á Duret, tenía la imaginación en un pasado que mortificaba su corazón; aquel palco del Conservatorio en el que Enrique, temido, contrariado, había entrado y en el que la sagaz coquetería de la mujer creyó haber triunfado por completo de su puritanismo. ¡Ah! ¡aquel Enrique! Por él se había aficionado á aquel Cordier, por su irritante y detestable virtud! Le aborrecía, hubiera querido vengarse de él.... Pero ¡bah! ¿Para qué?.... ¿Qué la importaba á ella, después de haberse separado, extraviada y sin pudor, de aquella sociedad? ¿Una mujer de su valor podía desafiarse todo! Todavía prefería aquella existencia nerviosa, con sus triunfos en el salón ó en las exposiciones libres, con sus recepciones de *Espartanos* excéntricos, á la monótona vida de la avenida Villiers, donde habían quedado Felipe y el pequeño Andrés, en los cuales no pensaba nunca.

Hasta había sido necesario aquel encuentro de Duret, la casualidad de entrar en el café, para que en el estrépito de su nueva vida, Sabina pensara un momento en su vida pasada. Procuraba evitar que su pensamiento se concentrara en ninguna cosa. Cuando vió á Pepezat que sustituía á Duret en el que podía llamarse escenario, se echó á reír. Duret cantaba lo sentimental y Pepezat la parte cómica. Daba pena ver á aquel pobre diablo, con su triste delgadez, queriendo aparecer gracioso; su voz cascada, cuyos acentos habían sacado de quicio en otro tiempo á sus amigos de Montpellier, re-

sultaba temblona. Precisamente por esto Sabina encontraba muy divertido aquel infernal espectáculo. Se reía, aplaudía, decía á Cordier:

—¡Pero esto es admirable, soberbio!

Y Pepezat, á través de la densa atmósfera del tabaco, observaba aquella linda y elegante parisien, que con sus manos metidas en guantes de piel de Suecia, aplaudía sus canciones.

Una vez que Pepezat hubo terminado de cantar, cogió el platillo y dió una vuelta por las mesas, dando las gracias con dignidad y sin que se le ocurriese mirar nunca lo que cada uno dejaba, como si el pobre diablo hubiese desdenado las riquezas. Al llegar frente á Sabina fijó su mirada llena de dulzura humilde en aquella rubia bonita que le miraba al través de sus pestañas con rara y perturbadora sonrisa. Ella dejó caer una moneda, en la que él no reparó, viendo únicamente la mano apretada en el guante de color avellana. —Gracias— dijo inclinándose con una modestia simpática—y continuó á otra mesa, llevándose la sonrisa de Sabina y creyendo haber fijado su atención.

Sabina se levantó y salió, seguida de Cordier y del mozo que les acompañaba, inclinándose respetuosamente. Al atravesar la puerta exterior del café, todavía volvió Sabina la cabeza para ver de nuevo á Duret, á Pepezat y al pobre pianista que continuaba tocando. La multitud aglomerada para oír en la parte de afuera se separó para dejarla paso. De pronto, Sabina percibió en aquel grupo á una mujer, una mujer bajita y elegante, pálida, con la cara medio oculta por una mantilla negra, que se aproximó con viveza al mozo que había

quedado parado en la puerta y deslizando alguna cosa en su mano, le dijo rápidamente:

—Decid al señor Pepezat que venga, que hay una señora que pregunta por él.

Al alejarse Sabina se iba riendo. ¡Qué cosa tan rara, aquel bufón haciendo conquistas! ¿Cómo comprendía aquello Cordier? Y bien, á decir verdad, á ella no la admiraba extraordinariamente. Era feo, viejo, parecía tener una necia fatuidad el tal Pepezat, ¡pero era gracioso! ¡Ya es algo saber divertir á una mujer! ¡Ah, divertirse, divertirse! El Havre se le hacía ya pesado á Sabina, proponía dejarlo al día siguiente para volverse á París embarcados hasta Rouen. ¿Está resuelto?—preguntó.

—Como queráis—respondió Cordier.

Mientras atravesaban sin hablar palabra la Plaza del Teatro—preguntándose (reflexión rápida y bien pronto olvidada) si en aquel desorden á que voluntariamente se había entregado para siempre, llegaría algún día en que recordase aquellas caídas siniestras—el mozo se aproximó á Pepezat diciéndole al oído que una señora le esperaba en la puerta y quería hablar con él.

¡Una señora! ¡Ella, voto á!..... ¡La que estaba hace un momento sentada ahí! ¡Esa ú otra! ¡Pero ella, la que esperaba hacía tantos años! ¡Era ella! Pepezat se levantó vacilante como si sus piernas se negasen á soportar tanta alegría. ¡Una señora! ¡Por fin, por fin tocaba la realización de su ideal, que desde hacía algún tiempo parecía alejarse, sí, alejarse!..... ¿Es joven esa señora? Sí, joven. Bien valía la pena de ir á verla.

Pepezat se dirigió hacia la puerta con una calma

estudiada, dominando estoicamente los violentos latidos de su corazón, y distinguiendo, no obstante, como en una visión la manecita del guante de Suecia que le hacía señas.

Rápidamente desde el dintel de la puerta interrogó la multitud allí agolpada, y ¡con qué feliz ansiedad vió separarse una forma femenina y venir hacia él ligeramentel ¡Con qué emoción sintió apoyarse una manecita, casi temblorosa, sobre la suya!.... ¡También él temblaba, y temblaba mucho! Una voz dulce, una voz agradable que suplicaba, le dijo en tono bajo:

—¡Señor Pepezat, señor Pepezat, yo os lo suplico, decid á Luis que le quiero hablar!

¡Luis! ¡ah, el desenlace!.... Él reconoció aquella voz, y á aquella mujer que era Claudina, Claudina, cuyo nombre se anunciaba para trabajar el día siguiente, en un cartel que en aquellos momentos se había fijado á la puerta del Gran Teatro. ¡Claudina que iba al Havre á dar representaciones de opereta, y que iba sola, sin la madre Hard, á quien un principio de asma había obligado á quedarse en París! Claudina que furtiva—y hasta miedosa—temiendo que Duret «la recibiese mal», suplicaba á Pepezat, al amigo Pepezat, á aquel buen Pepezat, que hablase á Luis en favor de ella y le aconsejara que saliese á saludarla.

—¡Ta, ta, ta!—pensó Pepezat.—¡Vamos, un nuevo castillo de naipes que se vino al suelo!—No temáis nada, voy á decirle....

Y con la cabeza baja é inclinando la frente se entró, y dirigiéndose á Duret, que ya no cantaba, le dijo disimuladamente:

—¡Claudina está ahí, en la calle! Te espera. ¡Ve á verla!

Después, subiéndose al entarimado, buscó en la mesa vacía el sitio que había ocupado Sabina, y cantó nuevamente, mientras que Luis, muy pálido, corría hacia aquella Claudina que le esperaba, por el capricho de volverlo á ver, obligada á dejar el Havre y regresar sola á París á unirse con la madre Hard. El pobre Pepezat cantó algo gracioso que hizo reír á los marineros, en tanto que á él casi le daban ganas de llorar al pensar en sus aspiraciones burladas.

Felipe Marey sentía próximo su fin y lo veía venir sin ilusión y sin cobardía, pensando que quizá así se uniría á Elena. Había llegado á no compadecer á la pobre joven. El no podía vivir, teniendo su vida destrozada. Tanto para ella como para él, no podía ya haber alegría en el mundo. Entre ella y él se interponía la vida. La actriz dejaba el puesto á Sabina. Él, Felipe, lo dejaba á Cordier.

—Tal vez esto sea un castigo para los dos—se decía.—La vida no es alegre; pero dejémonos de pesimismo. ¡Todo tiene su sanción; no hay más que esperar!

Luego, hundiendo la cabeza en la almohada, murmuraba:—«¡Ah! ¡con qué frenesí amaba yo á Sabina!»

Y con cierto despecho rechazó aquellos amargos recuerdos. Tenía necesidad de reposo. Por adelantado y como en una especie de fantasmagoría, le parecía que asistía á una trágica ceremonia: á sus exequias, á las que concurrían sus colegas y

compañeros, por deber á ociosidad, unos curiosos, otros fastidiados. Se celebraba el oficio de difuntos ante aquella multitud—ó más bien ante aquel grupo indiferente de gentes que enchicheaban del próximo concierto, hablaban del ministerio en formación, de la última comedia ó del escándalo de ayer.—El veía, ó mejor dicho, volvía á ver aquel espectáculo al que tantas veces había concurrido. Los cirios ardían delante del tabernáculo de oro que cubría negro paño, en el que se veía una cruz grande de seda blanca. Allí estaría el triste catafalco hasta que terminara la misa que se decía en el altar mayor, á la que asistía el maestro de ceremonias, para señalar con golpes de bastón en el suelo cuándo debían levantarse ó sentarse los concurrentes. El humo del incienso perfumaba aquella atmósfera; Marey lo contemplaba perdiéndose allá en lo alto. Los acólitos, sosteniendo grandes hachas de madera, reían al notar que la llama enrojecía sus semblantes y al ver proyectarse en sus sobrepellices el reflejo de un cristal azul.

—¡Yo haría este cuadro!—decía Felipe.—Si pudiera sostener un pincel, lo haría.

Y se complacía en aquella visión tantas veces observada. Una fila de sacerdotes, con casullas de terciopelo negro bordado en oro, se volvía hacia el catafalco en que yacía él. El cura daba vueltas á su alrededor rociándolo con agua bendita, y como andaba bastante de prisa, uno de los capellanes que sostenían su capa pluvial, no pudiendo seguirlo, parecía que se ahogaba. Tieso y grave, el maestro de ceremonias apoyaba la mano derecha, cubierta de guante negro, en el abultado puño de

plata de su bastón y sostenía con la izquierda la historiada alabarda.

Los cánticos continuaban. Ya era un temblor, un suspiro desgarrador del órgano, dulce como una plegaria, suplicante como una queja, ó bien rugidos de trueno, ráfagas de tempestad, acentos de terror y de amenaza. Seguían ardiendo los cirios, y Felipe, en medio de aquella visión de enfermo, leía distintamente el discurso vulgar que guardaba en su bolsillo uno de los asistentes encargado de dejar caer sobre él los pomposos elogios de la oración fúnebre, cuya misión, como última ironía, estaba encomendada á uno á quien Felipe no tenía el menor cariño.

En efecto, una mañana, París supo que el autor de aquel magnífico cuadro de la *Piedad* que estaba haciendo furor en la Exposición todavía abierta, había muerto en su hotel de la avenida Villiers. La emoción que la noticia causó fué general. ¿Cómo? ¡tan joven! ¡Felipe Marey, un maestro—sí, verdaderamente, un maestro—una de las esperanzas, ó mejor aún, una de las glorias de la escuela francesa! ¿Cómo había sido? Se habló de pesares sufridos, de crueles amarguras, y los mismos que habían escrito aquellos injustos y desdenosos artículos contra la *Caridad*, hacían constar que la crítica había estado inícuá con un hombre cuyo talento hacía honor á su país. En los escaparates de la calle Vivienne se exhibieron fotografías de Marey; su retrato estaba en poder de los grabadores para aparecer en las publicaciones ilustradas. El elogio caía sin tasa sobre aquella frente pálida, como una crueldad más. El jurado trató desde

luego de otorgar, como último homenaje, la gran medalla de honor al autor de la *Piedad*.

Felipe murió después de haber confiado á Enrique, que no le abandonaba un momento, á Charrière y á la vieja Valeriana, aquel niño, á quien por última vez acababa de abrazar. El pintor no dejaba ninguna fortuna; su hotel que estaba hipotecado, sus bocetos, sus estudios, poca cosa. Pero estaba seguro de que á su Andresito no había de faltarle protección. Enrique Roquevert creyó ver en los labios de su maestro, cuando hubo expirado, una sonrisa parecida á la que había visto dibujarse en los de Elena. Las esquelas mortuorias, redactadas por Enrique, no llevaban el nombre de Sabina. Esta había sido la expresa voluntad de la abuela.

—Ella aquí no es nada—decía la anciana con tono violento.—No es ni esposa ni madre! Me arrebató á Felipe, pero no me llevará á Andrés, aunque tenga para ello que recurrir á la justicia!

Le parecía que aquel muerto, su Felipe, su hijo, había sido asesinado lentamente.

No se separó del cadáver hasta que la multitud de los invitados, el tropel numeroso de los que habían conocido, admirado, querido y hasta envidiado y atacado á Felipe, invadió el hotel, cubierto de tapices negros con una M grande de plata en el escudo del centro. Entonces, desconsolada, se cerró en un cuarto que daba á la calle, con Charrière y el pequeño Andrés.

Enrique recibía á los invitados, entre los cuales se veía á muchos personajes célebres, desconocidos, y aun curiosos.

La muerte abría los rincones secretos á las

gentes que allí acudían, llevadas muchas por la curiosidad; se empujaban, se amontonaban en la escalera y se metían por todos lados poniendo la cara compungida. En aquella siniestra invasión, en aquel codeo de gentes enlutadas, de mujeres con velos, en aquellos apretones de manos, se cruzaban en voz baja las palabras de siempre, las lamentaciones acostumbradas, los suspiros verdaderos ó falsos del dolor ó de la comedia del dolor. Allí se encontraban los antiguos compañeros, después de algunos años de separación, se reían involuntariamente á dos pasos del mismo feretro. «¡Toma, eres tú!—¡Ah, qué casualidad!—¡No has cambiado!—¡Oh, sólo el pelo!—¿Y este pobre Marcy?—¡Es una desgracia!—¡Buen muchacho!—¡Y qué talento!»

Allí se veía á Baloché y Lemenil; después de todo, ellos habían sido camaradas de Felipe. No había que hablar de sus cuadros, pero no se podía negar que era un «buen muchacho» que alguna vez peleaba en favor de los jóvenes. Además no les disgustaba confundirse con las gentes ilustradas. Habían acudido los miembros del Instituto, los profesores de la Escuela, la tribu de los de fuera de concurso, de los que mandaban, como decía Baloché. Y los independientes solicitaban un saludo, una sonrisa, una mirada de aquellos «medallones» que les arrebataban su gloria y les robaban una parte de su brillo.

La casa entera parecía tomada por asalto por aquella multitud creciente que, con la mayor naturalidad, se entretenía en buscar las firmas de los cuadros, en discutir su valor y su mérito, en

revolver lo que tenía Marcy en su estudio para ver si dejaba algo empezado; de todo aquello resultaba un ruido sordo, confuso y triste, de voces, pasos y conversaciones, que llenaba las habitaciones del hotel de un melancólico murmullo parecido al del mar.

—¿Pero por qué viene tanta gente?—preguntaba Andrés sorprendido á Charrière y á Valeriana, que no le respondían.

Por los balcones cerrados de aquel cuarto en que se habían refugiado, penetraban los rayos del sol, proyectando alegre luz sobre los tapices, y formando extraño contraste con la tristeza que allí había, hacían inclinar la cabeza á la pobre abuela, que tantas separaciones crueles había presenciado ya. Aplanada en una butaca, pasaba las heladas manos por la frente del pequeño, que era todo lo que le quedaba de la carne de su carne. A su lado estaba Charrière flaco, aniquilado, como si saliera de un infierno, después de aquella prueba en la que había dejado su vida, en la que había perdido la fe en sí mismo y en el arte, diciendo á la madre con su voz irónica en otro tiempo y entonces abatida:

—¿Es Felipe que revive en él? ¿Es vuestro hijo? ¡Pobrecito! Entre los dos le educaremos.... sí, sin pedir á nadie nada.... á nadie—continuó diciendo al reparar en el estremecimiento involuntario de Valeriana, que sin duda había recordado á Sabina.

Y Charrière, pensativo, se repetía por lo bajo, volviendo contra sí su sarcasmo de otra época:

—Tú no tienes talento, has acabado, Charrière, y no puedes acusar de ello á nadie. Si no has he-

cho estatuas, es porque no eres capaz de concebirlas. Las mujeres sólo dejan huecos á los tontos. ¡Felipe dejará un nombre, tú, nada! Pero siquiera podrás alimentar con tu oficio á alguno, puesto que has sostenido á una mujer. ¡Ya que no has sido artista, se al menos un buen obrero! Tienes el deber de educar un niño.

Y dirigiéndose á aquel muerto que iban á llevarse, como si Felipe estuviese oyéndole:

—No te preocupes, aquí estoy yo, Felipe—continuaba.—El pequeño tiene aún una madre, la tuya, y si Barbedienne encuentra que este imbécil de Charrière está demasiado acabado, demasiado usado, que su mano ha amasado mucho barro, ¡bien! yo trabajaré en zinc para la casa de Alejo Brechenx, y nada faltará al pequeño Andrés, mi buen Felipe.

Andrés iba, venía, corría, turbado é inquieto por todo aquel ruido, por el eco de los pasos que se oían en la escalera, por toda aquella gente, por las negras ropas con que le habían vestido y que tan feas le parecían.... tan feas.... El pobre niño comprendía, por las miradas afligidas de la abuela, por la palidez de Charrière, que alguna cosa lúgubre ocurría en su casa. ¿Por qué la mamá no volvía, ya que papá se marchaba? Y se iba, sí; él lo sabía, lo había oído decir en la cocina. ¿Y á dónde se iba? Andrés no quería que partiera, quería ir con él. ¿Papá le dejaba solo? ¿Por qué? El eterno *¿por qué?* de la infancia asomaba á sus labios secos, que instintivamente parecían abrirse con tristeza, á la vez que sus miradas, profundas como el infinito, parecían esperar una respuesta que el

pequeño no entendía y que provocaba entonces y para siempre un pavoroso, un terrible y cruel *¿por qué?*

—Sí; ¿por qué le decían que se callara? ¿Por qué mamá Valeriana le tenía entre sus brazos apretándole tan fuerte y derramando lágrimas ardientes, que caían sobre él como las de papá cuando estaba triste? Y en todas partes, en todos los rostros y en todas las miradas el pequeño Andrés fijaba sus negras y dilatadas pupilas que parecían arder en su carita pálida.

De pronto oyó un gran ruido abajo en la calle; escapándose de los débiles y temblorosos brazos de la abuela, corrió á la ventana, y poniéndose sobre las puntas de sus pies, miró azorado al exterior, y vió—allí, bajo las ventanas—soldados con los cuellos amarillos y los pantalones rojos que se colocaban en dos filas á los lados de un carruaje, sobre el que iba una caja que cubrían muchas flores, que ocultaban casi una cinta roja de la que pendía una cruz, sujeta al negro paño. Comprendió el niño que aquel triste carruaje que se parecía á los que él había encontrado alguna vez en la calle y ante los que se descubrían los transeúntes, iba á recoger, iba á llevarse á su padre.

—¡Mamá Valeriana, mamá Valeriana!—dijo con su vocecita angustiada y temblando todo su cuerpo.—¡No les permitas, no les permitas á los pícaros soldados que vengán á llevarse á papá!

—Llevaos este niño—dijo amablemente la abuela á la niñera.—Que no vea....

Fué preciso quitar á Andrés, que lloraba y suplicaba, de aquella ventana en la que poco á poco

la abuela ocupó el lugar que él había dejado y con el pañuelo en la boca mordiéndole entre sus dientes, siguió con la vista la negra silueta de aquel carro guarnecido de plata que lentamente se ponía en marcha.

Caballeros condecorados, luciendo corbata blanca y con la cabeza descubierta, sostenían en cada lado las cintas del féretro. La muchedumbre se fijaba en ellos nombrándolos en voz baja; Valeriana no los conocía.

A través de los cristales veía desfilas aquella lúgubre comitiva, aquella multitud de personas vestidas de luto, aquellas dos filas de soldados con el fusil á la funerala; contemplaba los vivos rayos de aquel sol que se proyectaba sobre toda aquella gente haciendo brillar los galones de plata, los ornamentos fúnebres, los blancos penachos que oscilaban con los movimientos de los caballos. Y para acompañar aquel cortejo fúnebre, que se alejaba, sonaron sordos redobles de tambor que llegaban á la pobre madre como golpes descargados en su corazón. Sí, verdaderamente herían el corazón maternal aquellos redobles que hacían los honores á Felipe Marcy, y que Marcy no oía.

Sollozos desconsoladores ahogaban á la pobre anciana, cuyas manos apretó Charrière cariñosamente antes de separarse de ella para acompañar á Felipe allí, repitiéndole siempre la misma frase: «Animo.... ánimo....» y pareciéndole que á través de sus lágrimas mamá Valeriana pronunciaba, con el nombre adorado de su hijo, el nombre detestable de Sabina, llenándola de maldiciones.

Soplaba una brisa fresca que movía suavemen-

te las verdes hojas, cuando por la larga avenida caminaba serpenteando el negro cortejo, habiéndose alejado ya el coche fúnebre hasta hacerse casi invisible y perebiéndose por encima de las cabezas el ancho sombrero galoneado del cochero y los penachos de los caballos. Había desaparecido y todavía era mucha la gente estacionada en las escaleras y en los alrededores del hotel, que esperaba que todo aquel público se pusiese en marcha, para seguir el movimiento.

Los retrasados, ávidos de no ser olvidados por los *reporters*, levantaban, para poder pasar, las pesadas colgaduras negras que había en la puerta, y luego se precipitaban, se atropellaban en el vestíbulo, en la antecámara, en todas partes, pidiendo plumas para inscribir sus nombres.

Y como en las extensas caras de papel blanco puestas allí sobre una mesa, al extremo de la escalera, no quedaba ya sitio para poder firmar—tan llenas estaban de rasgos y rúbricas febrilmente trazados, en las que se veían, al lado de nombres desconocidos otros que representaban celebridades, y de los cuales tomaban notas los periodistas—un criado trajo precipitadamente una cartera que había encontrado abandonada arriba sobre una mesa, una cartera de piel de Rusia que abrió buscando papel en las divisiones de moaré violeta del escritorio y en la que Sabina guardaba sin duda en otro tiempo sus papeles.

—¡Aquí hay donde firmar, señores!—dijo.
Y sacudiendo violentamente la cartera, hizo caer sobre la mesa gran confusión de papeles de formas variadas, viejas cartulinas de canto do-

rado, sobres satinados, programas de conciertos, antiguas invitaciones, todo el resto de aquellas fiestas pasadas que atraían y entusiasman a Sabina, y que, no hacía mucho, daba todavía ella en aquel hotel entonces de luto....

Sobre aquellas cartulinas amarillas trazaban todos con mano rápida sus firmas y derramaban—en lugar de lágrimas—gotas de tinta que quedaban fijas sobre el bristol impreso, en el que se leían estas irónicas líneas: «*Los señores de Marcy recibirán el sábado 25 de Enero. Se bailará.*»

FIN.

